
UTOPÍA 2079
C. MARTIN
Lectulandia

En el año 2050 en la Oficina de Naciones Unidas para el Espacio Exterior se produce una llamada diciendo: «¡Ehh, somos los de ahí arriba, los que dan vueltas alrededor de vuestra luna!». Se trataba de los agapianos, una civilización humana que había crecido y florecido en la lejana Ágape y que ahora regresaba a la Tierra para salvarla. Pronto fundarían Utopía, la primera ciudad extraterrestre en la Tierra.

29 años después, en el año 2079, Marcus Expósito, el primer utopiano de la historia, será expulsado de la idílica ciudad. En su exilio se enfrentará al Club de Cratos, una asociación de empresas, gobiernos y personas poderosas que luchan contra el noble plan de los agapianos. Un viaje que pasará factura en su cuerpo, en su mente y en su corazón.

Cayetano Martín

# Utopía 2079

**ePub r1.0**
**Titivillus** 02.09.2021

Título original: *Utopía 2079*
Cayetano Martín, 2018

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

# Introducción

Voy a contaros una historia, en verdad va a hacerlo su protagonista: Marcus Expósito. Yo soy un mero instrumento que relata sus vivencias y pensamientos. Todo sucedió hace ya años, pero para vosotros todavía no ha ocurrido, ya que tiene lugar en un futuro que aún está por llegar. Los acontecimientos transcurren durante los años 2079 y 2080, dentro de un periodo llamado: La Segunda Oscuridad. Por su nombre podéis haceros una idea de cómo era, o será. Sin duda alguna, pensaréis que peor que la que estáis viviendo vosotros en la actualidad no va a ser; aunque tened en cuenta que por muy mal que estén las cosas, estas siempre pueden empeorar. De todas formas, a lo largo de la historia, los diferentes habitantes de una época solían pensar que vivían en un tiempo decadente, mirando el pasado con envidia y el futuro con temor.

Es en ese futuro, totalmente ficticio y en el que algunas cosas probablemente nunca tendrán lugar (o tal vez sí, el tiempo lo dirá, en el pasado ya hubo visionarios que acertaron con sus descabelladas predicciones), donde se desarrollará una aventura plagada de peligros, traiciones, amor y prodigios jamás imaginados. Debo de advertiros que cualquier parecido con la realidad es pura casualidad, todo se desarrolla en un escenario ficticio que no debe sacarse de su contexto, así que espero que nadie se moleste por las opiniones vertidas por los diferentes personajes de esta obra y por los hechos que van acontecer en ella.

Bien, ¿por dónde empezar? Tal vez por el principio, eso sería lo normal, pero esta novela no es nada usual, así que…

# Prólogo
# Sevilla
# 2 de febrero de 2080

Hay fechas que a uno le marcan de por vida y esa para mí siempre será el 2 de febrero. Muchos acontecimientos transcendentales habían tenido lugar para mí en ese día. El primero de ellos: mi nacimiento, en el año 2052. En cualquier persona normal esta sería una fecha para recordar y celebrar; no obstante, también fue el momento en que me quedé huérfano y sin nadie en el mundo. Mi madre, de la que evidentemente no tengo ningún recuerdo, murió segundos después de dar a luz. No sé si sucumbió al ver mi rostro, o por tener la certeza de que no tenía forma de alimentarme, pero el caso fue que se fue dejándome sin una figura materna que me educara y a la que amar. La pobre mujer ya había hecho mucho durante nueve meses llevándome en su interior y protegiéndome de un mundo cruel y despiadado. Señalar que la buena señora no debió de tener una vida fácil: sin familia, sin recursos, sin un techo bajo el que cobijarse. Según descubrí cuando fui lo bastante mayor para advertir su falta, ella era una refugiada; de las muchas que deambulaban por Europa, huyendo de las guerras y de la pobreza extrema que asolaban el continente. Con respecto a mi padre, nada supe jamás de él, pese a las pesquisas llevadas a cabo por las autoridades locales. Tal vez fui fruto de una noche de pasión o, en el peor de los casos y más probable, teniendo en cuenta las circunstancias en que malvivía mi madre, fruto de una violación, algo bastante frecuente en aquellos días.

Con todo, el último acto que realizó antes de que yo asomara la cabeza resultó crucial para el resto de mi vida. Aun con contracciones y fuertes dolores, fue capaz de saltar las vallas y esquivar la seguridad de un lugar que el resto del mundo observaba con temor y esperanza: Utopía, la primera ciudad de los agapianos en la Tierra.

Dos años antes, se había producido un acontecimiento que cambiaría el mundo para siempre y que respondía a la pregunta de si estábamos solos en el

universo. Varios observatorios astronómicos detectaron un objeto del tamaño de un portaaviones, orbitando cerca de la Luna. Previamente, se había producido una llamada a la Oficina de Naciones Unidas para el Espacio Exterior (UNOOSA) en Viena. Decían ser del planeta Ágape, de la constelación de Capricornio, y que querían mantener relaciones diplomáticas con la Tierra. Evidentemente, no fueron tomados en serio, pensaron que se trataba de un bromista. Una segunda llamada diciendo: «¡Ehh, somos los de ahí arriba, los que dan vueltas alrededor de vuestra luna!», tuvo una atención muy diferente, ya que esta información fue contrastada por diferentes observatorios. Como podéis imaginar, esto causó un efecto demoledor en los gobiernos del mundo. A pesar de que en un principio no se hizo público, resultó imposible mantenerlo oculto. Si ya es difícil que alguien guarde un secreto, imaginaos cientos de políticos por todo el mundo manteniendo la boca cerrada; estos que no callan ni debajo de agua y suelen apropiarse del mérito de cualquier cosa —aunque en este caso podría ocasionar el fin del mundo.

Finalmente, hubo un encuentro en el desierto de Mojave con los extraños visitantes. Resultó que los extraterrestres ni eran hombrecillos verdes ni venían de Marte, sino que tenían apariencia humana como tú o yo. Con respecto a su origen, al parecer, informaron que sus antepasados provenían de la Tierra, pero que abandonaron esta hacía siglos; desarrollando una civilización en otro sistema planetario, a doscientos cincuenta años luz de nuestro planeta. Después de más de un año dialogando, y venciendo la desconfianza despertada, se aprobó que los agapianos podrían tener una ciudad en el planeta, para poder mantener relaciones diplomáticas y comerciales (esto último era algo crucial para todos los gobiernos que aprobaron la resolución de la ONU). Igualmente, ayudarían a potenciar el desarrollo de los terrícolas y a evitar, como ellos vaticinaron, nuestra autodestrucción; recalcando nuestra incapacidad de autogobernarnos hasta su llegada. Esto último fue tomado por algunos como un gesto de invasión, no obstante, los agapianos aseguraron que se limitarían a asesorar y proveer de las herramientas necesarias para revertir la apremiante situación de la Tierra.

Hubo muchas deliberaciones y tensiones entre los diferentes países, puesto que todos deseaban tener por vecinos a tan ilustres extranjeros. Las repercusiones económicas, tecnológicas y sociales serían notables en la región en que se fundara la nueva ciudad. Las grandes superpotencias ambicionaban que se ubicara en su nación, aunque tuvieran que ceder parte de su territorio. Así el acuerdo resultó difícil a consecuencia de que ninguna de ellas toleraba,

bajo ningún concepto, que se estableciera en una de las naciones rivales. Por todo ello, se tuvo que tomar una decisión salomónica: sería fundada en un país de poca relevancia. Muchos fueron los candidatos, sin embargo, los agapianos decidieron elegir como novia, es decir como país anfitrión y que gozaría de grandes ventajas respecto al resto del mundo, a España. Quizás fue por el clima, o por el llamado «sol y playa», ya que uno de los requisitos impuestos era que tuviera salida al mar, pero la española fue la candidatura seleccionada. Una vez elegida la nación, hubo que decidir donde se alzaría la ciudad agapiana. Tras mucho buscar, y discutir entre los gobernantes regionales, a última hora se encontró la ubicación más idónea. Y fue al suroeste del país. La ciudad tendría acceso al Atlántico, lo que permitiría una buena comunicación marítima. A los futuros moradores no pareció molestarles las altas temperaturas ni la orografía de la zona, al fin y al cabo con su tecnología esto no era un impedimento. Con respecto al gobierno español, que hicieran una ciudad en el infierno mientras fuera en su territorio, también les pareció perfecto.

Ese fue precisamente el sitio elegido por mi madre para traerme al mundo. Entre un mar de hormigoneras, grúas de construcción y duros obreros, puesto que en esas fechas la ciudad estaba en plena edificación. En un principio, se produjo cierto vacío legal sobre mi nacionalidad, debido a que oficialmente aún no se había inaugurado ninguna población. No obstante, como España ya había cedido esas tierras a los agapianos, estos decidieron que yo sería el primer utopiano de la historia; pues ni los trabajadores terrícolas ni los extraterrestres destinados a la creación de la urbe podían considerarse así. Por otro lado, a mi madre la consideraron una refugiada. Así que a ella simplemente la incineraron como era habitual en su cultura. Tengo que reconocer que esta nacionalización supuso para mi persona importantes privilegios. Además de contar con todos los derechos de un agapiano, me había convertido en la imagen de la ciudad. Yo representaba la inocencia y pureza con la que querían ser identificados los habitantes de Utopía. Asimismo, los visitantes del espacio se mostraron con este gesto como seres bondadosos y paternales. Se produjo un enorme revuelo mediático con el otorgamiento de mi ciudadanía, teniendo como efecto que muchas otras personas quisieran entrar en Utopía. Sin embargo, los agapianos incrementaron considerablemente la seguridad, implantando avanzada tecnología, y nunca más nadie pudo entrar clandestinamente.

Este fue el modo en que Marcus Expósito se convirtió en el primer habitante oficial de Utopía. No me preguntéis de dónde me viene el nombre,

porque no tengo ni idea. Algún lumbrera debió de pensar que era muy solemne, ya que así parecía originario de la antigua Roma. En castellano hubiese sido Marcos, pero claro, no suena igual. Algunos dicen que como di mucha guerra al nacer, se me asocia con Marte, el dios romano de la guerra. Y eso que yo soy un angelito. Y respecto a Expósito, se trataba de unos apellidos muy empleados en los bebés abandonados cuando se desconocía la identidad de los padres. Igualmente, su origen también venía del latín, referido a los niños no deseados que eran expulsados de la familia. Los primeros meses de vida los pasé en una nave médica estacionada en el improvisado puerto estelar de la futura metrópoli. Así que prácticamente mi familia fueron los médicos, las enfermeras y los diferentes obreros accidentados que pasaban por el centro. Pronto, al no ser un lugar muy apropiado, las autoridades responsables de la creación de Utopía decidieron dar prioridad a la construcción de un internado. En un par de meses, se inauguró el Centro Stephen Hawking, cuyo único residente y estudiante en una buena temporada fui yo. Años después, cuando la ciudad fue apta, empezaron a llegar las familias —cuidadosamente seleccionadas—, junto con otros huérfanos. De este modo, pude tener algo de compañía, ya que era muy aburrido correr solo por aquellas enormes aulas y salas, preparadas para albergar a cientos de estudiantes. Por lo menos durante el día, pude jugar con otros niños; aunque cuando las clases terminaban, o sus padres lo creían oportuno, se marchaban a sus casas. Tengo que deciros que el centro no solo estaba destinado como escuela o guardería, sino que en él se realizaba toda clase de actividades ociosas para los más jóvenes utopianos. Esto permitía a sus progenitores liberarse de sus vástagos siempre que lo estimaran. El centro contaba con una legión de tutores y supervisores que efectuaban tanto tareas curriculares como los aleccionaban en los principios y valores agapianos.

Menudo rollo os he contado para decir que nací el 2 de febrero de 2045 en Utopía. Volviendo a esta fecha, otro momento trascendental de mi existencia también ocurrió en ese día, pero esta vez treinta cinco años después, concretamente el 2 de febrero de 2080. Si primero os he contado el inicio de mi vida, este podría decirse que iba a ser su final.

Mi vida en Utopía, a pesar de la ausencia de unos padres, fue bastante buena. Todos fueron conmigo muy afectuosos y protectores, llegando a tener un gran vínculo afectivo con algunos de mis tutores; asimismo, contaba con buenos amigos y nunca me faltó nada. Las facilidades proporcionadas por la ciudad, así como sus modernos y eficientes modelos educativos, me permitió realizar unos estudios fuera del alcance de cualquier terrícola.

Profesionalmente, todos decían que podría conseguir cualquier cosa que me propusiera y algunos apuntaban que mi destino sería formar parte del Consejo de la Ciudad. Este era el máximo órgano de gobierno de Utopía, y por extensión de los agapianos en la Tierra. De tal modo que se trataba de un cargo de gran responsabilidad y poder, reservado habitualmente a sujetos de gran valía ajenos a la Tierra. Algo extremadamente complicado de alcanzar, pero, al fin y al cabo, yo era el niño bonito de la ciudad.

No obstante, al destino le gusta jugar de forma retorcida y cruel con las personas, así que me tenía preparado un camino muy diferente. Tanto, que el día que cumplí treinta y cinco años se puede decir que había tocado fondo. Ya no vivía en Utopía, sino en un mundo feroz, despiadado y perverso; catalogado por muchos como de la Segunda Oscuridad. En esa época residía en una de las peores ciudades del país, bueno en verdad la mayoría se habían vuelto igual de inhabitables, el mundo entero se había convertido en un estercolero. Si bien dentro de la inmundicia, también existen diferentes tipos de clases y lo que quedaba de España se podía considerar lo más bajo posible.

El caso era que me hallaba en un diminuto piso de la periferia de Sevilla, donde cada vivienda vista del exterior se asemejaba a la celda de una colmena. Si hay un paso previo a encontrarse viviendo en la calle, yo me encontraba en él. El edificio al completo podía considerarse inmundo, siendo su estado ruinoso. Lo cual no impedía que cada mes unos gorilas vinieran a recaudar el alquiler en nombre de los propietarios, una empresa llamada Dulce Hogar. En realidad, se trataba de una sociedad china formada por fondos buitres que no tenían ninguna consideración con sus inquilinos. Aquellos que no pagaban, bien con dinero o con cualquier cosa que tuviera valor, eran inmediatamente expulsados del bloque y confiscadas sus escasas posesiones.

Por suerte, yo nunca había tenido problemas con estos matones. Aunque no solía tener monedas en mis bolsillos, las latas de comida con las que me pagaban en mi deplorable trabajo me servían como pago. Cuando la comida escasea, esta suele ser más valiosa que el propio oro. El hambre es muy mala, os lo dice uno que muchos días no disponía de nada que llevarse a la boca. No penséis que ya que como me pagaban con comida, tenía de sobra, esta apenas si me llegaba para una lata al día y para cubrir el alquiler. Eso cuando no me asaltaban por la calle y me las robaban, varias veces me las vi negras para salir con vida.

Acostumbrado a llevar una vida placentera en Utopía, ese cambio supuso para mí un auténtico infierno. No era que no lo fuera para el resto de personas

que habitaban aquel mundo, pero parecía que la vida humana podía ser capaz de adaptarse a las más duras condiciones. Para aquellos pobres desgraciados la vida los trataba con dureza, sin embargo era lo único que conocían. En cambio, yo había tenido una vida envidiable y cada día en aquel lugar me suponía un auténtico suplicio. Un hombre tarda mucho tiempo y esfuerzo en ascender, sin embargo muy poco en caer, y eso fue lo que a me ocurrió, llegando a hundirme en el más oscuro de los abismos. Yo que he visto cosas que vosotros no creeríais: naves de ataque en llamas más allá de Orión. He visto Rayos-C brillar en la oscuridad cerca de la puerta de Tannhäuser…

Uy, creo que me he equivocado, estaba citando una película clásica que vi una vez. Si no recuerdo mal se llamaba *Blade Runner*. Mis profesores decían que debíamos conocer la visión que habían tenido anteriormente del futuro los terrícolas. Me pareció que la historia estaba totalmente desfasada, decía situarse en el 2019 y no había acertado en casi nada. Robots andando por las calles como si fueran personas, y hasta parecían tener sentimientos; totalmente inverosímil, eso nunca pasará. Solo le faltó decir que los androides eran capaces de soñar con ovejas eléctricas.

Bien, estaba hablando de mí, y yo sí he estado en el espacio; pero no he visto esas cosas que dicen en la película, eso era ciencia ficción y lo mío realidad. Soy el terrícola que ha estado más cerca de las estrellas; y no como Neil Armstrong, el solo fue ahí al lado a dar un paseo por la Luna. He viajado a velocidades muy por encima de la de la luz —claro que es posible, por mucho que algunos digan que no se podía hacer— y he llegado a mundos lejanos donde habitan seres inimaginables. Así que aquí me tenéis: tras gozar de una carrera prometedora, de haber encontrado el amor de mi vida, y de vivir feliz en el lugar más idílico del planeta, todo lo perdí. Cuando uno se siente abatido y derrotado por las circunstancias, siendo cada día una lucha a vida y muerte por sobrevivir, llega un momento en que uno piensa que lo mejor sería acabar con ese suplicio. Esa fue la conclusión a la que llegué el 2 de febrero de 2080.

Recuerdo que era una noche fría. Todas lo son, pero en esa el termómetro descendió por debajo de los cero grados, después de que durante el día se alcanzaran más de 45ºC. Me encontraba tumbado en un viejo sofá que hacía las veces de alcoba; sin poder dormir, puesto que los continuos ruidos de los vecinos me mantenían en vela y en un estado de excitación aun mayor de lo que venía siendo habitual. La mala calidad del edificio hacía que oyera hasta la respiración del tipo del piso contiguo, como si estuviera en mi propia habitación. Tened en cuenta que no se trataba de unos vecinos muy

civilizados: los gritos, las peleas e incluso cuando fornicaban me era informado sin desearlo. Tengo que advertir que cuando uno sufre una mala etapa, anímicamente hablando, las noches siempre se encuadran en el peor momento del día. Mientras nos mantenemos ocupados, haciendo cualquier tarea o en compañía de otras personas —aunque sean el enemigo— nuestra mente está concentrada. Mas, cuando el sol se oculta y llega la oscuridad, nos relajamos, quedándonos solos con nosotros mismos. Es en ese instante cuando le das vueltas a los diferentes asuntos que nos inquietan y el ánimo, así como la fortaleza mostrada a lo largo de la jornada, se derrumban.

Así pues, me encontraba con un alto grado de exasperación, fruto de mi triste vida fuera de Utopía, todo ello unido a un gran cansancio. No tanto físico, sino más bien psicológico, a causa de que estaba agotado de aquella lucha sin fin cuyas posibilidades de salir victorioso eran nulas. Jamás saldría de aquel infierno, jamás volvería a Utopía y jamás encontraría aquello que me había llevado allí. A veces, solo hace falta añadir una gota para que el vaso se desborde y en ese día, en esa noche, siendo el aniversario de mi cumpleaños, mis fuerzas llegaron al límite.

Tomando una decisión, me levanté. Lentamente y de forma pausada, abrí el cajón de un viejo armario. De su interior, saqué un rollo de cinta de empaquetar casi agotado y una bolsa de plástico. Este tipo de bolsa hacía años que estaba prohibido, en cambio su uso seguía siendo muy frecuente en la ciudad. Aquella concretamente fue en la que me traje las latas de comida de mi última paga. Resulta curioso cómo un objeto que había servido para transportar mi sustento, ahora fuera utilizada con un fin totalmente opuesto. Con la misma parsimonia con la que me había incorporado, volví a sentarme en el sofá medio apolillado. Por mi mente pasó la idea de que durante un tiempo esos pequeños insectos iban a estar bien alimentados; por lo menos hasta que los gorilas que cobraban el alquiler cada mes entraran dispuestos a llevarse todo cuanto hubiera de valor en el piso, es decir nada.

Tomé un par de bocanadas de aire, seguidamente me coloqué la bolsa sobre la cabeza. A continuación, a tientas, ya que no podía ver, cogí la cinta de empaquetar que estaba sobre mi regazo y busqué el corte por donde se había quedado la última vez que la utilicé. Por más vueltas que le di, no conseguí encontrarlo; se había camuflado como el mejor de los camaleones. Al final, tuve que quitarme la bolsa y afanarme en hallar la maldita línea. La muy condenada estaba bien escondida. Tanta tecnología de finales del siglo XXI y todavía no habían encontrado una forma fácil de continuar con el uso de una cinta adhesiva. Una vez despegado un par de dedos del pegajoso

plástico, volví a colocarme la bolsa sobre la cabeza. Seguidamente, comencé a cerrarla con la cinta adhesiva a la altura de mi cuello. Cuando constaté que estaba herméticamente cerrada, me tumbé sobre el sofá boca arriba. Coloqué ambas manos bajo mi espalda y esperé a que todo acabara.

Lo ideal hubiese sido que tuviera las manos atadas, para evitar la tentación de quitarme la bolsa a última hora, pero no tenía forma de hacerlo yo solo. Tal vez, de haber tenido unas esposas me las hubiese puesto, si bien no tenía ningunas a mano. Podía haberle preguntado a algún vecino, mas no creo que la policía les dejara traérsela cada vez que soltaban a alguno de ellos. Quien quizás tuviera algunas eran los de al lado. Siempre estaban dando gritos de placer, probablemente las utilizarían en sus frecuentes juegos sexuales. Aunque tampoco creo que me las hubieran prestado. No era como ir a pedirles sal, por otro lado tampoco pensaba regresar para devolvérselas.

Tumbado con una bolsa en la cabeza, y cada vez menos oxígeno en mis pulmones, el tiempo pareció ir cada vez más lento. No muy lejos, oía el constante gotear de agua en una cacerola. Se trataba del oxidado grifo de la cocina, y desde que llegué siempre había estado perdiendo algo del preciado líquido. Por un segundo, pensé en que debía de arreglarlo pronto; las latas de comida se me iban por esa llave mal ajustada. Extraños pensamientos para alguien que está esperando la muerte. De todas formas, esa era la mejor manera que tenía para disponer de agua en todo momento. Debido a la sequía, y al mal servicio de la empresa suministradora, los cortes del suministro venían siendo frecuentes. Aquella vieja cacerola me aseguraba disponer de una pequeña provisión de tan necesario líquido. Lo peor era cuando iba al baño y al tirar de la cisterna no caía ni gota. No os voy a dar detalles, pero os diré que tenía que dejar todas las ventanas abiertas, por mucho calor o frío que hiciera.

Poco a poco, fui sintiendo como perdía el sentido. Pronto me desmayaría, y no mucho después acabaría ahogándome. Dicen que cuando uno va a morir, ve pasar toda su vida, pues es mentira. Yo no tenía miedo, no me asustaba que mi existencia acabara allí. La educación recibida en Utopía me había convertido en un ateo convencido, así que no esperaba el paso a otra vida. Simplemente, mi bombilla se apagaría para siempre. Un sentimiento que fue creciendo en mi interior, y que primero comenzó como una ligera irritación hasta convertirse en un auténtico volcán, fue la ira. De pronto, me sentí muy enojado. Había fracasado, mis grandes aspiraciones no se habían cumplido, toda una vida de esfuerzo y trabajo acabarían en un mugriento sofá sin que a

nadie en el mundo le importara. Mi paso por este mundo sería como un soplo de viento que se perdería en el vacío.

Mi conciencia estaba a punto de abandonarme, en el instante en que mi instinto de supervivencia despertó de forma fiera. Saqué las manos de detrás de la espalda e intenté quitarme aquello que estaba asfixiando. Hay que ver lo dura y resistente que puede ser una cinta de empaquetar. Aquel trozo de plástico se enroscaba a mi cuello como una anaconda a su víctima. El miedo y la rabia me invadieron. Esto produjo en mí un chute de adrenalina, proporcionándome la fuerza y lucidez suficiente para dejar de luchar contra lo que me oprimía el cuello y dirigí mis atenazados dedos contra la bolsa, en lugar de contra su cierre. El plástico, al intentar tomar un aire que se había agotado, se adhería a mi boca taponándomela. De forma torpe, pues apenas si sentía mi propio cuerpo, clavé las uñas en aquel polímero. Tiré con todas mis energías, incluso así, la oscuridad me sobrevino.

¿Morí? ¡No! Cómo voy a estar muerto, si os estoy contando esta historia. El caso fue que con ese último esfuerzo, el plástico que taponaba mi respiración —el mismo que se había mostrado inflexible e irrompible en el cuello— cedió. Esto me permitió tomar unas bocanadas de aire que me volvieron a insuflar vida. Debí de recobrar la conciencia minutos después, ya que todavía me dolían los dedos y el cuello. Lo más rápido que pude, me quité los restos de la bolsa. Ahora comprendía el sufrimiento de los peces del mar. Lamenté la estupidez que acababa de hacer, asimismo, maldije el fatídico día que emprendí aquel viaje a Argentina que a la postre supuso mi ascenso a las estrellas y mi caída al pozo, en el cual me encontraba en ese momento. Paradójicamente, esa fecha también coincidía con la de mi cumpleaños; exactamente un año antes de ese fallido intento de suicidio.

# 1
# En algún lugar sobre el Atlántico
# 2 de febrero de 2079

El suave runrún del motor gravitacional me estaba sumiendo en una ligera soñolencia; siempre que volaba sufría este efecto. La verdad es que cada vez que tenía que coger un aerobús disfrutaba enormemente con el viaje. Tal vez fuera porque al mirar al exterior, a través de aquella enorme ventanilla, únicamente veía un inmenso cielo azul sobre un mar de esponjosas nubes blancas. La serenidad reinante en aquella altitud me trasmitía una sensación de absoluta paz y libertad. Seguramente de haber tenido que ir en uno de esos aviones terrícolas, que con tanta frecuencia se caían debido a un deficiente mantenimiento, mi estado hubiese sido muy diferente. Aquella nave, un *Albatros K1*, era uno de los vehículos más seguros del universo. Se trataba de una aeronave de transporte intercontinental agapiana, una de las muchas que realizaba rutas de conexión de Utopía con el resto del planeta. Este aerobús tenía capacidad para noventa personas, pero en ese momento apenas si había media docena de pasajeros. Probablemente su bodega, con capacidad para ochenta mil kilos, sí iría al completo y retornaría de igual forma. La primera escala a la que llegaríamos sería Buenos Aires, si bien una vez me bajara, la nave continuaría su ruta por diferentes destinos de Sudamérica. El *Albatros*, como nave extraterrestre, contaba con lo último en tecnología. Disponía de un motor gravitacional que la impulsaba a velocidades totalmente incomparables a la de los aviones comerciales. Si un aparato corriente podía tardar doce horas, el *Albatros* lo hacía en menos de una hora. Estas naves, aunque podían volar en el espacio, no estaban preparadas para ir a otros mundos; por ello su uso se limitaba a transportes dentro del planeta, o en todo caso a una nave espacial que se encontrara en órbita. Asimismo, tampoco contaba con armamento. Una peculiaridad de estos aparatos era que podían aterrizar y despegar en vertical, lo que le daba una gran maniobrabilidad. Por otro lado, contaba con un sistema de seguridad que le permitía realizar un aterrizaje de

emergencia tan suavemente como una pluma al caer, en el caso de que el motor gravitacional fallara.

La nave viró ligeramente hacia un lado, solo percibido por el leve cambio de luz en su interior. El sol, que durante todo el trayecto había estado a cola, se desplazó a un lateral, justo el contrario de donde yo me encontraba. Al mirar al exterior, contemplé el reflejo de un tipo con la mirada perdida observando el vacío. No puedo decir que fuera guapo, tampoco feo, simplemente se trataba de una persona corriente que no llamaba la atención. Tenía el pelo oscuro y corto, peinado con un estilo algo chic, en el que imperaba la comodidad a la vez que seguía siendo moderno. Ese corte era muy común en Utopía, pero en el resto del mundo resultaría llamativo, ya que estaba de moda llevarlo largo o con rastas. La nave debió de cambiar nuevamente de orientación, puesto que mi reflejo desapareció del cristal. Pronto el cielo azul también desapareció, ocultándose entre las nubes. No es que fuera a llover, se trataba de la contaminación proveniente de la ciudad. Incluso a través de la ventana, y del campo de vacío que creaba el *Albatros* al volar, podía percibir el efecto dañino que aquellos contaminantes harían a mis pulmones. En realidad, yo respiraba el más puro de los oxígenos filtrados por la nave. Aunque teniendo en cuenta la mala calidad de aquel aire, tal vez se encontraba haciendo uso de los grandes depósitos de oxígeno con los que disponía. Desde luego, cuando volviera a Utopía tendría que pasar por una clínica de descontaminación; en cuanto saliera del aerobús me vería expuesto a cientos de contaminantes, virus, bacterias y toda clase de parásitos. Ese era el protocolo para todo aquel que volviera a la ciudad. Por suerte, nada de aquello debía de afectarme a corto plazo, de ello se encargarían los miles de tecnonanocuerpos que corrían por mi sangre. Estos minúsculos robots luchaban y destruían cualquier microorganismo o sustancia para lo cual fueran programados y de eso se había procurado un doctor antes de partir. Más que él personalmente, había sido el ordenador médico. Yo había visto como el doctor introducía un cilindro plateado en el dispensador clínico y pulsaba en la pantalla: «Sudamérica combinación básica». Poco después, tras usar un inyector a presión, los tecnonanocuerpos iban a velar por mi salud durante aproximadamente medio año.

Lentamente, aquellas nubes de contaminación se quedaron atrás; o mejor dicho sobre nuestras cabezas, así el suelo se hizo visible. Desde mi posición, podía ver las aguas marrones de la desembocadura del Río de la Plata. Igualmente contemplaba, bañando sus aguas, la gran extensión que ocupaba la ciudad de Buenos Aires. Con sus enormes rascacielos, largas y rectas

avenidas; así como una desmedida propagación de chabolas, llamadas en la zona como *villas miseria*. Al sur, entre todo aquel enjambre de edificios, asfalto y viviendas precarias, destacaba una enorme construcción con forma esférica. Siempre he pensado que la mejor forma de describirlo sería como un gigantesco huevo frito, ya que en su centro sobresalía una colosal bóveda semiesférica. Este edificio albergaba la Central Energética Agapiana, que proveía de electricidad a buena parte de Argentina, y ese era mi destino.

Rápidamente, la nave se fue aproximando a la central. Ahora que estaba cerca del suelo, pude apreciar la gran velocidad a la que viajamos y eso que los motores iban en modo aterrizaje, de haber ido a máxima velocidad lo hubiese visto todo de forma borrosa. El brillo me cegó por un momento, al reflejarse la luz sobre la superficie de la cúpula, fabricada con materiales que no se hallaban en la Tierra. Antes de que me recuperara plenamente, una voz anunció:

—En breves segundos tomaremos tierra en Buenos Aires. Gracias por volar con Aerolíneas Utopianas.

Instantes después, y sin que se oyera ni notara cambio alguno en nuestro estado, la misma voz informó:

—Hemos aterrizado. Pueden abandonar sus asientos, que tengan un buen día.

Inmediatamente, estiré un poco las piernas. A continuación, tras recoger mi mochila que viajaba en el asiento contiguo, me levanté. El viaje había sido corto, sin embargo a pesar de la comodidad y amplitud de los asientos, tenía las piernas algo entumecidas. Probablemente fuera un efecto secundario de haber viajado en una nave que jugaba con la ley de la gravedad. Aunque los efectos del desplazamiento eran inapreciables, el cuerpo siempre se resentía. Desde luego no tenía nada que ver con el *jet lag* que sufrían los pasajeros que viajaban apretujados en aviones comerciales. Mientras cogía mi equipaje, pude ver como un par de pasajeros más me imitaban; el resto permaneció en su sitio, continuarían viaje por Sudamérica.

Nada más salir, un golpe de calor me azotó. Miré mi reloj y marcaba las 8:15 de la mañana, hora local, es decir que en Utopía serían las 12:15. Pese a la temprana hora, hacía mucho calor. Por fortuna, mi labor en aquel lugar se realizaría en el interior de la central donde estaría bien fresquito. Bajé la rampa con cuidado, ya que era muy empinada, y esta me condujo directamente hasta la pista. Cuando embarqué no tuve que subir ninguna escalera, pues había una plataforma que conectaba directamente el puerto

espacial con la nave. En aquel momento, al volverme, pude ver en su plenitud al *Albatros K1* que me había llevado en aquel vuelo.

No puedo decir que fuera bonita aquella aeronave, en verdad, la mayoría de los vehículos agapianos no destacaban por su belleza. Para ellos era más importante la funcionalidad que el atractivo de todo cuanto construían. Podéis haceros una idea de su diseño si os imagináis un enorme cofre volante. La tapa curva sería la zona del pasaje y la caja principal correspondería a la bodega. Como única diferencia nos encontraríamos con que la parte superior contaba con una serie de ventanillas y un final ovalado. En realidad, era una nave bastante sobria.

Con respecto a la estructura principal, no se apreciaba ningún adorno ni realce. Tampoco contaba con aberturas o componentes aerodinámicos, puesto que no lo necesitaba, siendo toda la nave bastante uniforme. Lo único que sobresalía ligeramente de aquella mole, era la cabina de los pilotos, ubicada justo delante del pasaje. Aunque a la vista no resultaba muy hermosa, aquella nave era el vehículo de transporte más valioso y deseado de la Tierra. Únicamente los utopianos podían disponer de este tipo de vehículos, con la salvedad de algunas unidades que habían sido cedidas a varias ONG. Se habían ofrecido ingentes cantidades de dinero por una sola de aquellas naves, pero los agapianos se mostraban muy celosos con su tecnología. Sobre todo con la aeroespacial, que estaba totalmente vetada a los terrícolas. De esta forma, se aseguraban el monopolio de la explotación del universo. El único camino para salir del planeta era a través de ellos y más concretamente mediante Utopía.

De manera apresurada me dirigí, por una calzada pintada en verde indicativa de camino peatonal, al edificio principal. Mientras rodeaba la construcción, puede comprobar que a su alrededor había un amplio terreno baldío, de aproximadamente cien metros, hasta alcanzar una gran valla. Durante ese trayecto, lo único que pude vislumbrar fueron varias torres automatizadas de seguridad, equipadas con cámaras y potentes cañones láser. Defensas similares a las utilizadas en Utopía. Estas armas, capaces tanto de destruir un caza en vuelo como de aniquilar a un centenar de soldados a pie, formaban un impenetrable anillo defensivo. Aparte, también disponían de un modo no letal, que simplemente incapacitaba durante un par de horas a los atacantes.

Al acercarme a la entrada de la construcción, me llamó la atención oír un gran griterío. Parecía que había cientos de personas cerca. Aquella central tenía unas dimensiones considerables, así que estuve varios minutos andando

bajo aquel sol abrasador sin ver a nadie. No quería ni imaginar la temperatura que haría cuando llegaran las horas de mayor calor. Podían haber puesto la entrada peatonal más cerca de la zona de aterrizaje, o por lo menos un caminito de árboles que dieran sombra. Tampoco comprendía como podía haber un montón de gente reunida al aire libre en las inmediaciones.

Según iba caminando, empecé a vislumbrar a diversas personas al otro lado de la valla. Poco después, eran decenas y a no tardar se convirtieron en cientos. Todas ellas estaban dando gritos o haciendo sonar diversos instrumentos muy ruidosos como silbatos o cacerolas. Además, portaban peculiares pancartas y carteles. De repente, aquel gentío pareció darse cuenta de mi presencia. Al fin y al cabo era la única persona que caminaba por el camino interior. Desconozco dónde fueron a parar las otras dos personas que se bajaron de la nave; probablemente habrían entrado en el edificio por alguna de las puertas de mantenimiento laterales y que eran de uso exclusivo del personal. Todas las entradas que había visto al pasar estaban cerradas, si bien pude ver que disponían de lector óptico para personas autorizadas. Así que mis compañeros de viaje debían de ser trabajadores de la central.

El caso era que había cientos de personas señalándome e increpándome, no llegué a entender la mitad de lo que decían, pero seguro que no sería nada agradable. Esa no era la bienvenida que yo esperaba. Incluso temí por mi integridad física. No obstante, al percatarme de que entre los manifestantes y mi persona se hallaba, no solo la valla, sino un medio centenar de tropas antidisturbios, me tranquilicé un poco. Lo que desde luego me dio más seguridad fue comprobar que varias torretas automatizadas estaban activadas en modo manual. Puesto que una luz ámbar brillaba sobre ellas, indicando que desde la sala de control estaban siendo controladas en ese momento por operarios.

Me llamó la atención un pequeño grupo de antidisturbios que se mantenía más alejado de las vallas y de sus propios compañeros. Al fijarme con más detenimiento pude constatar que ni sus uniformes ni su equipamiento eran agapianos o utopianos, asimismo tampoco se trataban de policías argentinos. Aquellos hombres debían de pertenecer a un contratista de seguridad privada. Existían multitud de empresas de este tipo por todo el mundo, soldados sin patria ni gobierno que trabajaban al servicio del mejor postor, lo que toda la vida se ha llamado mercenarios. Los agapianos no contaban con apenas tropas en el planeta, utilizando por ello empresas de defensa privadas. Aunque, el poder militar extraterrestre-utopiano era muy superior al de cualquier nación debido a su muy avanzada tecnología.

Uno de estos mercenarios se percató de mi presencia en la zona. Tras hablar con sus compañeros, me señaló una gran puerta de cristal que conducía al interior del edificio. Sin demora, me dirigí al lugar indicado. Nunca se sabe lo que puede llegar volando en estas situaciones. En algunas manifestaciones, aparte de las habituales piedras, botellas y mobiliario urbano, podía ser lanzada cualquier cosa. Como por ejemplo: monedas, gafas, móviles o sujetadores —bueno, esto último lo dejamos para los conciertos—; también hay casos en que se ha arrojado hasta un cochinillo asado, con el hambre que hay en el mundo.

Nada más cruzar el doble sistema de puertas, sin duda blindadas ya que pesaban una tonelada. Un frío glacial me recibió, como se notaban que no tenían que pagar la factura de la luz.

Me encontraba en un amplio vestíbulo, que destacaba por su maravillosa iluminación, lograda tanto por las cristaleras como por las potentes luces del techo. El color predominante en aquel sitio era el blanco, parecía encontrarme en un lugar celestial. No había apenas mobiliario y adornos, siendo todo muy sencillo. Únicamente, a la izquierda había un mostrador blanco —de qué color si no iba a ser— con dos agentes de seguridad sentados tras él. En realidad, aquellos dos sujetos desentonaban con el entorno. Vestían uniforme gris, uno de ellos tendría unos cincuenta años y estaba mal afeitado, el otro se trataba de un joven imberbe con cara de pilluelo. Cuando uno entraba en ese vestíbulo parecía que estaba penetrando en el cielo, por lo que debería haber un par de ángeles para recibirme, si bien ninguno de los dos se asemejaban a seres celestiales.

Encaminé mis pasos hacia el mostrador, tampoco era que pudiera ir a otro sitio, una hilera de tornos cerrados me cortaba el paso. Así que debía pasar por el control de acceso obligatoriamente. En la valla de entrada al recinto existiría otro puesto de seguridad con una mayor dotación que solo aquellos dos individuos. Como yo había llegado volando, y la nave aterrizó en los terrenos de las instalaciones, no tuve que pasar por el primer control.

—Buenos días, me envían de Utopía —le dije al más joven de los vigilantes, que fue quien me prestó atención al acercarme.

El otro individuo permanecía muy atento mirando un monitor, cuya imagen quedaba fuera de mi vista.

—Buenas, ¿vos sos un regresado? —me preguntó con cara animada.

Ese término se utilizaba habitualmente para referirse a los agapianos, haciendo referencia a los terrícolas que habían vuelto al planeta después de muchos siglos. Desde luego tenía claro que estaba hablando con un argentino;

asimismo, si había duda, en su uniforme figuraba el nombre de Argsecurity, una empresa de seguridad privada local. No parecía que estos dos sujetos tuvieran ninguna relación con los antidisturbios del exterior.

—No, soy utopiano.

—¿Cuál es la diferencia?

—Yo he nacido en Utopía, por lo tanto soy terrícola y a la vez agapiano nacido fuera de Ágape. Así que no he regresado, puesto que tanto mis ascendientes como yo pertenecemos a la Tierra.

—¿Cómo vos os llamáis? —me preguntó el joven no muy convencido.

—Marcus Expósito.

Durante unos segundos, tecleó en el ordenador mientras su compañero miraba cada más nervioso su propia pantalla.

—Sí, me consta su llegada para hoy —declaró—. Debe reunirse inmediatamente con el director general de la central. Coja el ascensor de la derecha y pulse tercer piso, pero antes ponga la palma de su mano sobre la mesa para completar su registro.

Aquel no era un mostrador corriente; contaba con toda una serie de escáneres biométricos, que incluían el de ADN, y que permitían mi autentificación inequívoca. Sin duda, se trataba de tecnología agapiana. Hice lo que me pedía y coloqué la palma de la mano sobre el cristal, una luz roja se iluminó. A partir de ese instante el ordenador de la central registraría cada uno de mis movimientos y sabría en cada momento dónde me hallaba.

—No lo mandéis allá —espetó enojado el otro sujeto—. El jefazo está en la Sala de Seguridad, debido al desorden de afuera.

—Es verdad, entonces primera planta —reconoció el muchacho—. No me figura aquí el motivo de su visita, ¿me lo puede indicar?

Era ingeniero nuclear, así como informático de nivel cinco. Me habían enviado para reforzar la seguridad de la planta, instalando un nuevo sistema operativo que actualizaría el anterior y que permitiría un mayor control desde Utopía. Cada central eléctrica agapiana se gestionaba directamente por sí misma, siendo solo monitorizadas desde el exterior. No era habitual lo que yo iba a hacer, tal vez los cientos de manifestantes del exterior tuvieran algo que ver con esta decisión.

—He venido a realizar unas comprobaciones de seguridad —respondí sin revelar el motivo auténtico de mi cometido.

El joven pulsó varias teclas y pude ver como su mirada buscaba en una lista algo acorde con mi labor.

—Jefe, no encuentro nada —anunció dirigiéndose a su compañero.

—Seréis boludo —gritó el otro agente de seguridad levantándose de su silla.

Enojado le quitó el teclado y se puso frente al monitor. Yo aproveché ese momento para mirar que era lo que lo tenía tan concentrado en la otra pantalla. Se trataba de fútbol, como no. Estaban retransmitiendo un partido de la Copa Libertadores, en ese momento iba 0-1 para el River Plate. Jugando uno de los equipos locales, y siendo los argentinos tan forofos de ese deporte, me extrañó que hubiera cientos de manifestantes en la entrada (debían de ser todos del Boca Juniors).

—Ya está: ¡mantenimiento! —exclamó el *millonario* volviendo a retomar la retransmisión.

No estaba yo muy de acuerdo con que se me calificara como un operario de mantenimiento. ¡Ni que hubiese venido a cambiar las bombillas! Tenía un doctorado en ingeniería nuclear y era de las pocas personas del planeta que había estudiado el funcionamiento de la energía agapiana, donde tiene lugar complejas reacciones atómicas de fusión y fisión. Tras mirar la cara de aquel hincha del River Plate, que parecía encontrarse totalmente trastornado con el partido, decidí que lo mejor sería dejarlo pasar.

—Puede usted continuar, no es necesario que entre por el arco de seguridad —señaló el muchacho.

Me fijé en el arcaico detector de metales que desentonaba con la modernidad de las instalaciones, debía tener más de cincuenta años; asimismo, dudé de que realmente funcionara. Sabía con total certeza que cuando uno cruzaba la primera puerta, se efectuaba un minucioso escaneo. De haber llevado un arma, explosivos o cualquier objeto peligroso, la segunda puerta no se hubiese abierto, dejándome allí atrapado; por eso había un doble sistema. Aquel arco de seguridad simplemente estaba como atrezo para no revelar donde se realizaba el verdadero escáner.

Aquel muchacho me había tratado de usted, y eso que yo solo tenía treinta y cuatro años. Cuando un joven utiliza este pronombre, significa que te has hecho viejo. Observé la chapa de identificación que colgaba de su camisa y encaminándome a los tornos, los cuales se abrieron sin que tuviera que tocar el sensor, declaré:

—Gracias, Miguel Ángel.

—¡Chau! —me respondió sin coger mi ironía.

Una vez al fondo del vestíbulo, sin volver la vista atrás, pulsé el botón de llamada del ascensor. Al instante, las puertas se abrieron. Entré y marqué el primer piso tal y como me había indicado. Nada más comenzar a subir, un

gritó exaltado llegó hasta mis oídos. El River Plate había marcado un segundo gol.

## 2
## Central energética de Buenos Aires
## 2 de febrero de 2079

Mis pasos resonaron a lo largo de un desierto pasillo. A pesar de no tener ninguna ventana al exterior, la iluminación era deslumbradora. Eché de menos mis gafas de sol, estas se encontraban en el fondo de la mochila que llevaba a la espalda, pero no quería ponerme a sacar todas las cosas allí en medio.

Según fui recorriendo el corredor, me fijé en los rótulos que había junto a diversas puertas cerradas: Contabilidad, Administración, Personal, Ventas… Habría que decir que la planta en sí, no necesitaba muchos trabajadores para producir electricidad. No obstante, era necesaria multitud de personas para realizar tareas administrativas, siendo imprescindible una legión de abogados.

Una de las cosas que más le sorprendieron a los agapianos al llegar fue la gran cantidad de picapleitos que había en este mundo. Sobre todo tuvieron oportunidad de descubrirlo cuando un aluvión de demandas cayó sobre ellos. Algunas totalmente absurdas como la recibida por daños psicológicos de una mujer al pensar que los alienígenas estaban invadiendo la Tierra; u otra en la que un hombre los demandó porque su perro durante las noches ladraba a la luna, culpando de ello a la nave estelar que orbitaba cerca del satélite. También hubo un caso en el que demandaron a los agapianos por blasfemia, ya que Dios creó el cielo y la tierra, si bien nada dice en el Génesis que también hiciera Ágape.

Los regresados no tenían ni idea de cómo luchar contra estos tipos. Primero intentaron dialogar con ellos, pero sus exigencias eran disparatadas; después probaron a amenazar con irse y volver dentro de varios siglos. Sin embargo, tuvieron que descartarlo ya que cuando volvieran sus descendientes tendrían que pagar unos altísimos intereses de demora. Finalmente, puesto que no querían dejar deudas a generaciones posteriores, decidieron actuar de la única manera que podían: contrataron más y mejores abogados. Fue así

como los grandes bufetes del mundo lanzaron sus zarpas sobre los ingenuos agapianos, de tal forma que en cada una de sus instalaciones o delegaciones residía una horda de abogados sedienta.

Después de pasar de largo por aquellas puertas cerradas, en la que seguramente el mal residía, llegué hasta un rótulo que ponía: Sala de Seguridad. Menos mal que entré con cautela, de haberlo hecho con decisión hubiese estampado mi cara contra un cristal. Me encontraba ante otro control de acceso, a diferencia del anterior, en este el encargado se hallaba en una garita blindada.

—Buenas, buscaba al director general —anuncié cuando me hallé ante él.

El hombre me observó con atención, mientras que yo por mi parte hacía lo mismo. Se trataba de un sujeto de unos veinticinco años, bien afeitado y pelo rapado. Llevaba una camisa que o bien le quedaba pequeña o aquel sujeto era de los que se pasaba todo su tiempo libre en el gimnasio. Asimismo, por su uniforme pude comprobar que pertenecía al Cuerpo de Seguridad de Utopía. Tras observar su expresión altanera supe que iba a tener problemas para continuar.

—Nadie que no sea agente de seguridad puede pasar a la sala —dijo de manera autoritaria—. Tendrá que esperarlo en su despacho en la tercera planta.

—El director general no lo es y está dentro —objeté.

No pareció que mi respuesta le agradará, ya que me respondió de malos modos.

—Pero tú no eres él, así que largo.

Me dispuse a hacerle caso y esperar al director general arriba. Si bien no sabía cuánto tiempo iba a tardar en volver y quería acabar cuanto antes, puesto que no deseaba perder el último vuelo del día. Así que adoptando un tono más dócil manifesté:

—Agente, acabo de llegar de Utopía con una misión importante, si no puedo entrar, ¿puede avisar al director para que salga?

—No se le puede molestar —contestó de forma áspera.

Estaba claro que con aquel tarugo no iba a ir a ningún lado. Contemplé el acceso a la sala, una doble puerta de cristal que llegaba hasta el techo bloqueaba el paso. De haber habido tornos, como en la planta baja, hubiese podido saltarlos con facilidad. Iba a resignarme a mi suerte cuando advertí un pequeño panel táctil junto a la puerta.

—Vale, en ese caso no me deja otra opción —declaré.

Ante la cara de estupefacción de aquel gorila en su jaula, me dirigí hacia las puertas de acceso. Nada más llegar, posé la palma de mi mano en el panel y el cristal que había frente a mí se desplazó a un lado. Conocía perfectamente los protocolos de seguridad de aquellas instalaciones, por algo me habían encargado que los modificara. Una de las cosas que sabía era que una vez registrado en la entrada, mi nivel de seguridad cinco me daría acceso a la mayoría de las estancias.

Me interné en aquella celda de cristal sin esperar permiso. Una vez cerrada la puerta de atrás, fui escaneado por diversos sensores. Mientras esperaba que el ordenador comprobara que no llevaba nada peligroso, observé al agente de la garita. Se había quedado con la boca abierta sin saber cómo había burlado los controles. Educadamente realicé un guiño de despendida. Tal vez ese fue mi error, ya que despertó de su estupor y divisé como extendía su mano hacia el bloqueo de seguridad. Al mismo tiempo que todo esto ocurría, la puerta frente a mí se abrió; sin dudarlo la crucé.

Varias cosas pasaron a continuación: la primera, fue que entré en una gran sala con una pantalla gigante. En ella se mostraba una imagen vía satélite del acceso a la central, donde cientos de manifestantes se congregaban. En segundo lugar, la puerta por la que había penetrado se cerró y una alarma comenzó a sonar estrepitosamente. Seguidamente, todos los presentes en la estancia volvieron su rostro hacia mí. Podía decirse que esta situación tenía hasta cierta gracia; hasta el momento en el que un tipo —robusto y ya mayor, que podía ser perfectamente el padre del amigo que acaba de dejar atrás—, sacó su arma táser y me disparó.

Cuando uno tiene una pesadilla, normalmente no sabe que está soñando. Piensa que lo que ve y siente, por muy rocambolesco e inverosímil que sea, es real. Sin embargo, hay ocasiones en las que uno atisba una luz u oye una vocecita que te dice que estás en un sueño, en ese momento deseas con todas tus fuerzas despertar. Más tarde o más temprano, uno consigue salir de ese mundo; para encontrarse en otro en el que tu cuerpo está cubierto de sudor y en el que tu corazón parece querer salirse del pecho.

Después de experimentar como alguien me había tomado por una bombilla y me había puesto un cable con cuatrocientos voltios en cada oreja, lo siguiente que recordaba era haber tenido esa sensación de anhelar despertar de una pesadilla. Mi mente se negaba a creer que aquel gigante, de dos metros y de corte militar, que me miraba desde las alturas, fuera real. Por ello, mi

subconsciente pedía a gritos que abandonara los brazos de Morfeo. No obstante, aquel rostro, que me atormentaba con expresión grave, me resultó familiar. Pronto me di cuenta de donde lo había visto antes, era el individuo que me había abatido. Asimismo, no iba a marcharme a ningún lugar, ya que me encontraba en el mundo real y estaba tumbado en el suelo de la Sala de Seguridad.

—Ya despierta —anunció mi verdugo.

Unas zarpas enormes, que se unían a unos brazos como troncos, me alzaron en vuelo y me colocaron como si fuera un fardo sobre una silla. Resultaba increíble la fuerza que tenía aquel sujeto. Sus músculos, surcados con pronunciadas venas, tenían un volumen descomunal; estaba claro que se había sometido a alguna modificación genética. Estas alteraciones del ADN no estaban permitidas en Utopía, así que debieron de realizarse antes de que entrara al servicio de la ciudad. Había una vena de su cuerpo que me preocupaba especialmente, concretamente la de su frente, temí que yo fuera la causa de ello.

—All right!, puedes dejarnos, yo me encargo —dijo una voz que provenía de su espalda.

Aquel gigantón me dirigió una última mirada recelosa y pasándose la mano por su plateado y rapado cuero cabelludo, me advirtió mientras se alejaba.

—Te tendré vigilado.

Al apartarse quedó a la vista el otro individuo que había hablado, se trataba de un hombre más bien bajito que destacaba por su pronunciada barriga. Por su acento, y por la expresión utilizada, quedaba claro que era americano. Resultaba habitual que ciertos puestos ejecutivos fueran ocupados por extranjeros que hubiesen sobresalido en el mundo empresarial; como siempre los jóvenes utopianos, por muy bien preparados y estudiados que estuvieran, nunca tenían la suficiente experiencia para desempeñar estas tareas.

—No worry por el capitán Maceda —me dijo apaciguando mis temores a la vez que posaba su mano sobre mi hombro—. Tampoco le tengas en cuenta lo de antes, solo hacía su trabajo, estamos bastante tensos.

Deduje que aquel conciliador sujeto sería el director general, por lo menos era el único que no llevaba uniforme de agente de seguridad. Hasta el tal Maceda, que como capitán debía ostentar el cargo de Jefe de Seguridad de la central, vestía el reglamentario atuendo. Poniéndome en pie torpemente, le ofrecí mi mano diciéndole:

—Marcus Expósito, me mandan de…

—Sí, sé quién eres, de no ser así no estarías aquí —anunció interrumpiéndome—. Yo soy Alexander Green, el director. Already, si estás bien, mejor que te ponga al corriente de lo que está pasando.

Con delicadeza me ayudó a levantarme y nos encaminamos hacia el centro de la sala. Durante el trayecto, vi a un par de operarios con gafas de realidad virtual controlando las torretas automatizadas del exterior. Desde estos puestos de control también se podían operar con robots de combate, aunque dudaba que hubiera alguno en las instalaciones, yo por lo menos no había visto ninguno. Esta vez sí tuve tiempo de fijarme con más detenimiento en la gran pantalla que presidía la sala. La mayor parte mostraba una imagen vía satélite de la entrada exterior de las instalaciones, a ambos lados había una serie de ventanas más pequeñas que retransmitían la señal de cada una de las torretas. Las dos primeras pantallas correspondían a las cámaras que vigilaban el camino principal de acceso al edificio. Asimismo, aparecía un cartel en la parte baja en el que se informaba que estaba en modo manual y el nombre del operario que estaba controlándola.

—Hoy tenemos muchos detractores en las puertas —anunció el Sr. Green.

Al fijarme en las imágenes pude ver que portaban multitud de pancartas y carteles en los ponía: «Utopianos fuera»; «Esta tierra es nuestra»; «Usureros, explotadores» o «Queremos un precio justo».

—¿A qué se debe esto? —pregunté extrañado, ya que cuando me enviaron no me habían informado de que hubiera disturbios con los lugareños.

—Dicen que les cobramos demasiado por la luz.

—Creía que nuestras centrales ofrecían energía barata, para que así todos los terrícolas pudieran beneficiarse —comenté.

El director general observó las pantallas antes de responderme; en ellas pude ver como había una multitud de personas profiriendo gritos y haciendo mucho ruido; por suerte el sonido estaba desactivado, seguro que no era nada agradable lo que decían.

—Así es, pero el gobierno impone una elevada tasa, también las distribuidoras incrementan el precio un 400%, el precio final del consumidor es muy diferente.

—Entonces, ¿por qué protestan contra nosotros? —repliqué—. No sería cuestión de explicárselo.

Una risa grave resonó en la sala, el capitán Maceda estaba a nuestras espaldas, de inmediato manifestó:

—¡Qué listo eres! Hacía falta que viniera alguien del Departamento para decírnoslos, como si nosotros fuéramos tontos.

—Lo hemos intentado —comentó el Sr. Green, no perdiendo detalle de lo que ocurría fuera—. De todas formas, a ellos no importar.

Me fijé nuevamente en la pantalla, me llamó la atención que las diferentes personas que aparecían en la pantalla estaban clasificadas por colores. A este lado de la valla todos eran azules, no había duda de que se trataba de los antidisturbios. Sin embargo, al otro lado, la mayoría de los sujetos tenían un punto de color naranja o rojo sobre sus cabezas; también había algunos blancos, pero estos individuos normalmente desaparecían a los pocos segundos.

—¿Qué significan los colores? —pregunté a sabiendas de que como mínimo diferenciaba a los amigos de los enemigos.

El director general echó una mirada a su Jefe de Seguridad, el cual respondió:

—Los blancos son neutrales, personas de paso y algunos mercaderes ambulantes; los azules representan a nuestros mercenarios; los naranjas son manifestantes corrientes y los rojos señalan a los infiltrados, así como a policías, militares y otros funcionarios.

—¿Infiltrados? —pregunté.

—Personal a sueldo de aquellos que no nos quieren aquí y que se encargan de mantener encendida la llama.

Ahora comprendía porque no servía de nada dialogar con ellos. Se trataba de una campaña de desprestigio y desacreditación en la que participaban tanto empresas como un gobierno corrupto.

—Ayer eran una veintena y hoy son cientos. Vamos a ver en qué acaba esto —comentó el Sr. Green más para sí mismo que para los demás.

—Si me dejara el control de los mercenarios, ya se hubieran disuelto —espetó Maceda.

—Eso solo traer más problemas —respondió el director dando el tema por cerrado y volviéndose en mi dirección—. Mejor esperar y que se calmen. Already, esta es la razón por la que el Departamento de Energía quiere cambiar los protocolos de seguridad. Baja a Ingeniería y el doctor García te dará acceso al ordenador central. En circunstancias normales podrías hospedarte en uno de los hoteles de la ciudad, pero teniendo en cuenta las condiciones actuales no puedes abandonar las instalaciones. Ordenaré que te asignen una habitación por si tienes que pasar aquí la noche.

Con estas palabras me dio la espalda y se dirigió a unos de los operarios, al cual le pidió algo en voz baja. Seguidamente pude ver, en unas de las ventanas pequeñas de la gran pantalla, como la cámara hacía zoom sobre uno de los manifestantes. Se trataba de un hombre fornido de unos cuarenta años, llevaba puesta una gorra oscura con el escudo del River Plate, además portaba unas modernas gafas de sol.

Un movimiento cercano llamó mi atención. El capitán Maceda seguía a mi lado, aproximándose aún más me advirtió:

—Espero que no toques nada en mis torretas.

—No, no —me apresuré a responder poniendo pies en polvorosa—. El sistema de seguridad es independiente, no notarás que estoy aquí trabajando.

Justo antes de salir de la sala, mire atrás. El ordenador estaba haciendo un reconocimiento facial del sujeto que tanto atraía al director. De pronto, pese a los intentos del individuo por ocultar su rostro, un nombre apareció resaltado: General Joaquín Segura.

La Sala de Ingeniería se hallaba en la planta baja, por lo que tuve que bajar y volver al vestíbulo. Nada más entrar, vi que los dos vigilantes estaban charlando sin prestar atención al monitor, así que el partido de fútbol debía de haber acabado ya. Giré la esquina y me adentré por un interminable pasillo similar al de la tercera planta, parecía que la distribución era idéntica en todos los niveles. Al igual que antes, mi destino estaba al fondo; pero en esta ocasión no me encontré con ningún control de acceso, únicamente una puerta cerrada con un panel de identificación. Como no había nadie allí para preguntar, puse mi mano en el cristal y abracadabra, las puertas se abrieron.

Por un segundo pensé que había retornado a la Sala de Seguridad y que Maceda volvería a darme una descarga. Una vez pasado el *déjà vu*, pude comprobar que la distribución contaba con algunas diferencias. Tres plantas más arriba, los diferentes puestos de control estaban todos orientados hacia delante, mirando a la gran pantalla. Aquí en cambio se alineaban en círculo, teniendo como foco una plataforma central donde se hallaba un hombre con bata blanca observando una serie de monitores. Me encaminé directamente hacia él, puesto que parecía ser quien dirigía aquel departamento.

—Buenas, ¿el doctor García?

—Ese soy yo, Diego García, el encargado de Ingeniería —respondió amigablemente ofreciéndome la mano—. Como decís en la Tierra, el Diego me lo puso mi madre y lo de García ya se encargó mi padre. Tú debes de ser

Marcus Expósito, acabó de hablar con el jefazo y ya estoy al corriente con respecto a tu labor aquí.

Le di la mano y me la estrechó fuertemente, a pesar de su edad se le veía con pulso firme y de gran vitalidad. Calculé que debía de rondar los ochenta años, sin duda era uno de esos hombres que prefieren trabajar hasta el día de su muerte que esperar sentado en un tentador sillón. Lucía una despeinada y alborotada media melena totalmente blanca. Entre eso y su bata, parecía un espectro; eso sí, el típico fantasma bueno de las películas que aparece para ayudar al protagonista. Durante unos segundos, se quedó mirándome fijamente sin decir nada. Una sonrisa amplia se dibujó en su rostro, sin llegar a soltarme la mano en ningún momento. Ya empezaba a ser algo incomoda la situación, cuando señaló:

—Has crecido mucho desde la última vez que te vi.

Me quedé totalmente desconcertado, no recordaba haberme cruzado jamás con aquel hombre y desde luego no era alguien que se olvidara fácilmente. Por otra parte, nunca había oído su nombre, ni siquiera dentro del Departamento de Energía. Debió de notar mi extrañeza ya que se apresuró a añadir:

—Solo tenías unos días cuando fui a visitarte a la nave médica que te acogió tras tu nacimiento. Yo trabajaba por entonces en la construcción de la central energética de Utopía y ninguno de los agapianos allí destinados quisimos perdernos aquel acontecimiento: el primer utopiano de la historia.

Ya sabía que mi venida al mundo había creado un gran revuelo; muchas personas, incluidos mandatarios extranjeros, fueron a visitarme. Evidentemente no recuerdo nada de aquello; pero mi nombre quedó grabado en muchos de ellos, en otros, en cambio, cayó en el olvido en cuanto dejó de ser noticia.

—Te he preparado un lugar tranquilo donde tendrás acceso total al ordenador central —me comunicó el doctor García cambiando de tema y señalándome una zona de trabajo al fondo de la sala—. Si necesitas cualquier cosa, simplemente pídelo; pero avísame cuando vayas a hacer algún cambio en los sistemas críticos.

—De acuerdo, solo precisaré de una conexión con el Departamento de Energía cuando haya instalado el nuevo *software*.

—Ese terminal ya lo tiene, únicamente tendrás que establecer los protocolos de comunicación.

Parecía que aquel agapiano, uno de los pocos que trabajaban en las instalaciones, ya había tenido en cuenta mis necesidades, así que dándole las

gracias me encaminé a mi nuevo puesto de trabajo, en el que tendría que pasar largas horas. Antes de alejarme, el jefe de ingenieros me comentó:

—Y aquí no tienes que preocuparte de Maceda, el único calambrazo que te puedes llevar es de la mucha electricidad estática que hay por toda la planta.

Al unísono, la media docena de trabajadores de la sala rieron. Parecía que mi incidente con el capitán se había hecho muy popular y ya la plantilla al completo estaba enterada de los hechos. Hay que ver la velocidad con la que se extienden las noticias bochornosas en los centros de trabajo. Bajé la cabeza y caminé avergonzado en dirección a mi rincón de castigo. Temí que cuando volviera a Utopía, mis compañeros de trabajo ya estarían informados también; en ocasiones los rumores cruzaban el Atlántico más rápidos que un *Albatros*.

Tomando asiento en el ergonómico sillón, encendí la pantalla y me mentalicé para comenzar las tareas por las que había hecho aquel viaje. Cuanto antes acabará, antes me iría. Lo primero que tendría que hacer era una partición del sistema, donde instalaría el nuevo sistema operativo. Después, tendría que configurar este con los parámetros del primero, añadiéndoles unos protocolos para ser controlado desde Utopía. Por último, después de tener un sistema de arranque dual y ver que todo era correcto, eliminaría el *software* original.

Así dicho parece sencillo, pero en realidad es algo muy complejo y delicado. No hay que olvidar que lo que este sistema operativo manejaba era el *hardware* más avanzado de la Tierra, donde únicamente un ordenador cuántico extraterrestre podría operar con las incalculables operaciones de una Central de Energía FIFU (Fisión y Fusión). Los agapianos no solo controlaban, de forma muy superior a los terrícolas, la energía que se producía al dividir el núcleo de un átomo en otros más ligeros, sino que después eran capaces de volver a unirlos; dominando la fusión en frío, algo que antes los humanos apenas si se atrevían a soñar. En estas instalaciones tenía lugar complejas reacciones en cadena de fisión y fusión, produciendo ingentes cantidades de electricidad. Asimismo, al prescindir de materias primas radiactivas, resultaba una energía limpia y segura; tanto que si la instalación dejaba de funcionar, sencillamente los procesos se detendrían sin ningún peligro. Eso sí, para volver a encenderla se tendría que traer una masa crítica de otra central o de una nave estelar, la cual utilizaba generadores análogos.

Al principio, estas instalaciones tuvieron grandes detractores, ya que se pensaba que eran como las de energía nuclear terrícolas. En el pasado ya

había habido grandes catástrofes: la de Chernobyl, la de Fukushima o en menor medida la de Garoña. Comparar una central nuclear agapiana con una de la Tierra, era como hacerlo entre un moderno automóvil y un carro tirado por bueyes, además las agapianas no arrojaban mierda. Pronto, los grupos ecologistas descubrieron las ventajas de esta energía, y el gran aporte que haría a la naturaleza, así que aparte de tolerarlas, llegaron a reivindicar la sustitución de las antiguas centrales por éstas.

Todas virtudes salvo una. Un obstáculo insalvable sería si se apagaran a la vez la totalidad de los generadores agapianos. Ocurriría lo mismo que si quisieras hacer fuego. Si tenías una fogata o un mechero resultaba muy fácil, en cambio hacerlo con un par de palos o golpeando unas piedras la cosa se complicaba. Con esta energía pasaba lo mismo, podías llevarla de un generador a otro pero no podías iniciarla desde cero. Así que el control absoluto estaba en manos de los agapianos. Si se eliminaban las fuentes de producción terrícolas, el planeta entero quedaba en manos de un pueblo proveniente de otro mundo.

En Utopía había una leyenda que decía que la primera masa crítica de un generador FIFU fue obtenido por los mentores hacía miles de años de una estrella. Los regresados contaron que sus antepasados eran originarios de la Tierra y que fueron los mentores, una raza alienígena nómada, quienes después de establecer contacto con los humanos se marcharon llevándose a cientos de personas voluntariamente —la mayoría pensando que se iban con los dioses—. Estos seres fundaron una colonia en Ágape, donde se establecieron junto con sus seguidores terrícolas. Con el tiempo, esta civilización, guiada devotamente por los mentores, creció y se expandió. Pasados varios siglos, los extraterrestres decidieron que su labor había concluido y partieron; dejando a los agapianos una sociedad avanzada cuyos principales pilares habían heredado de sus benefactores. El nuevo pueblo, ya en solitario y libre de guerras internas que recorrían la Tierra, así como de las enfermedades que la azotaban, pronto lo superó en población. No obstante, su tecnología les abría las puertas a nuevos mundos y colonizaron los pocos planetas que encontraron habitables. Siempre con una regla: no interferir en civilizaciones menores hasta que estas alcanzaran un nivel de desarrollo establecido. Norma que quebrantaron con el tercer planeta del Sistema Solar, pero era en ese momento o nunca. La Tierra se veía abocada a su autodestrucción y solo los regresados, trabajando conjuntamente con los nativos, podían revertir tal situación; algo que hasta el día de hoy estaba resultando infructuoso.

En todo caso, la historia que había llegado hasta los agapianos fue que los mentores obtuvieron su tecnología FIFU de la combustión de una gigante roja, justo antes de que destruyera su planeta natal. En Ágape, incluso, al mirar el cielo, tenían una estrella a la que llamaban: La Muerte de Mundo, a la cual le atribuían la destrucción del hogar de los mentores. Algunos dicen que este astro se apagó hace miles de años, pero que su luz aún es visible debido a la demora producida al viajar por el espacio. Así pues, esta era la supuesta forma por la que los extraterrestres obtuvieron una energía casi infinita. Vagando desde entonces por el universo e instruyendo a civilizaciones menores. De todos modos, esta historia no se ha podido corroborar, pues hacía siglos que nadie había visto a un mentor.

Uno de los principales problemas del sistema de suministro eléctrico terrícola siempre había sido la imposibilidad de almacenar energía, teniendo que diversificar sus fuentes y redirigirla según la demanda. Esta eventualidad no se producía en las centrales agapianas, ya que aparte de generadores eran unas inmensas baterías. Alrededor del núcleo fluía un plasma donde las reacciones nucleares continuaban a menor escala. Este fluido conservaba grandes cantidades de carga positiva y negativa, siendo bastante manejable. Tanto que los vehículos, maquinarias y en general cualquier aparato electrónico utopiano podía utilizar este plasma; concretamente en las llamadas baterías FIFU, siendo recargables en la red eléctrica o directamente depurándole nuevo plasma.

Precisamente fue esta energía la que hizo que mi terminal personal portátil (TEPEPO), es decir lo que vosotros llamáis un móvil, sonara. Fueron dos pitidos, así que se trataba de un mensaje. Sin dilación, saqué el aparatito del bolsillo y lo comprobé. El contenido del mensaje no me hizo mucha gracia:

«Aerolíneas Utopianas informa que la ruta Buenos Aires-Utopía queda suspendida hasta nuevo aviso».

No tenía muchas esperanzas de que acabara mi tarea en ese día; pero esperaba, a no muy tardar, poder volver en el siguiente. Ante esta eventualidad, continué con lo que estaba haciendo, aunque me lo tomé con más calma. De todas formas, el ritmo no lo marcaba yo, sino el ordenador central. La mayor parte del tiempo me lo pasaba mirando como en la pantalla subía una barra con un porcentaje. A veces decía que estaba descargando de los servidores centrales de Utopía, otras copiando archivos, mientras que otras veces se encargaba de instalar y procesar la información, pero cada tarea que le ordenaba tardaba bastante. La prioridad del sistema era gestionar el

generador FIFU, así que este se llevaba la mayor parte de la capacidad del ordenador cuántico, proporcionalmente muy pocos recursos.

Entre una de estas pausas, observé que estaban haciendo las demás personas de aquella sala. El ingeniero jefe se había marchado y únicamente quedaban un par de operarios. No me sorprendió comprobar que la mayoría del tiempo estaban o bien jugando con su terminal personal, navegando por la intranet de Utopía o incluso viendo una película. En realidad, todo estaba automatizado, el ordenador principal realizaba la totalidad de las tareas, desde aumentar o disminuir la energía, hasta gestionar la entrada de materias primas. El personal humano únicamente estaba allí para supervisar. Tomando ejemplo de mis compañeros de fatiga, cogí mi supermóvil e inicié una aventura gráfica, a la que llevaba varias semanas jugando. Apenas un par de veces, tuve que levantar la vista para pulsar en la pantalla del ordenador: «Siguiente». Iluso de mí, creía que todo iba a ser así de sencillo.

# 3
# Sala de Ingeniería
# 2 de febrero de 2079

Creí que la vida de un ingeniero informático sería algo fascinante, siempre manejando ordenadores y haciendo programas o *jueguecitos*, pero no fue así. En realidad, me pasaba las horas delante de la pantalla, escribiendo en un lenguaje que únicamente la maldita máquina entendía, y eso cuando ella quería. A veces, el más pequeño de los problemas podía llevarme días enteros para solucionarlo, suponiéndome un tremendo quebradero de cabeza que en ocasiones se arreglaba de forma espontánea sin saber cómo. Lo peor quizás fuera cuando me tocaba lidiar con personas que no tenían ni idea de cómo utilizar un ordenador. Recuerdo una llamada que recibí, cuando trabajaba en el Soporte Técnico del Departamento de Energía, en la que un tipo me preguntaba cómo se escribía la arroba (@). Otra incidencia llamativa fue la de una mujer que quería que fuera alguien a su casa, debido a que no le funcionaba su dron doméstico. El caso era que después de cambiarle la batería por una nueva con más autonomía, resultó que no le había quitado el precinto a los contactos de la célula energética. Algo obvio, solamente había que seguir las instrucciones: «Retirar antes de usar».

Por suerte para mí, en aquel trabajito en Buenos Aires ni tenía que tratar con ningún lumbrera ni el ordenador central estaba dando problemas en asimilar el nuevo *software*. Lo único que tenía que hacer era esperar con paciencia a que todo se instalara. A lo largo del día solo salí de la sala un par de veces. Una para almorzar, en el comedor de la segunda planta, y la otra para estirar las piernas. Nadie me puso reparo alguno en deambular por las instalaciones, a pesar de ser de máxima seguridad. Al fin y al cabo mi nivel de acceso era total y si la puerta se abría significaba que podía estar ahí.

No se puede decir que entablara mucha relación con los demás trabajadores, la mayoría eran argentinos así que me trataban como un extranjero en su tierra que había venido a quitarles el trabajo. Con quien sí

intercambié algunas palabras fue con Miguel Ángel, el guarda de seguridad de recepción. Me contó que los manifestantes se habían ido, pues solamente acudían a primera hora de la mañana. Durante el resto de la jornada hacía mucho calor, por lo tanto no volverían hasta el día siguiente.

Cuando volví al terminal de la Sala de Ingeniería me encontré con un error en la pantalla:

«La acción no se ha podido completar porque el usuario no está autorizado, por favor ingrese contraseña».

Sin dilación, comprobé a qué se debía aquello. En ese momento, el ordenador estaba copiando las cuentas de usuario al nuevo sistema operativo. Concretamente la que no me había dejado exportar era la del director general, ni siquiera mi nivel de seguridad había permitido operar con ella. Tenía dos opciones: buscar y desencriptar la clave en el sistema antiguo o ir arriba y pedírsela al señor Green. Puesto que la primera me iba a llevar un par de horas, decidí optar por la segunda. Otra manera de continuar hubiese sido desproteger la cuenta del director rompiendo las protecciones, pero no quería dejarla abierta y que cualquiera pudiera entrar. Si después se hacía pública alguna foto comprometida de él, iba a ser yo quien pagara el pato.

No sabía dónde estaría el director a esa hora. Puesto que los manifestantes se habían marchado, supuse que se encontraría en su despacho. Así que nuevamente en el ascensor pulsé el botón de la tercera planta. En cuanto se abrieron las puertas, me encontré con una visión muy diferente a la que hallé en los otros pisos. Frente a mí podía ver en todo su esplendor la gran bóveda semiesférica. En su interior trabajaba oculto a la vista, e incesantemente, el generador FIFU.

En las otras plantas me había topado con un largo pasillo, donde a ambos lados se sucedían multitud de puertas que conducían a los diferentes departamentos de la central. Sin embargo, aquí, el ala izquierda estaba sin edificar, encontrándome en su lugar un amplio y extenso ventanal a lo largo del corredor. El lado derecho también tenía una distribución diferente a la de las otras plantas, habiéndose sustituido las innumerables estancias por un vasto vestíbulo. Estuve tentado de cruzarlo y asomarme a las vastas cristaleras, sin duda hubiese visto la entrada de las instalaciones, puesto que al fondo podía apreciar el contorno de los grandes rascacielos de Buenos Aires. Asimismo, tenía curiosidad por comprobar si los manifestantes se habían marchado realmente, tal y como me había dicho Miguel Ángel.

Olvidándome de lo que sucedía en el exterior, me concentré en el entorno donde me hallaba. Percibí cierto aire lujoso, algo que desentonaba con la

sencillez y sobriedad del resto de las instalaciones. Aunque en verdad, allí era donde trabajaban los directivos y ellos siempre eran especiales.

Caminé por aquel blanco e inmaculado vestíbulo en dirección al fondo de la estancia, donde vislumbré una diminuta mesa con una persona sentada al otro lado. En realidad no eran pequeñas ninguna de las dos, sino que la sala tenía unas considerables dimensiones, encontrándose ambas bastante alejadas. Al aproximarme, no presté ya mucha atención al mobiliario, puesto que todo mi interés se centró en aquella mujer, la cual me observaba atentamente.

—Buenas, busco al Sr. Alexander Green —comenté una vez frente a ella.

—Ahora mismo no puede atenderle, tiene una videoconferencia con Utopía. Si es tan amable de esperar, le aviso en cuanto acabe —me indicó con una dulce voz—. ¿Cuál es su nombre?

Ante la mirada de aquellos ojos oscuros, que me cautivaron al instante, me quedé unos segundos en silencio. Tal vez pensó que se encontraba ante alguien lelo, o algo así, pues volvió a preguntármelo recalcando las sílabas:

—¿Su-nom-bre?

—Marcos Expósito —acabé diciendo ante su insistencia.

—¡Ah!, ¿al qué Maceda ha disparado?

Resultaba evidente que me había vuelto muy popular por aquellas latitudes, por desgracia como evento jocoso del día. No parecía que lo hubiese dicho en tono irónico o burlón, simplemente estaba señalando un hecho.

—Justo hace un minuto el director ha preguntado por usted. Ahora mismo estaba buscando su número de móvil en el directorio.

Me asomé por el lado de la mesa y pude ver como tenía abierta mi ficha en donde figuraban todos mis datos personales y profesionales; allí desde luego no decía nada de que fuera un operario de mantenimiento como se me había catalogado abajo. Me pregunté si habría estado fisgando mucho sobre mi persona o se limitó a buscar el número de teléfono, desde luego tenía mucho por husmear, ya que contaba con una extensa carrera profesional. Había estudiado varias carreras entre ellas Ingeniería Nuclear, Informática o Administración. Pensaréis que esas eran muchas horas de hincar los codos; pues no, fueron muchas horas reclinado en un sillón conectado neuronalmente al ordenador educativo de Utopía. A través de este dispositivo leía multitud de libros de texto y materiales didácticos, a la vez que era bombardeado con ondas cerebrales (en la mayoría gammas) que permitían que aprendiera y retuviera información con menor esfuerzo.

Si estaba deslumbrada por mi currículum, no lo demostró. El que sí que se quedó sorprendido fui yo. Había dicho que el director general me estaba

buscando, y eso no solía ser algo bueno. Iba a preguntarle sobre el motivo por el que demandaban mi presencia cuando un pitido sonó procedente de la mesa.

—Mire, ya ha terminado la videoconferencia, puede pasar, le está esperando.

Dándole las gracias me volví y me dirigí hacia una enorme puerta de caoba de doble hoja. Di dos golpes en la madera y entré sin esperar respuesta, hay malas costumbres que son difíciles de abandonar.

—Come in, come in! —dijo el director general al verme, a la vez que realizaba un gesto para que me aproximara—. The person con la que quería hablar, you are fast.

—En verdad, Sr. Green, venía por otro asunto. No sabía, hasta ahora que me lo ha dicho su secretaria, que me andaba buscando.

—No problem, lo importante es que estás aquí. Llámame Alex, no hace falta ser tan formal. Acabo de hablar con el delegado especial y está muy preocupado con la situación, por lo que tu tarea tiene prioridad. Quieren tener el control total de la central desde Utopía, inmediatamente, si necesitas ayuda pídesela a Diego.

El delegado especial para la Tierra era la máxima autoridad de los agapianos en el planeta. En asuntos externos, incluso, por encima del Consejo de Utopía; limitándose este último más a cuestiones internas de la ciudad. Muy mal tenía que estar la situación para que él centrara su atención en esta remota central.

—Ya casi he acabado —apunté intentando tranquilizar a mi interlocutor —. Solo me queda hacer unos ajustes y probar con las simulaciones. Mañana a primera hora estará todo a punto.

—¿No puede ser antes?

—No, si no quiere correr el riesgo de que el núcleo estalle. El ordenador se halla muy ocupado con las tareas propias de las instalaciones y tarda más de lo habitual en procesar mis órdenes.

—Ok —declaró el Sr. Green, dando por bueno mi plazo—. Esta central cuenta con un equipo mínimo, los agapianos tienen miedo de que su tecnología de última generación caiga en malas manos. Pero ¿por qué tú buscar?

Aunque yo tenía nivel de seguridad cinco, no estaba autorizado a conocer las contraseñas de los demás. Era algo muy personal y secreto, únicamente un responsable de los archivos tenía la capacidad para crearlas, modificarlas o eliminarlas. Por otro lado, en el Departamento de Energía, me podían haber

pasado la clave del director. Para ello hubiese tenido que rellenar una solicitud justificándolo y después esperar a que se aprobara. Mucha burocracia para obtener una sencilla sucesión de letras y números. Mejor tratar el asunto directamente con el usuario afectado. Por tanto iba a pedirle que me acompañara tres pisos más abajo para que introdujera su contraseña y la cuenta pudiera copiarse en el nuevo sistema. Algunos directivos me hubiesen mandado a la mierda por hacerles perder el tiempo de tal modo, si bien el Sr. Green no parecía uno de esos tiranos.

—Necesito su clave de acceso para completar el proceso —solicité esperando no equivocarme con aquel hombre.

—All right!, mi secretaria te la dará, yo no recordar.

Olvidar la contraseña solía ser algo usual. Normalmente se guardaba de forma electrónica en el terminal para su uso automático mediante autentificación táctil, resultando innecesario recordarla, así que se acaba olvidando. Cuando trabajé en el Soporte Técnico, esta siempre era la primera causa por la que me llamaban. No obstante, me parecía irregular que su secretaria estuviera en posesión de una clave personal e intransferible, por muy extendida que estuviera esta mala costumbre entre los trabajadores. Puesto que tampoco quedaba como muy reglamentario que a mí me la facilitara de aquel modo, me abstuve de comentar nada.

—Laura, ¿puedes venir? —pidió el director general pulsando un botón de su escritorio.

Conque así se llamaba, tomé nota mental para recordarlo, ya que de ella no me iba a olvidar fácilmente. Instantes después, la puerta se abrió y aquella secretaria que me había atendido anteriormente entró con decisión. Ahora que la veía de cuerpo entero, y no sentada detrás de un escritorio, pude contemplar su figura perfecta, ni delgada ni demasiado gruesa. Iba vestida con pantalones y blusa oscura, una ropa sencilla pero al mismo tiempo elegante. Se movía con garbo y llevaba el pelo recogido atrás, en un moño que le daba un aire seductor. Tras agraciarme con una amigable mirada, se colocó frente al director general.

—¿¡Sí!?

—Dale a Marcus mi clave, él la necesita.

—Ahora mismo —respondió dándose la vuelta.

Esto me permitió admirarla desde otro punto de vista. El Sr. Green también la contempló, de forma poco pudorosa a pesar de que tenía edad para ser su padre.

—Mejor que corras tras ella —señaló sin quitarle la vista de encima, y sin yo saber en qué sentido lo había dicho.

Me despedí apresuradamente y anduve tras sus pasos. La encontré inclinada sobre su escritorio en una postura bastante sugerente. De inmediato, se incorporó y me dio un pequeño papel en el que rezaba con una caligrafía exquisita:

«Alexander Green, ALGR56».

Me hubiese gustado que en aquel papel figurara algo más; como su número de teléfono, pero me tendría que conformar con aquello.

—Muchas gracias, esto es justo lo que venía buscando —respondí.

—Que tenga un buen día y para cualquier otra cosa aquí me tiene —me dijo amablemente.

No voy a decir lo que pensé en ese instante pero varias ideas en las que estábamos solos ella y yo pasaron por mi cabeza. Satisfecho de obtener la clave del director, y habiendo conocido a aquella encantadora secretaria, me marché en dirección al ascensor. Ya me estaba cansando de tanto sube y baja por aquellas instalaciones. Con suerte pronto volvería a Utopía, si bien no sería de la forma en que esperaba.

Antes de regresar a Ingeniería decidí pasar por el comedor, sentía un agujero en el estómago, el cual tenía prioridad frente a retomar el trabajo. Así pues, me bajé en la segunda planta. A esa hora, a diferencia de la del almuerzo, no había muchas personas; se veía que la mayoría del personal cenaba en su casa o en la residencia proporcionada por Utopía fuera de las instalaciones. Me aproximé al mostrador y seguidamente busqué el contorno dibujado de una mano. Nada más colocar mi palma sobre el lugar indicado sentí un ligero cosquilleo. A continuación, la pantalla táctil se encendió mostrando mi perfil. Allí figuraban todos mis datos, desde las últimas comidas que había tomado en Utopía hasta los resultados del análisis clínico que acaba de ser efectuado al poner mi mano sobre el mostrador. Asimismo, me sugería una serie de menús que podía solicitar, teniendo en cuenta lo que había digerido los días anteriores, las necesidades de mi cuerpo y los platos disponibles en la cocina. Todo estaba calculado para tener una dieta completamente saludable y equilibrada, donde en cada momento se proporcionaba la cantidad óptima de hidratos, proteínas y vitaminas. Estuve tentando de hacer uso de mi comodín. Una vez a la semana se nos permitía tomar una comida fuera de los menús sugeridos, no obstante, decidí dejarlo para un sitio mejor. Utopía contaba con muchos locales con *glamour* donde se

servían comidas poco saludables pero muy deliciosas. El problema era obtener mesa. Al ser gratis y atractivos estos restaurantes, había que hacer la reserva con bastante antelación. En cambio, los comedores con autoservicio, como aquel en el que me encontraba, siempre estaban a disposición de quien quisiera. Finalmente, me decanté por uno de los menús sugeridos: sándwich con ensalada. Me volví y tomé asiento en una de las muchas mesas vacías que había en la sala.

No tuve que esperar mucho hasta que un dron con una bandeja salió del dispensador, posándose suavemente frente a mí. El ordenador central sabía con precisión donde me hallaba sentado, de tal modo que cuando la comida estaba lista se enviaba directamente a la mesa. Comí tranquilamente escuchando el hilo musical, estaba reproduciendo una relajante música que identifiqué como de New Age. Resultaba curioso que calificaran aquel estilo musical como de Nueva Era cuando hacía más de un siglo que se venía interpretando. Por otro lado, hubiese sido más apropiado llamarla música cósmica, pues contaba con muchos seguidores entre los agapianos. Una vez terminada mi cena, pulsé el botón de retorno y la bandeja partió solita hacia el lugar por el que había aparecido. Sin duda, los restos de la comida acabarían en el núcleo del generador FIFU. Esa era otra de las ventajas de la tecnología agapiana. Puesto que permitía deshacerse de forma limpia de toda la basura producida, la cual aunque fuera de forma nimia crearía energía.

Ya había solucionado el problema del vacío de mi estómago, así que, hay que reconocerlo sin ninguna gana, me dirigí a la Sala de Ingeniería. Nada más entrar, el doctor García me vino al encuentro:

—¿Qué pasa muchacho? ¿Cómo va la cosa?

—Bien, pronto terminaré mi tarea aquí —respondí caminando hacia mi terminal.

—Asegúrate antes de que todo funcione perfectamente, con estas cosas no se pueden correr riesgos. De todas formas, no vas a poder irte. La presidenta Alejandra Torres ha ordenado el cierre del espacio aéreo argentino a las naves agapianas.

En el acto me detuve, aquello se ponía peor de lo que había pensado. Ese era pues el motivo por el que había recibido un mensaje comunicándome que los vuelos estaban suspendidos. Con esta noticia, los manifestantes y el nerviosismo de los altos cargos, no había duda que la tensión iba en aumento. Desde luego, lo más prudente sería salir de allí cuanto antes, si bien no parecía que fuera posible de momento.

—Podrías coger un vuelo comercial —apuntó García—. Aunque yo antes que eso me vuelvo a nado. No veas el mantenimiento tan chapucero que tienen, eso por no hablar de su rudimentaria tecnología de vuelo.

—¿Por qué han tomado esa decisión? —pregunté, estando totalmente de acuerdo con sus manifestaciones.

—Digamos que el gobierno argentino se está volviendo cada vez más antiagapiano. Después de todo lo que hemos hecho por ellos. Les dimos la mano y ahora quieren quedarse con el brazo completo. Pues que tengan cuidado, nosotros somos agapianos, si nos cortan un miembro nos ponemos uno nuevo y les pegamos con él una hostia que los mandamos para el otro lado.

¿Quién hubiera pensado que aquel afable anciano fuera tan impetuoso? Resultaba evidente que cuando se enfadaba tenía muy malas pulgas, y esto siempre ocurría cuando algo afectaba a sus instalaciones.

—Tendrán que ceder, ¿qué van a hacer sin la energía que les proporcionamos? —señalé intentando calmarlo.

A García empezó a ponérsele la cara roja y temí que debido a su edad le fuera a pasar algo. En un principio, había calculado que tendría sobre unos ochenta años. Sin embargo, ahora que sabía que procedía de Ágape, podrían ser muchos más. Aunque no habían descubierto el elixir de la eterna juventud, sí que contaban con una esperanza de vida muy superior a la terrícola. Las modificaciones genéticas, unidas al uso de tecnonanocuerpos, habían permitido a algunos agapianos vivir más de 500 años. Sin duda una edad considerable, más aún estaba lejos del record terrícola cifrado en 969 años, ¿sabéis quién fue?, un tipo llamado Matusalén. De todas formas, las fuentes de este prodigio no son muy fidedignas.

—No sé, no sé, esta gente es muy temperamental y han centrado sus frustraciones en nosotros —me respondió algo más sosegado.

Me fijé en los diferentes gráficos de las pantallas colgadas por las paredes. Uno de ellos indicaba los megavatios que estaba produciendo la planta, así como los demandados por Argentina, prácticamente ambos eran similares. Por otro lado, la central mantenía una considerable reserva de energía, pudiendo mantener el suministro durante horas con el núcleo apagado. El 73% de la electricidad consumida en aquel país era producida allí, eso suponía una gran dependencia de la tecnología agapiana.

—Entonces, ¿para cuándo habrás terminado? —preguntó García cambiando de tema.

—Por la mañana. Primero tengo que hacer unas tareas que tengo pendiente. Esta noche dejaré al ordenador haciendo simulaciones y a primera hora, si son correctas, ya podré hacer el cambio de sistema operativo.

—Tómate el tiempo que sea necesario, no hay prisa, lo importante es la seguridad.

El director general y desde Utopía me pedían que me apresurara, ahora el jefe de ingenieros me decía lo contrario. Pues ni unos ni otros, yo iba a tardar lo mismo quisiera o no, el tiempo lo marcaba el ordenador y este me decía que hasta el día siguiente no iba a acabar con todas las operaciones.

Dejé al jefe de ingenieros en su plataforma central y me dirigí a mi puesto. Nada más tomar asiento, seleccione la pestaña en la que me solicitaba la clave del director general, sin demora la introduje. Por fin el ordenador se puso a importar los datos de aquella cuenta de usuario. Aquello no debía de llevarle mucho tiempo, como las cuentas se copiaban de menor a mayor jerarquía la de Alexander Green debía de ser la última.

No obstaste, surgió un nuevo problema. La barra de progreso, después de un rápido avance, se quedó casi detenida en un punto a la mitad. Inmediatamente, hice clic en «detalles». Una carpeta cuyo nombre estaba compuesto por una sucesión de números y letras estaba siendo copiada. Por el formato parecía que se tratará de un directorio utilizado por el sistema, pero aquello no tenía sentido; el ordenador no guardaba este tipo de archivos en el directorio de cuentas de usuarios.

Ya que la barra avanzaba muy lentamente, decidí cotillear un poco y ver que estaba copiando. Haciendo uso de la clave del director general —la cual era personal e intransferible—, entré en su directorio y busqué la carpeta. No la encontré, aquello me resultó extraño. Perezosamente, tecleé la sucesión de números y letras en la barra de dirección; al segundo un montón de elementos me aparecieron listados en la pantalla. La muy condenada carpeta estaba en modo oculto. Con un rápido vistazo, descubrí que allí estaba toda la información técnica de la central, desde el mantenimiento hasta las especificaciones del generador. Se trataba de material sensible y clasificado a muy alto nivel.

Hay que tener en cuenta que un director general tenía a su disposición aquella información, mas a esta debía de accederse cumpliendo con los protocolos. No estaba permitido que este tipo de datos estuvieran guardados en una cuenta de usuario, donde la seguridad era menor. Su acceso tenía que quedar registrado y justificado. El Sr. Green me caía bien, pero me veía

obligado a informar de aquello al Departamento de Energía; como mínimo, sería apercibido por su negligencia en la custodia de tecnología agapiana.

Puesto que aquella información no podía estar allí, cancelé el copiado permitiéndole conservar los demás datos personales. Con eso concluían las tareas de instalación y configuración. Ya solo me quedaba ejecutar un programa de simulaciones, el cual estaría bastante tiempo operando, debido a que el ordenador general seguía dando prioridad al control del generador FIFU.

Miré el reloj, marcaba las 10:15 HL (hora local) y debajo, en números más pequeños, las 02:15, que era la hora que tenían en ese momento en Utopía. Llevaba catorce horas en Buenos Aires, aunque me pareció que habían sido más. Agotado, dictaminé que sería mejor irme ya a dormir. Lamenté que los vuelos se hubiesen cancelado. Podía haber dormido en mi cama y regresar al día siguiente; pero como no era posible, me encaminé a la habitación que me había sido asignada.

Se trataba de un cuarto sencillo, si bien confortable. Apenas si había una cama, una mesa auxiliar y un escritorio. Por lo menos contaba con una pantalla con acceso a la red utopiana. Podía conectarme con mi cuenta de usuario y usarla igual que si estuviera en mi casa. Pese a ello, estaba demasiado cansado para hacer nada de lo que habitualmente hacía después de volver del trabajo. Tal vez debido a tanto sube y baja por las instalaciones, o quizás era un efecto secundario de haber recibido una descarga eléctrica de 400 voltios. Así que encendí el monitor en modo televisión, al instante aparecieron imágenes de un canal local. Se trataba de un informativo, en él aparecía una mujer de unos sesenta años y con el pelo pintado de rojo. A pesar de no poderla escuchar, ya que el volumen estaba bajado a tope, resultaba evidente que se encontraba muy enojada. Lo que sí pude ver fue un rótulo bajo su imagen en el que decía:

«La presidenta no tolerará que los agapianos saqueen nuestra nación».

Aquella mujer era Alejandra Torres, la presidenta de Argentina y la culpable de que yo tuviera que dormir fuera. No obstante, no fue ella quien llamó más mi atención. A su derecha había un tipo con uniforme verde y luciendo varias medallas. Mostraba una expresión grave y permanecía en silencio escuchándola. A pesar de que en ese momento no llevaba puestas las gafas de sol, ni la gorra del River Plate, no tuve duda en identificarlo. Se trataba del general Joaquín Segura, el militar que alentaba a los manifestantes.

# 4
# Dormitorios en la Central Energética de Buenos Aires
# 3 de febrero de 2079

Unos fuertes golpes hicieron que me despertara de mi plácido sueño. Al principio me sentí algo desorientado, ya que me hallaba en una cama extraña. No obstante, pronto recordé donde estaba. De forma torpe, me levanté y comencé a vestirme. A los porrazos en la puerta, no tardaron en acompañarles varias voces apremiándome para que abriera. No sabía lo que estaba ocurriendo, pero, fuera lo que fuese, no quería que me cogiera con los calzones bajados.

—Adelante —grité una vez que tuve puestos los pantalones.

Escuché como alguien forcejaba al otro lado, mas la puerta no se abrió. Los golpes y los gritos de varios hombres se reanudaron con mayor ímpetu. Si querían entrar, que lo hicieran; solamente tenían que pasar la mano por el lector y este le daría paso a cualquier persona que estuviera registrada en las instalaciones. Aún con la camisa a medio abrochar, me encaminé hacia la puerta, escuchando de fondo otras voces y llamadas más lejanas. Giré el picaporte y un tipo vestido de verde irrumpió en la habitación. Mientras me sujetaba contra la pared, otro con uniforme similar se dirigió al interior.

—¡Despejado! —dijo rápidamente tras comprobar que no había nadie más.

Claro que estaba solo ¿quién iba a haber allí? Más me hubiese gustado a mí pasar la noche acompañado, aunque ese no era el caso.

—Acompáñeme —ordenó aquel soldado, estaba claro que no se trataba de una petición a la que me pudiera negar.

Al salir al pasillo, me encontré con multitud de militares que iban de un lado para otro. Muchos llevaban cogidos del brazo a otros miembros del personal de la central. Entre los apresados, vi a un viejo amigo. El agente que vigilaba el acceso a la Sala de Seguridad, aquel que no me dejó pasar y por su

culpa acabé medio frito. El pobre no había sido tan precavido como yo, así que iba casi desnudo. Únicamente, le habían permitido ponerse unos calzoncillos con corazones rojos y las reglamentarias botas. A pesar de mi parecida situación, no pude evitar sonreír.

De forma brusca, fuimos conducidos hasta el exterior de las instalaciones. Había un auténtico hervidero de fuerzas militares. Aparte del regimiento de soldados dispersados por la zona, pude ver una decena de tanques de combate y varios helicópteros sobrevolando la central. Al otro lado de la valla, volvían a estar los manifestantes; si bien ahora, no parecían enfadados, sino entusiasmados.

Según nos iban sacando de las instalaciones nos fueron colando en fila. A excepción de un pequeño grupo que fue ubicado algo más lejos. Entre sus selectos componentes pude ver al doctor García, así como a un ceñudo Sr. Green. También se encontraba el capitán Maceda, aunque estaba esposado y de rodillas. Incluso encontrándome a cierta distancia, pude comprobar que tenía varios moratones y el labio partido.

Decidí prestar mayor atención al grupo en el que me hallaba, así que observé a los individuos que tenía a ambos lados. El hombre de mi derecha iba vestido con traje y corbata. No lo había visto nunca pero debía de ser un burócrata. A mi izquierda, en cambio, reconocí a uno de los operarios de la Sala de Seguridad.

—¿Qué está pasando aquí? —le pregunté.

El individuo me observó asustado. En un principio, no pareció que me hubiese reconocido y tal vez me tomara por uno de los militares. Sin embargo, poco después, con una sonrisa en los labios, recordó donde me había visto antes. No tengo la menor duda de que mi entrada en aquella sala no sería olvidada en mucho tiempo por ninguno de los presentes.

—Los argentinos han asaltado las instalaciones. La presidenta Alejandra Torres ha decretado la nacionalización de la central —me informó de forma atemorizada.

—¿Y se lo habéis permitido?

Una mueca de resignación se dibujó en su rostro, a continuación añadió:

—Maceda quería usar las torretas en modo letal y aguantar hasta que llegaran refuerzos de Utopía, pero el director se negó. Dijo que no convertiría esto en un baño de sangre.

Dos soldados con una lista comenzaron a recorrer la fila, así que guardamos silencio. Tenía más dudas sobre lo que estaba pasando, pero tendrían que esperar. Observé como a cada uno de los prisioneros le

preguntaban su nombre, después, según la respuesta recibida, lo mantenían en su puesto o lo colocaban en un nuevo grupo. No tardaron mucho en llegar hasta mi compañero-informante. Este, tras decir que pertenecía a Seguridad, fue sacado de la fila y lo situaron junto a los demás reubicados. Entonces, llegó mi turno.

—¿Cómo vos llamar? —preguntó uno de los soldados.

—Marco Expósito —respondí intentando controlar mis nervios. No sabía a qué se debía aquella diferenciación, esperaba que no fuera para llevarnos frente a un pelotón de fusilamiento.

—Mantenimiento —dijo el otro de los militares.

Durante unos segundos, aquel adusto soldado estuvo pensando su respuesta, finalmente anunció:

—Esencial, que se quede.

Deduje que estaban dividiendo al personal según sus tareas, si eran imprescindibles o no para el funcionamiento de la central. Mis sospechas se vieron confirmadas cuando al tipo del traje, que resultó ser un abogado de la Asesoría Jurídica, lo mandaron al grupo de los inútiles, según palabras del militar; no es que yo piense tal cosa, ni mucho menos, ni por asomo…

Como éramos pocos, fuimos conducidos más cerca del grupo donde se encontraba el director general y los demás jefes de departamento. Cuando estuve junto a ellos, pude comprobar como García discutía airadamente con un militar que llevaba galones. No le veía el rostro, puesto que estaba mirando al octogenario doctor, pero sí destacaba por tener unas espaldas anchas. También me percaté de que entre aquella maraña de pelo oscuro había muchas canas, así que no podía ser muy joven. Desde luego, Diego no se amilanaba ante aquel hombre, ni por su envergadura ni por su graduación. En un determinado momento, se giró y le pude ver el rostro. Se trataba del general Joaquín Segura, parecía que él siempre estaba detrás de todo lo que ocurría.

—La central no puede quedar sin supervisión, tengo que vigilar lo que hacéis antes de que causéis un estropicio —gritaba el jefe de ingenieros.

—Está bien, ve dentro y haga que todo funcione —consintió al final el general.

—Precisaré de mi personal de sala —añadió el Ingeniero Jefe.

El militar dirigió su vista hacia el grupo donde me encontraba, tras lo cual, anunció a regañadientes:

—Coja a quien desee.

El doctor García eligió a varios hombres del grupo de esenciales. Al pasar junto a mí, le saludé levemente con un movimiento de cejas. Desconozco si con ello le di a entender que hiciera algo por mí, o solamente sirvió para llamar su atención, pero el caso fue que se volvió en dirección al general y señalándome, declaró:

—También necesito al chico de mantenimiento.

Al igual que una excursión de primaria fuimos conducidos al interior de las instalaciones custodiados por severos soldados. Solo faltó que tuviéramos que ir cogidos de la mano para que no nos separáramos. Nada más entrar en el edificio, pude ver como tanto Miguel como su compañero habían sido reemplazados por un par de militares argentinos. Pasamos por delante de los ascensores y nos internamos por el largo pasillo que había recorridos varias veces el día anterior. Al poner el primer pie en la Sala de Ingeniería, me percaté del gran cambio que se había realizado. El orden y la armonía reinante habían sido sustituidos por un auténtico caos, donde un personal y una maquinaria invasora habían tomado el control. La filosofía agapiana establece que en los centros de trabajo debe prevalecer el orden, además tienen que ser espaciosos. Estos principios básicos repercuten positivamente en los trabajadores, haciendo que se sientan cómodos y motivados. Era evidente que los argentinos no pensaban igual. Multitud de enormes computadoras habían sido conectadas al sistema y un hervidero de cables recorría los pasillos, saltando en ocasiones sobre las mesas y los monitores. Asimismo, no dejaban espacio para circular o donde tomar asiento.

El doctor García, terriblemente enojado, se encaminó al centro de la sala soltando palabras malsonantes. Cada uno de los ingenieros que lo acompañaba se dirigió en silencio hacia su habitual puesto de trabajo. Tras una leve vacilación, yo también fui al terminal que me habían asignado anteriormente. Para lo cual tuve que rodear una inmensa caja negra que hacía bastante ruido y expulsaba aire caliente. En cuanto me senté y encendí la pantalla, los resultados de las simulaciones solicitadas la noche anterior me fueron mostrados. Todo parecía correcto, el nuevo sistema operativo estaba listo para su ejecución. No obstante, me fue imposible hacer nada más puesto que un soldado se puso a mi lado. Rápidamente cambié de pantalla y fingí que estaba estudiando unos gráficos del consumo de energía.

Durante varias horas representé el papel de que estaba realizando alguna tarea importante. En ningún momento aquel militar se apartó de mi lado. Pude

verificar que a los demás ingenieros también les habían asignado un perro guardián. Sin embargo, estos estaban algo más liberados, ya que los soldados no les prestaban mucha atención y solían conversar entre ellos. En cambio, en mi caso, al estar en un rincón más apartado, mi escolta no tenía ningún compañero cerca con quien charlar.

Hay pocas cosas tan aburridas como estar en un trabajo en el que no tienes nada que hacer. Las horas se me hicieron eternas mientras contemplaba una pantalla que realmente no miraba. Resultó verdad que el tiempo se volvía relativo cuando uno estaba a disgusto, nada que ver a cuando uno lo está pasando bien, que transcurre a una velocidad de vértigo. Esta afirmación era totalmente cierta, no como la Teoría de la Relatividad de un tal Albert Einstein, la cual terminó siendo simplista y errónea. Los agapianos viajaban a diario a velocidades muy superiores a la luz y no habían apreciado las locas teorías de este científico. Si permanecían dos meses viajando por el espacio, cuando volvían a la Tierra había pasado idéntico tiempo. Menudas sandeces en las que creían los terrícolas antes de la llegada de los agapianos. Hasta había algunos que pensaban que estaban solos en el universo y que ellos eran los únicos seres inteligentes del infinito.

Ante aquel aburrimiento decidí estudiar a mi custodio. Debía de tener aproximadamente mi edad. Aunque era de menor estatura y llevaba un corte de pelo más corto, al estilo de todos los militares. Por otro lado, destacaba por unas largas patillas que se unían con una tupida perilla. Por su expresión grave, no parecía que estuviera muy contento de su cometido. A pesar de la actitud poco amigable, decidí probar suerte:

—¡Che, qué gran partido el de ayer!

Después de un ligero titubeo, la cara le cambió y de forma efusiva respondió:

—¡Bárbaro, le dimos un baile!

—El segundo gol fue muy bueno —comenté sin tener ni idea de cómo tuvo lugar.

—Con ese lo matamos.

Había abierto la caja de Pandora, durante más de una hora estuvo hablando del partido. Comentó con detalle, como si hubiese estado en el campo, las diferentes jugadas de jugadores que yo no había oído hablar en la vida. Me limité a asentir y a añadir algunas expresiones típicas, que hubiesen servido para cualquier partido, como son: «el árbitro estaba comprado», «no hay rival pequeño», «así es el fútbol»…

De tanto hablar le debió de dar sed, pues al ver que sus compañeros se habían reunido en un aparte, fumando y bebiéndose unas cervezas, las cuales no sé de dónde las habían sacado, señaló:

—Estoy jirafa, no te muevas de acá.

Por fin aquel soldado me dejaba solo. Era evidente que ahora, que me había convertido en un forofo como él, me había ganado su confianza. De este modo, podría seguir con mi tarea; algo que seguro que no les gustaría a los nuevos ocupantes de la planta.

Volví a verificar las simulaciones, todas eran positivas, con eso terminaba la última fase. Lo siguiente sería hacer el cambio de sistema operativo en el ordenador central. En circunstancias normales, únicamente tendría que apagarlo y arrancar con el nuevo *software* un par de segundos después. Esta operación solía ser completamente segura. Las reacciones nucleares FIFU continuarían dentro del confinamiento magnético durante un tiempo, después se irían reduciendo hasta extinguirse. Ni siquiera se produciría un corte en el suministro energético, ya que el sistema auxiliar proveería energía a partir del plasma almacenado. El único impedimento sería que los militares se darían cuenta de que algo estaba pasando.

Estuve un buen rato buscando una solución a esta eventualidad. Tal vez el doctor García tuviera alguna idea, pero me resultaba imposible poder hablar con él discretamente. Finalmente, llegué a una conclusión, que mis profesores siempre dijeron que no se podía hacer, usar dos sistemas operativos a la vez.

Tardé un buen rato en hacer los ajustes necesarios para evitar conflictos graves en el ordenador. Afortunadamente, el soldado que me habían destinado estaba muy ocupado con sus compañeros. Antes de continuar, los observé con atención. Mostraban evidentes señales de que ya llevaban más cervezas de la cuenta. Tanto que por sus voces como por sus risas se apreciaba que habían perdido cualquier tipo de decoro.

Había llegado el momento, los militares no se darían cuenta y todo estaba listo. Ante mí tenía un archivo ejecutable que iniciaría un nuevo sistema operativo. Pese a ello, las dudas me invadieron. Existían multitud de cosas que podrían salir mal, desde colapsar el sistema y que me descubrieran; hasta sobrecargar el núcleo y que voláramos por los aires. Mis nefastos pensamientos fueron interrumpidos bruscamente cuando el general Segura entró por la puerta, como un elefante en una cacharrería. Inmediatamente ordenó:

—Quiero a todos los detenidos fuera de acá.

Fueron varias las cosas que pasaron a continuación. Por un lado, los soldados que tan animadamente charlaban, hicieron desaparecer como por arte de magia las bebidas y el tabaco. En segundo lugar, fue que hice doble clic en mi nuevo programita. En mi pantalla vi como una sucesión de órdenes se llevaban a cabo a gran velocidad, poco después el sistema se fue ralentizando y estas se llevaron a cabo con lentitud.

—El ordenador no responde —gritó uno de los ingenieros.

Si la entrada del general ya había supuesto que los presentes se alteraran, las palabras del técnico desataron un enorme huracán. El jefe de Ingeriría corrió a un terminal y se puso a teclear de forma frenética, mas no pareció que el ordenador aceptara sus comandos. Miré las diferentes pantallas distribuidas por la sala, todas se habían quedado congeladas con una imagen fija. Tanto ingenieros como militares las observaron impotentes. Nadie sabía cómo actuar ante aquella situación. Ni siguiera el experimentado Dr. García, que saltaba de terminal en terminal buscando uno que respondiera, parecía comprender como aquello era posible. Bajé la mirada a mi pantalla y me percaté de que tenía un aviso:

«Instalación realizada con éxito, ¿desea eliminar la versión anterior?».

Sin dilación, le dije que sí. De nuevo una sucesión de operaciones se ejecutaron.

—¿Qué está pasando? —preguntó enojado el general Segura.

—El ordenador central se encuentra saturado, no puede realizar las tareas requeridas —respondió García observando las pantallas—. Hay que desconectar las computadoras que habéis puesto, tienen que ser vuestras arcaicas máquinas las que lo hacen ir tan lento.

El general dudó unos instantes, después, a disgusto decretó:

—¡Quitadlas!

Varios soldados se apresuraron a cumplir sus órdenes, la mayoría no tuvo muchos miramientos y se limitaron a tirar del cable de alimentación. Una vez que todas estuvieron o bien apagadas o desconectadas, las miradas se volvieron hacia las pantallas de la pared.

—No hace efecto —comentó un ingeniero.

—¡Espera! —demandó García.

Durante unos segundos interminables, las imágenes permanecieron congeladas. De repente, se produjo una fluctuación simultánea en ellas y regresaron a la vida. El ordenador volvió a responder a las peticiones de los ingenieros y de un aliviado doctor García. Yo me pasé la mano por mi sudorosa frente, a la vez que notaba como mi cuerpo estaba empapado.

Torpemente, cogí el ratón de mi terminal y pinche en «Aceptar», una ventana desapareció, en donde se podía leer:

«Operaciones finalizadas».

Después de la tensión sufrida por los presentes, tanto los ingenieros como asaltantes se relajaron. Que el ordenador principal que controlaba un generador FIFU se bloqueara era algo que jamás había pasado, por lo que sus consecuencias podían ser desconocidas. El equipo del doctor García se puso a analizar y verificar multitud de datos, mientras los efectivos argentinos permanecían expectantes sin atrever a tocar nada.

—Todo parece correcto —anunció el jefe de Ingeniería tras conversar con varios técnicos.

—¿Decime qué ha pasado? —demandó el general Segura.

—Han sido tus malditos ordenadores —espetó García—. Crees que puedes llegar aquí y conectar unos primitivos cacharros sin que se produzca una incompatibilidad tecnológica. Es como querer conectar una máquina de escribir mecánica a una de vuestras computadoras, no tienen nada en común.

El general observó detenidamente todos los equipos informáticos que había traído consigo, así como el enjambre de cables que invadía la sala. Tras unos segundos pensativo, comentó:

—No me lo creo, estas son las computadoras más potentes de la Tierra y solo estaban monitorizando las reacciones del núcleo. Sargento, compruebe lo que ha pasado.

Un militar apartó a uno de los técnicos de su terminal y con premura comenzó a navegar por aquel nuevo sistema operativo, no mucho después anunció:

—En el registro de sucesos no hay nada antes de las 13:18 horas, ese es el momento en el que el ordenador volvió a funcionar con normalidad. No encuentro ningún dato anterior a ese punto, es algo muy extraño.

García se volvió en mi dirección, por un instante temí que fuera objeto de su furia. No era que le tuviera miedo a un abuelete con mal genio, sino que su temperamento pondría al descubierto lo que había hecho, y al general Segura sí le tenía auténtico pavor. Respiré aliviado cuando me dio la espalda e indicó:

—Es normal que no haya registro, el ordenador ha detectado un fallo y ha hecho una restauración del sistema, o como vosotros decís: a valores de fábrica.

Pareció que aquella explicación sació en parte el recelo del militar; no obstante, a partir de entonces la vigilancia sobre todos nosotros fue mayor. Mi

escolta, que tras la llegada del general se había apresurado en regresar a su posición, no volvió a separarse de mi pantalla.

A lo largo de ese día, por ningún motivo nos permitieron dejar la sala. Ni siquiera para comer, por ello nos trajeron un bocadillo de chorizo para cada uno. La carne estaba asada y condimentada con una salsa que sabía a ajo. Mi guarda y custodio, aparte de sobre fútbol, le encantaba hablar de comida. Así que me contó que aquel plato era tradicional del país y lo llamaban Choripán. En realidad estaba muy bueno, aunque no sé si hubiese encajado en los ligeros y equilibrados menús de Utopía.

Las horas se pasaron lentamente entre visualizaciones inútiles de gráficos y banales conversaciones con aquel soldado. Por suerte, al irse el general Segura y con el paso del tiempo, los militares se fueron relajando. Para mi desgracia aquel soldado se había tomado muy en serio su tarea y no fue hasta ya llegada la última hora de la tarde cuando me dio un respiro. Sus compañeros, al igual que ocurriera en la mañana, se pusieron a beber y fumar. Si bien ahora también disponían de una baraja de cartas, pero les faltaba un jugador, así que reclamaron a mi acompañante. Desconozco a qué estaban jugando, ya que con frecuencia cantaban cosas extrañas como: «¡quiero!», «¡lo veo!» o «¡truco!».

Libre al fin de aquellos ojos indiscretos, pude volver a la tarea que me había llevado a aquella central energética. El sistema operativo nuevo se había instalado correctamente, sin embargo aún no era posible el control desde Utopía, al no haber establecido las conexiones. Rápidamente, entré en la configuración de red. La parte de monitorización estaba funcionando con normalidad, estos datos los había importado del sistema antiguo, en cambio la parte de conexión remota estaba en blanco. Sin dilación, comencé a rellenar casillas y a activar opciones. Todo iba bien hasta que llegué al apartado de protocolos de seguridad. Estos datos me lo tenían que dar desde el Departamento de Energía.

De manera disimulada, saqué mi móvil del bolsillo. Ni siquiera recordaba haberlo cogido en la mañana tras despertarme de aquel modo tan poco sutil. Hay cosas que uno hace automáticamente por pura rutina y esta fue una de ellas. Si bien mi instinto resultó vano, no tenía cobertura. Eso explicaba porque no nos habían registrado y quitado los terminales. Sin ningún reparo, descolgué el teléfono fijo de mesa, pero tampoco daba línea. Estábamos totalmente incomunicados.

Me había quedado sin opciones, cuando estaba a punto de finalizar mi misión, la imposibilidad de una simple llamada me impedía culminarla. Sin

los protocolos de comunicación cifrados sería imposible pasarle el control a Utopía. Me quedé de brazos cruzados mirando la pantalla, no había nada que hacer. Además en ese momento tampoco tenía que simular que trabajaba, puesto que mi guardián estaba ocupado en la otra punta de la sala.

Era muy aburrido aquello, tanto que para pasar el tiempo decidí hacer un ping en la conexión; con ello podría diagnosticar el estado, la velocidad y la calidad de la red. Tranquilamente, tecleé el comando. Como dirección IP opté por poner la del Departamento de Energía, al fin y al cabo, me la sabía de memoria y allí era donde tenía que haber hecho la conexión. Al instante, el ordenador me dio los resultados. Todo estaba correcto. Disponía de una buena conexión, los argentinos habían cortado las comunicaciones telefónicas pero no las del ordenador ya que este utilizaba otros canales. Iba a cerrar la ventana cuando me di cuenta que debajo de una retahíla de datos técnicos de la conexión había un mensaje:

«Marcus, ejecuta el protocolo 56».

¡Ehhh…!, me quedé estupefacto, alguien se estaba comunicando conmigo. Lo primero que hice fue mirar alrededor. Los soldados seguían centrados en su partida, varios ingenieros vigilaban los monitores de forma distraída y el doctor García charlaba con uno de sus hombres. No parecía que ninguno de ellos me hubiese mandado aquel mensaje. Por otro lado, me había llegado justo después de hacer un ping, así que revisé nuevamente los datos de la pantalla. Ahí estaba, el mensaje formaba parte de la respuesta que había recibido desde Utopía. Alguien había introducido aquella frase como información opcional a mi petición. Desde luego, estaba claro que iba dirigido a mí, puesto que citaba mi nombre.

Sin dilación, busqué el protocolo 56 en el sistema. Me quedé blanco cuando leí:

«Autodestrucción Silenciosa B».

# 5
# Sala ocupada de Ingeniería
# 3 de febrero de 2079

Durante varios minutos fue como si la Sala de Ingeniería se hubiese quedado desierta. A pesar de encontrarme rodeado de ingenieros y militares, su presencia, así como su mera existencia, habían sido anuladas de mi conciencia. Únicamente, estaba yo frente a una pantalla en la que una frase me martilleaba el cerebro de forma estremecedora.

Me estaban pidiendo que destruyera la central, eso tendría unas repercusiones terribles. Aunque la mayor y más importante venía a ser que yo me encontraba en su interior. No sabía a ciencia cierta quién me había mandado aquel encargo descabellado. Si bien, era cierto que venía desde el Departamento de Energía. Por otro lado, parecía que su emisor me conocía perfectamente. Tal vez fuera mi jefe del Servicio de Asuntos Exteriores o alguno de mis compañeros, aunque ninguno de ellos tenía autoridad para tomar una medida de tal magnitud. La orden debía de proceder de más arriba, mucho más arriba, solo el Consejo de la Ciudad o el delegado especial para la Tierra podrían tomar tal decisión.

Una cosa me llamó la atención, aparte de «Autodestrucción», y fue lo de «B». Había dos protocolos similares, uno el «A» y el otro el que me pedían activar. Ignoraba la diferencia que había entre ellos, y desde luego allí no se explicaba, pero me habían encargado expresamente que fuera el segundo. Las dudas me asaltaron, no sabiendo qué hacer. Causar la destrucción de una de las mayores centrales nucleares del planeta no era algo que se pudiera decidir a la ligera. Aparte del peligro que suponía para mi vida, lo sería para la de los demás que se encontraban en la central —incluidos los militares argentinos— y para buena parte de la región. Por otro lado, esto incrementaría la tensión política internacional. No quería ser el responsable de ninguna muerte. La mayoría de los soldados únicamente eran pobres hombres que se habían visto obligados a alistarse para encontrar una forma de vivir, en el fondo no los

consideraba malas personas. Bueno, tengo que reconocer que no me importaba llevarme por delante al general Segura, ya estaba empezando a caerme realmente mal, y peor me caería en el futuro.

De haber creído en algún dios, le hubiese rezado. No obstante, los agapianos pensaban que como mucho nuestra conciencia al morir viajaba al centro del espacio, donde en un estado metafísico perduraría en un nivel superior para toda la eternidad. Finalmente, pulsé en «iniciar» sin decir ninguna oración. De inmediato, el ordenador me pidió que me autentificara. Introduje mi usuario y contraseña, mas me dijo que no estaba autorizado para realizar aquella acción. A continuación, tecleé el usuario y clave del director general. Pasaron los segundos sin que nada ocurriera. Llegué a pensar que había fallado y que la acción se había abortado; si bien un pequeño reloj con una cuenta atrás en una esquina de la pantalla, casi inapreciable, me puso los pelos de punta. La autodestrucción se había iniciado.

Existía un fallo en aquel plan que no tuve en cuenta. Al ser una autodestrucción silenciosa, las alarmas no sonarían, así que nada de orden de evacuación. No tenía escapatoria. Rápidamente, pensé una manera de salir de aquel embrollo en que me había metido. Estaba seguro que de comenzar a correr sin más, como era mi mayor impulso, los soldados me dispararían. Tampoco podía contar lo que había hecho, ya que en ese caso me dispararían después ante un pelotón de fusilamiento. De repente me invadió un sudor frío. Miré para todos lados buscando algo que me permitiera salir de aquel atolladero. Los monitores de la sala permanecían con las mismas imágenes que mostraran antes de la activación, sin que nada revelara lo que iba a ocurrir.

Contemplé atónito aquel reloj, marcaba nueve minutos y bajando; ahora sí que iba realmente rápido el tiempo. No recordaba exactamente cómo funcionaba el sistema de autodestrucción, pero sospechaba que estaba relacionado con el núcleo FIFU. Apresuradamente, solicité al ordenador un informe del generador. Me sobresaltó un aviso preguntándome con qué cuenta de usuario deseaba realizarlo. Le dije que con la del director general. La pantalla se llenó de gráficos y datos, con una rápida visión me di cuenta de que el núcleo se estaba sobrecargando. La central estaba produciendo mucha más energía de la que se suministraba al sistema eléctrico y, pronto, de la que sería capaz de almacenar. Aquella información debía mostrarse en los monitores que colgaban de la pared, pero la que reflejaba no coincidía con los que tenía delante. El ordenador estaba proporcionando datos falsos a los ingenieros.

Ocho minutos, si no hacía algo pronto iba a morir. Intenté llamar la atención del jefe de Ingeniería, para mi desgracia este no se dio cuenta ya que estaba conversando con otro hombre.

—¡Jefe, tengo una anomalía! —casi grité no pudiendo contenerme.

García debió de notar mi timbre de voz histérico, puesto que se volvió como un rayo y de forma acelerada se encaminó en mi dirección. No sabía cómo iba a reaccionar cuando viera aquellos datos, y si iba a ser capaz de hallar una salida factible a la situación. Nada más llegar, observó el monitor. Por algo lo habían nombrado el jefe de aquello, ya que apenas lo vislumbró, su rostro se descompuso. Interpretó perfectamente qué iba a suceder en breve, así como que yo era el responsable.

—¿¡Qué demonios has hecho, muchacho!? —murmuró con disgustó.

Siete minutos para la autodestrucción. No tuve tiempo para responderle, el gráfico que indicaba la energía acumulada comenzó a parpadear en rojo. En ese instante varias alarmas saltaron por toda la sala, a la vez que en varias pantallas de la pared aparecía un aviso tajante: «Colapso del núcleo inminente, evacuen el edificio».

Por fin supe qué diferencia había entre el protocolo de autodestrucción silenciosa A y el B. Deduje que el primero permanecía oculto hasta que la central estallara por los aires y el segundo avisaba de un fallo en el núcleo cuando la situación fuera irreversible; permitiendo evacuar las instalaciones, aunque fuera con tan poco tiempo. Algo que debieron de considerar los presentes, ya que tanto los soldados como ingenieros se precipitaron hacia la salida atropelladamente. Los últimos en salir fuimos García y yo, al fin y al cabo como causante de aquello tenía que ayudar al veterano ingeniero. Además, todavía tenía seis minutos para abandonar las instalaciones, tal y como indicaba mi reloj de pulsera. El sistema, al saltar la alarma, se había conectado con los dispositivos utopianos y en todos ellos aparecía la orden de evacuación, así como una cuenta atrás.

Al llegar al exterior, nos encontramos con una muchedumbre ajena a lo que iba a ocurrir. Los manifestantes, reunidos entre el edificio y la valla de salida, se encontraban algo desconcertados ya que podían oír las alarmas pero desconocían el motivo. No hizo falta advertirles del peligro que corrían. En cuanto vieron a los militares, y a varios hombres de bata blanca, huir del interior de la central a todo trapo, se produjo una estampida generalizada. En circunstancias normales, no me hubiese atrevido a internarme entre aquellos sujetos. No me había olvidado que segundos antes vociferaban airados contra

los utopianos; mas como ahora su prioridad era otra, me uní a ellos en la carrera.

Pronto, entre empujones y maldiciones me hallé separado del doctor García. La última vez que lo vi, andaba sin prisas hacia la salida. Aunque la verja principal había sido abierta para que entraran los vehículos, se produjo un apelotonamiento en la única vía de escape. Muchas personas se habían reunido en las instalaciones en aquel día al conocerse la intervención de los militares. A los anteriores manifestantes se les habían unido multitud de curiosos, así como un ejército de periodistas. En verdad, se podían contar más miembros de los medios de comunicación que soldados. Siendo los militares los que más peligro tenían a la hora de escapar de la zona, ya que no dudaban en abrirse paso por la fuerza o haciendo uso de sus armas. Un desalmado, incluso, tomó un tanque y arremetió salvajemente contra nosotros en su afán por huir. El desgraciado casi me atropella. Por desgracia varios manifestantes, así como algunos soldados, acabaron bajo las orugas del vehículo. Esta acción provocó que una señora mayor, que corría a mi lado, lo maldijera:

—¡Milico, pelotudo, la concha de tu madre!

La suerte fue que finalmente no arremetió contra la salida, donde se había agolpado la mayoría de la gente, sino que se lanzó contra la valla. Esto permitió abrir otra vía de huida, por la que me precipité junto con cientos de almas asustadas. Justo cuando pasaba sobre la red metálica pude ver como una mujer se enredaba en ella y caía estrepitosamente. Nadie se paró a ayudarla, todos pasaban de forma apresurada por su vera ignorándola. No solo no le prestaban auxilio, sino que muchos, al saltar sobre su cuerpo, la golpeaban impidiendo que se incorporara. Con gran trabajo conseguí aproximarme. Haciendo de parapeto ante aquel río enfurecido, la ayudé a levantarse. Grande fue mi sorpresa al descubrir el rostro de Laura, la secretaria del director general. Tras darme las gracias, juntos nos alejamos del perímetro de la central. No lo hice a posta, pero en mi huida había cambiado al doctor García por una bella mujer.

Llevándola casi a rastras, ya que cojeaba ostensiblemente, nos alejamos varios metros de la valla hasta alcanzar unos edificios cercanos. Esto nos permitió apartarnos del gentío. Ella no podía correr, así que la conduje hasta un portal abandonado donde nos detuvimos.

—¿Qué haces? ¡Tenemos que huir! —me dijo visiblemente alterada y tirando de mi manga.

Miré el reloj, faltaban quince segundos para que el núcleo se colapsara.

—Ya da igual —respondí—. Una explosión descontrolada de la central tiene un radio de doce kilómetros, no tenemos tiempo para ir a una zona segura.

Pareció que asumía lo inevitable. Con más entereza de la esperada, se apoyó contra la pared y bajó la mirada.

—Aparte de que no quiero perderme el espectáculo —añadí calmadamente y con una sonrisa en los labios.

Aquello despertó su interés, o más bien sus esperanzas. Posando sobre mí sus hermosos ojos negros preguntó:

—¿Qué quieres decir?

Justo entonces, tanto mi reloj como el de ella comenzaron a sonar. Ambos dirigimos la vista hacia la central. Allí estaba la valla derribada, así como algunos rezagados corriendo, si bien no parecía que hubiera ya nadie dentro del perímetro. De repente, un campo energético se alzó envolviendo las instalaciones. Seguidamente, y antes de que pudiéramos intercambiar palabra alguna, se produjo una gran explosión de luz en el interior de la cúpula. Nos quedamos totalmente cegados, un segundo después llegó hasta nuestros oídos un gran estallido. Poco a poco, fuimos recuperando los sentidos. Al levantar la vista, fuimos testigos de una escena impresionante. Dentro del escudo, una energía descomunal fluctuaba en su interior sometida a infinitas reacciones termonucleares a pequeña escala. El sistema de seguridad había levantado aquel campo de contención, similar al del interior del generador FIFU, y autoalimentado por las mismas fuerzas que latieran en su interior. Yo era ingeniero nuclear de Departamento de Energía, así que conocía a la perfección las medidas de protección. Únicamente teníamos que salir del área de contención para estar a salvo. Esto siempre que el protocolo de autodestrucción incluyera la activación del campo. Nuevamente pensé ¿qué hubiese pasado de llevar a cabo la opción A?

Algunos oficiales también determinaron que el peligro había pasado, por lo que con escaso éxito intentaron reagrupar a sus soldados.

—Será mejor que nos vayamos —señaló Laura, ya visiblemente recuperada.

De forma disimulada, nos escabullimos de los militares a través de una bocacalle, internándonos en un barrio marginal de la ciudad. Durante un buen rato, estuve recorriendo aquellas polvorientas callejuelas de tierra, guiado por la secretaria de Alexander Green. En ningún momento, pareció que dudara ni de su camino ni de la seguridad de aquella parte de la ciudad. A pesar de que

yo estaba atemorizado ante cualquiera de los rostros con los que nos cruzamos.

Por fin, el asfalto volvió bajo nuestros pies, a la vez que las construcciones y el estado de las edificaciones mejoró visiblemente. No tardamos mucho en hallar un vehículo oscuro con el techo amarillo. Después de llamar su atención, y que este se detuviera bruscamente, Laura, sin preguntarme, abrió la puerta y entró en él. No pude hacer otra cosa nada más que seguirla, estaba claro que en aquel terreno se movía mucho mejor.

Llamar taxi a aquel vehículo resultaba algo aventurado. La parte exterior del automóvil había sido pintada en el color característico de estos, pero de manera bastante rudimentaria. Se podía, incluso, apreciar los trazos con brocha gorda. Asimismo, la palabra «taxi» que figuraba en el lateral estaba escrita a mano y con una horrible caligrafía, que apenas permitía descifrarse. El interior también dejaba mucho que desear. El asiento trasero estaba roto, dejando ver la espuma. Por otro lado, tenía unas extrañas manchas oscuras, que me temí que fueran de sangre seca, y sobresalían algunos de los muelles. Con cierta aprensión tomamos asiento. No pudimos ver el rostro del conductor, puesto que estaba al otro lado de una plancha metálica. Aquella era una ciudad peligrosa, así que se veía obligado a tomar algunas medidas de seguridad. Nunca se sabía quién podría subirse al vehículo. Por ejemplo, un par de personas que estuvieran buscadas por las autoridades, como era nuestro caso. A pesar del precario estado del taxi, aquel carro cumplía con su función. Laura le dio una dirección al conductor y una voz al otro lado respondió:

—Marchando.

Durante unos minutos permanecimos en silencio, mientras el turismo traqueteaba por las bacheadas calles del extrarradio de Buenos Aires. El taxista resultó ser bastante callado y reservado, algo extraño en su profesión; aunque teniendo en cuenta que estaba fuera de nuestra vista, y tras varios centímetros de acero, era normal que no pudiera desarrollar sus dotes sociales. No obstante, sí me percaté de que su conducción resultaba bastante agresiva y temeraria. Me hubiese puesto el cinturón de seguridad de haberlo encontrado, mas solo hallé un trozo de él colgando junto a mi cuello. Se veía que había sido cortado con algo muy afilado, esperaba que no fuera resultado de rescatar al último pasajero. No había mucha circulación en aquel barrio, así que apenas si existía riesgo de colisionar con otro automóvil. Si bien el ruido que producía el vehículo al frenar, me llevaba a pensar que el mantenimiento de este era tan ruinoso como su aspecto.

Observé a mi acompañante. Laura, después de haber sobrevivido a una explosión nuclear, estaba tan espléndida como cuando la conocí. Quizás solo un poco abstraída y pensativa.

—¿Adónde vamos? —pregunté.

Mi voz pareció sacarla de sus pensamientos y nuevamente fue consciente de mi presencia allí. Tras cierta vacilación, y después de posar su vista sobre la plancha metálica que nos separaba del conductor, anunció:

—A mi piso.

Tal vez no fuera buena idea ir a su residencia, si los militares iban a buscarnos aquel sería el primer lugar donde lo harían. Mas, no iba a ser yo quien rechazara la invitación de una chica hermosa para ir a su casa. Estaba inmerso en este dilema cuando mi móvil sonó con dos pitidos. Estaba claro que al alejarnos de la central habíamos salido del radio de acción de los inhibidores, sin dilación leí el mensaje, quedándome desconcertado con su contenido:

«Buen trabajo».

Aquellas dos palabras decían mucho más de lo que parecía. Por un lado, resultaba extraño que fuera sin firmar y sin remitente, algo que desconocía que pudiese hacerse. Por otro lado, era evidente que el desconocido sabía de mi contribución en la sobrecarga del núcleo FIFU.

Aún estaba dándole vueltas a aquella frase cuando llegó un segundo envío en el que se me instaba a ir a una dirección, concretamente a una fábrica de golosinas. Estaba convencido de que aquellos mensajes procedían de Utopía, únicamente desde allí podían enviarlos saltándose las reglas de comunicación. Lo más probable era que fuera la misma o mismas personas que me habían solicitado la activación de la autodestrucción. Ante la sorpresa de Laura, ordené al taxista que cambiara de rumbo, indicándole las señas que me habían comunicado. Supe que me había oído, ya que escuché una especie de exabrupto y el vehículo tomó la primera salida a la izquierda.

—¿Qué haces? —me preguntó ella en voz baja.

No quería hablar delante del taxista, o mejor dicho detrás de él, así que le mostré la pantalla del móvil. Por suerte, la avispada secretaria no hizo más preguntas. No era ni el momento ni el lugar para contarle lo que había hecho. Eso lo dejaba para cuando me encontrara muy lejos. Concretamente para cuando volviera a Utopía y estuviera seguro de que me hallaba fuera del alcance del general Segura. No quería ni pensar lo que me haría el militar si descubría que yo era el responsable de la destrucción de sus nuevas instalaciones.

Poco a poco, según el estado del asfalto iba empeorando, las construcciones fueron desapareciendo. Pronto, la carretera se convirtió en un polvoriento y casi intransitable camino, todo a nuestro alrededor se volvió árido y deshabitado. Ahora comprendía la irritación del taxista al darle el nuevo destino. El trayecto era mucho más largo, asimismo la vía se encontraba en un estado horrible.

Pasaron horas hasta que el vehículo se detuvo bruscamente. En un principio, creí que la parada se debía a algún problema mecánico, puesto que solo vi en las proximidades un edificio medio derruido. Un enorme cartel descolorido colgaba de su fallada, en él aparecía la imagen de un dulce recubierto de chocolate. Bananita Dolca rezaba en letras que un día fueron doradas. Lamentablemente, los argentinos hacía tiempo que no podían degustar aquella golosina, la fábrica llevaba muchos años cerrada.

—Son cinco mil pesos —comunicó la voz grave de aquel taxista pirata, en lo que fue su frase más larga desde que subimos al vehículo.

Había una cosa que no tuve en cuenta cuando me subí a aquel vehículo y era que no tenía forma de pagar. En Utopía no existía el dinero y para aquella misión tampoco me habían proporcionado ninguna cantidad de moneda local. No estaba previsto que tuviera ningún tipo de gasto, de tener que haberme alojado en la ciudad todo hubiese ido pagado de antemano por la central. Ignoraba cuánto serían cinco mil pesos, pero debía de ser una cantidad considerable. Asimismo, dudada de que Laura portara tal importe. Era evidente que aquel sujeto no iba a ponerse muy contento si le decíamos que no podíamos pagarle. Recordé los rostros desencajados y furiosos de los manifestantes a las puertas de la instalación energética. Seguramente, al ser su profesión tan peligrosa, llevaría algún tipo de arma. Mis temores desaparecieron al preguntar Laura:

—¿Acepta tarjeta?

—Sí, acérquela a la chapa —respondió la voz cuyo rostro jamás llegamos a ver.

Laura sacó de su bolso una tarjeta negra y la agitó frente a ella. A continuación, un pitido sonó en la parte delantera del vehículo. Mi benefactora pulsó varios números del teclado táctil de la tarjeta y el sonido volvió a repetirse.

—Ya podéis bajaros de mi coche —anunció el conductor de malos modos.

No tuvo que decirlo dos veces, ambos salimos por cada una de las puertas sin dilación alguna. Nada más abandonar el vehículo, este partió dejándonos

solos. Laura miró para un lado y para otro sin que hallara ni un alma por los alrededores. No parecía que hubiera nadie a muchos kilómetros a la redonda.

—Marcus, llevas a las chicas a lugares muy extraños —señaló.

Antes de que pudiera responder, mi terminal emitió el familiar sonido de un nuevo mensaje. En esta ocasión, solo aparecía una palabra: «Esperad». Y eso fue lo que hicimos durante horas.

La noche cayó y con ella el calor, que había reinado a lo largo de todo el día, fue sustituido por unas bajas temperaturas. Tengo que reconocer que aquel taxi, pese a su decrépito estado, contaba con un aire acondicionado que funcionaba a la perfección. No íbamos preparados para afrontar el frío de las noches de la región, yo solo portaba una camisa no muy gruesa y Laura llevaba una blusa aún más fina. Si nos veíamos obligados a pasar la noche en aquel paraje, lo que encontrarían de nosotros sería a dos estatuas de hielo.

—Será mejor que nos resguardemos dentro —sugirió ella señalando las ruinas de la fábrica, mientras se abrazaba a sí misma y caminaba hacia el lugar.

La seguí tan dócil como un perrito faldero, de haberme dicho que la acompañara a un edificio en llamas lo hubiese hecho. Aunque después de observar el precario equilibrio de las paredes de lo que quedaba de aquella construcción, donde quizás acabaríamos sería en una tumba. No obstante, tras sortear diversos montones de escombros, encontramos un rincón que parecía relativamente seguro. Hasta teníamos cuatro paredes que nos protegían de una ligera brisa extremadamente fría. Más al interior podíamos vislumbrar habitaciones cubiertas, pero ninguno de los dos propuso adentrarse al ver el precario equilibrio de aquellos techos.

—¿Y cómo una chica como tú ha acabado en un lugar como este? —pregunté intentando romper el hielo.

Aunque lo del hielo pronto se podría aplicar literalmente, pues nos estábamos quedando congelados. Al viento helado se le había unido una gélida llovizna.

—Eso me pasa por acercarme a hombres poco recomendables —respondió con un leve tartamudeo y con una sonrisa traviesa.

Laura estaba comenzando a sufrir escalofríos, además tenía la piel de gallina y respiraba aceleradamente. Mostraba los síntomas de un inicio de hipotermia. Yo todavía no había llegado a ese punto, aunque claro le sacaba casi una cabeza y pesaba veinte kilos más.

—Me refería a la central energética de Buenos Aires, ya que no eres de Utopía, ¿verdad?

—No, soy de Sevilla —señaló aunque parecía algo confundida—. Trabajaba en la clínica agapiana de la ciudad y el Señor Green era el director. Cuando a él lo nombraron para la central de Argentina, me trajo como su secretaria.

Intentaba mantener una conversación para que ambos nos olvidáramos del frío, pero esto no iba a mitigar el problema. Tomando una decisión, me aproximé a Laura y la abracé. Su pulso estaba acelerado, aunque en ningún momento pensé que fuera por mi causa. De forma torpe, ella también me abrazó. Aquello me supuso cierto confort, si bien dudé de que la andaluza fuera ya consciente de lo que ocurría. Por un segundo, me resultó atrayente la idea de que algún día nos encontraran a los dos allí abrazados, convertidos en un bloque de hielo.

La noche se hizo aún más oscura, un ligero zumbido invadió mis oídos y el negro cabello de Laura comenzó a flotar alrededor de su rostro. Llegué a creer que aquel iba a ser el paso a otra vida, que mi alma surcaría el espacio hasta alcanzar su inicio. Esta hipótesis se acentuó, al ver en el cielo una deslumbrante luz. Sin embargo, mi aturdido cerebro pronto despertó de aquella ilusión para advertirme que una nave agapiana se aproximaba. Tanto el zumbido, como la ligera ingravidez sufrida, que siempre se producían ante la cercanía de un motor gravitacional, me revelaban que no había llegado mi hora. Con respecto a la cegadora luz, se trataba de un foco de la nave, el cual estaba alumbrándonos directamente.

La silueta de una nave Rapaz flotó sobre nuestras cabezas para aterrizar a escasos metros del edificio, provocando que parte de él se derrumbara. De haber estado más en el interior, hubiésemos acabado sepultados por los escombros. Varias personas se bajaron del vehículo y corrieron a nuestro encuentro. Nada más llegar, noté como me colocaban un aparato al cuello y todo mi cuerpo comenzó a entrar en calor. Inmediatamente, fuimos conducidos hacia la nave. En cuanto el último de nuestros salvadores puso un pie dentro, despegamos.

Nos encontrábamos en uno de los vehículos de combate más poderosos con los que contaba Utopía. Tenía mayor velocidad que cualquier caza terrícola y era mucho más maniobrable que el más avanzado de los helicópteros. A diferencia del *Albatros*, calificada como nave de transporte, el *Rapaz* se consideraba una máquina de guerra, tanto aérea como terrestre. A pesar de ello, podía llevar a una veintena de pasajeros sin que su capacidad se

viera mermada. A través de la ventanilla pude ver como volábamos a ras de suelo, ascendiendo y descendiendo según la orografía del terreno. Ningún piloto sería capaz de volar de esa manera, solo un ordenador tenía la facultad de reaccionar a esa velocidad, monitorizando previamente el relieve. Al ir a una altura tan extremadamente baja, evitábamos ser detectados por los argentinos. Los radares convencionales resultaban ineficaces, al igual que los infrarrojos, aun así con los sistemas ópticos sí existía una pequeña posibilidad de que nos descubrieran. De todas formas, si fuéramos divisados, tampoco tendrían ningún medio para derribarnos. Ni siquiera los más modernos misiles Roland contarían con la más mínima probabilidad de abatirnos, al igual que cualquier cañón argentino. Los escudos de la *Rapaz* estaban configurados para ser totalmente infranqueables a las armas terrícolas. Aun así, una de las premisas fijadas para aquella operación había sido que los argentinos no debían descubrir mi implicación en los sucesos acontecidos. Por ello, desde Utopía decidieron que el individuo que había pulsado el botón de autodestrucción —es decir yo— debía salir del país furtivamente, sin ninguna posibilidad de que fuera interrogado.

La nave aumentó de velocidad, a la vez que dejaba de ascender y descender. Ahora volábamos a escasos un par de metros del agua, puesto que pude ver como la luna se reflejaba en su superficie. Ya más sosegado, después de todo lo vivido, miré a mi alrededor. Al otro lado del pasillo, Laura, con mucho mejor color y sin síntomas de hipotermia, dormía plácidamente. Varios hombres y mujeres, vestidos con uniforme oscuro, se repartían por la nave. Al fijarme detenidamente pude ver como en sus brazos portaban un escudo con dos planetas (Ágape y la Tierra), bajo este símbolo cuatro letras: FUTAG. Eran las fuerzas de élite utopianas-agapianas. No había muchas tropas extraterrestres en el planeta, apenas un batallón, pero esta unidad se consideraba la más experimentada y preparada, estando formada por los mejores soldados de ambos mundos.

Sintiéndome aún más seguro, dirigí mi vista al exterior. Diversas siluetas se dibujaron en el horizonte. En un principio, pensé que se trataban de colinas; no obstante, eran demasiado verticales y rectas. Otra cosa que me extrañó fue hallar tenues luces en su interior.

—Mira la que has armado —dijo una voz a mi espalda que me resultó familiar.

Me giré raudo, para encontrarme con un rostro conocido que no esperaba encontrar.

—¡Daniel! —exclamé feliz—. ¿Qué haces aquí?

—Pues he venido a rescatarte, ¿no está claro?

De todos los años que pasé en el internado, la mayoría los compartí con Daniel. Al igual que yo, él también era huérfano. La única diferencia fue que no había nacido en Utopía. Los agapianos consideraron que había pocos niños en la ciudad y crearon un programa especial de adopción, de este modo el lugar donde yo vivía pronto se llenó de compañeros. Él fue uno de los primeros en entrar y no tardamos en hacernos muy buenos amigos. Nunca tuve un hermano, pero él se convirtió en lo más parecido a ello que jamás he conocido. Posteriormente tuvo la suerte de ser acogido por una familia; si bien el lazo que nos unió se mantuvo firme. Buena parte de los estudios los realizamos juntos, hasta el día en que nuestras carreras nos separaron. Yo estudié Ingeniería Nuclear, Informática y Administración. Él, aunque era muy inteligente, no le gustaba pasar tantas horas delante de una pantalla y no tardó en dirigir su vida profesional a algo más dinámico. Así entró en el Cuerpo de Seguridad de Utopía, posteriormente ingresó en el ejército utopiano, siendo operador de robots de combate. Finalmente, y ahí sí tuvo que estudiar mucho para ser admitido, en la SIU (Servicio de Inteligencia Utopiana), esto último era algo confidencial, así que no vayáis contándolo por ahí.

—Bueno, ¿ves eso? —me preguntó señalando al exterior.

—La verdad es que no veo mucho, está muy oscuro.

—Claro y tú eres el culpable —anunció sonriente—. Tienes delante de ti a Buenos Aires. Una ciudad a oscuras, como gran parte del país, y así se van a quedar durante un tiempo.

Me quedé observando en silencio las consecuencias de mis actos, muchas personas sufrirían por mi causa. No podrían calentarse, poner el aire acondicionado y ni siquiera cocinar; los hospitales, al igual que las escuelas, fábricas y la Administración no podrían funcionar; todo por mi actuación.

—No te preocupes, has hecho lo correcto —comentó Daniel leyendo mis funestos pensamientos—. Esto será solamente de forma temporal, el gobierno de la presidenta Torres caerá y haremos un nuevo acuerdo con su sustituto.

—Pero mientras muchos sufrirán —apunté.

—Siempre hay víctimas inocentes —dijo mi viejo compañero de clase—. Lo único que podemos hacer es elegir aquella acción que tenga menor coste.

Daniel giró su cabeza para el otro lado del pasillo y cambiándole la expresión de la cara, comentó:

—Veo que no has venido solo.

La secretaria del Señor Green seguía durmiendo sosegadamente, ajena al escrutinio que le estaba haciendo mi buen amigo. Daniel era todo un

guaperas, que con su labia y cara dura tenía mucho éxito con las mujeres.

—A Laura me la dejas tranquila —le advertí en un tono que no dejaba dudas.

Hay cosas que entre hermanos como nosotros eran sagradas, así que después de lanzarme una mirada inquietante dijo:

—Vale, vale. Tengo varias cosas que contarte, pero mejor lo dejamos para otro momento. Ahora descansa que mañana te esperan algunas sorpresas.

Con esta frase se marchó a la parte de atrás de la nave, dejándome intrigado. Ya había tenido demasiadas emociones en aquel día y con las vividas tenía para bastante tiempo, pero el destino me tenía reservado aún más.

# 6
# Sevilla
# 3 de febrero de 2080

El ruido ensordecedor del motor de gasoil retumbaba en mis oídos, asimismo el olor del combustible hacía casi irrespirable viajar en aquel viejo autobús. La noche anterior había sido la de mi fallido intento de suicidio y aquel ambiente enrarecido me recordaba la cercana experiencia a la muerte. Un año antes, me encontraba cruzando velozmente el Atlántico en una nave *Rapaz* utopiana; sin embargo, en ese día me hallaba desplazándome por Sevilla en un autocar del siglo pasado. Encima del asiento del conductor, indicando las normas de seguridad, aún se podía ver un viejo y descolorido cartel de Tussam, la extinguida empresa municipal de transportes. Ya no existía un servicio de autobuses prestado por el ayuntamiento, debido al lamentable estado de las arcas de la ciudad. Todas las líneas eran totalmente privadas y sin ningún tipo de subvención, lo que encarecía considerablemente el precio del billete. Hasta aquel viejo autobús, que no contaba con ninguna clase de licencia para operar, y probablemente ni siquiera para circular, el importe a pagar resultaba desorbitado para la mayoría de los ciudadanos.

A diferencia de mi apacible viaje a Argentina, si miraba al exterior, no veía un inmenso cielo azul sobre un mar de esponjosas nubes blancas. Aquí el cielo siempre era gris, puesto que de forma continua había una enorme boina de contaminación sobre la ciudad. De todas maneras, el autobús no contaba con ventanillas de cristal, estas habían sido sustituidas por grandes paneles de chapa. Únicamente a través de diversos agujeros, que parecían haber sido producidos por impactos de bala, podía ver un triste y desgarrador paisaje. Nos encontrábamos en el extrarradio de Sevilla, la única línea de bus que pasaba cerca de mi lamentable urbanización rodeaba toda la ciudad sin llegar en ningún momento a penetrar en ella. Para mi suerte, algo que no había tenido desde que abandonara Utopía, mi destino no estaba en el interior de la urbe. De haberlo sido, me hubiese supuesto toda una serie de obstáculos

logísticos y administrativos; pues no había ninguna línea de bus que conectara mi apartada residencia con el casco urbano. Para tal menester debía ir a alguna parada de bus de la periferia, que tuviera autorización para entrar en la ciudad. Era evidente que aquel transporte pirata en el que me hallaba tenía vetado penetrar en Sevilla, limitándose a recorrer su periferia.

Así pues, mi camino diario me llevaba a un marginal polígono industrial situado a cuarenta minutos de donde residía. Normalmente iba andado, ya que coger un transporte público era un lujo que no me podía permitir. No obstante, ese día, había decidido gastar buena parte del dinero que tenía en mi bolsillo y que reservaba para una emergencia. Si bien, después de la experiencia de la noche anterior, consideré que sería tontería guardar algo para el futuro. Aquel infeliz que tuviera que recoger algún día mi cuerpo, tendría que irse con las manos vacías.

De haber podido ver mi rostro reflejado en el cristal, este hubiese sido muy diferente del contemplado mientras viajaba a Argentina. Mi piel, que siempre había sido de tono claro, se mostraba ahora curtida y morena. A pesar de intentar evitar andar a las horas de mayor calor, me resultaba inevitable. En el ir y venir del trabajo estaba obligado a caminar a pleno sol. Allí no había un escudo como en Utopía que protegiera de los rayos UVA. Por otro lado, debido a su prohibitivo precio, tampoco podía comprar un protector solar adecuado. Había aprendido a hacer uno casero con aceite de coco y oliva, un par de cucharadas de óxido de zinc y un poco de cera de abejas. Sin embargo, pocas veces disponía de tales ingredientes, aparte de que el resultado acababa siendo algo asqueroso. Después no había manera de quitárselo y estaba todo el día pegajoso, aparte de que atraía a las moscas. Con respecto a mi pelo, ya no era ni tan oscuro ni lo llevaba corto. A mi pesar, este se había cubierto de canas, tal vez debido al estrés. Aunque más probablemente fuera causado por la carencia de vitamina B, puesto que mi alimentación dejaba mucho que desear y en nada se parecía a la estricta y equilibrada dieta que tenía cuando vivía en Utopía. Eso sí, llevaba el pelo mucho más largo, cayéndome sobre los hombros en un estilo más bien desaliñado. Desde que estaba en la ciudad no había visitado un peluquero. Cuando consideraba que ya estaba demasiado largo, yo mismo me lo cortaba frente al espejo de forma chapucera. No era para ir por ahí presumiendo de peinado, simplemente me limitaba a que no creciera tanto que se me fuera enredando por todos lados. Así pues, podía decir que mi marcha de Utopía me había cambiado, y esto no fue solo de forma física.

A pesar de la temprana hora de la mañana, hacía un calor sofocante dentro del vehículo. El aire acondicionado no funcionaba, y debía de llevar bastante tiempo así. La rejilla que tenía sobre mí, arrojaba un aire abrasador, por lo que me aparté de ella cuanto pude. En mi afán de buscar un poco de frescor, aproximé mi rostro a la chapa de la ventanilla. Algún buen samaritano había abierto unas aberturas, eso sí desde el exterior y a disparos. Esperaba que con su bienintencionada acción no hubiese ocasionado también algún orificio entre el pasaje, aunque por el color oscuro del suelo de aquel vehículo no me extrañaría lo contrario. A través de uno de los agujeros pude ver que nos encontrábamos en la zona este del extrarradio de la ciudad. Esa era la peor parte de Sevilla, siendo su mayor suburbio. Las chabolas se sucedían unas tras otras con las más diferentes tonalidades, formas o ingeniosos materiales de construcción. La basura y la chatarra se acumulaban en montañas enormes, donde unos harapientos niños rebuscaban cualquier cosa de valor.

Aquel territorio era conocido como las 30.000 chabolas, aún cuando su número difería bastante. En realidad, no alcanzaría ni la mitad de esa cifra, pero según a quién le preguntaras esta cantidad podía ser aún mayor. De todos modos, resultaba complicado cuantificar aquella maraña suburbana, puesto que no se sabía dónde empezaba una vivienda y terminaba otra, mezclándose las viviendas y con ellas sus inquilinos. Este nombre hacía referencia a una conocida zona de Sevilla, llamado las 3.000 viviendas. De este modo, los sevillanos decían que era lo mismo, solo que multiplicado por diez. No obstante, pese a que ambos eran lugares marginales, y en el que la desesperanza reinaba; la principal diferencia, aparte de que uno se hallaba dentro del núcleo de la ciudad y el otro en el extrarradio, eran sus habitantes. En el barrio interior, la mayoría de sus moradores eran oriundos de la localidad. Sus padres, sus abuelos e incluso sus tatarabuelos, habían nacido allí. En cambio, la población de las 30.000 estaba compuesta principalmente por extranjeros. La procedencia de estos estaba formada por desplazados de los cinco continentes, resultando una heterogénea mezcla de razas y culturas, las cuales malvivían de manera precaria y en constante conflicto. Si bien, un pueblo prevalecía en número y en miseria: los catalanes.

Décadas atrás, después de diversas sublevaciones lideradas por los partidos independentistas catalanes, el Estado Español, gobernado por un presidente débil, y más interesado en su bolsillo que en el de sus ciudadanos, cedió a las presiones; permitiendo la realización de un referéndum, que con una votación a favor del 51% aprobó la secesión de Cataluña. O tal vez fue un

presidente muy inteligente, ya que cuando un miembro está invadido por la gangrena, lo único que se podía hacer era cortar por lo sano.

Esta ruptura creó una segregación interna entre los catalanes. Hermanos, padres e hijos entraron en disputa, dividiéndose en dos bandos. La tensión fue tal que la sangre no tardó en correr por las calles, ocasionando una guerra civil. Mientras la joven nación se desangraba, los pilares de prosperidad se derrumbaban. La economía fue la primera en caer. Tras romper lazos con España, y por tanto con la Unión Europea, lo que incluía la permanencia en el euro, el sistema monetario se derrumbó. La peseta catalana, la nueva moneda oficial, se desplomó; depreciándose un 200%. La restrictiva política económica fue inútil, disparándose la inflación y quedándose pronto los ciudadanos sin recursos económicos. La deuda pública, ya desorbitada antes de la independencia, alcanzó cifras desmedidas. Nadie prestaba dinero a un estado ya no amparado por el Banco Central Europeo y que prometía pagar con una moneda que no tenía ningún valor. La Balanza Comercial alcanzó una tasa negativa descomunal, producida por el bajo precio de las exportaciones y el elevado precio pagado por las importaciones, sobre todo por el petróleo. La elevada dependencia energética del exterior, la cual era inasumible, hizo que pronto hubiese carencia de combustibles y continuos cortes eléctricos. Asimismo, el turismo, uno de los supuestos motores de sustentación que defendían los independentistas, cayó en picado, dejando de ser un referente turístico a nivel mundial.

Ante esta situación, la Generalitat centraba sus esperanzas en volver a entrar en la Unión Europea, y que otros pagaran las consecuencias de sus actos. Sin embargo, se encontró con las puertas cerradas, debido a diversos motivos. La mayoría de estados miembros estaban en contra de su retorno, simplemente por cuestiones económicas. En el pasado, ya habían sufrido con Grecia las consecuencias de mantener un país en el que los millones de euros del resto de la unión caían en una bolsa rota. Otros, en cambio, se negaron por cuestiones políticas. La mayoría de las naciones tenían regiones con pretensiones independentistas; permitir la entrada de Cataluña era darles alas a los separatistas de su país. Con respecto a España, su voto siempre fue negativo. No por despecho ni por ningún tipo de odio, simplemente en defensa de sus intereses. Cualquier persona si pierde un brazo o una pierna, siendo debidamente atendido, puede sobrevivir a ello y esto es lo que le pasó a España. Con la salida de Cataluña se produjo en esta una estampida de capitales y empresas, repartiéndose buena parte de ellas entre los restantes

territorios españoles. Así que esto contribuyó a mitigar la pérdida de tan preciada región.

Por otro lado, un brazo o pierna amputados no puede sobrevivir sin un cuerpo. Así que pronto, Cataluña no pudo pagar las nóminas de los funcionarios, no tardando estos en abandonar sus puestos de trabajo. Los servicios básicos de agua, luz y comida fallaron. Se produjeron más altercados. Y ante la falta de cuerpos de seguridad imperó la anarquía. Poco a poco, la población comenzó a abandonar sus moradas para buscar un hogar mejor en el país vecino. Sin embargo, un muro que recorría toda la frontera, construido en los primeros años de la independencia con la mano de obra forzada de los espayolitos (catalanes contrarios al proceso secesionista), les impidió salir. En un principio, esta muralla se levantó para evitar que los españoles entraran en Cataluña. No obstante, el gobierno de la Generalitat, apoyado por grupos extremistas, lo utilizó para evitar la huida de sus ciudadanos, convirtiendo toda la nación en una inmensa cárcel.

Hacía años que nadie escapaba de Cataluña, si bien, antes de que la frontera se cerrara tan radicalmente, millones de personas pudieron escapar de aquel horror. Existía un silencio absoluto sobre lo que pasaba al otro lado de los muros. No había ningún tipo de contacto con la nación vecina y ninguna noticia llegaba de lo que ocurría en su interior. Se había vuelto una nación hermética para el resto del mundo, y muy pocos extranjeros podían entrar. Esto, en cambio, no evitó que diversos rumores y crónicas sobre la brutalidad reinante se extendieran por España. Tanto que cuando un niño hacía algo malo, se le decía que lo iban a mandar a Cataluña.

A través de aquel orificio de bala pude ver a cientos de personas viviendo en condiciones deplorables y sin ningún tipo de esperanza. Por un momento, pensé que aquellos individuos, al igual que yo, en un día vivieron felices en una tierra llamada hogar, viéndose arrojados de ella por circunstancias de la vida. Poco después, observando a través del reducido campo visual que me proporcionaba aquella mirilla indiscreta, llegué a la conclusión de que el mundo que contemplaba era aún peor que el mío.

El blindaje del autobús me proporcionó cierta seguridad, y eso que con frecuencia oía como las piedras golpeaban el vehículo, a la vez que transitábamos por maltrechas calles. He de resaltar que aquella parte de la ciudad no contaba con el mantenimiento adecuado. Ningún funcionario público pondría un pie en aquella zona, centrándose sus labores en los exclusivos, y más ricos, barrios de la ciudad. El alquitrán, con el que inicialmente contara el firme, hacía tiempo que había desaparecido, dejando

en su lugar un bacheado camino de tierra. Hubo un momento en el que el autocar traqueteó abruptamente, obligándome a sujetarme al asiento de delante.

Una persona tosió a mis espaldas de forma compulsiva. No pude evitar taparme la boca con la mano, a la vez que observaba su reflejo en un viejo monitor roto que había colgado del techo del pasillo. Los tecnonanocuerpos que recorrieran en el pasado mi cuerpo ya debían de estar a punto de desaparecer. Justo antes de partir de Utopía, recibí una dosis extra, pero esto solo era algo temporal. Una vez que mis defensas artificiales fueran insuficientes sería víctima de cualquier enfermedad. La verdad era que tenía los días contados, mi sistema inmunológico se había vuelto totalmente dependiente de la tecnología agapiana; si me privaban de ella, no podría hacer frente ni a un simple resfriado.

Tic, tac, tic, tac. Mi tiempo en este mundo se acababa. La noche anterior había estado a punto de morir, pero al final, tal vez por mi cobardía, había tomado el camino más largo. Intenté evitar pensar qué mortal enfermedad podría tener el pasajero de atrás. Podría ser cualquiera de las muchas que se habían esparcido por el país, y que en el pasado se consideraban erradicadas, en buena medida propagadas por la falta de sanidad y las lamentables condiciones sanitarias. Pese a ello, también podía ser que su tos se debiera a la alta contaminación. Algo que también acabaría matándome, si bien poco a poco. Mis temores a una muerte lenta desaparecieron en el momento en que tres sujetos de aspecto amenazador subieron al bus.

Nada más poner los nuevos viajeros un pie dentro, un silencio tenso se extendió por el vehículo. Varias marujas, sentadas en la parte delantera y que durante todo el camino habían estado comparando las enfermedades que cada una tenía, callaron de golpe. Hasta el pasajero que tenía detrás dejó de toser. Tuve la sensación de que incluso el motor de aquella chatarra hacía menos ruido. Aunque esto último debía ser a consecuencia de que el conductor había aminorado la marcha. Seguramente como medida de consideración a los nuevos usuarios de la línea. Estos caminaron por el pasillo dándose empujones entre sí en tono alegre. Desde luego, cuando yo subí, el conductor no fue tan atento; ya que casi me dejé los piños contra una de las barras de sujeción al reiniciar bruscamente la marcha.

—Mirad que tenemos aquí —anunció uno de los sujetos dirigiéndose a un pasajero, el cual estaba sentado junto a la ventanilla, justo al otro lado del pasillo de donde yo me encontraba.

Los tres tenían la tez morena, pelo corto y rizado. Determiné que eran de ascendencia árabe. Asimismo, por su acento debían de ser la segunda o tercera generación que nacía en España. El desdichado que había llamado la atención de estos cafres iba vestido con traje y corbata, además llevaba un afeitado impecable y lucía un peinado clásico. Todo en él, desencajaba en aquel lugar. Debía de tratarse de algún becario enchufado en una de las diversas empresas del polígono industrial a donde nos dirigíamos. Tenía que ser muy pipiolo, tanto en la empresa como en la ciudad, ya que iba al trabajo en bus, y no en coche como harían sus compañeros. Por otro lado, si se veía obligado a usar traje en su trabajo, lo habitual y más prudente era dejarlo en la oficina y no ir llamando la atención por ahí. Yo, en cambio, con una vieja camiseta y unos vaqueros rotos —no es que fuera la moda, sino que no podía pagarme unos nuevos—, pasaba por uno más de los muertos de hambre de aquella ciudad. Aquel muchacho, de unos dieciocho años, se había equivocado de transporte donde mostrarse elegante y bien situado. Su juvenil rostro se volvió blanco y en su mirada pude ver como el miedo le invadía.

—¿Estás en mi asiento? —anunció en tono hostil uno de los tipos colocándose en el asiento contiguo al muchacho, mientras otro de los sujetos se situaba en el de atrás.

El tercero de los matones se plantó en el pasillo y dirigió una mirada amenazadora al resto del pasaje. Al fijarse en mí, pude ver como tenía los ojos rojos y las pupilas dilatadas. Su rostro, bañado en sudor y plagado de oscuras manchas, no resultaba nada agradable. Todo su cuerpo parecía sufrir pequeños espasmos y respiraba de forma agitada. Sin duda, había tomado alguna de las muchas drogas que circulaban por aquellos suburbios. O si no había encontrado a ningún infeliz al que robarle el dinero para su adicción, debía de haber estado esnifando pegamento o cualquier otro compuesto químico aún más tóxico pero mucho más barato.

De repente, el que estaba colocado tras el muchacho lo agarró desde atrás. Seguidamente, su amigo, sin mediar palabra alguna, comenzó a golpearlo salvajemente. El tipo del pasillo, mostraba una expresión sádica mientras observaba la escena. Poco después, se volvió hacia mí y colocó su antebrazo sobre el asiento contiguo. A continuación, giró la cabeza ligeramente a un lado y abriendo desmesuradamente los ojos, me dedicó una amplia sonrisa. Me recordó al Joker de Batman, el interpretado por Jack Nicholson, una película clásica y cuya actuación jamás ha sido superada. Durante unos segundos, permaneció de este modo, como retándome para que interviniera.

Ante esta situación decidí que lo más sensato era apartar la mirada, dirigiéndola al exterior del autobús a través de uno de los orificios de bala. Aquel sujeto, ante mi forzada indiferencia, pronto abandonó su posición para encaminarse a la parte de atrás del autobús donde aterrorizar a otros viajeros. Aunque intentaba abstraerme de lo que estaba pasando al otro lado del pasillo, me resultó imposible. Podía oír como aquel joven estaba siendo bestialmente agredido. Los golpes y la rotura de huesos, así como algún lastimero lamento, resonaron por todo el habitáculo. Sin embargo, nadie se atrevió a ayudarlo.

Hubo una época en la que hubiese hecho algo. Si bien, la vida que llevada desde que abandonara Utopía me había vuelto una persona diferente. O tal vez, para ser más exacto, en un ser diferente, ya que en aquel mundo hasta la humanidad se perdía. Los valores y principios agapianos no tenía cabida allí. Encogido contra la pared del autocar, y mirando para el otro lado, lo único que podía hacer era agradecer que la víctima no fuera yo.

Después de unos minutos eternos, por fin los golpes pararon. Todos los testigos de aquella atrocidad que viajábamos en el autobús agradecimos el silencio que sobrevino. Fue como si hubiéramos despertado de una pesadilla y aquello nunca hubiese pasado.

A través de la minúscula ventanita al exterior, pude ver que me acercaba a mi parada. Sin dilación, me incorporé. Lo que me encontré entonces me revolvió el estómago. Había sangre por todos lados, tanto en la deteriorada tapicería de los sillones, como en la chapa de la pared así como en el techo del vehículo. Con respecto a aquel infeliz del traje se hallaba en el suelo inmóvil. Tenía el rostro totalmente destrozado, al igual que sus anteriormente impecables ropas. Por la extraña posición de su cabeza contra el asiento, me temí lo peor. Su agresor permanecía en el pasillo bloqueándome el paso mientras observaba como su compañero desvalijaba a aquel maltrecho cuerpo.

—¿Me permite pasar? —pregunté adoptando el tono de voz más neutro que fui capaz de poner.

—Sí, claro, pase usted —me respondió con una sonrisa.

—Gracias —contesté. Que fuera un bestia no impedía que yo no fuera mal educado.

Con paso torpe, avancé por el pasillo temeroso de ser atacado por la espalda. Poco después, el autobús se detuvo y bajé apresuradamente. Justo antes de que las puertas se cerraran eché una mirada atrás. Lo último que pude ver fue el indiferente rostro del conductor mientras emprendía la marcha. Aliviado, me sequé el sudor de la frente. La muerte era una compañera de

viaje poco agradable. Con respecto al cuerpo de aquel infeliz, seguramente, acabaría en alguna cuneta y sus atacantes quedarían impugnes. Nadie recordaría haber visto nada y nadie denunciaría lo ocurrido, ni siquiera yo.

Caminar por las atestadas y sucias calles del Polígono Industrial S40 me resultó reconfortante. Después de aguantar las altas temperaturas del autobús, agradecí aquel frescor de las primeras horas de la mañana. Por desgracia, este agradable ambiente no duraría mucho, pronto los termómetros subirían rápidamente hasta alcanzar los 50ºC. Así se mantendrían a lo largo de todo el día hasta que por las noches bajaran por debajo de los cero grados. La sequía perpetua que sufría la región hacía que todo fuera árido y polvoriento. Únicamente en raras épocas se producían algunas precipitaciones, pero estas eran torrenciales, acompañadas de mucho aparato eléctrico, por lo que la fuerza de las lluvias incrementaba la erosión.

Mientras sorteaba multitud de cajas vacías, palés y toda clase de basura, no conseguía olvidarme del joven brutalmente agredido minutos antes. No obstante, al aproximarme a la fábrica donde trabajaba, Conservas Lolo, aquella visión sangrienta desapareció de repente. A la entrada de mi centro de trabajo había dos gorilas que por desgracia conocía bien, se trataban de Curro y de Santos. Ambos eran los encargados de la vigilancia de la fábrica donde trabajaba. Su labor consistía principalmente en evitar robos, tanto externos como de los propios trabajadores del centro. Sin embargo, solían hacer la vista gorda con algunos de sus amiguitos y al resto nos hacían la vida imposible.

De haber estado el portón grande abierto, por el que entraban los camiones cargados con materias primas y por el que salían las furgonetas de reparto, lo hubiese utilizado; al igual que hacía otras veces en las que deseaba evitar a ese par de imbéciles. Pero como no era así, tuve que dirigirme a la entrada peatonal. Bajé la cabeza y me dispuse a pasar por detrás de Santos, el cual estaba concentrado enseñándole algo a su compañero: un enorme móvil de última generación. Estaba convencido de que su sueldo como portero no daba para tal artilugio, por lo que debía de ser fruto de sus chanchullos. Al empujar la puerta, la campanilla colocada sobre ella tintineó. Inmediatamente me vi frenado en seco. Un brazo enorme, lleno de tatuajes y esteroides, se había interpuesto en mi camino.

—¿Dónde vas E.T.? —preguntó Santos.

Ambos energúmenos se divertían llamándome como el personaje de Steven Spielberg, a pesar de que yo no era extraterrestre. Había nacido en la

Tierra, así que era tan terrícola como ellos.

—¿Qué quieres, Hodor? —respondí a sabiendas de que *Juego de Tronos* hacía más de 50 años que no se reponía y que evidentemente él nunca habría leído ninguno de los libros de la saga.

—No sé porque me llamas así, pero como sigas haciéndolo, voy a romperte esa cara de listillo que tienes y vas a estar un mes tomando sopa.

—En ese caso te vas a quedar sin cobrar; si no vengo a trabajar, ni tú ni el resto de los trabajadores vais a ver un céntimo.

Mi labor en aquella empresa era la de un simple contable, encargándome de las facturas, de los pedidos, así como de hacer las nóminas. Desde luego mi jefe, si yo faltaba, no iba a buscar un sustituto para tramitar los pagos del personal, los tendría trabajando gratis hasta que me reincorporara. Con respecto a las demás tareas, seguro que se las encargaba a otro, la entrada de dinero en la empresa nunca podía detenerse.

En aquel planeta, se me podía considerar como un experto en energía FIFU. Cualquier país o empresa pagaría una fortuna por mis servicios. No obstante, una de las reglas impuestas a todo aquel que abandonaba Utopía era el del secreto profesional. Ningún conocimiento ni tecnología podía salir de la ciudad agapiana sin aprobación del Consejo. Por ello, no se me permitía trabajar en nada relacionado con mi trabajo anterior. Todo lo aprendido durante mi carrera de ingeniero, e incluso en la de informática —salvo el simple manejo de un ordenador como un usuario corriente—, me estaba vetado. Fue extraño que me permitieran abandonar Utopía para quedarme en la Tierra, ya que mis conocimientos podían ser transmitidos. De todas formas, sabía que estaba siendo vigilado en todo momento. La ley agapiana establecía que si compartía cualquier tipo de información o tecnología reservada sería, de forma inexcusable, neutralizado. No habría nada de patada a la puerta de las autoridades locales y un juicio, los agapianos tenían formas mucho más rápidas de acabar con los traidores. Evidentemente, la amenaza de que un rayo láser atravesara el techo y te fulminara hacía que pocos se plantearan romper esta norma. Si bien, siempre había alguien que lo intentaba. En la Tierra había muchos individuos dispuestos a pagar cualquier precio por tal información.

—Vamos, solo queríamos saludar a nuestro amigo Marcus —dijo Curro sujetando a su compañero.

Aunque era igual de retorcido y vil que su colega, Curro tenía alguna neurona más. Así que ante la posibilidad de quedarse sin cobrar, intentó calmar a su compañero. Finalmente, Santos me soltó permitiéndome entrar.

Corrí un gran riesgo enfrentándome a aquel gorila, normalmente aceptaba sus chanzas sin resistir. Tal vez mi locura se debiera a que había visto la muerte de cerca, o simplemente porque me sentía culpable de no haber hecho nada en aquel autobús. Así pues, puede que quizás aún quedara algo de humanidad en mí.

En cuanto puse un pie dentro del edificio, un olor nauseabundo me alcanzó. A todas horas entraban camiones llenos de carnes procedentes de diversos mataderos. Estas mercancías eran procesadas para posteriormente ser vendidas en latas. La entrada de estas materias primas dejaba mucho que desear, ya que eran traídas en grandes camiones, que a pesar de contar con un sistema de refrigeración, apenas servía para evitar que la carga se derritiera por las abrasadoras carreteras de Sevilla. Por suerte, posteriormente, una vez enlatada juntos con otros ingredientes, eran sometidas a elevadas temperaturas por encima de los 100ºC, lo cual mataba cualquier microorganismo y las volvía comestibles. A pesar de ello, las pésimas y negligentes condiciones de conservación de las materias primas hacían que en cada rincón de la fábrica hubiese un olor insoportable.

Sin dilación, y sin quitarle ojo a un viejo montacargas autónomo que estaba cargando el reparto del día, me dirigí a mi puesto de trabajo. Aunque el uso de robots para realizar funciones de carga venía a ser algo muy habitual en la época, aquella máquina, la cual tenía más años que yo, resultaba un peligro público. No sabía de dónde la había sacado mi jefe, probablemente de alguna chatarrería o algún museo. El caso era que, desde que estaba allí, había tenido más de una docena de accidentes. Siendo frecuente verla chocar con todo lo que se ponía en su camino, llegando incluso a atropellar en ocasiones a algunas personas. Una vez, hasta destrozó una furgoneta de reparto, al intentar cargar más productos de la cuenta. Gracioso fue el día, en el que le dio por perseguir por toda la fábrica a uno de los operarios de mantenimiento, no debió de gustarle que hurgara en su interior. Solo había un motivo por el que mi jefe no la había mandado a la basura, resultaba más barato arreglar sus destrozos que pagar a varias personas para que hiciera sus tareas. Aparte de que esta no se quejaba de la maratoniana jornada laboral ni de las penosas condiciones de trabajo. Bueno, puede que cuando intentaba atropellar a alguien fuera su forma de quejarse.

La endeble escalerilla de aluminio tembló mientras ascendía a la oficina. La fábrica estaba formada por una inmensa sala diáfana, alumbrada con multitud de opacas lámparas que colgaban del techo y que daban un ambiente tenue. Los únicos habitáculos anexados eran las enormes cámaras frigoríficas

del fondo y una pequeña oficina elevada, mi lugar de trabajo. Aparte contaba con un subterráneo, pero me estaba vetado el acceso pues solo el personal de I+D podía entrar. No comprendía como una fábrica tan desastrosa como aquella podía tener un departamento de ese tipo.

En verdad, mi puesto de trabajo se asemejaba a una jaula de vidrio, donde no había ninguna ventana al exterior y en el que hacía un calor endemoniado. A parte de estar encerrado por paredes traslúcidas, que no dejaban pasar el aire, me hallaba muy cerca del techo, el cual era de Uralita y desprendía mucho calor. Este material de construcción fue muy popular en el pasado, a pesar de estar prohibido desde hacía años debido a su toxicidad. No obstante, había sido vuelto a ser utilizado por algunos desalmados debido a su bajo coste. Así que no solo me asaba bajo aquel techo, sino que también estaba expuesto al amianto, un veneno más para mi organismo. Al entrar en el habitáculo, un tipo gordo, bajito y medio calvo, aunque muy engominado, estaba revolviendo mis papales.

—Marcus, inútil, ya era hora de que llegaras. Dame ahora mismo el número de cuenta del banco.

Se trataba de mi jefe, don Manuel, todo un encanto y que nadie le quite el «don» que se enfadaba. Por fortuna, no solía subir mucho a mi habitáculo, tal vez porque con sus gordas y rechonchas piernas le costaba subir las escaleras, pero cuando lo hacía siempre estaba enojado. Lo habitual solía ser que me pegara gritos desde abajo cuando quería cualquier cosa, algo que ocurría en contadas situaciones. Normalmente, se pasaba todo el tiempo recorriendo la fábrica y fustigando a los trabajadores, eso cuando no bajaba al sótano, ya que era el lugar que más visitaba, para hacer quién sabe qué.

—Santos no me dejaba entrar —comenté mientras buscaba algún papel en el que figurara lo que me había pedido.

—Estoy rodeado de inútiles, ¿acaso no sabe que trabajas aquí? —respondió fuera de sí.

No pude evitar sonreír, aunque me guardé de que se percatara de ello. Santos iba a llevarse una buena bronca.

Mi mesa de trabajo era un auténtico caos. No es que yo fuera muy ordenando, pero al menos sabía en qué montón estaba cada cosa. En su afán por encontrar el número de cuenta, mi jefe lo había alborotado todo. Pese a ello, no tardé en hallar una factura de suministro eléctrico. Al igual que ocurría en Argentina, la mayor parte de la energía se generaba por centrales agapianas. Para ser más concreto, la que nos proveía a nosotros no estaba muy lejos. Aproximadamente a unos quince kilómetros al norte, en el término

municipal de San José de la Rinconada. Si para los argentinos, el precio de la energía vendida por los agapianos era bajo, los españoles la tenían gratis. Uno de los puntos del acuerdo para la cesión del territorio donde se ubicaría Utopía, incluía el aprovisionamiento de energía eléctrica sin coste alguno durante quinientos años. Evidentemente, los agapianos cuando llegaron a la Tierra no disponían de ningún tipo de moneda válida para comerciar con los terrícolas, por ello tuvieron que hacer uso del trueque. Pronto, no obstante, descubrieron que era más fácil pedir dinero prestado. ¿Quién no iba a darle un préstamo a unos seres que tenían a su disposición todos los recursos del universo? Con tiempo suficiente, los agapianos siempre pagaban sus deudas. Bien importando de sus colonias recursos naturales como oro, piedras preciosas, petróleo o cualquier otra cosa que escaseara en la Tierra; o bien con los beneficios obtenidos al incorporarse al sistema capitalista, con la ventaja que le daba una tecnología muy superior. De todas formas, si en algún momento no podían pagar un plazo de la deuda al Fondo Monetario Internacional, a diversos países amigos o a la banca privada, siempre era posible renegociar los plazos o cambiar la deuda de sitio.

Con rapidez, le di a don Manuel la factura, la cual tenía un importe considerable. Lo que se pagaba mensualmente por el suministro eléctrico resaltaba por ser exageradamente elevado, resultando totalmente desorbitado para una fábrica como aquella. Aunque la electricidad fuera gratis, las distribuidoras, y el gobierno con sus impuestos, cobraban unos abusivos precios por el servicio. El caso era que la cantidad de kilovatio-hora que figuraba en la factura como consumido resultaba desproporcionada. Yo había realizado un cálculo, entre las grandes cámaras frigoríficas, así como toda la maquinaria pesada, apenas si se consumía un 25% de lo facturado. En ocasiones, se lo había comentado a mi jefe y su respuesta siempre había sido, de muy malos modos, que me metiera en mis asuntos. Uno quería hacer las cosas bien y eso era lo que obtenía.

—Esto no me sirve para nada —me gritó revoleando el papel—. Necesito la otra cuenta, la de Gibraltar.

La luz y el agua, así como cualquier gasto que se pudiera deducir en los impuestos, se pagaban a través de un banco español. Sin embargo, buena parte de los ingresos, realizados en dinero negro mediante bitcoin, se hacían a través de entidades ubicadas en el extranjero cuya colaboración con la hacienda española se podía considerar como tibia. Gibraltar, tras la salida del Reino Unido de la Unión Europea y siguiendo el ejemplo de Escocia e Irlanda del Norte, acabó separándose de Inglaterra y Gales. (¡Qué manía de

independizarse que existía en este planeta!, en vez de ir todos juntos en una dirección. Cualquier día nos íbamos a encontrar que la Luna se había separado de la Tierra y estaba dando vueltas alrededor de Marte). Finalmente, Gibraltar acabó ingresando de nuevo en la Unión Europea; como un estado soberano, sin que se cumplieran las históricas aspiraciones de España para que volviera a su seno. El caso fue que debido a un especial estatus, terminó convirtiéndose en un paraíso fiscal totalmente consentido dentro de Europa. Si de todas formas los paraísos fiscales van a seguir existiendo, mejor tener uno propio, debieron de pensar desde Bruselas. A parte de que así los políticos y sus amiguitos se ahorraban una pasta en vuelos, Gibraltar quedaba mucho más cerca que una isla perdida del Pacífico. Con todo, los ciudadanos de este nuevo estado tuvieron una suerte dispar. Sobre el papel, la mayoría eran millonarios. No obstante, los que realmente residían en el territorio pasaban muchas penurias y carecían de servicios básicos, a pesar de que oficialmente había inscritas empresas de todo tipo.

Olvidándome del caos reinante en mi mesa, me dirigí a uno de los armarios de la pared y cogí un viejo AZ en cuyo lateral rezaba: «Bancos». Segundos después hacía entrega a mi jefe de un extracto bancario del Banco Gibraltareño El Pillo. En esta relación de ingresos y salidas figuraban multitud de empresas pantallas y testaferros con los más variopintos nombres. Algunos casos curiosos eran por ejemplo los de «La Barriguita Llena S.L.», «Don Corleone S.A.», «Todo esto es mío S.L.U.» o «Mickey Mouse tiene las orejas grandes S.L.». Tras observar el papel un instante, don Manuel se lo guardó en el bolsillo y, sin darme las gracias, se marchó diciendo:

—Hoy no quiero que me molestes para nada, si hay algún problema encárgate tú o déjalo para otro día.

A través del cristal traslúcido pude ver como bajaba las escaleras de manera torpe. Con su baja estatura y estando como un tonel, sin duda de haber tropezado hubiese rodado hasta abajo. Cada día estaba más harto de aquel tipo y de aquel trabajo. Desde luego no estaba allí por el sueldo que me pagaban, siendo en la mayoría de las ocasiones latas de comida. Había llegado hasta aquella empresa siguiendo una pista, mi única pista, a la cual me agarraba como un clavo ardiendo. Fueron muchos los días que pasé en la calle frente a la puerta de entrada, viendo quién entraba y salía, sin que en ningún momento vislumbrara el rostro que buscaba. Un día me di cuenta de que había mucho trasiego de desconocidos, esto llamó mi atención. Tras asaltar a uno de aquellos sujetos, pude averiguar que venía a entregar el currículo. Buscaban a un nuevo contable, el anterior se había suicidado, esto ahora no

me sorprendía. No tenía muchas esperanzas cuando entré y me ofrecí para el puesto. Ni siguiera, llevaba un currículo, ya que no disponía de un ordenador donde redactarlo y tampoco dinero para hacerlo en un establecimiento público. Así que me limité a rellenar un folio en blanco que me dieron en la empresa. Pero grande fue la sorpresa cuando días después, al volver para preguntar, me dijeron que había sido seleccionado. Debieron de quedar deslumbrados por mi experiencia, aunque en un lugar como aquel de poco iba a servir. No obstante, con frecuencia, las empresas simplemente presumían de tener en nómina a un exutopiano. Por otro lado, encerrado en aquel cuchitril, tampoco estaba haciendo una exhibición de mi persona.

Me había planteado dejar aquel trabajo, al fin y al cabo me quedaba poco tiempo en ese mundo. Para que malgastarlo así, mis tecnonanocuerpos pronto desaparecerían y yo con ellos. Sin embargo, mis pensamientos fueron interrumpidos por un gran ajetreo en el piso de abajo. Lleno de curiosidad, abrí un poco la puerta y me asomé por la rendija. Una decena de hombres, todos vestidos con amplios ropajes negros, con gafas de sol y cubiertos completamente estaban entrando en la fábrica. Rápidamente don Manuel acudió a recibirlos. Me quedé atónito al ver con qué amabilidad y respeto los trataba. Desde que trabajaba allí, nunca lo había visto agasajar a nadie de tal modo; ni a los proveedores, ni a los clientes, ni siquiera a un inspector de sanidad que un día se le ocurrió pasar por la fábrica y ni mucho menos a los trabajadores. El funcionario público eso sí, salió con una gran sonrisa y con un maletín oscuro en la mano que no había traído cuando llegó.

—Pasen, pasen, señores, verán que las instalaciones son de su agrado —escuché que comentaba el nuevo adalid de la cordialidad.

Desde mi posición, observé al peculiar grupo. Todos iban vestidos de forma similar. En aquella época era bastante habitual aquel tipo de vestimenta en la región. Las mismas ropas que utilizaran los tuaregs del desierto del Sáhara. Colores oscuros y tapados hasta los ojos, para así protegerse del sol y de las ventiscas de arena. Pese a sus ropas, al oír sus voces me di cuenta de que aquellas personas no eran de la zona, ni tampoco de ninguna parte de África. Varios de ellos tenían acento inglés, incluso parecía haber un alemán. Por otra parte, sus ropas no parecían que se hubiesen confeccionado en un taller local de manera artesanal, sino que se habían fabricado en China y con el certificado de protección ultravioleta.

Desde luego, me resultó extraña aquella reunión. Por un momento pensé que se trataban de accionistas y que mi jefe iba a vender la empresa. Si bien, ¿para qué mostrarles las instalaciones? La compra venta de empresas se

hacían en un despacho fresquito a cientos de kilómetros. Todo era cuestión de números, nadie iba a ver qué compraba. Aparte de que había poco que examinar, salvo algunos harapientos trabajadores, varias viejas máquinas y mucha materia prima maloliente.

Me di cuenta de que don Manuel parecía mostrar una mayor deferencia con uno de los visitantes. Intenté escuchar lo que decía, pero me resultó imposible, hablaban muy bajo, algo inusual en mi jefe que siempre estaba gritando.

—Vayan bajando por la escalera y esperen al fondo que enseguida les abro —anunció don Manuel conduciendo al grupo al sótano.

Esto era todavía más extraño, abajo estaba el Departamento de Investigación y Desarrollo. Nadie bajaba a esa zona, salvo los estirados tipos de bata blanca. Desde que trabajaba en la empresa, yo nunca había visitado aquella sección. Una vez, vencido por la curiosidad descendí por las escaleras para encontrarme con una puerta cerrada con un lector de tarjetas. Un sistema muy moderno para una empresa tan obsoleta, donde hasta los trabajadores llenaban latas a mano.

—Pueden quitarse el turbante —anunció el sujeto que parecía el líder de aquel grupo, a la vez que comenzaba a descubrirse.

Algo en el interior de mi mente se encendió, ya antes había escuchado a esa persona hablar. Más que la voz en sí, había sido el tono autoritario, en perfecto español, en el que lo había dicho. El desconocido comenzó a descender. Con premura, abrí totalmente la puerta de la oficina y salí al exterior. Sujetándome a la barandilla, me icé cuanto pude para no perderlo de vista. Justo cuando estaba a punto de ocultarse, vi el rostro del general Joaquín Segura. La última vez que había coincidido con él fue en la Sala de Ingeniería de la central energética de Argentina, poco antes de que yo volara por los aires sus instalaciones. Solo lo entreví fugazmente, pero no tenía muy buen aspecto. Parecía mayor y que había perdido algo de su vitalidad. Resultaba evidente que, al igual que a mí, le habían ido mal las cosas.

Desde luego, no era la persona que yo esperaba ver. Aunque que él estuviera allí resultaba una coincidencia difícil de creer. Hay millones de fábricas en el mundo para que fuera y entrara exactamente en la yo estaba trabajando, además de forma tan sospechosa. Había una relación en todo aquello, e iba a averiguarla.

# 7
# Utopía
# 4 de febrero de 2079

No hay nada mejor como dormir en tu propia cama. No era porque la del dormitorio de Argentina fuera mala, pero se trataba de un colchón normal de muelles al que no estaba acostumbrado. En cambio, en mi piso de Utopía, disponía de un moderno sistema de descanso agapiano. Con un colchón, que aparte de tener calefacción y ser regulable en nivel de dureza, contaba con capacidad de adaptación a cualquier cuerpo. Lo cual resultaba una delicia y proporcionaba un mayor descanso de la columna. Además, tenía la ventaja de ser completamente higiénico y muy saludable, pues estaba relleno de un gel especial. Podría decirse que se trataba de una evolución de los antiguos colchones de agua, con la salvedad de que no había riesgo de acabar empapado, ya que el gel era casi sólido; desapareciendo así el riesgo de fuga y siendo totalmente silencioso.

De una u otra forma, el haber dormido en mi casa y en tan formidable sistema de reposo, hizo que me levantara plenamente descansado, recuperándome del duro día anterior. Sin dilación alguna, me dirigí al salón. De camino a él, dije en voz alta:

—Hacer desayuno.

Un pitido llegó hasta mis oídos y una voz femenina repitió la orden. El ordenador de la vivienda había captado mi petición y en esos momentos en la cocina se estaría haciendo el desayuno. Lo tenía configurado para que cada mañana me preparara unas tostadas con aceite de oliva y un zumo de naranja. De todas formas, previamente, el ordenador detectaba si había dormido en casa y en tal caso enviaba a mi Rodoa (robot doméstico automatizado) en busca de los alimentos frescos necesarios. No penséis que disponía de un autómata como mayordomo. Los Rodoas no tenían brazos ni piernas, así como tampoco una cabeza queriendo parecer humanos. Simplemente, eran una gran caja cuadrada voladora, del tamaño algo menor que una lavadora,

que se encargaba de los recados. Cuando faltaba cualquier aprovisionamiento, el ordenador, sin que tuviera que darle ninguna instrucción, lo mandaba solito al Centro de Abastecimiento. Allí, otros robots más sofisticados se encargaban de abastecerlo. Una vez con el compartimento lleno, volaría de regreso a casa. Después, sería el ordenador del hogar quien, a través de diferentes brazos robóticos, repartidos por todo el piso, se encargaría de colocar cada cosa en su sitio. Eso sí, el robot doméstico resultaba muy útil para pedir comida a domicilio. Sólo tenía que indicar lo que quería y él iría hasta un restaurante o comedor con disponibilidad donde sería aprovisionado. Después, él mismo se encargaría de llevar la basura al centro de reciclaje más cercano. De esta manera, no era de extrañar que al mirar por la ventana, viera cientos de Rodoas volando de un lado para otro. Asimismo, podía ver como multitud de estos drones entraban y salían de los edificios, a través de unas peculiares aberturas en la fachada, creadas específicamente para tal fin.

Acababa de dar el primer bocado al desayuno cuando mi terminal sonó. Aún con un chorreón de aceite corriéndome por la cara, me apresuré a ver quién me importunaba a una hora tan temprana. Se trataba de Daniel, el cual con un mensaje de texto me decía:

«Despierta, dormilón. En 30 minutos, en el puerto espacial. No faltes. Postdata. Ponte guapo».

La noche anterior, mi viejo amigo me había dicho que hoy me aguardaban algunas sorpresas, supuse que esta sería una de ellas. Únicamente, esperaba no tener que hacer otro viaje como el de Argentina. Con cierta inquietud, terminé de desayunar. Conocía a Daniel desde hacía mucho tiempo así que me podía encontrar con cualquier cosa. Inmediatamente fui a darme una ducha rápida. Al salir, me dirigí al vestidor. Tras pulsar un botón en la pared del dormitorio, el panel desapareció mostrándome mi limitado vestuario. Todo se encontraba en perfecto orden, planchado y oliendo a recién lavado. Sin duda, el ordenador de casa sabía hacer su trabajo. Después de unos segundos de vacilación, y desechando la ropa *beige* que había llevado el día anterior, y que ya había sido lavada, me decidí por un pantalón y una camisa negra. Este color no era muy apropiado para llevarlo a un lugar cálido, por lo que fuera de Utopía había pocos sitios donde pudiera vestirlo sin sudar copiosamente. Por otro lado, Daniel me había dicho que fuera guapo y el negro me resultaba muy elegante.

No fue necesario afeitarme, ni siguiera disponía de una maquinilla para tal menester, puesto que a la mayoría de los utopianos no nos crece la barba, ni otros cabellos no deseados. En realidad, sólo tenemos pelo en la cabeza. Se

trataba de una de las pocas modificaciones genéticas permitidas. Ni que decir tiene que en las diferentes clínicas agapianas repartidas por el mundo se pagaban millones por someterse a ese tipo de alteraciones. Las clínicas agapianas, normalmente, se limitaban a trabajar en enfermedades que no tenían curación en la Tierra o que eran difíciles de combatir. No obstante, existía un cupo para pacientes Vips que por astronómicas cantidades podían ser tratados de lo que quisieran. Al fin y al cabo, los agapianos habían aprendido a utilizar cualquier fuente de recursos. Por suerte, los utopianos no tenían que pagar por esos servicios.

Una vez vestido, salí del piso y me dirigí a la calle. Eché en falta mis gafas de sol, las cuales se habían quedado en Argentina y habían volado por los aires con la explosión. Tendría que poner una incidencia y, una vez aceptada, mi robot doméstico se encargaría de recoger unas nuevas. En Utopía nada costaba dinero, pero existía un gran control para evitar el abuso. Desde luego, no se iba a permitir que alguien tuviera una docena de gafas de sol. Estaba seguro de que la destrucción de mis objetos personales por una explosión nuclear se ajustaba a causa más que justificada para su reposición.

Nada más pisar la calle, alcé la vista hacia un espléndido cielo azul. En verdad, no era real lo que estaba viendo, sino el inmenso escudo que protegía la ciudad y que solía adoptar esa tonalidad. De no haber estado el escudo, lo más probable hubiese sido que las nubes, la contaminación o las frecuentes tormentas de arena que azotaban la región impidieran verlo de ese color. A lo largo del día, el escudo iba cambiando no solo de tonalidad, sino que simulaba la posición del sol, así como el amanecer y el anochecer. Por las noches, se podía apreciar un hermoso y brillante cielo estrellado, donde cada constelación estaba exactamente en las coordenadas que le correspondía. El escudo, aparte de tener una función estética, era el responsable de que en la ciudad hiciera una temperatura ideal; la cual solía oscilar entre los 21ºC y los 26ºC, con una humedad de entre el treinta y el sesenta por ciento, dependiendo de la hora del día y de la estación del año en que nos encontráramos.

En muy raras ocasiones, el escudo se levantaba total o parcialmente. Como por ejemplo cuando se quería ventilar o limpiar la ciudad, y eso se llevaba a cabo bajándolo al veintidós por ciento. A veces, se dejaba pasar algo de lluvia. Eso sí, siempre que previamente se comprobara que no fuera ácida y que su nivel de contaminación estuviera en márgenes aceptables. En Utopía respirábamos un aire completamente limpio. No se permitían los vehículos de

combustión y la industria emitía cero emisiones, por lo que el escudo siempre estaba levantado para evitar que nada entrara.

Miré mi reloj, faltaban diez minutos para mi encuentro con Daniel. El puerto espacial no estaba lejos, ya que se encontraba en mi mismo distrito. Utopía, vista desde el espacio se podía apreciar como un círculo perfecto. Si no estaba el escudo activado, se podía ver como un gran muro rodeaba la ciudad. Su interior se dividía administrativamente en cuatro demarcaciones: la 1, la 2, la 3 y la 4, correspondiéndose respectivamente, y desde el punto de vista geográfico, con el distrito noroeste, noreste, suroeste y sureste. La peculiar forma de la ciudad ha sido justificada por muchos terrícolas como algo simbólico o mágico, haciendo referencia a diferentes alineaciones pétreas megalíticas como podían ser Stonehenge o Avebury, ambos lugares sagrados en la Prehistoria. La realidad era bien distinta. Los agapianos construían sus ciudades alrededor de sus habitantes, por ello en el epicentro de la ciudad siempre levantaban un inmenso complejo para el uso y disfrute de sus ciudadanos. En el caso de Utopía, esta construcción se llamaba Megaocio, la cual podía contemplarse desde todos los puntos de la ciudad. Esta megaconstrucción, estaba formada por cinco torres jardín, conectadas por puentes suspendidos. Cada torre medía 150 metros y contaba con treinta plantas circulares, donde los anillos de zafiro agapiano, las cristaleras de vidrios serigrafiados y la vegetación reinante se sucedían en total armonía. En el centro de las cinco torres había un pequeño lago. Asimismo, a su alrededor, se habían colocado grandes pantallas que mostraban imágenes montañosas; dando la sensación de que realmente te encontrabas en los Alpes o en un lugar idílico similar. Megaocio destacaba por ser la zona más concurrida de la ciudad, en la que se podía encontrar desde cines 5D, teatros, bibliotecas, museos, salas de conferencias, zonas de realidad virtual, o gimnasios, así como una amplia variedad hostelera. Cualquier actividad deportiva, recreativa o cultural tenía cabida en aquel complejo. Todo ello con la tecnología más puntera del planeta.

Hay que destacar que las bibliotecas no contaban con libros físicos. Sin embargo, tenían una función muy importante en la ciudad: la de permitir acceder eficazmente a la ingente información de la que disponían en sus servidores, datos relativos tanto a la Tierra como al universo entero. Aparte, realizaba una gran labor didáctica y constituía un importante espacio social. Multitud de personas acudían cada día para conectarse neuronalmente al centro, tomar café, debatir con otros usuarios o bien, simplemente, relajarse en un ambiente agradable.

Yo vivía en el distrito suroeste, debido a cuestiones laborales, puesto que el Departamento de Energía se encontraba allí. A todos los ciudadanos se les asignaba una residencia cercana a su centro de trabajo. De esta manera, se producía un ahorro importante en los desplazamientos diarios de los trabajadores; que redundaba no solo en el tiempo que cada persona dedicaba a ello, sino también en los transportes públicos y en su propia salud, ya que al ir caminando no sufrían el estrés del desplazamiento y era mucho más saludable. Resultaba increíble la cantidad de tiempo que perdían los terrícolas diariamente en sus idas y venidas del trabajo. Atascos, retrasos en la hora de llegada, accidentes, consumo de combustible, más contaminación o conductores estresados eran algunas de las consecuencias de no tener una buena política urbana y laboral coordinadas. Esto ocasionaba que la gente acabara conduciendo sus vehículos como auténticos posesos, llegándose a desatar gran cantidad de violencia vial. Ya no me sorprendía que muchos terrícolas acabaran volviéndose locos.

Por otro lado, en Utopía no teníamos ese problema. El Departamento Laboral se coordinaba con el Social para que la ubicación del trabajo y de la vivienda fueran acordes. La realidad era que para los utopianos no existía ninguna diferencia entre vivir en un distrito u otro. Todos eran iguales, contando con idénticos servicios, al fin y al cabo estaban hechos con el mismo molde. Con respecto a las residencias, existían tres tipos, dependiendo de los miembros de la unidad familiar. En mi caso, yo residía en un T1, piso unipersonal. Daba igual en que trabajaras y el puesto que ocuparas, no existían variaciones notables y estaban equipados de forma similar.

Para ir al puerto espacial tenía varias alternativas. La primera, caminar. Pero iba a ir un poco justo de tiempo, así que determiné que lo más idóneo sería utilizar un transporte público. El mejor modo de moverte por Utopía era en monorraíl. En los más de 78 kilómetros cuadrados en los que se asentaba la ciudad, se había construido una inmensa red de monorraíles, la cual te permitía llegar a cualquier punto en pocos minutos. Existían ocho líneas radiales de cinco kilómetros de longitud, que partiendo de Megaocio llevaban hasta los muros de la ciudad. Después, había tres líneas circulares que conectaban entre sí la red radial. La línea circular más extensa era la que discurría junto al muro exterior, teniendo una longitud similar a él, con algo más de treinta kilómetros de largo. Aparte de la red principal, existían otras muchas vías secundarias que conectaban con ella. El monorraíl destacaba por ser el transporte principal de la ciudad, discurriendo en una doble vía sobreelevada. Y esto lo hacía de manera totalmente silenciosa, debido a que

tanto la locomotora eléctrica, como los vagones, flotaban sobre el raíl gracias a unos campos magnéticos.

A pesar de contar con tan eficiente medio de transporte, decidí ir en coche. Andar hasta la parada más cercana del monorraíl y bajarme después en el puerto espacial iba a tardar lo mismo que ir directamente andando. Por ello, saqué mi terminal y solicité un vehículo. Mi reunión con Daniel me daba la sensación de que iba a ser por motivos profesionales, por lo que marqué la opción de «laboral». Siempre que se solicitaba un vehículo había que justificarlo. Si era por motivos personales, disponíamos de un limitado número de usos al mes. Así que de este modo, no me contaba.

No tuve que esperar mucho cuando vi girar en la esquina un monoplaza blanco. Nadie conducía el vehículo, era totalmente autónomo. Ante mi petición, el ordenador general había buscado un auto libre entre los muchos garajes repartidos por la ciudad, enviándolo a la dirección demandada.

Nada más pararse el vehículo frente a mí, tiré del picaporte y sonó un pitido de confirmación que me permitía entrar. El ordenador de a bordo había verificado que la persona que intentaba usar el auto era la misma que había realizado la solicitud. Sin dilación, me senté en el único asiento y cerré la puerta.

—Buenos días, señor Marcus —dijo una voz femenina que salió del salpicadero—. ¿A dónde desea ir?

—Al puerto espacial —respondí.

—Tiempo estimado: cinco minutos.

Inmediatamente, nos pusimos en marcha. Eché un rápido vistazo al habitáculo en el que me hallaba. El blanco inmaculado destacaba por todo el interior. Después de cada servicio, el vehículo solía volver al garaje donde se le ejecutaba un programa de limpieza, dejándolo como nuevo. El caso era que siempre olía como tal. Aunque no puedo decir que fuera muy amplio, me encontraba bastante cómodo. Contaba con asientos ergonómicos, los cuales estaban en posición de relax, con el respaldar ligeramente inclinado hacia atrás. Todos los vehículos de la flota eran bastante parecidos, únicamente cambiaba el tamaño de estos según las necesidades, aumentado el número de plazas o la capacidad de carga. Aún siendo un coche, llamaba la atención que no tuviera a la vista un volante. Yo iba allí sentado, limitándome a ver el paisaje pasar sin que tuviera que hacer nada. Estos automóviles contaban con multitud de sensores para poder circular, mas era el ordenador general de la ciudad quien ese encargaba de la conducción. Para ello se valía de una serie de drones que flotaban sobre la ciudad de forma permanente. Estas aeronaves

controlaban la ciudad al completo. No escapándosele nada de lo que ocurría en ella, ya que contaban con multitud de cámaras capaces de ver hasta una hormiga a cientos de metros de altura. Cada suceso, accidente o infracción quedaba grabado en los servidores centrales. De esta manera, en cualquier delito que se cometiera en la ciudad rápidamente se descubría su autoría. Algunos demandaban una mayor privacidad, acusando al Consejo de la Ciudad de orquestar un *Gran Hermano*. Sin embargo, la ausencia de delitos y el buen uso dado al sistema, ya que el problema no era que te vieran por la calle caminar, sino el fin que se le podía dar a esa información, hacían que prácticamente no hubiera detractores. Solo los que querían cometer alguna fechoría, algo que realmente escaseaba en Utopía.

Así pues, los drones se encargaban, con sus sensores y cámaras, de todo el tráfico de la ciudad. Al recorrer sus calles solamente medios de transportes controlados de forma remota, apenas si existía posibilidad de que dos vehículos colisionaran entre sí. El monoplaza en el que viajaba, aparte de ser completamente seguro, también contaba con un sistema manual. Pero este solamente se activaba en caso de emergencia, o por personal autorizado, así que lo normal era que el volante permaneciera oculto en el salpicadero.

Exactamente en los cinco minutos previstos, llegué al puerto espacial. En cuanto me bajé del vehículo, este emprendió la marcha camino al garaje más próximo a la espera del siguiente usuario. Al alzar la vista, pude ver un gran trasiego de naves llegando y partiendo. Aunque Utopía tenía relaciones comerciales con todo el planeta, la mayoría de las mercancías que entraban en la ciudad provenían de Ágape o algunas de sus colonias. Utopía había sido construida por los agapianos como una ciudad tipo C1. Las cuales se caracterizaban por ser nexo de unión con otros pueblos y en el que primaban las relaciones comerciales, culturales y sociales. Por ello, era frecuente que importara gran cantidad de bienes de otras ciudades agapianas, sobre todo agrarias, mineras e industriales, tanto para uso propio como para venderlo a los terrícolas. Asimismo, ostentaba la puerta de salida de multitud de artículos creados en la Tierra y que cumplían los estrictos estándares de calidad establecidos, algo bastante inusual.

Mientras ascendía la escalinata que conducía a la entrada, un ligero temblor invadió el lugar. Los demás transeúntes continuaron su ir y venir, sin prestarle atención. El cielo se oscureció, a la vez que un zumbido llegó hasta mis oídos. Alcé la vista y pude ver como una inmensa nave estaba aterrizando. Se trataba de un *Goliat*, un carguero estelar con capacidad para viajar entre planetas. Estas naves podían llevar hasta 250 toneladas de

mercancías y era uno de los cargueros más utilizados por los agapianos. Existían naves aún mayores, como el *Titán*. Pero esta, debido a sus descomunales dimensiones, no tenía capacidad para tomar tierra. Así que otras naves, normalmente los *Albatros*, se encargaban de vaciar sus bodegas. Una vez que llegaba la mercancía al puerto espacial, los montacargas automatizados se ocupaban de todo, descargaban las naves y dividían la carga entre diferentes contenedores según su destino. Después, una flota de vehículos autónomos repartía el cargamento por la ciudad. No obstante, no se vería ninguno de estos contenedores flotantes por las calles. Bajo Utopía existía una inmensa red de transportes por la cual circulaban todas las mercancías. En verdad, bajo Utopía, existía otra ciudad con sus propias infraestructuras. Lo cual incluía zonas recreativas, gubernamentales y residenciales. Si bien, salvo las carreteras subterráneas utilizadas por los transportes de mercancías, que no precisaban de personal humano, todo estaba clausurado. Esta ciudad oculta estaba reservada para casos de urgencia. Si el escudo caía, la población al completo podría resguardarse durante años bajo tierra en condiciones bastante confortables.

—¡Marcus! —exclamó alguien a mi espalda.

Al volverme, pude ver como un vehículo partía vacío, dejando tras él a un sonriente tipo. Con un par de ágiles saltos, subió los escalones de dos en dos hasta donde yo me hallaba. Se notaba que estaba en buena forma, por algo iba todos los días al gimnasio. Tenía el cabello alborotado y rizado, con un largo flequillo rubio que le caía ligeramente sobre la frente, casi tapándole los ojos. Lucía un estilo bastante despeinado, que al parecer parecía gustar a las mujeres. Aunque yo sabía que se pasaba un buen rato frente al espejo antes de salir para tenerlo así.

—Dani, ¿por qué hemos quedado aquí? —le pregunté con desconfianza.

—Ya lo verás. Sígueme, no quiero que lleguemos tarde.

—Tú siempre vas con retraso, anoche casi me muero de frío esperándote —respondí haciendo referencia a la vieja fábrica donde me resguardé con Laura.

—Quería daros un poco de intimidad —contestó mi buen amigo con una sonrisa.

—No era necesario, la verdad es que una fábrica en ruinas en mitad de Argentina mientras te buscan unos militares muy enojados, no es un sitio muy romántico. La próxima vez no te detengas por mí.

—Pero si ya la tenías en tus brazos —objetó Daniel.

Preferí no responder y me limité a seguirlo al interior del puerto espacial. Con todo, su comentario me hizo pensar en la secretaria del señor Green.

—¿Qué habéis hecho con ella?

—Le hemos dado una patada y echado de Utopía. ¡No me pongas esa cara! —me respondió entre risas—. Ya sabes que no somos así, aunque no es utopiana, sino una externa, la hemos reubicado en la ciudad hasta darle nuevo destino.

—Ah, vale, supongo que se le habrá asignado un terminal, ¿no tendrás su número, verdad?

Daniel se detuvo partiéndose de la risa, sacó su terminal y segundos después oí el sonido de un mensaje en el mío.

—Ahí lo tienes —exclamó—. Te deseo suerte. Estuve interrogándola anoche y parece una chica dura, si bien tú ya has roto el hielo.

—No seas mal pensado —protesté.

Conociéndolo, seguro que él había intentado ligar con ella. En mi defensa añadí:

—Solo quiero despedirme, ayer os la llevasteis aparte nada más aterrizar y no tuve oportunidad.

—Vale, como tú veas, sigamos adelante.

El puerto espacial estaba construido de forma análoga a los grandes edificios agapianos, destacando por su amplitud y luminosidad. El techo se hallaba coronado por paneles de cristal, lo que permitía ver el artificial cielo azul, así como el llegar y el partir de las diferentes naves. Daniel cruzó el gran vestíbulo y se dirigió directamente a las puertas de embarque, dejando atrás el mostrador de atención y una fila de terminales que se usaban para sacar el billete sin intervención humana. También se podía hacer una reserva desde cualquier terminal conectado a la red. Cuando tenía que viajar a algún sitio por trabajo, no era necesario que yo sacara un billete, ya se encargaban de ello en el servicio de logística de mi departamento, los cuales tenían prioridad para reservar plazas. A título personal era más difícil obtener un billete, pues existía un gran control por parte de las autoridades para salir. No obstante, había casos en los que sí estaba justificado. Como por ejemplo para visitar un familiar o por vacaciones en algún centro turístico, donde los gastos irían a cuenta de la ciudad, ya que los utopianos no disponían de dinero.

—¿Tenemos autorización para viajar? —pregunté con la esperanza de que no fuera así.

—Está todo arreglado —me respondió mientras aceleraba el paso.

Al aproximarnos a la primera puerta, puede ver como en el panel ponía:

«Aerolíneas Utopianas: Europa (Madrid, París, Bruselas, Berlín y Roma)».

Sin embargo, no nos detuvimos aquí y continuamos adelante. En ese momento, comencé a ponerme un poco nervioso. Un par de días antes había recorrido ese mismo pasillo y embarcado por la puerta número dos. Si bien, al ver el panel que colgaba sobre esta, respiré aliviado:

«Aerolíneas Utopianas: Sudamérica, Buenos Aires, Santiago, Asunción, Lima, Bogotá y Brasilia».

La capital de Argentina había sido tachada de la lista, eso significaba que la ruta a Buenos Aires seguía suspendida. Desde luego, no deseaba volver. Aparte de mi mala experiencia vivida, estaba seguro de que no sería muy bien recibido. Había millones de argentinos, que sin conocerme, estarían acordándose de toda mi familia por haberlos dejado a oscuras.

Proseguimos por aquel pasillo, pasando de largo por diferentes puertas de embarque entre las que se encontraban la de EE.UU. o Asia. Pronto, los paneles dejaron de indicar el destino y ya simplemente figuraba el número de embarque. Por fin, llegamos al final del recorrido, cuya última puerta era la seis. Al entrar en la sala, nos encontramos con dos tipos armados. Por sus uniformes pude ver que se trataban de miembros de la FUTAG, los mismos que nos habían rescatado la noche de antes. Muy importante debía de ser aquel acceso para que estas tropas de élite la vigilaran. Daniel los saludó con un gesto militar y estos respondieron de igual manera. Sus caras me resultaron conocidas, debían de formar parte del equipo que me rescató en Argentina.

—Tú primero, me anunció señalando el torno de seguridad.

El control de acceso con doble puerta de cristal me recordó a la Sala de Seguridad de la central energética agapiana. Esperé que el resultado no fuera el mismo, aún tenía un cierto hormigueo en la zona donde el táser me había alcanzado.

Puse la mano sobre el lector y la primera puerta de cristal se abrió. Eso quería decir que tenía pasaje para subir a aquella nave, adónde quiera que fuera. Seguidamente, tras cerrarse esta fui escaneado. Evidentemente, los protocolos de seguridad para volar eran estrictos: ni armas, ni explosivos, ni nadie bajo efectos de sustancias psicotrópicos o estupefacientes, tampoco nadie con enfermedades contagiosas. Tal y como esperaba, la puerta frente a mí se abrió permitiéndome pasar. Poco después, hacía lo mismo con Daniel.

Juntos, nos internamos por la pasarela que daba a la nave. Nada más entrar, me percaté de que nos hallábamos en un *Albatros*. A diferencia de mi vuelo a Argentina, no había ningún otro pasajero a bordo.

—Toma asiento, voy a avisar al piloto que podemos partir —anunció el que iba a ser mi único compañero de viaje.

—¿No vamos a estar un poco apretados por aquí? —pregunté.

—Pues si quieres, puedes ir en la bodega; esta es una nave de aprovisionamiento, por lo que va hasta los topes de carga.

Daniel se marchó hacia la cabina dejándome intrigado. Había dicho que estábamos en una nave de aprovisionamiento pero ¿a quién íbamos a abastecer?

No tardó mucho en volver y tomar asiento a mi lado. Nada más hacerlo, escuché el ligero zumbido de los motores gravitacionales. Al mirar por la ventanilla, pude ver como el suelo se iba alejando. A continuación, fue el puerto espacial el que vi quedarse atrás. Rápidamente nos dirigimos al gran escudo que cubría la ciudad. Desde esa altura, disfruté de la perfecta armonía y diseño de Utopía. Con Megaocio en el centro, desde el que partían las vías principales tanto de monorraíl como peatonal, como si de los radios de una rueda se tratara. Asimismo, también podía avistar la homogeneidad de sus edificios o de sus parques y jardines que se repartían por la ciudad.

La velocidad a la que nos aproximábamos al escudo fue descendiendo. De pronto, notamos una sacudida en la nave y por la ventanilla todo se volvió azul eléctrico. Estábamos atravesando el campo de fuerza. Cualquier nave que no tuviera sus propios escudos sincronizados con los de la ciudad se hubiese estrellado como un mosquito contra el parabrisas de un coche. Sin embargo, nosotros navegábamos por él como si fuéramos un submarino viajando por el fondo del mar. Cruzar el escudo nos llevó aproximadamente un minuto. De repente, tras una nueva sacudida, por las ventanillas volvimos a ver el cielo. No obstante, esta vez, si se trataba de uno real. Y no era azul, sino gris plomizo. Al mirar más abajo pude ver la imagen de un territorio árido y despoblado. A excepción, de un punto brillante, al borde de un océano de aguas cálidas, se trataba de Utopía.

Tras varios minutos de vuelo, me llamó la atención el ángulo de nave. Normalmente, una vez superado el escudo, se tomaba rumbo al destino deseado. En cambio, nosotros ascendíamos casi totalmente en vertical, sin orientarnos hacia ningún punto cardinal.

—¿Adónde vamos? —pregunté haciéndome una idea de nuestro destino.

—¿Todavía no lo has adivinado? —respondió Daniel divertido.

Habíamos ascendido tanto que podía ver el perfil de la Tierra recortada sobre el oscuro negro del espacio. Desde esa altura no era capaz de distinguir apenas nada, únicamente océanos y algunas manchas oscuras. Aunque sí pude

apreciar como en Norteamérica giraba una gran borrasca. Creo recordar que días antes, había escuchado que estaban afrontando una ola de frío sin precedentes; que estaba provocando temperaturas por debajo de los 40ºC bajo cero, con los consiguientes cortes de carreteras y dejando sin luz a más de un millón de personas, ya había más de noventa muertos por estas causas.

A pesar de lo espectacular de la vista, dirigí mi mirada al frente; no tardé mucho en hallar nuestro objetivo. Una espectacular nave estelar nos esperaba. Se trataba de una *Pegasus*, una nave de guerra muy versátil utilizada tanto para operaciones ofensivas como defensivas. Alrededor de la Tierra siempre había una nave agapiana orbitando, esta solía ser relevada aproximadamente cada seis meses. Dos semanas antes, la nave *Pegasus Flor de Arteca* se había marchado dejando su lugar a la nave *Aftoris*, comandada por la coronel Orla Cruzec. Frente a mí tenía uno de los mayores logros tecnológicos de los agapianos, heredero directo de las grandes naves en la que se decía que se habían marchado los mentores. A pesar de ser negra, y querer ocultarse en la oscuridad del espacio, los rayos del sol caían sobre ella permitiéndome verla en todo su esplendor. Sus casi 400 metros de eslora y 20 pisos de altura constituían una pequeña ciudad volante, con unos tres mil tripulantes a bordo. No obstante, sus más de cien cañones, torretas láser y lanzamisiles, así como diverso armamento clasificado, la convertían en una temible arma de guerra. Su forma alargada, siendo más ancha en su parte posterior, así como por sus aletas inferiores y superiores, me dieron la impresión de que se asemejaba a un reptil.

—¿Vamos al *Aftoris*? —pregunté cuando la respuesta era evidente.

—Sabía que te gustaría.

Había subido en varias naves estelares, la primera vez con el colegio cuando fuimos de excursión a Ágape. Aunque todas ellas eran civiles, nunca en una de guerra y menos en una *Pegasus*.

—No sé cómo lo has logrado, pero muchas gracias —respondí sin perder de vista como nuestro *Albatros* volaba directamente hacía una gran compuerta lateral.

—No es cosa mía, solo me han pedido que te acompañe.

—¿A mí? ¿Quién? —exclamé extrañado. No conocía nadie en aquella nave.

—Eso ya lo verás.

En ocasiones, me daban ganas de estrangular a mi buen amigo Daniel, sobre todo cuando me ponía esa cara de: «Yo lo sé pero no te lo digo, te

chinchas, te chinchas». Me armé de paciencia y continué admirando la nave, al fin y al cabo yo simplemente era un pececillo nadando entre tiburones.

# 8
# Nave *Aftoris*
# 4 de febrero de 2079

El *Albatros* cruzó la doble barrera de contención con facilidad. Un enorme hangar nos dio la bienvenida. Mientras nos aproximábamos a la zona de aterrizaje, pude admirar la gran flota con la que contaba la *Aftoris*. Había un par de *Albatros* más, así como una docena de naves *Rapaz* y por lo menos una veintena de pequeños cazas *Boom*, también vislumbré multitud de robots de guerra de diferentes clases. Sin duda, en el espacio, al igual que en los cielos de cualquier planeta, los cazas *Boom* eran los reyes. Esta denominación se debía a que cuando un enemigo lo veía llegar lo siguiente que oía era como su nave estallaba. Normalmente, eran pilotados desde cápsulas de control ubicadas en naves de guerra o en centros militares, pudiéndose controlar a miles de kilómetros de su posición. Estos cazas contaban con un temible armamento, aparte de una velocidad y maniobrabilidad incomparable, no siendo rival para ninguna nave de combate terrícola.

Me sorprendió ver solo una veintena de cazas *Boom*, sabía a ciencia cierta que en todos los *Pegasus* había miles a bordo. Así que supuse que estarían en otros hangares. En caso de batalla, serían lanzados al exterior por diversas troneras mientras los pilotos permanecían a salvo en la nave nodriza. En el caso improbable de que el caza fuera abatido, el piloto únicamente tenía que tomar el control de una nueva aeronave.

—Vamos —anunció Dani poniéndose de pie, una vez que el *Albatros* se posó suavemente sobre el suelo del hangar.

En cuanto crucé la puerta, un escalofrío me recorrió, el espacio era un lugar muy frío. Bajé la escalerilla móvil y por fin puse el pie sobre un *Pegasus*. Algo que me llamó la atención fue que la plataforma sobre la que nos encontrábamos no estuviera fabricada de metal, sino de malvito, el llamado mármol agapiano. Todo el mundo piensa que las naves espaciales extraterrestres están fabricadas en acero, o con otras aleaciones más ligeras

como titanio, aluminio o magnesio, pero eso es un error común. La confusión se debe en gran medida a la imagen dada en las películas de Hollywood. Tanto en las de ciencia ficción, siendo un buen ejemplo la oscura nave de *Nostromo* de *Alien*, o en los films bélicos con sus submarinos y barcos de guerra, los protagonistas se hallan encerrados en una lata de sardinas de metal.

El proceso de fabricación de naves *Pegasus* resulta cuanto menos original. Se cogía un enorme molde con la forma de la nave y durante meses se vertía pancoto, o también llamado pan de construcción, un material sintético muy utilizado por los agapianos en sus edificaciones. El pancoto en su primera fase se muestra como una especie de plastilina amarillenta muy manejable, pero con el tiempo se volvía tan dura como la roca. Por ello, una vez solidificado, aproximadamente en un año, se retiraba el molde y diversas tuneladoras comenzaban a perforarlo y crear los distintos compartimentos que formarían la nave. Después, una legión de robots equipados con potentes láseres trabajaba el pancoto, transformándolo en diferentes materiales similares a la piedra. Casi todas las rocas utilizadas en la construcción por los terrícolas se podían obtener de este modo en una versión sintética, casi con la misma textura y color. Así, el suelo que pisaba de malvito era básicamente pancoto transformado, el cual simulaba el mármol. El exterior de la nave, en cambio, parecía estar hecho de obsidiana. Según las necesidades, y el atractivo que se le quisiera dar, el pancoto se alteraba en un material u otro, teniendo siempre la cualidad de ser más resistente que el hormigón y mucho más ligero. La fórmula de este compuesto estaba clasificada de alto secreto. Aunque desde luego, los terrícolas nunca podrían fabricarlo por diferentes motivos. El principal, porque las materias primas necesarias no existían en la Tierra. Por otro lado, hacían falta potentes láseres para poder trabajarlo. Y en último lugar, aun disponiendo de las materias primas necesarias y de los láseres, la energía requerida para convertir el pancoto a gran escala en un material simplemente similar al hormigón estaba fuera de las capacidades terrícolas.

Así pues, se podía decir que prácticamente, los *Pegasus* eran enormes piedras llenas de agujeros; como un queso gruyer, al que se le habían puesto motores y cañones. No obstante, para mí, el resultado acababa siendo algo grandioso y temible, a la vez que muy hermoso, toda una obra de arte.

—Llegamos a buena hora —anunció Daniel consultando su reloj.

—¿Hemos quedado aquí? —pregunté mirando para todos lados a ver si alguien venía a nuestro encuentro.

—No, hombre —respondió—. En el despacho, este no es sitio para una reunión.

Nos pusimos en marcha hacia uno de los laterales donde, tras una cristalera, se veía una nueva sala que conducía al interior de la *Aftoris*. En el camino, no perdí detalle de las diferentes aeronaves y robots de combates que se encontraban estacionados en el hangar, no había duda de que aquella era una nave de batalla. Una vez cruzada la puerta de cristal, nos hallamos en el vestíbulo de llegadas. Daniel se dirigió con decisión hacia un torno que permitía el paso al resto de la nave, se notaba que no era la primera vez que venía a la *Aftoris*. Ignorando a varios militares, que había tras un mostrador, y que nos miraban con desconfianza, puso su mano en el lector y después de oír un pitido cruzó al otro lado. Yo no conocía los protocolos de visita a una aeronave de militar, y menos siendo civil, pero decidí imitarlo. Con cierto temor, ya que no estaba seguro de si había sonado igual al poner mi mano, empujé el torno. Por suerte, cedió sin problemas y los soldados dejaron de prestarnos atención.

—Veo que estoy autorizado para entrar. ¿Puedo ir a mis anchas por toda la nave? —pregunté a Daniel con la esperanza de poder visitar cada rincón de la *Aftoris*. Sin duda, el motor gravitacional sería algo digno de ver.

—Ni mucho menos, solo a las salas comunes —contestó—. Y ni se te ocurra poner tus zarpas en un lector que ponga acceso restringido.

Creo que la estrategia que seguí en la central energética de Argentina, de si se abre significa que podía estar allí, no resultaba recomendable en aquel lugar. Seguramente, activaría alguna alarma de intento de acceso no autorizado. Era una lástima, me hubiese gustado ver lo que hacía moverse aquella nave. Los dos pilares de la tecnología agapiana eran la energía FIFU y el motor gravitacional. Evidentemente, sin el primero no hubiese sido posible desarrollar el segundo, puesto que precisaba de ingentes cantidades de energía para funcionar. No obstante, ambos habían sido un legado de los Mentores. Esta avanzada raza había descubierto que todo el universo estaba interconectado por una quinta fuerza fundamental, llamada etérea. Antes de la llegada de los agapianos, los terrícolas solamente habían podido demostrar la existencia de cuatro: la gravedad, el electromagnetismo, la fuerza nuclear débil y la fuerza nuclear fuerte. Si bien, existían hipótesis que especulaban con otra más en la llamada Teoría de Cuerdas. Así pues, los Mentores no solo demostraron esta quinta fuerza, sino que la utilizaban para viajar entre las estrellas. El funcionamiento resultaba ser bastante complejo, pero en síntesis consistía en que haciendo uso del electromagnetismo, la energía nuclear y las

fuerzas etéreas podían enlazar con las fuerzas gravitacionales que interconectaban cada cuerpo del universo.

En la práctica, cuando una nave quería ir a otro planeta lo que hacía era conectarse de forma selectiva a las fuerzas gravitacionales que unían el cuerpo A con el B, anulando las demás fuerzas del universo. Para ello hacía falta una gran cantidad de energía que únicamente la tecnología FIFU podía proporcionar. Se podría decir que era como subirse a una tabla de surf y navegar sobre las olas. Evidentemente, los procesos de aceleración y desaceleración debían de hacerse de manera paulatina. Por otra parte, no existía ningún límite físico de velocidad. Así que una nave siempre estaba acelerando o desacelerando. La única limitación se hallaba en los complejos cálculos que debía ejecutar el ordenador para evitar chocar con algún cuerpo, como un planeta o estrella. Así pues, en los viajes más largos resultaba necesario hacer varios saltos.

Nuestro viaje por aquella nave iba a ser algo más corto. No obstante, con paso rápido, nos internamos en un amplio y largo pasillo. Daniel se dirigió a la pared, colocó ambos pies en un círculo y pulsó unas teclas en una pantalla que tenía a su izquierda.

—Hay que seleccionar «despachos» —me informó.

Del suelo, se elevó una plataforma circular alzándolo. Mientras, una barandilla surgió a su alrededor, dejándolo atrapado en su interior. Antes de que pudiera decir nada, Daniel partió velozmente. Por un momento, me quedé solo en una nave espacial desconocida que orbitaba alrededor de la Tierra. Con premura, me apresuré a seguirlo. Tal y como él hiciera, coloqué mis pies en el círculo y presioné en la pantalla donde me había indicado. Cuando me di cuenta, estaba trasladándome por aquel pasillo a una velocidad endiablada. No había notado ninguna fuerza al arrancar, así que deduje que la plataforma tendría un anulador del campo gravitacional, otra de las maravillas tecnológicas que estaba en aquella nave.

En un par de ocasiones, me crucé con otras plataformas que iban tan rápidas como la mía. Pese a ello, en ningún momento pareció haber peligro de colisión. Después de superar la primera impresión, comencé a encontrarle gustillo a aquel medio de transporte. Era una forma de viajar muy cómoda y placentera. Sin embargo, no duró mucho más. Delante de mí, vi como la plataforma de Daniel se detenía.

—Hemos llegado —anunció acabando con mi gozo.

Miré el rótulo de la puerta ante la que nos hallábamos. Después de todo lo visto en los últimos días, no me extraño leer:

«Delegado especial para la Tierra».

Durante un segundo, permanecimos frente a la puerta en silencio. Parecía que hasta Daniel se sentía algo cohibido ante la persona con la que íbamos a reunirnos. Al fin y al cabo, se trataba a lo sumo del hombre más poderoso en la Tierra, aunque, para ser exactos, estábamos en órbita sobre el planeta. Lo de más poderoso no lo decía yo, sino la revista *Forbes* que ya llevaba más de diez años dándole ese reconocimiento al agapiano que en ese año desempeñara el cargo de delegado especial. Con millones de admiradores en el planeta, y otros tantos detractores, nadie dudaba de que fuera la persona con mayor poder político, económico y social del planeta.

Finalmente Dani tocó el pulsador de llamada. No tuvimos que esperar mucho para que la puerta se abriera súbitamente.

—¡Pasad, pasad! —dijo un hombre mayor sentado tras un escritorio plateado.

Lo que más me llamó la atención, nada más entrar, fue ver una imagen enorme, y muy nítida, de la Tierra tras nuestro anfitrión. Se apreciaba mucho más azul que la visión que tuve desde el *Albatros*. Asimismo, los continentes se distinguían con total claridad. Aún podía ver el temporal que estaba azotando a Estados Unidos. Tuve la sensación de que la Tierra parecía más grande. Tal vez, habíamos cambiado de órbita y nos encontrábamos más cerca de ella.

—Buenas —saludó mi acompañante caminando con decisión hacia el escritorio.

—Dani, tomad asiento —dijo una mujer de mediana edad, de cuya presencia no me había percatado hasta ese momento.

A continuación, aquella mujer, dirigiéndose al hombre mayor, anunció:

—Gerlin, ya conoces a Dani y el que le acompaña debe de ser Marcus Expósito.

—Yo soy —balbuceé.

El que debía de ser el delegado especial para la Tierra se incorporó y me ofreció la mano, inmediatamente me apresuré a estrechársela. El modo en que lo hizo me resultó peculiar; ya que atrapó mi mano con las dos suyas, agitándola arriba y abajo con suavidad. A esta forma de dar la mano se la conocía como la del político. En circunstancias normales, hubiese desconfiando al tratarme con tanta familiaridad, pero debido a su rostro bonachón y su mirada sincera me dio la impresión de que me encontraba ante

un hombre de confianza y honesto. Intenté determinar su edad, si bien, al igual que me pasó con el doctor García, a la única conclusión a la que llegué fue que era muy mayor, más aún que el jefe de Ingeniería.

El delegado sufría una pronunciada calvicie, algo extraño teniendo a su disposición la mayor tecnología del universo. Aparte, el poco pelo de la cabeza como el de la barba eran totalmente blancos. De haber sido terrícola, hubiese dicho que habría alcanzado los cien años con facilidad. No obstante, con las extraordinarias técnicas de antienvejecimiento agapianas seguro que había cumplido ya varios siglos. En Ágape, el record de longevidad estaba en 523 años. Muy lejos de la media terrícola situada en 62 años, la cual dependía mucho del país donde se encontrara el individuo y su nivel económico. En España, por ejemplo, los ricos vivían de media 120 años, aunque estos eran una minoría privilegiada.

—Y ella es mi jefa, Julia Solano —añadió Dani—. La directora del SIU.

La señora Solano también me estrechó la mano, si bien su manera de hacerlo fue totalmente neutra. Tenía unos cincuenta años y también provenía de Ágape. La había visto multitud de veces en el noticiario local, donde tenía fama de dura y estricta. Dani no solía hablarme de su trabajo, pero decía que no era para tanto; por lo menos no con su personal, otra cosa sería con los enemigos de Utopía.

—He leído el informe de Argentina —comentó el hombre más poderoso de la Tierra—. Hiciste un buen trabajo, de no ser por tu notable contribución tendríamos un problema bastante gordo por resolver.

—Muchas gracias, señor delegado —respondí.

—Llámame Gerlin, por favor, lo de los títulos dejémoslos para los terrícolas. La verdad es que a veces me pregunto qué hacemos aquí y si merece la pena tanto esfuerzo y recursos. Tal vez, sería mejor irnos y dejar la Tierra a su suerte, que con toda seguridad será la autodestrucción.

Instantes antes, cuando me di cuenta de que iba a ver al delegado especial, pensé que me encontraría con un hombre frío, enérgico y hermético; en cambio, me estaba topando con una persona afable, tranquila y cercana.

—Después veo esto —continuó, volviendo el sillón hacia el gran ventanal en el que se divisaba todo el planeta—. Es hermoso, ¿verdad? Y pensar que somos originarios de esta maravilla. Tenemos una deuda con la Tierra y debemos salvarla, aunque sea de nuestros propios hermanos.

Ágape, a pesar de ser un extraordinario planeta, no era tan hermoso como la Tierra. Disponía de grandes extensiones verdes y altos sistemas montañosos. Y pese a contar con importantes reservas de agua, estas se

encontraban ocultas, no pudiéndose observar desde el espacio. En la Tierra, en cambio, desde el exterior, los mares y océanos destacaban por encima de todo; siendo llamada por muchos como el Planeta Azul.

—Por fortuna, la crisis de Argentina está prácticamente resuelta —añadió Julia Solano.

—¿Cómo es eso posible? —pregunté extrañado—. Pero si he hecho estallar la central energética, dejando sin luz a millones de argentinos. Cuando salí del país, había un montón de soldados no muy felices con nosotros; pensé que iban a declararnos la guerra.

—En las últimas horas la situación ha cambiado drásticamente —añadió el delegado—. Hemos conseguido forzar la dimisión de la presidente Torres, todo el gobierno en bloque ha caído. El descontento de sus ciudadanos se volvió contra ella cuando se dieron cuenta de que necesitan nuestra energía. Los nuevos dirigentes son mucho más colaboradores y no nos darán problemas, ya incluso han liberado a nuestro personal que tenían retenido. Dentro de un par de meses, una vez que hayan celebrado elecciones, y se sientan legitimados, firmaremos un nuevo acuerdo. Añadiendo algunos privilegios para nosotros y comprometiéndonos a volver a construir una central energética.

—¿Y cómo sabe que ganarán las elecciones los partidarios de mantener relaciones con nosotros? —advertí no tan optimista.

—Por una sencilla razón, los mismos que metían papeletas para que ganaran las elecciones Alejandra Torres, lo harán ahora para que ganen los proagapianos —respondió la directora del Servicio de Inteligencia.

—¿Creía que nosotros no hacíamos esas cosas? —señalé sorprendido.

—Y no lo hacemos —repuso el señor delegado—. De eso se encargaran otros, nosotros solo miraremos para otro lado. Por desgracia, en este planeta, nos vemos obligado a jugar con sus reglas; en Ágape, esto sería impensable, pero no estamos allí.

Era evidente que Argentina había roto el acuerdo energético cuando se apropió de la central. Cuando las leyes y las reglas de juego no se cumplen, se entra en una espiral de caos y desorden en la que siempre acaba imponiéndose, normalmente por la fuerza, el más fuerte. ¿En qué medida podía yo cuestionar al delegado especial para la Tierra por jugar sucio en un lugar donde nadie jugaba limpio? Desde luego, se trataba de un tema que implicaba multitud de connotaciones éticas y filosóficas. Me pregunté si en Ágape eran conscientes de estas prácticas, y si las aprobarían.

—Bueno, todo esto nos lleva a tu participación en la resolución del problema —apuntó aquel anciano, no tan inocente como me dio la impresión al conocerlo—. Estamos muy satisfechos con el resultado. No todo el mundo sería capaz de destruir una central energética en las mismas narices de los militares. Al apropiarse de unas instalaciones de tal importancia, nos colocaron en una posición muy delicada. Tal vez, al final hubiésemos tenido que bombardearla; con las consiguientes pérdidas de vidas y, seguramente, nos hubieran declarado la guerra. Con tu acción, no ha habido víctimas. Además, la opinión pública piensa que la explosión se debió a la incompetencia de los argentinos, al querer controlar una tecnología muy lejos de su entendimiento.

—Gracias, solo hice lo que me dijeron desde Utopía.

—Y no es poco. Tanto que creemos que tal vez estés algo desaprovechado en tu puesto actual.

Las palabras del delegado me resultaron halagadoras. Después de todo, me había jugado la vida. Por otro lado, vislumbré un nuevo destino para mí. No estaba descontento en el Departamento de Energía, pese a ello tampoco hacía una tarea que me llenara personalmente. Había solicitado en varias ocasiones destino fuera de la Tierra; sin embargo, siempre me lo negaban. Era complicado que un utopiano acabase trabajando fuera del planeta de origen, más en mi caso, resultaba casi imposible. Mi carrera profesional había sido diseñada para tener como máximo escalafón un puesto en el Consejo de Utopía, por algo fui declarado el primer utopiano de la historia. Así que un destino lejano sería contraproducente. Esto a veces, acababa siendo un lastre y un incordio. Me hubiese gustado ir a un lugar en el que nadie supiera de mi notorio nacimiento. Tal vez ahora, tuviera una oportunidad de cumplir mis sueños.

—Por ello queremos que te incorpores al Servicio de Inteligencia Utopiano —añadió el delegado—. Oficialmente, seguirás en Energía. Si bien, ocasionalmente, trabajarás para Julia, quien necesita a alguien con tus conocimientos y valía.

—No te preocupes, no te voy a volver a pedir que destruyas ninguna otra central —señaló la jefa de Daniel—. Estamos cambiando los protocolos para que eso lo podamos hacer directamente desde Utopía, así que normalmente será cosa de asesoramiento y evaluación de amenazas.

—Y bien ¿qué dices? —preguntó el delegado.

Trabajar en Inteligencia en ningún momento me había atraído. No quería ser un agente secreto, eso se lo dejaba a Daniel; mas podía ser una vía de

escape de mi destino. Allí sentado, con los tres mirándome y esperando una respuesta, tenía grandes dudas sobre la decisión a tomar. Mi vista fue más allá del delegado y me fijé en la Tierra. Era tan hermosa, pero tan llena de peligros. De repente, vi como una esfera resplandeciente partía velozmente desde nuestra nave y se perdía en la inmensidad del planeta. Me quedé perplejo, no podía creer lo que había visto. Con voz entrecortada, pregunté:

—¿Hemos disparado contra la Tierra?

El delegado se volvió hacia el ventanal y con voz calmada comentó.

—Probablemente, estamos envueltos en diversos conflictos bélicos. Actualmente nos encontramos en una guerra continua. Tal vez haya sido contra los islamistas, separatistas, o delincuentes comunes; en este mundo, a veces, ya no sé ni quiénes son nuestros enemigos. Hay multitud de grupos terroristas y malhechores ahí abajo; asimismo, a día de hoy, hemos tomado partido por diferentes bandos en dos guerras civiles y tres disputas entre países vecinos.

—¿Y las demás naciones saben eso?

—Pues claro, muchas están encantadas de que les hagamos el trabajo sucio; así no mueren sus soldados ni gastan dinero en armamento. Con todo, a veces surgen diferencias por apoyar a un bando u otro. Incluso hay casos en los que un país se convierte en nuestro mejor aliado por intervenir en un conflicto y a la vez en nuestro peor enemigo por participar en otro diferente.

—¿Entonces que hacéis? —pregunté.

—Lo que creamos que es mejor en cada situación —respondió el hombre que elegía qué bando iba a ser el ganador—. Evidentemente, no siempre acertamos.

—Errores que por desgracia cuestan vidas —añadió Julia.

—Más vidas se pierden al no hacer nada —sentenció el delegado.

Resultaba evidente que el mundo no era como yo creía. Había vivido todos aquellos años en una burbuja, hablando tanto metafóricamente como literalmente, y ahora descubría su verdadera cara. Miré a Daniel, el cual había permanecido durante la mayor parte de la reunión en silencio, algo no habitual en él. Con un cabeceo asintió, instándome a que respondiera afirmativamente a la propuesta del delegado.

—Acepto —respondí, pensando que al fin y al cabo, mi labor simplemente iba a ser de asesoramiento, no cambiando mucho mi vida. Una vez más, me equivocaba.

Una de las cosas que los agapianos tuvieron que aprender cuando llegaron a la Tierra fue a protegerse del espionaje terrícola. Todo el mundo quería saber no solo las intenciones de estos en el planeta, sino también como funcionaba su asombrosa tecnología. Por ello, pronto se vieron obligados a crear una agencia de inteligencia propia, el SIU (Servicio de Inteligencia Utopiano). Este departamento se encargaba de todo el contraespionaje, tanto del procedente de las experimentadas y veteranas agencias de inteligencia de las superpotencias, como del espionaje industrial. Por ello, debían adelantarse a sus rivales y espiarlos antes de que actuaran. En las mismas escuelas de Utopía se adiestraban a los alumnos a defenderse ante un reclutador rival, quienes siempre estaban buscando vulnerabilidades para infiltrarse en la ciudad. Para lo cual no dudaban en utilizar diferentes métodos que iban desde el soborno hasta la coacción. El primero era bastante ineficaz para un utopiano, ya que en la ciudad no se usaba el dinero y difícilmente iban a abandonar su confortable hogar para disfrutar una fortuna en el extranjero. Aún en el hipotético caso de obtener una dispensa para abandonar Utopía, serían vigilados de por vida. De no cumplir con la norma del secreto profesional, o si disfrutaban de una fortuna cuyo origen era incierto, serían juzgados, incluso en rebeldía, y a continuación eliminados por no ser viable su retorno.

Con respecto a la coacción, se trataba de un método mucho más utilizado. Aunque resultaba complicado encontrar algo con lo que chantajear a un utopiano. Así, lo habitual, consistía en intentar forzarlo de forma involuntaria para cometer algún delito o realizar algún acto bochornoso, sometiéndolo de tal modo a su voluntad. Hubo un caso en que a un médico agapiano que trabajaba en una de las clínicas repartidas por el planeta, le hicieron creer que había matado a una persona, achacándolo a una negligencia en su actuación. Le prometieron que ellos se encargarían de que su acción jamás saldría a la luz. En cambio, de no cooperar, acabaría en la cárcel. Debieron pensar que este sujeto sería una presa fácil, pues en Ágape se desconoce este tipo de prácticas. No obstante, el médico había recibido un curso de contraespionaje y estaba prevenido, así que no tardó en denunciarlo al SIU. Resultó que el paciente no estaba muerto, se hallaba disfrutando de un viaje a Eurodisney. Por otro lado, detrás de los chantajistas se hallaba una importante farmacéutica, la cual quería hacerse con diferentes patentes agapianas para comercializar por su cuenta estos medicamentos, incrementando el precio un 1000%. Así pues, los agapianos no solo tenían que enfrentarse a las agencias

de inteligencia de diferentes países, sino también al espionaje industrial, siendo en ocasiones mucho más agresivo y sin escrúpulos.

Cada año el 13% de los candidatos que se presentaban a cubrir una plaza terrícola en Utopía eran descartados por ser un posible espía. El servicio de inteligencia se encargaba de investigar a todo aquel que quisiera convertirse en utopiano. A este dato había que sumarle un 32% por ser especialmente vulnerable a la captación. Así que solamente un 55% de los solicitantes pasaban al Departamento Laboral para ser evaluados, tanto por sus capacidades profesionales, según el puesto vacante, como sobre todo por su facultad de integración y afinidad con los principios agapianos.

—Daniel, preséntanos tu informe —anunció la que iba ser mi nueva jefa, interrumpiendo mis reflexiones de donde me acababa de meter.

Sin dilación, el aludido sacó su terminal y le preguntó al delegado, señalando el ventanal donde aún se podía ver la Tierra:

—¿Me puede dar acceso a la pantalla?

Gerlin pulsó un par de teclas de su escritorio y la visión del planeta azul desapareció, quedándose en su lugar una visión completamente negra. Así pues, no era una imagen real como yo había creído, se trataba de una pantalla que emitía imágenes en vivo desde una de las cámaras de la nave. Por eso, se veía más cerca y con tanta nitidez, tenía aumento y había pasado por varios filtros.

—Vale, ahí lo tenéis —anunció Daniel a la vez que en la pantalla aparecía un imagen vía satélite desoladora, todo estaba en ruinas y en el centro se podía apreciar un gran cráter—. Esto es lo que ha quedado de la central energética después de que Marcus pasara por ella.

Ni el delegado ni la directora del Servicio de Inteligencia, ni yo, le reímos la gracia a mi buen amigo. Lo cual no impidió que continuara en su habitual tono burlón:

—A los argentinos les ha salido el tiro por la culata, se han quedado sin luz y tampoco tienen acceso a nuestra tecnología. A pesar de que conectaron sus ordenadores al sistema, creemos que no ha llegado a haber ninguna filtración. Tanto el señor Alexander Green, el director general de las instalaciones, como el doctor Diego García, jefe de Ingeniería, aseguran que no le dieron acceso al sistema central. Los ordenadores con los que quisieron romper nuestros protocolos de seguridad no tuvieron tiempo de atravesar las defensas informáticas. Y aun habiéndolo hecho quedaron totalmente pulverizados en la autodestrucción. Por lo tanto, al 99%, podemos asegurar que la tecnología FIFU sigue siendo un misterio para los terrícolas.

El informe que acababa de escuchar me trajo a la memoria algo que vi durante mi estancia en la central. El señor Gerlin debió de notar algo en mi expresión, ya que me preguntó:

—¿Tienes algo que decir al respecto, Marcus?

—Bueno, cuando estaba importando los datos de usuarios al nuevo sistema operativo me encontré, en la cuenta de señor Green, una carpeta oculta con información clasificada. Un director general de una central puede acceder a esos datos siempre que quiera, pero tiene que hacerlo a través del sistema, donde queda registrada la consulta y el motivo. No está permitido copiarlos y guardarlos en las carpetas personales, debido a que su seguridad es menor.

—¿De qué tipo de información estamos hablando? —preguntó Julia.

—Datos de mantenimiento, diseño, especificaciones del generador, resolución de problemas, planos de la central. La verdad es que había de todo.

Los tres se quedaron mudos, parecía que estábamos en un velatorio. Al final, tuvo que ser Daniel, quién si no, el que rompiera el silencio.

—Esa es mucha información, no hay que alarmarse. Podía copiarla a su carpeta personal dentro del sistema, aunque no sacarla de las instalaciones. Los protocolos de seguridad lo impedirían. No se permite la entrada de ningún aparato electrónico como una memoria USB o un disco duro, los escáneres de la puerta saltarían. Únicamente se puede entrar con un TEPEPO y estos también detectan si se introduce material clasificado, mandándonos un aviso a nosotros. Es posible que todos los ordenadores que conectaron los argentinos estuvieran copiando esa carpeta, pero fueron destruidos. Si ha producido una filtración ha sido mínima, alguna memoria portátil, si bien el volumen de lo robado sería ínfimo comparado con todo los datos que contendría ese directorio y que serían necesarios para que les sirviera de alguna utilidad.

—Puede que tengas razón —comentó el delegado—. De todas formas, interrogad al señor Green, ¿dónde se encuentra ahora?

—Ha dimitido, desea volver a su rancho de Nevada —nos informó Julia —. Dijo que lo de Argentina fue demasiado agotador para él, que prefería dedicarse a criar ganado y pavos.

—Localízalo.

—Ahora mismo —respondió la directora del SIU sacando su terminal.

Durante un par de minutos, estuvo con la mirada fija en su pantalla y pulsando diferentes teclas. Finalmente anunció:

—El sistema no lo encuentra, he cursado una orden de búsqueda. Mi gente estudiará sus últimos movimientos y me avisarán si lo localizan.

—Está bien. Daniel, continúa por favor —solicitó el delegado.

—Bien, a expensas de reevaluar la fuga de datos, procedo al análisis de los responsables.

La imagen de la pantalla que había frente a nosotros cambió, dejando de mostrar el cráter que yo había creado. En verdad, aunque de forma macabra, ya le apreciaba hasta cierta belleza a mi creación. Lo siguiente que vimos en la pantalla fue a un hombre caminando junto a lo que parecía un río, o tal vez un canal artificial. Por lo abrigado que iba, deduje que estaría en una zona fría. Estaba bastante oscuro, pero no lo suficiente para ocultarse de un satélite agapiano, así que debía de ser a última hora del día.

—Hemos analizado los movimientos de todo el entorno de la presidenta Alejandra Torres y al cruzar los datos, el sistema ha detectado un punto caliente que teníamos vigilado —informó Daniel—. Esto se grabó hace tres meses en el hotel Marriott de Copenhague.

Aquel individuo caminaba con seguridad por la concurrida calle, estaba a punto de entrar en un lujoso edificio de color azul cuando la imagen se congeló. Una línea se dibujó en la pantalla hasta llegar a la esquina superior izquierda, seguidamente en un pequeño recuadro apareció el rostro del sujeto y un texto. No fue necesario leerlo para exclamar.

—¡El general Joaquín Segura!

—Sí —confirmó Daniel— y no estaba solo.

La pantalla comenzó a llenarse con fotos de personas, que no conocía de nada, con su nombre al lado.

—Hemos identificado, entrando en ese hotel en las horas antes y después al del señor Segura, a más de noventa antiagapianos reconocidos —comunicó la directora del SIU—. Entre los que se encontraban miembros de las familias más poderosas del mundo, integrantes de gobiernos y representantes de los consorcios del petróleo, de las eléctricas, de la sanidad, de la minería, del sector armamentístico, de la banca, de las comunicaciones y así hasta una docena de agrupaciones empresariales.

—¿Todos ellos están en contra de nosotros?, ¿por qué? —pregunté inocentemente.

El delegado especial no parecía sorprendido de nada, seguramente ya debía de conocerlos, no me extrañaría que esta gente fuera el principal problema con el que los agapianos se había encontrado en la Tierra. Dándole la espalda a la pantalla, la cual estaba repleta de nombres y rostros, declaró:

—Con la llegada de los agapianos, la vida de la mayoría de los terrícolas ha mejorado. No obstante, una ínfima minoría, algo insignificante comparado con los más de 10.000 millones de habitantes que hay en este mundo, perdieron un poquito. Esto no sería un inconveniente si no fuera porque esta minoría es la que tiene realmente el poder, un gobierno en la sombra. Ellos, a través del dinero, consiguen influencias, cargos públicos y el control de los países. Y el problema radica en que le hemos tocado donde más les duele, el bolsillo. Al ofrecer energía barata, al curar a los enfermos, al alimentar gratis al hambriento o al ofrecer productos que duran toda la vida, sus beneficios se han visto seriamente mermados; tanto que no dudan en luchar en una guerra sucia, sin llegar a dar la cara, contra nosotros y en definitiva contra toda la humanidad. Por otro lado, nuestra sociedad, nuestras ideas o nuestros principios también son una amenaza para su sistema.

Siempre había sabido que existían muchos antiagapianos en el mundo, aunque pensaba que su aversión era más cuestión de xenofobia o, como mucho, fruto de sus propios miedos. A lo largo de la historia siempre han existido multitud de individuos que se han opuesto a los grandes avances tecnológicos y, a la postre, sociales; todo ello producto del miedo a lo nuevo y desconocido. Grandes científicos como Galileo, Darwin o Newton, así como inventos como el telégrafo, la máquina de vapor o las vacunas contaron con multitud de detractores, basando sus argumentos en supersticiones o creencias religiosas. Pero la realidad siempre ha sido que la mayor aversión venía alentada por motivos puramente económicos. Sin duda, individuos con estas motivaciones eran los que se encargaban de sembrar el miedo y el rechazo contra los agapianos.

—Hasta se han puesto un nombre ostentoso —informó Daniel—. Se hacen llamar El Club de Cratos.

—¿El del videojuego? —pregunté.

—No —respondió mi jefa del SIU—. El de la mitología griega. Uno de los guardianes de Zeus y que es la personificación masculina de la fuerza y del poder.

—Ah, vale —contesté habiendo quedado patente mi ignorancia.

—¿De qué se habló en esa reunión? —quiso saber Gerlin.

Tanto Daniel como Julia se miraron mutuamente, finalmente fue ella la que dijo:

—No lo sabemos. Todo el edificio es una enorme sala TEMPEST de última generación. No solo no podemos interceptar las emanaciones electromagnéticas, sino que no podemos ver ni escuchar lo que ocurre en el

interior. Nuestros satélites han probado con toda su tecnología y nada; ni infrarrojos, ni ondas púas, ni radares de terahercios han funcionado. Nos han dejado ciegos y sordos.

—También probamos a introducir un mosquito espía —añadió Daniel—. Pero lo dejaron frito con un pulso PEM.

—Nuestros intentos de conseguir sonsacar información a algunos de los asistentes también han fracasado —continuó Julia—. Sin embargo, esperamos conseguir resultados en breve. Uno de ellos se encuentra muy enfermo y nos hemos ofrecido para tratarlo en una de nuestras clínicas, siempre que colabore.

Cada vez me estaba arrepintiendo más de haber aceptado entrar en aquello. En mi ignorancia era mucho más feliz. Aparte de que todos, incluido nosotros, actuábamos con métodos poco éticos.

—Está bien, mantenedme informado —solicitó el delegado—. Si no hay nada más, podemos dar por terminada esta reunión. Marcus, bienvenido a bordo.

—Gracias —respondí no muy convencido.

—Dani, podéis volver a la Tierra, yo tengo todavía otras cuestiones que tratar —informó Julia Solano.

Tanto Daniel como yo nos incorporamos, tras despedirnos de nuestra jefa y del hombre al que ya no lo veía como el más poderoso de la Tierra, salimos de la sala.

—¿¡A qué ha sido divertido!? —exclamó mi buen amigo una vez fuera—. Hace tiempo que quería contarte estas cosas, si bien no me estaba permitido, así que siempre tenía que morderme la lengua. Es estupendo que ahora trabajemos juntos.

Desde luego yo estaba más espantado que contento con aquello, evidentemente no compartía su entusiasmo. Antes de que pudiera responderle, se colocó sobre el dispensador de plataformas flotantes e hizo uso de una de ellas.

—Volvamos al hangar, tengo que mostrarte las oficinas del SIU y darte un curso rápido de espionaje, nada que tú no controles en breve. Pronto serás como el 007 utopiano —gritó mientras salía volando.

Me quedé allí solo, intentando asimilar tantas cosas. Puesto que me podían salir raíces antes de que consiguiera interpretar lo ocurrido, y cómo me había metido en aquel follón, fui a solicitar una plataforma. Cuando estaba sobre ella, e iba a pulsar en el destino, me di cuenta de que había una docena de hangares. El botarate de Daniel no había dicho a cuál ir. Estaba intentando

recordar si anteriormente había visto el número del hangar al llegar cuando escuché:

—Marcus Expósito, ¿por qué siempre te interpones en mi camino?

Me volví raudo. Me encontré con un tipo enorme y musculoso, el cual tenía el cuero cabelludo plateado y rapado, se trataba del capitán Maceda.

—Al final, sí noté tu presencia en la central —añadió—. La hiciste volar por los aires.

En ese momento llegó otra plataforma, de ella se bajó una mujer de unos cuarenta años. Por los galones de su uniforme no fue necesaria presentación alguna, se trataba de la coronel Orla Cruzec.

—Todavía no sé si eres el idiota que se coló en mi sala de seguridad o el genio que le arrebató a los argentinos su más preciada posesión.

—Puede que un poco de ambos —me atreví a responder.

Maceda debía de haber llegado a la nave hacía poco, aún tenía la cara amoratada y el labio partido estaba muy hinchado. Sin duda, un tipo duro como él, no tenía prisa en ir a la enfermería donde lo dejarían como nuevo, lo primero era informar. Me fijé en que la coronel se estaba impacientando. Sin llamar, entró directamente en el despacho del delegado especial para la Tierra. Al fin y al cabo, estábamos en su nave.

—Te tendré vigilado —me advirtió Maceda, apresurándose a ir tras su superior.

Aquello ya me lo había dicho antes, y ya sabéis el resultado. Volví al panel de las plataformas flotantes y seleccioné: Hangar 1. No era ese, ni el dos, ni el tres…

Estuve dando vueltas por la nave durante media hora, al final en el hangar ocho encontré a Dani; el cual esta vez me acusó a mí de tardón. No voy a reflejar lo que le respondí.

# 9
# Megaocio
# 5 de febrero de 2079

Una muchedumbre me rodeó. Incluso así, ninguno de estos individuos se fijó en mí. Cada uno de ellos parecía absorto en sus propios asuntos, sin importar la presencia de otras personas en el lugar. Había familias enteras, que con toda seguridad pasarían toda la tarde por la zona. Hasta sería probable que cada miembro de la familia tuviera sus propias motivaciones y que acabaran dispersándose, reuniéndose después para volver a casa juntos. Asimismo, pude ver como pequeños grupos de jóvenes estudiantes se sentaban por los bancos. Ellos, en cambio, no parecían que estuvieran allí por ningún motivo en particular, simplemente quedaban para charlar y compartir las experiencias que solo se descubren a su edad. Por otro lado, también vislumbré a muchas personas solitarias, cargadas de bolsas, caminando velozmente de aquí para allá. Incluso llegué a atisbar algunos uniformes de la *Aftoris*; la coronel Cruzec debía de haberles dado permiso para que visitaran la ciudad.

Megaocio era el centro neurálgico de Utopía. No porque en la última planta de la Torre 1 estuviera la sede del Consejo de la Ciudad, sino debido a que para sus ciudadanos aquel complejo constituía su mayor punto de encuentro. Allí se reunían, abastecían, bebían, comían y disfrutaban con su amplia oferta de servicios. Así pues, todo el mundo lo visitaba siempre que podía. En cada distrito de la ciudad existía una zona recreativa, aunque estas no eran tan populares ni estaban tan concurridas. Eso a pesar de que cada una de ellas tenía una ambientación y un estilo muy diferentes. Por ejemplo, en la de mi sector había unos restaurantes de comida italiana que no se podían encontrar en ninguna otra parte de Utopía.

Hacía una temperatura muy agradable en todo el recinto. Aun así, me di cuenta de que estaba sudando. Donde se congregaban muchas personas siempre se acumulaba el calor, pero este efecto se contrarrestaba por la

vegetación reinante y por el pequeño lago artificial de su centro. Habitualmente, cuando iba al complejo, solía desplazarme en bici, ya que era un medio de transporte ideal si no tenía prisa. La ciudad contaba con estaciones públicas repartidas por todos los distritos y eran un servicio muy demandado. Tened en cuenta que en sus calles nunca pasabas frío, ni te mojabas. Aún con esto me decanté por coger el monorraíl, justo para evitar llegar sudado. No obstante, la razón de mi excesiva transpiración se debía al pensar con quien iba a encontrarme.

Aminorando el paso, para mitigar en lo posible que acabara con la camisa todavía más mojada, me dirigí a uno de los elevadores de la Torre 2. No tardé mucho en encontrar uno que me llevara a la planta quince. Había cientos de ascensores repartidos a lo largo del complejo, aunque la mayoría solo comunicaban con una planta determinada. De ir parando en cada piso, el trayecto se hubiese hecho eterno. Así que cada ascensor únicamente daba acceso a una planta concreta. Igualmente, había multitud de escaleras eléctricas, las cuales sí permitían el acceso entre plantas. Así que podía haber subido hasta la planta 15 por ellas. Sin embargo, eso me hubiese llevado un buen rato. En el ascensor, en cambio, apenas si tardaba un par de segundos, pues ascendía a más de 200 km/h. Tengo que señalar que estos elevadores contaban con amortiguadores de gravedad. De no ser así, la alta velocidad a la que ascendían podría provocar desmayos de los usuarios.

Nada más salir del ascensor, noté que las piernas me flojeaban. En un principio, lo achaqué a mi rápida ascensión. Quizás, el sistema de contención había fallado; algo bastante inusual en la tecnología agapiana. De forma titubeante, caminé un par de pasos a la izquierda y, posando mi mano sobre la baranda, contemplé las vistas. Me hallaba a una buena altura, y eso que solo estaba a mitad de edificio. Pero desde ese punto podía ver en toda su amplitud el interior de Megaocio. Una de las cosas que más resaltaba de aquel paisaje era el lago artificial, con sus cristalinas aguas, y las cinco enormes construcciones verdes interconectadas que lo envolvían. Multitud de plantas y enredaderas se descolgaban desde los diferentes pisos, que unido a las imágenes extremadamente realistas proyectadas en grandes pantallas, y colocadas estratégicamente, daban la sensación de hallarte en un enorme bosque natural. Sin duda, el efecto causado eclipsaba a todos los visitantes, tanto que aquel lugar se consideraba por muchos como la octava maravilla del mundo. Desde mi privilegiada posición, pude ver como pequeños puntitos se movían de un lado para otro alrededor de las orillas del lago. Qué insignificantes se veían aquellos hombres y mujeres ahora. Y pensar que,

instantes antes, yo había sido uno de ellos. En Megaocio se producía la mayor la concentración de personas por metro cuadrado, puesto que allí se encontraban cualquiera de los servicios demandados por la población. Esto permitía una gran eficiencia económica, a la vez que un punto de referencia para los utopianos.

Apartándome de aquella bucólica visión, me alejé del balcón y caminé en dirección a la zona de terrazas. Esos segundos de deleite habían contribuido a sosegar un poco mis nervios, así que me sentí con mayor seguridad. No obstante, esa sensación desapareció cuando la vi. Al principio, solamente fue una solitaria figura sentada en un asiento más de aquella cafetería. Pero según me fui acercando, aquella imagen me recordó a una vivida un par de días antes a muchos kilómetros. El pulso se me aceleró, mientras recorría una distancia que me pareció eterna. Finalmente, cuando llegué a su posición, y viéndola placenteramente tomándose un café al sol, pregunté:

—¿Todavía no se te ha quitado el frío?

Ella alzó sus hermosos ojos oscuros y con una sonrisa me respondió:

—No creo que nunca se me quite. Es la última vez que voy contigo en taxi.

Laura se incorporó y, con la elegancia que siempre tenía al moverse, me dio un beso en cada mejilla. Al levantarse, pude darme cuenta de que no iba vestida con la misma ropa con la que escapó de Argentina. Al igual que muchas de las personas que pasaban por la zona, iba vestida con un pantalón vaquero y una camiseta azul. Los *jeans* era una de las pocas prendas de ropa que se habían incorporado al vestuario local, debido a su gran popularidad por los terrícolas. La moda utopiana no contaba con mucho fondo de armario. Estando muy limitada, tanto las diferentes prendas como los colores, a aquello que proporcionaba el Departamento de Logística. Allí no había una industria textil que te apremiara para cambiar de vestuario cada temporada. Por otro lado, la vestimenta facilitada destacaba por ser de gran calidad, pudiendo durar años sin deteriorarse. Así pues, no era de extrañar que muchos utopianos fueran vestidos igual. Si bien, a ella le quedaba mucho mejor que a los demás.

—Pero si al final has acabado en Utopía, ¿no te gusta? —pregunté tomando asiento a su lado.

—Me encanta —respondió entusiasmada—. Es increíble este sitio, no me extraña que todos los habitantes del planeta quieran venir.

Las políticas de inmigración de la ciudad eran muy restrictivas, acusándonos algunos de racistas o de poco solidarios. Sin embargo,

difícilmente una ciudad de 78 kilómetros cuadrados puede dar cabida a millones de personas procedentes del planeta entero. Incluso así, cada año miles de terrícolas, una vez superados los estrictos sistemas de selección, partían hacia diversas colonias agapianas repartidas por el universo.

—¿Cómo llevas la adaptación a la ciudad?

—Bien, pero todo es extraño y sorprendente. Aunque he estado un poco aburrida. No conozco a nadie aquí. Me he alegrado mucho de que me llamaras para tomar un café. La mayor parte del tiempo lo he pasado leyendo el enorme manual de bienvenida. Tiene más de 1.600 páginas, y aún no he llegado a la 100.

El día anterior, después de mi encuentro con Daniel y de la visita a la nave *Aftoris*, estuvimos de excursión por las instalaciones del Servicio de Inteligencia Utopiano. A mi regreso a casa, me decidí por llamar a la guapa chica que había conocido en Argentina. Por cierto, el centro de trabajo del SIU no era nada del otro mundo. Solo vi a multitud de funcionarios trabajando tras un terminal, lo mismo que cualquier otra oficina. En los próximos días, Daniel me había prometido que recibiría un curso rápido de defensa personal y uso de armas, esto parecía más interesante.

—Entonces, ¿vas a quedarte en la ciudad? —le pregunté, lamentando que el motivo de que hubiese aceptado aquella cita fuera que estaba muy aburrida.

—Parece que sí. Voy a seguir siendo una externa de Utopía. De momento, de forma temporal, van a reubicarme a una clínica del sector 3. Después no sé adónde iré, quizás a alguna central energética.

—Puede que vuelvas a Argentina cuando la reconstruyan —aventuré.

—¿Van a volver a hacerla? —preguntó sorprendida, aproximándose a mí.

Evidentemente, todavía no se había hecho público que se iba a firmar un acuerdo con el nuevo ejecutivo, el cual incluiría la reconstrucción de la central energética. Lo que sí llevaban todo el día informando los medios de comunicación era la liberación del personal retenido.

—Eso me ha dicho el delegado especial para la Tierra —respondí dándome importancia.

Esto pareció interesar a Laura, ya que inclinándose hacia delante y posando su mano sobre mi brazo, me susurró:

—Así que conoces al delegado, ¡uhhh…! ¿Para que fuiste realmente a Argentina?

Su pregunta me cogió un poco desprevenido, a pesar de ello, con la mayor voz firme que fui capaz de adoptar, respondí:

—Me lo presentaron ayer, antes nunca lo había visto. Y fui para realizar unos cambios en los protocolos de seguridad, ya lo sabes.

Aquellos cautivadores ojos de color marrón oscuro me observaron atentamente. Sin duda, la imagen que tenía de mí había cambiado. También ella se mostraba ahora diferente, siendo una chica mucho más afable y cercana. Cuando la conocí en Argentina, me dio la impresión de que se trataba de una persona distante y fría. También hay que tener en cuenta que nos hallábamos en una situación muy diferente. No es lo mismo, una breve conversación sobre trabajo, que tomar un café en Megaocio. Por otro lado, puede que Daniel tuviera razón, y yo ya hubiese roto el hielo.

—¿Tuviste algo que ver con la destrucción de la central? —me preguntó sin rodeos.

Por un segundo, dudé si decirle la verdad. Nadie me había dicho que no revelara mi implicación en el asunto. Por otra parte, la prudencia me decía que mejor si nadie jamás se enteraba de mi implicación. No quería mentirle, y menos de la manera en que me estaba mirando, así que respondí con una sonrisa:

—Un poquito.

No preguntó nada más, debió de pensar que aquella información era demasiado reservada para contarla. El caso fue que el resto de la conversación trató de temas triviales, sobre todo de Utopía. La pobre era una total ignorante en el funcionamiento de muchas cosas. Por poner un ejemplo, no sabía ni freír un huevo en una cocina utopiana. Le expliqué como usar el ordenador doméstico de su hogar y como dar órdenes al Rodoa. Se quedó muy sorprendida de que pudiera pedir comida así, y de que fuera gratis. Hasta entonces, cuando tenía hambre, siempre tenía que salir a la calle e ir a uno de los muchos establecimientos de comida que había en cada distrito. Asimismo, me comprometí a enseñarle la ciudad y a mostrarle cómo funcionaba el día a día de los utopianos. Las horas pasaron sin que nos diéramos cuenta. Pronto empezamos a sentir un agujero en el estómago. Así que cambiamos de lugar, yendo a un restaurante cercano, especializado en comida de Ágape. Allí comimos, bebimos y reímos, fue una agradable velada. En ningún momento, hablamos de lo que sucedió en aquella remota fábrica argentina. Después nos fuimos a dormir. ¡Cada uno a su casa!, sé lo que habéis pensado. Aunque si me hubiera dejado, yo hubiese ido con ella.

El golpe contra el suelo no fue nada delicado, provocando que perdiera el aire tras el impacto. Asimismo, que tuviera sobre mí a un tipo bajito, pero que pesaba más de 80 kilos de puro músculo, no ayudaba. Intenté forcejear para quitármelo de encima; no obstante, era como querer mover una montaña. Lo único que conseguí fue que se desplazara hacia arriba, permitiendo a mis pulmones que cogieran algo de oxígeno. Sin embargo, con este movimiento quedó expuesta mi cabeza. Al igual que una serpiente con su presa, sus fornidos brazos se enroscaron sobre mi delicado cuello, amenazando con quebrarlo con facilidad. Pronto perdería el sentido si no actuaba, así que hice lo único que podía hacer. Di dos palmadas sobre la colchoneta, a la vez que balbuceaba:

—Me rindo.

Ágilmente, Antonio se quitó de encima. Yo, por mi parte, tuve que permanecer varios segundos más sobre la colchoneta resollando. Varios días antes, a esa misma hora, me hallaba en Megaocio tomando un agradable café con Laura; ahora, en cambio, estaba recibiendo golpes y cariñosos abrazos del preparador físico del SIU.

—Te queda mucho por aprender —señaló mi nuevo instructor—. Lo primero es mantener la distancia. No dejes que te atrapen.

Eso era fácil de decir, pero difícil de llevar a cabo. Tampoco quería ponerme a correr por todo el gimnasio. Al final, acabaría cogiéndome, yo nunca había sido un buen deportista. Todos los utopianos estaban obligados a realizar ejercicio semanalmente; si bien, en mi caso, intentaba eludirlo siempre que podía. Tanto, que aun disponiendo de tres horas semanales de trabajo para realizar cualquier actividad física, prefería quedarme trabajando.

Antonio volvió a colocarse en la posición de ataque. Por fortuna, en ese instante, entró por la puerta Daniel. Era mi salvación, puede que hasta me alegrara de verlo más que cuando me rescató en Argentina. Me dolía todo el cuerpo, estaba repleto de moratones y la boca me sabía al plástico de la colchoneta.

—Jefe, no me lo castigues tanto que lo necesitamos entero —dijo nada más ver mi dolorida expresión.

—En verdad, estoy siendo suave con él —respondió el preparador físico.

—Pues voy a tener que llevármelo, le tengo preparadas otras cosas.

Desconocía para qué Daniel había venido en mi busca; por otro lado, cualquier cosa sería mejor que aquella tortura.

—Está bien —respondió resignado Antonio, parecía que a aquel sádico le gustaba que yo fuera su saco de entrenamiento—. Mañana te quiero a la

misma hora.

—No va a ser posible —anuncié con cierta satisfacción—. Se me han acabado los días libres que me dieron en el Departamento de Energía y mañana tengo que reincorporarme.

Una vez más tuve ganas de estrangular a Daniel cuando dijo:

—Puedo arreglarlo para que te den una reducción de jornada y así puedas venir todos los días.

—Tampoco hace falta que te des prisas con eso —comenté lamentando tenerlo de amigo.

Sin más preámbulos, nos despedimos de Antonio y salimos del gimnasio. Mientras caminábamos por un pasillo de cristal, y Daniel me preguntaba cómo me iba con Laura, me fijé en los exteriores del complejo. Alrededor todo eran zonas verdes, en donde abundaban árboles y plantas exóticas. La sede del Servicio de Inteligencia Utopiano se encontraba integrado dentro del parque Africanus, el más grande de la ciudad, en el distrito 1. La única separación con este era un gran muro vegetal que envolvía todo el perímetro. En las ocasiones en que había frecuentado el parque, me había percatado del gran seto verde. El cual impedía el paso a los visitantes, pero no llamaba la atención, ya que parecía formar parte de los jardines. Ahora, desde este punto de vista, me daba cuenta de que el muro vegetal estaba compuesto por una sólida muralla de piedra. Por otro lado, en diferentes puntos del césped, que separaban el complejo del muro, pude ver círculos verdes de otro color. No fue necesario preguntarle a Daniel, deduje que se trataba de torretas de seguridad ocultas. Aquel sitio estaba diseñado como un pequeño búnker dentro de la ciudad.

Nuestro caminar nos llevó pronto hasta una puerta con un sensor en la pared y una placa sobre ella en la que ponía: «Operaciones 3». Por todo el edificio, se habían dispuesto multitud de puertas doble que se abrían solas al acércanos, al disponer de reconocimiento facial. Sin embargo, nos hallábamos ante una con unos protocolos más estrictos, en la que fue necesario que Daniel pusiera su mano sobre la pantalla. Asimismo, tuvimos que esperar unos segundos para que se abriera la segunda puerta, puesto que fuimos escaneados concienzudamente. Una vez dentro, aquella sala era muy similar a otra de la que no guardo muy buenos recuerdos. No obstante, a diferencia de la Sala de Seguridad de Argentina en esta la gran pantalla estaba apagada, al igual que todos los terminales. Por otra parte, noté una gran diferencia. Al lado de cada uno de los terminales, había una *Jaula de juegos*. Por lo menos así la llamábamos, aunque dudaba de que aquí tuviera ese uso. Se las conocía

así porque los jugadores de videojuegos se encerraban entres sus barrotes y permanecían en suspensión gravitacional realizando los mismos movimientos que su avatar en el juego. No obstante, tenía otros usos. Un usuario podía interactuar en ella a través de diversos mecanismos y realizar todo tipo de actividades, desde controlar una torreta de defensa, hasta tener una reunión a miles de kilómetros como si realmente estuviera en la misma sala. Aunque el uso más extendido, y por el que yo la había usado, era el de ventana a los videojuegos de realidad virtual.

Vista desde fuera, la *Jaula* se asemejaba a una inmensa máquina gancho de las que solía ver en las películas retro que tanto me gustaban. En ellas, siempre salía una feria local y el protagonista intentaba coger un peluche en una de esas atracciones, aunque nunca lo conseguía. Por desgracia, nunca había tenido oportunidad de probar una. Los utopianos no contaban con ingenios tan rudimentarios de diversión. Pero pienso que debe de ser muy fácil coger el muñeco, el reloj o lo que quiera que metan en esa caja de cristal.

—¿Nadie más utiliza esta sala? —le pregunté a Daniel.

—Normalmente está vacía, solo la utilizamos cuando hay algo gordo donde trabaja todo el personal a máximo rendimiento.

Daniel se internó por el corredor central, deteniéndose a mitad del recorrido. A continuación, se sentó en uno de los terminales y lo encendió:

—Esto no debería de resultarte complicado —comentó mientras pulsaba diferentes teclas—. Vas a hacer simulaciones de combate y verás que es como un videojuego.

Seguidamente, tras levantarse, me dio un traje háptico y un casco de realidad virtual, a la vez que me invitaba a entrar en una de las jaulas. Hice lo que me indicaba. Una vez dentro, pulsó un botón y los barrotes se iluminaron. Simultáneamente pude notar que era alzado, quedándome suspendido en el aire. Al mirar hacia abajo, contemplé como mis pies flotaban en el aire, a pesar de sentir como pisaba suelo. La *jaula*, o más concretamente la unidad personal antigravedad para la simulación total (UPAST), era un dispositivo donde las leyes de la física no tenían cabida, por lo menos la fuerza de atracción que ejercía la Tierra sobre todos los objetos. Disponía de uno de esos dispositivos en casa, así que no me sorprendió su funcionamiento. Y aún menos, cuando mis piernas se doblaron solas y mi cuerpo adoptó una posición similar a la de estar sentado en un sillón, que en este caso era invisible.

Me puse el casco y tardé unos segundos en adaptarme, puesto que lo que veían mis ojos no se correspondía al lugar donde me hallaba. A diferencia de las gafas de realidad virtual que usaba el personal de la Sala de Seguridad de

Argentina, el casco proporcionaba un sensación mucho más inmersiva, ya que ofrecía una mayor visión periférica que no tenía el efecto buzo de las gafas. Pasado un tiempo, una vez que olvidaba que llevaba puesto el casco, no notaba la diferencia con el mundo real.

Me hallaba en una enorme habitación de color blanco, extremadamente iluminada. Al mirar a lo lejos, el techo y el suelo parecían fusionarse sin que llegara a ver las paredes. Por suerte, estaba acostumbrado a aquella visión, de lo contrario, tal vez, me hubiese asustado. Había vivido aquella experiencia cada vez que entraba en la sala de bienvenida de la realidad virtual. Aquella visión había sido creada por *Ilusiones puras*, una compañía agapiana encargada de usar la tecnología como entretenimiento. No sería la primera persona que al ponerse un casco de realidad virtual y comenzar la simulación se asustara, llegando incluso a pensar que aquel era el paso al otro mundo. La visión parpadeó y todo se volvió negro. Iba a preguntar a Daniel si lo había apagado, cuando observé multitud de puntos brillantes. Bajé la vista y descubrí que me encontraba sentado en la cabina de una nave espacial. Por las dimensiones, deduje que se trataba de un caza *Boom*.

—Toma —dijo Daniel.

Levanté las manos y sobre ellas alguien puso un par de controladores. No tardé mucho en darme cuenta de que eran similares a los que yo utilizaba cuando jugaba en casa.

—¿Qué hago con esto? —pregunté.

—Pues pilotar, los controles son los mismos que en *Batalla por el hiperespacio*, aunque los puedes personalizar.

Uno de mis videojuegos favoritos era *Batalla por el hiperespacio*, creado por *Ilusiones puras*, se trataba de un juego de disparos en primera persona, ambientado en una guerra galáctica entre Ágape y Zerón, un planeta ficticio que había clonado nuestra tecnología. Las fuerzas y recursos de los dos bandos eran similares, contando tanto con soldados de a pie como con toda clase de vehículos, entre los que se encontraban los robots de combates o los cazas *Boom*. Daniel, aunque a veces jugaba conmigo, no tenía mi nivel. Yo, en cambio, en varias ocasiones conseguí clasificarme para el torneo regular que se celebraba entre los mejores de Utopía y los de la nave *Pegasus* en órbita. Normalmente, ganaban ellos, al enfrentarnos a soldados y pilotos profesionales. No obstante, en nuestro último encuentro, les ganamos por solo un punto. Tengo que decir que tuve un papel relevante, ya que fui el segundo mejor jugador de mi bando. El primero lo ocupó *Tormenta del Desierto*, un colega con el que solía jugar a menudo. Casi todos los que jugábamos a

*Batalla por el hiperespacio* nos conocíamos, pues a menudo se hacían convenciones en Megaocio. Aunque el juego contaba con gran popularidad por todo el universo, el servidor al que nos conectábamos era exclusivo de Utopía, así únicamente sus ciudadanos y las pocas naves agapianas que hubiera en ese momento en órbita podían conectarse.

Con suavidad, presioné la palanca virtual de la izquierda, poniendo en movimiento la nave. Giré a izquierda y derecha, no tardando en hacerme con los controles.

—¿Qué tal lo llevas? —preguntó Daniel.

—Bien, aunque este caza es más lento que los del videojuego.

—Eso tiene explicación. Vira 180 grados.

Hice lo que me decía y en el centro de la pantalla, entre multitud de estrellas, pude ver un gran punto luminoso blanco.

—Lo que estás viendo es el Sol —anunció—. Realmente te hallas controlando un caza *Boom* de la *Aftoris* que se encuentra a 20 millones de kilómetros de nosotros, eso es casi la distancia que hay entre Venus y la Tierra.

No podía creer que en realidad estuviera controlando una nave de combate, aunque fuera remotamente a millones de kilómetros.

—Ahora pulsa en «órdenes» y selecciona: «Simulador de combate».

Seguí sus instrucciones y en la esquina superior derecha me apareció un mensaje indicándome que había entrado en tal modo. Asimismo, a un lado de la pantalla alcancé a ver como otro caza *Boom* aparecía de la nada y era señalado por el ordenador como enemigo.

—Tu nave y los movimientos que hagas seguirán siendo reales, pero el enemigo y los disparos son virtuales. Puesto que estamos a millones de kilómetros de cualquier cosa, no hay riesgo de que te estrelles. A ver cuánto tardas en abatirlo.

—Sin dilación, viré hacia el supuesto enemigo. A pesar de que los movimientos allí parecían más lentos que en el videojuego, lo hice con demasiada brusquedad y mi punto de mira sobrepasó el objetivo sin que pudiera disparar. Corregí la trayectoria, con todo, mi adversario informático realizó varias maniobras evasivas. Durante unos segundos, estuve tras su estela sin que ninguno de mis disparos lo tocara. Finalmente, cuando por fin conseguí corregir el desfase que se producía entre mi punto de mira y la posición del objetivo, lo alcancé. Tras el primer impacto, la nave enemiga perdió velocidad, así que no tardé mucho en abatirla.

—Eso ha sido sencillo, hagámoslo más interesante —oí como decía Daniel.

De repente, sentí como me golpeaban en el costado derecho. No es que alguien me hubiese pegado, sino que la nave había recibido un impacto en ese lado y el traje háptico, conectado neuronalmente con mi cerebro, había reproducido el efecto. Por el radar pude ver como dos naves me seguían. Inmediatamente, sobrecargué los escudos y efectué una pirueta para intentar librarme de ellos. Por más maniobras que realicé, no conseguí apartarme de sus disparos. Cuando no estaba en el punto de mira de uno, lo estaba en el del otro. Me estaba quedando sin escudos, así que tomé una decisión arriesgada. Frené de golpe, utilizando los propulsores delanteros. Una de las naves me sobrepasó, momento que aproveché para soltarle una buena andanada de mis láseres. Tras una explosión virtual, mi enemigo desapareció en la nada. Había abatido a uno de ellos, pero aún quedaba otro. Rápidamente, la busqué por todos lados. Al no hallarla, miré el radar, estaba detrás de mí. Sentí como me golpeaban en la espalda. Entonces, la pantalla se quedó en negro y un texto apareció:

«Fin de simulación».

—¡Estás muerto, tío! —exclamó Dani—. Selecciona ahora «volver a la base», por favor.

Tenía ganas de volver a intentarlo. No obstante, procedí como me dijo; sin saber cuánto tardaría el caza en volver a la *Pegasus*. Nada más mandar la nave de vuelta, me apareció un nuevo mensaje en pantalla:

«Conectando».

—¿Sabe la coronel Cruzec que estábamos jugando con uno de sus cazas? —pregunté.

—Sí, claro. Ella tiene que autorizarlo. Si bien, desconoce quién es el novato que iba a hacer las prácticas. De todas formas, teníamos un control limitado de la nave. Si nos acercábamos a menos de 10 kilómetros de la Tierra, el *Aftoris* tomaría el control automáticamente.

La pantalla se iluminó mostrando un escenario bien distinto, a la vez que mi cuerpo cambiaba de posición. Ya no estaba en el espacio, sino en Tierra, más concretamente en una ciudad. Bueno, si aquello se podía llamar ciudad, ya que todo estaba en ruinas. Los edificios estaban derruidos, la calles llenas de escombros y no se veía ni un alma por los alredededores.

—Ahora vamos a ver cómo te desenvuelves con un robot de combate real. Estás en un *Arconte* que se encuentra en una ciudad abandona al norte de

Siria. El escáner de la zona muestra que no hay nadie a 200 kilómetros a la redonda, así que no tengas miedo de alcanzar a alguien.

Bajé la vista y pude ver como portaba una enorme arma láser. También me di cuenta, observando la pantalla, de que contaba con un amplio arsenal a mi disposición. Había multitud de datos, sensores y opciones disponibles. Además sabía, que al igual que en *Batalla por el hiperespacio*, podría controlarlo todo a través de los mandos que tenía en las manos. En la pantalla se mostraban multitud de datos, aunque por experiencia no hacía falta que les prestara mucha atención. Por lo menos no, hasta que el *Arconte* dejara de responder.

—Este simulador es exactamente igual que el videojuego —comenté.

—Lo diseñan los mismos programadores y que sean idénticos tiene una finalidad —respondió Daniel—. En caso de emergencia, disponemos de millones de jugadores por todo el espacio entrenados para pilotar cazas *Boom* o *Arcontes*, solo necesitan unas cuantas horas de adaptación. Evidentemente, su rendimiento no será el mismo que el de un piloto profesional. Pero disponemos de muchas más máquinas de guerra que de soldados curtidos, en una situación apurada haremos uso de los novatos.

El *Arconte* destacaba por ser un mecha que podía controlarse tanto remotamente como por un piloto desde su cabina interior. Asimismo, también contaba con una limitada inteligencia artificial, cuya principal función sería defensiva. Con una altura de seis metros, esta máquina de guerra estaba dotada de diverso armamento, tanto letal como incapacitante. En tierra, a través de sus dos piernas mecánicas, se podía desplazar a una velocidad máxima de 30 kilómetros hora; permitiendo superar a cualquier soldado, pero no a un vehículo enemigo. Sin embargo, el *Arconte* contaba con un motor gravitacional similar al de las aeronaves agapianas, que le permitía volar hasta la posición del enemigo con rapidez. Para todo esto, disponía de tres células de energía FIFU. Las cuales, en combate, consumían gran cantidad de plasma. Evidentemente, el *Arconte* no aspiraba a ser tan rápido ni tener la agilidad de un caza *Boom*, al igual que tampoco necesitaba salir de la atmosfera terrestre. Por otra parte, como vehículo de combate de infantería no tenía parangón. Allí de pie entre las ruinas, me sentí como un gigante. No tenía la sensación de que hubiese crecido, como era el caso, sino que simplemente había sido el mundo el que había encogido.

—¿Qué quieres que haga? —pregunté.

—Primero prueba el desplazamiento.

Comencé a andar y el mecha emprendió la marcha. Si hubiese podido verme en aquella sala del SIU, me habría visto moviendo las piernas y los brazos en el aire, como si de un títere movido por hilos invisibles se tratara. En mis oídos pude oír tan claramente como si estuviera en aquel remoto lugar las pesadas pisadas del *Arconte*. Encendido por la sensación de sentirme invencible, lo puse a máxima velocidad. Con pesadez, pero sin perder el equilibrio en ningún momento, ascendió una montaña de escombros. Gracias a la unidad antigravedad donde me hallaba en suspensión, apenas si tuve que hacer esfuerzo alguno. Desde esa posición, fui testigo de la devastación de la zona y me pregunté qué habría podido pasar para que sus moradores acabaran con su hogar destruido. Probablemente, muchos habrían muerto durante los ataques, aunque supuse que algunos debían de haber podido escapar. Mas no creía que en ninguna parte de aquel despiadado planeta les hubiesen dado refugio.

—¿Estás preparado? —me preguntó Daniel.

Me llamó la atención que su voz no sonaba igual. No obstante, un mensaje en pantalla me hizo ponerme en alerta:

«Simulación de combate uno contra uno activada».

El radar sonó avisándome de que un enemigo se aproximaba de frente. Alcé mi arma y me preparé para su llegada. De repente, al fondo de la calle, medio edificio se vino abajo. De entre la polvareda, salió corriendo un mecha similar al mío. En mi pantalla, apareció el nombre de Daniel sobre él. Eso era trampa, él había sido piloto profesional en el ejército, siendo uno de los mejores.

Desde luego, no se lo iba a poner fácil. Presioné el gatillo y un rayo láser surcó el aire estrepitosamente impactando contra sus escudos. La diversión había comenzado.

# 10
# Sevilla
# 6 de febrero de 2080

Una gota de sudor se desprendió de mi frente, cayendo sobre el papel que estaba examinando. Hacía un calor de mil demonios en aquel habitáculo donde cada día me veía obligado a recluirme. Hasta podía notar el olor al plástico derretido de las paredes y como el amianto de la uralita impregnaba el aire. Quizás, si hubiese tenido un ventilador la situación hubiese sido más tolerable, pero el viejo aparato que me encontré cuando empecé a trabajar en la empresa se encontraba encima de un armario con telarañas. Lo probé un día y nada más encenderlo comenzó a echar humo. Entonces, le solicité a mi jefe uno nuevo, pero alegó que no hacía falta. Claro, él tenía abajo un lindo despacho con aire acondicionado. Yo, en cambio, podía percibir un ligero aroma de carne asada en el ambiente, la mía.

Habían pasado tres días desde que viera descender al general Segura, junto a un curioso grupo, al Departamento de I+D. Allí abajo habían permanecido durante varias horas, marchándose poco después con el mismo disimulo con el que habían llegado. No vieron nada más de las instalaciones, solo aquella zona que me estaba vetada, al igual que al resto de los operarios.

Que acabara trabajando en Conservas Lolo no había sido una casualidad. Hacía meses, cuando aún podía considerarme un utopiano de pleno derecho, había visto el nombre de la empresa en un documento. Entonces, no le había dado importancia; sin embargo, quedó grabado en mi memoria. Este dato resurgió del oscuro pozo en el que se había convertido mi mente tiempo después, justo tras ser despojado de todo cuanto tenía al ser expulsado de Utopía.

¿He dicho expulsado? Pues sí, no quería confesarlo, ya que me avergüenzo de ello. Yo, todo un ciudadano ejemplar, fui desterrado. Cuando uno cometía un delito entre los agapianos, existían diversos castigos dependiendo de la gravedad del hecho. Los más leves eran sancionados con

horas a la comunidad, o incluso con el traslado a un nuevo puesto que nadie quisiera. Los más graves se castigaban con prisión en una penitenciaría espacial o mandando al culpable a algún planeta minero. En verdad, las minas no eran tan terribles como parecían. Desde luego, no se hacían trabajos forzados con pico y pala, sino que las labores más arduas se llevaban a cabo con robots controlados a distancia. No obstante, las explotaciones espaciales no se podían considerar lugares muy atractivos. Normalmente, solían hallarse en planetas rocosos e inhóspitos, que carecían de cualquier clase de vida.

Por otro lado, los delitos muy graves eran castigados duramente. La pena capital no estaba prohibida, aunque muy excepcionalmente se llevaba a cabo contra un agapiano, por lo menos de modo directo. Los mayores crímenes contra la ley se sancionaban con cadena perpetua en una prisión de máxima seguridad o con el destierro. El caso era que podía haber elegido cumplir mi condena en prisión, y haber esperado un indulto que quizás jamás llegaría, o podía haberme decantado por el destierro en cualquier otro lugar del espacio fuera del territorio agapiano. Pero no, tuve que elegir la Tierra. Existían pocos planetas habitables en la lista que me dieron como destino, por supuesto ninguno que pudiera transmitir mis conocimientos tecnológicos, y menos en uno donde los agapianos no pudieran controlar lo que hacía. La mayoría de los destinos se trataban de planetas con civilizaciones menores o sin seres inteligentes, si bien había algunos en los que habitaban razas alienígenas en los que me podría integrar. Decir que, en el espacio conocido por los agapianos, apenas si existían otros seres inteligentes, a pesar de haber descubierto multitud de planetas habitables. Estos extraterrestres solían disponer de una tecnología muy inferior. Los únicos seres considerados superiores de los que se tenía constancia eran los mentores y hacía siglos que se habían marchado, sin volver a tener contacto con sus discípulos.

De una u otra forma, el destierro representaba una condena a muerte encubierta. Dado que cuando los tecnonanocuerpos desaparecían del organismo del condenado, el sistema inmunológico era vulnerable a toda clase de virus y bacterias. Sin duda, en cualquier otro planeta hubiese tenido más probabilidad de sobrevivir, pese a ello me decanté por la Tierra.

Fueron muchas cosas las que perdí con mi expulsión de Utopía. Pero solo fue una de ellas, la que consideraba la más importante en mi vida, la que me llevó a tomar esa decisión, puesto que en ningún otro planeta iba a encontrarla.

Sin embargo, no fue al general Segura al que esperaba encontrar en aquella fábrica. Desconocía qué lo había traído allí a visitar el Departamento

de I+D. Si bien, estaba seguro de que las respuestas que buscaba, posiblemente a todas las preguntas que me martirizaban, estaban fuera de mi alcance. Durante días, estuve pensando sin éxito cómo colarme en aquella parte de las instalaciones que me estaba vetada. Y esta ansia provocaba en mí que estuviera que me tirara de los pelos.

Pasé la mano sobre el papel para limpiar las gotas de mi tormento, con lo que ocasionó un estropicio aún mayor. La tinta no estaba seca, debido tanto al calor que hacía en aquel cuarto como por su mala calidad, así que causé un gran borrón. Enojado, taché toda la línea y comencé de nuevo. Estaba haciendo un listado de las ventas del día anterior. A nadie le iba a importar si aquel papel estaba un poco manchado, lo importante era el contenido. Mi jefe, con tal de ahorrarse un folio, lo mismo me hacía repetirlo en papel higiénico. Sin usar claro, lo contrario sería demasiado hasta para él. No por mí, por supuesto, sino por ser muy escrupuloso y bastante hipocondríaco. Ni siquiera daba la mano a nadie para saludar, aunque yo más bien pensaba que era por soberbia y por mala educación. Si tenemos en cuenta que antiguamente, cuando se iba armado, la costumbre de estrecharse la mano significaba una ofrenda de paz, ya que mostrabas que no ibas a hacer uso de tu espada. Con don Manuel quedaba evidente que debías de tener cuidado.

Nuevamente, volví a anotar las ventas de latas Premium para un tendero local. Se elaboraban dos tipos de comida en aquella fábrica, latas de conservas normales y las Premium. Con respecto al precio, decir que las segundas valían el doble. Como resultado de que, según el etiquetado, estaban elaboradas con las más selectas carnes. En realidad, eran exactamente iguales; únicamente variaban el envasado y un colorante para diferenciarlas. Y no penséis que las normales se fabricaban con carnes de primera calidad, sino que prácticamente se hacían con tendones, cartílagos y huesos molidos; esto, unido a multitud de conservantes, aditivos y grasas saturadas. En circunstancias normales, yo no me atrevería ni a probarlas; pero como lo habitual era que no tuviera nada más que llevarme a la boca, no me podía poner puntilloso.

Con respecto a que se vendieran las latas Premium como un producto superior cuando no era así, se trataba de una práctica muy extendida. Al fin y al cabo, en aquella sociedad reinaba la mentira y en el sector alimenticio no se producía una excepción. Desde que me levantaba hasta que me acostaba intentaban engañarme. Si tomaba un descafeinado en una cafetería, me aguaban la leche. Claro que a ellos la industria láctea ya les vendía la leche adulterada. Y a estos, previamente, los agricultores les suministraban un

producto sin cumplir los estándares de calidad establecidos. Aunque estos últimos alegaban que se debía al pienso que le suministraban. Toda la cadena de producción estaba corrompida. Y así pasaba con todo, de haber tenido vehículo me hubiese ocurrido lo mismo. Al ir a repostar me venderían gasóleo ligado con aceite de girasol. Cada día me llegaban al ordenador del trabajo cientos de mensajes intentando engatusarme con algo. Muchos prometiendo modos sorprendentes de ganar dinero y otros solicitando mis datos bancarios con cualquier falso pretexto. Había incluso quien no dudaba en utilizar a niños indefensos en su beneficio. Estaba rodeado de ladrones y estafadores.

Los periódicos y la televisión tampoco se salvaban, al igual que toda la publicidad en general, que continuamente estaban mintiendo de forma reiterada y en provecho de sus *lobbies*. Tampoco nos podemos olvidar de los políticos y los gobiernos que actuaban sin escrúpulos para manipularnos y someternos a sus deseos. La principal razón por la que no invertían en educación era que el pueblo ignorante resultaba más fácil de manejar. Por otro lado, tenemos las religiones. Las cuales, a lo largo de la historia, con el pretexto de que seguían un mandato divino, se han teñido de sangre bajo la dirección de intransigentes líderes espirituales.

Muchos de estos engaños y manipulaciones se perpetuaban con el conocimiento y la resignación de los ciudadanos. No obstante, la mayoría de las veces se realizaban sin que sus víctimas fueran conscientes de ello. Asimismo, de nada servía avisarles, ya que se habían colocado voluntariamente una venda en los ojos, tal vez por no reconocer que habían sido estafados.

Un golpe en la puerta me hizo alzar la vista del emborronado papel y del mundo con que me había topado tras abandonar los seguros muros de Utopía, los cuales no solo defendían a sus ciudadanos físicamente, sino también de la depravación de la sociedad. A través del cristal traslúcido, pude ver una silueta, en nada parecida a la de don Manuel. Se trataba de una persona larguirucha, la cual se movía con una soltura qué más quisiera mi jefe.

—¿Qué pasa, tío del espacio? —dijo descaradamente un individuo, a la vez que entraba sin esperar a que le diera permiso.

Se trataba de Adri, también llamado el Perla, uno de los repartidores de la empresa. Siempre que subía a mi habitáculo era porque había un problema, así que lamenté su presencia. Aparte de que me resultaba bastante descarado y un tipo de mucho cuidado. Yo no lo hubiese contratado ni para darle de comer a los perros; si te descuidabas, seguro que vendía la comida en el mercado negro y los animalitos acababan en la sopa.

—Deja abierto, por favor —solicité.

Al entrar había notado una brisa fresca, pero creo que fue el movimiento de la puerta al girar. No obstante, mejor no quedarme encerrado en aquel estrecho cubículo con el Perla.

—¿Tú cómo hablas tan bien mi lengua siendo un E.T.? —me preguntó cerrando la puerta.

—No soy extraterrestre, ya te lo he dicho muchas veces, nací en Utopía. La lengua oficial de la ciudad es español y agapiano.

—Ah, vale, así nos entendemos mejor tú y yo —dijo en un tono que me preocupó.

Adrián Heredia de los Santos era un sevillano de pura cepa, sus padres, abuelos y resto de familiares habían nacido y vivido en la ciudad, ganándose la vida con ciertas dificultades. Tanto que algunos de ellos habían sido, como solía decir él mismo, «amigos de lo ajeno».

—¿Qué es lo que te pasa? —demandé.

—Nada, tío. Solo que en el último viaje la carga estaba *podría*.

Venía siendo habitual que la envasadora, al igual que todo en aquella fábrica, fallara. Entonces, las conservas no se cerraban herméticamente y el producto se echaba a perder.

—¿Cuántas latas han sido esta vez? —pregunté acostumbrado a estos incidentes.

—Cincuenta, un cajón al completo —respondió con una sonrisa.

—¿¡Cincuenta!?

Normalmente, eran cinco o seis; o como mucho una docena, hasta que el operario se daba cuenta de que la máquina estaba funcionando mal y lo corregía. Evidentemente, nunca avisaba para retirar las malas para no llevarse una bronca, eso lo dejaba para el que lo descubriera o para quien se lo dijera al jefe, lo cual siempre me tocaba a mí.

—Está bien —declaré resignado—. Tráemelas para que las retire y vayan a la basura.

—Ya las he tirado yo —anunció.

Me quedé mirando extrañado al Perla. Nunca llegué a preguntarle a qué se debía su nombre, probablemente fuera porque era una joya, irónicamente hablando por supuesto.

Cuando había latas devueltas por mal estado, yo me encargaba de verificarlas y arrojarlas al contenedor de desechos. Haberlo hecho él se salía de las normas. Posiblemente, de todos modos, estas acabarían en algún vertedero ilegal como el del Alamillo; donde una multitud de niños

desamparados las recuperarían para consumirlas. Esto podría matarlos, al igual que el hambre, eso por no hablar de la docena de críos que morían cada mes atropellados por los camiones o máquinas que trabajaban en los vertederos. En otras ocasiones, las latas no llegaban muy lejos; puesto que había muchos desamparados rebuscando por los contenedores del polígono, sobre todo por los cercanos a las empresas que trabajaban con comida.

Adri puso un pequeño petate de tela sobre mi mesa. Al hacerlo, escuché el ruido del metal en su interior. Inmediatamente, lo desenvolvió y pude ver por lo menos una veintena de latas de conservas. Lo que más llamó mi atención fue que todas parecían estar en perfecto estado.

—Una lástima que hubiese que tirarlas —comentó acentuando sus palabras—. Tú y yo, hablamos el mismo idioma, ¿verdad?

Naturalmente que no había echado nada a la basura, las que faltaban estarían a buen recaudo para llevárselas luego. Lo que me proponía era que fuéramos cómplices en un robo a la empresa. En verdad, cada día nuestro jefe nos robaba a nosotros al no pagarnos una nómina por nuestro trabajo. Con suerte, en vez de dinero recibíamos algunas de las latas como las que tenía en ese momento delante. No obstante, este proceder iba en contra de mis principios, o por lo menos de aquellos que me inculcaron en Utopía.

—Qué sepas que los amigos del Perla no pasan hambre —subrayó—. Y ahora tú eres mi amigo, si necesitas cualquier cosa, solo tienes que pedírmela.

Ante mi silencio debió de pensar que aceptaba aquel trato, ya que se dio la vuelta y se dirigió a la salida. Justo cuando estaba a punto de salir, exclamé.

—¡Espera!

El fuerte golpe del portón principal al cerrarse hizo temblar las paredes de mi cubículo. Eso significaba que la fábrica había cerrado por aquel día. Horas antes, le había dicho a mi jefe que la jornada siguiente no podría ir a trabajar, debido a que tenía asuntos personales inaplazables. Como era habitual en él, se enojó mucho. Con todo, acabó cediendo. Cuando se trabaja los siete días de la semana, resulta difícil sacar tiempo para uno mismo. Así que me obligó a hacer horas extras para compensar mi ausencia. De este modo, acabé solo en la oficina. Con una luz tenue y una silenciosa fábrica totalmente a oscuras. En verdad, daba un poco de miedo estar allí a aquellas horas. Ya antes, había tenido que quedarme varias veces por haber faltado una mañana. En esas noches, no me atrevía a moverme de mi oficina hasta que llegaba la hora de irme. Desde luego, caminar por una fábrica de conservas a oscuras, donde

ganchos sangrientos colgaban por todos lados de forma fantasmagórica, no era una visita muy agradable. Aun así, esa noche si iba a tener que abandonar mi madriguera.

Dejando la factura de un proveedor sobre una precaria montaña de papeles, me dirigí hacia la puerta. Nada más salir de la oficina observé la fábrica. Las sombras y el silencio reinaban, a excepción del suave runrún que hacían las cámaras frigoríficas. No quedaba nadie por el lugar, tanto los trabajadores como mi jefe se habían marchado. Me encontré con una visión del lugar muy diferente a la que se producía durante el día. Ya no había camiones ni montacargas de un lado para otro, tampoco operarios realizando multitud de tareas. Incluso parecía que hacía menos calor y que el nauseabundo olor había disminuido.

Con la única ayuda de la débil luz que salía de mi habitáculo, descendí por la escalerilla. Sin dilación, me dirigí hacia el acceso a la planta baja. No obstante, un súbito ruido a mi derecha me detuvo en seco. Algo se movía entre los lúgubres pasillos de aquella fábrica. De pronto, vi como una enorme sombra se me venía encima, haciendo la noche aún más oscura. Precipitadamente me aparté a un lado, refugiándome en la escalera que descendía al subterráneo. Junto a mí, pasó raudo el viejo montacargas autónomo con el que contábamos en la empresa. Con un golpe brutal, chocó ruidosamente contra la plataforma sobre la que se asentaba el habitáculo donde yo solía trabajar. Como si no hubiese pasado nada, aquella máquina del demonio se dio la vuelta y se perdió por donde había venido. Segundos después, oí la señal acústica que indicaba que se había desconectado. De haber estado trabajando arriba, me hubiese llevado un susto monumental. Los robots autónomos no se conectan solos por la noche para ir a estrellarse contra las paredes. Estaba seguro de que alguien lo había programado para que esto sucediera. Todas mis sospechas cayeron sobre Santos. Sin duda, no le debió de gustar que mi jefe le diera un rapapolvo por no dejarme entrar. Olvidándome del tema, pues tenía cosas más importante en que pensar, bajé las escaleras al sótano con precaución.

Al momento me hallé ante una puerta cerrada. De mi bolsillo saqué una tarjeta blanca y la pasé por el lector. Tras un leve pitido, esta se abrió. El Perla podía ser muchas cosas, pero desde luego no iba a ser yo quien dijera que no cumplía su palabra. Cuando me dejó un montón de latas de comida sobre la mesa, como pago por mi cooperación en su fechoría, solamente le pedí una cosa. Y fue que me consiguiera una tarjeta de acceso a I+D. Ignoro cómo la

consiguió, probablemente se la robaría a algún bata blanca de abajo, pero horas más tarde entró en mi oficina con una en la mano.

—Toma, aquí la tienes —fue lo que me dijo—. Si te pillan, yo no sé nada. Y cuando acabes, tírala cerca de la entrada. Así no sospecharan cuando la encuentren por la mañana.

Finalmente, había conseguido acceder al departamento secreto de la empresa. Ante mí, hallé un largo pasillo muy bien iluminado. Tanto las paredes, el suelo como las luces destacaban por su buen estado de conservación y buena calidad, nada que ver con lo que teníamos arriba. Asombrado de encontrarme con unas instalaciones así, comencé a caminar. La primera puerta con la que me crucé tenía un rótulo en el que se leía:

«Directora Clara Gómez».

Pude ver luz por la rendija; pensé que al igual que en el pasillo habrían dejado la luz encendida; por si acaso, continué con sigilo. El resto de letreros que encontré en aquel corredor, y que conducían a diferentes secciones del departamento, me hizo pensar que las investigaciones que allí se llevaban a cabo nada tenían que ver con las conservas de alimentos. De todos modos, mis dudas se despejaron cuando llegué al final del pasillo. Tras una doble puerta de cristal, vi como habían construido un peculiar dispositivo que me resultó familiar.

Ante mi sorpresa, me aproximé aún más al cristal, cubriéndolo de vaho. Aquel ingenio, con una altura de cinco metros y dos de ancho, tenía la forma de un cilindro cóncavo puesto de pie, asemejándose a un reloj de arena. Tanto su parte superior como inferior parecían estar bien sujetas al techo y al suelo. Alrededor de su parte central, la cual tenía una anchura de algo más de un metro, había multitud de esferas suspendidas en el aire. Alguien menos avispado hubiese pensado que flotaban por arte de magia; en cambio, yo supe de inmediato que la serie de pequeñas antenas parabólicas que envolvían al dispositivo se encargaban de crear un campo electromagnético que las hacía permanecer en tal posición. Además, conocía a la perfección qué función tenían aquellas esferas: la de contención. Asimismo, también sabía ante que me encontraba, aunque jamás hubiese esperado encontrarlo bajo el lugar al cual iba cada día a trabajar. Lo que tenía ante mí era, si bien a una escala mucho más pequeña, un generador de energía FIFU. Esa tecnología pertenecía en exclusividad a los agapianos, que en un laboratorio oculto se hallara un dispositivo de tal naturaleza resultaba realmente insólito.

Llevado por mi perplejidad empujé la puerta y entré en la habitación. Antes de que tuviera tiempo de acercarme al dispositivo y verlo con más

detenimiento, oí como una voz me preguntaba:

—¿Quién eres tú?

Giré la cabeza y me encontré ante un tipo de bata blanca sentado tras un ordenador. Durante unos instantes, no supe que contestar, tras cierta vacilación, respondí:

—Soy de mantenimiento, perdone las molestias.

Velozmente, me di la vuelta y salí al pasillo. Adiós a mi idea de pasar desapercibido. Debía de haber comprobado antes que no había nadie dentro. Caminé con rapidez en dirección a la salida. De repente, diversas alarmas comenzaron a sonar ensordecedoramente, a la vez que todo el corredor se llenó de luces rojas. Corrí. Ya no servía de nada disimular. Cuando estuve frente a la puerta del final del pasillo, justo por la que me había metido en aquel embrollo, pasé la tarjeta por el lector. Sin embargo, la puerta no cedió al empujarla. Volví a probar una y otra, con idéntico resultado. La que sí se abrió fue la puerta que tenía detrás que anteriormente viera con luz dentro. Una mujer pelirroja, aproximadamente de unos veintiséis años, salió de la habitación. Me llamó la atención que era muy joven para ser la directora de aquellas instalaciones, seguro que había sido la primera de su promoción. Al igual que el tipo de antes, iba vestida con una bata blanca, aquel debía de ser el uniforme oficial del departamento. En el resto de la fábrica, íbamos cada uno con lo que queríamos o con lo que podíamos permitirnos; en mi caso con unos andrajos. Por su expresión, determiné que estaba todavía más asustada que yo. No obstante, al ver cómo me apuntaba con una pistola eléctrica, mi miedo fue mayor; aún recordaba cuando Maceda me disparó.

—Por favor, eso no es necesario —exclamé señalando el arma—. Todo ha sido un malentendido.

Mis palabras fueron en vano. Aún hoy, lo único que recuerdo de mi primer encuentro con la doctora Clara es un intenso dolor en el pecho y que todo se volvió negro. ¿Por qué será que siempre que entraba en algún sitio sin ser invitado acababa igual?

Si la vez anterior en la que me dispararon con un arma de electrochoque, tuve un despertar brusco y turbador, ya que el rostro de Maceda fue lo primero que vi, para a continuación alzarme como si fuera un saco de patatas, en esta ocasión resultó mucho más sosegado. De no ser por el intenso dolor del pecho, hubiese sido como el despertar de cualquier otro día. La tecnología de los táser terrícolas estaba muy lejos de la agapiana, tanto que con

frecuencia se producía alguna muerte con su uso. Aparte, de que para el resto de mi vida luciría una cicatriz, justo donde los dardos con los electrodos habían impactado.

Me hallaba tumbado en una cama, así que con cierta torpeza me fui incorporando. Al mirar a mi alrededor, descubrí que estaba en una sencilla habitación con apenas mobiliario y con unas paredes blancas inmaculadas. No había ninguna ventana, no obstante tuve la sensación de que seguía en el subterráneo de la fábrica. Aparte del camastro donde me habían tumbado, solo había una mesa de metal en el centro con dos sillas. Algo tambaleante, me dirigí hacia la puerta, la cual era similar a las del pasillo donde quedé atrapado. Tras girar el picaporte, me di cuenta de que no podría salir. Como no tenía donde ir, y tampoco tenía nada con lo que entretenerme, volví a la cama. Las horas pasaron lentamente sin que nadie apareciera. Llegué a pensar que se habían olvidado de mí, y que pasaría los días enteros allí encerrado. Si bien, al final, únicamente fueron unas horas. No había comido nada desde el almuerzo del día anterior, así que tenía un gran agujero en el estómago. Eché de menos las latas de comida que me había dado Adri, las cuales permanecían convenientemente escondidas en mi oficina.

Por fin, la puerta se abrió. Esperaba encontrarme con la mujer que me había disparado o en todo caso con mi jefe don Manuel. Sin embargo, no estaba preparado para toparme con el general Joaquín Segura.

—Poner al boludo en la silla —ordenó nada más entrar, dirigiéndose a dos tipos que le seguían.

Sin ninguna contemplación, me cogieron por los brazos y me pusieron en el lugar indicado. Qué poca consideración para una persona que había sido electrocutado horas antes.

—Marcus Expósito, ha sido vos un chico malo —dijo el general, sentándose frente a mí y en tono que me heló la sangre.

Ante sus palabras, solo pude callar, ¿qué podía decir en mi defensa? Si cuando me descubrieron sabía que me había metido en un buen lío, ahora, con la presencia del militar argentino frente a mí, la situación se había vuelto mucho peor. Durante unos segundos, el general también se quedó en silencio, mirándome fijamente. Ahora que estaba frente a él, pude ver como tenía unas feas marcas en la cara; parecían ser fruto de haber pasado una grave enfermedad. No me resultó extraño aquello, el mundo estaba plagado de todo tipo de epidemias, pero estas casi siempre se limitaban a contagiar a los pobres. Habría que ver dónde habría acabado el militar tras su huida de Argentina.

Mientras nos observábamos mutuamente, sus dos secuaces permanecieron inmutables a mi espalda. Habían dejado la puerta abierta al entrar, por un instante pensé en salir corriendo. Con todo, no tuve la menor duda de que acabarían atrapándome. Por otro lado, no quería echarme otra siesta. La cual podría ser eterna, puesto que aquellos dos tipos debían de portar mortíferas armas.

—Hace tiempo que sabemos todo de vos —anunció el general dejándome atónito y destruyendo las pocas esperanzas que tenía de salir de una pieza—. No creerías que ibas a conseguir un trabajo en la fábrica tan fácilmente. Hay miles de personas ahí fuera mejores candidatos que vos. La única razón por la que le contratamos fue para tenerte cerca y controlado.

No podía dar crédito a lo que estaba oyendo. Todo ese tiempo pensé que era yo quien los vigilaba y resultó ser al contrario. Por otro lado, tampoco sabía qué interés podían tener en mí. Si estaba relacionado con lo que hice en Argentina, lo normal hubiese sido que acabaran con mi vida en cuanto me puse a su alcance.

—Ha llegado la hora de poner las cartas sobre la mesa y abandonar esta escena teatral, en vuestro caso tragicomedia, aunque todo depende de la decisión que tome.

—¿Tengo capacidad de decisión? —pregunté extrañado.

—Todos *podés* elegir vuestro camino —apuntó el militar—. Los astros nos ponen en un punto, pero somos nosotros los que decidimos qué dirección tomar. Vos hasta hace poco ha estado sirviendo a un poder jurídico-financiero procedente de otro mundo, que ha venido a darnos lecciones sobre la justicia. Para ello, no han dudado en valerse de un poder tecnológico que les permite jugar con ventaja en un tablero geopolítico ajeno. Los argentinos fuimos vuestros conejillos de indias, nos cortasteis las bolas y nos disteis una energía limpia y barata. Mas al final, también eso nos lo arrebatasteis, gracias a vos, por supuesto. No niego que tengo ganas de pegarle un tiro y salir de esta habitación tan tranquilo, si bien eso sería poco consuelo y solo se trataría de un simple capricho. Por ello, voy a hacerle una oferta que será ventajosa para ambos.

¡Cómo se enrollaba el argentino! Evidentemente con algunas cosas que había dicho no estaba de acuerdo. Sin embargo, no me encontraba en situación de discutirlas. Así que le respondí:

—Decí.

Vaya, ya se me estaba pegando el acento argentino. La verdad era que me encantaba como hablaba. Ante mí tenía un curtido militar, que *a priori*

cualquiera pensaría que únicamente sabía comportarse como un bruto, dar órdenes o pegar tiros, y, en cambio, parecía que, al igual que con todos los argentinos, estaba hablando con un filósofo.

—Como vos ha visto hemos construido un núcleo de energía FIFU, aunque tenemos algunos problemas para ajustarlo. Ayúdenos y yo le colmaré de plata, no tendrá que volver a trabajar.

Se trataba de una propuesta muy interesante. Si te volvías rico, no se vivía mal en la Tierra; por el contrario, no tener ni para comer, suponía hallarse en un auténtico infierno. Pero había un inconveniente: desde Utopía no iban a ver con muy buenos ojos que les proporcionara acceso a su energía. Y sabía muy bien cuál era el castigo por ello. Pulsarían un botón y Marcus Expósito dejaría de existir para siempre.

—¿Y si no acepto? —pregunté.

—En ese caso, vos y yo no tendremos nada más que hablar, pero me daré un capricho antes de irme.

Resultaba evidente que me iba a pegar un tiro, y esta vez no iba a volver a despertarme. Desde luego, no tenía muchas alternativas. Podía elegir morir ese momento o cruzar los dedos y aceptar su propuesta.

—Yo ser un hombre razonable —dijo el que parecía ser mi verdugo—. Tal vez vos piense en aceptar para salvar su pellejo y después traicionarnos. Por ello, le daré algo más. Ya que yo tené los que vos realmente queré.

De unos de sus bolsillos, sacó una fotografía y la puso sobre la mesa. El corazón me latió desbocado. Esa era la razón por la que estaba en aquella maldita ciudad, pudiendo haber elegido cualquier otro punto del espacio. Todo el tiempo, había estado como caminando con el sol a mi espalda, por muy rápido que fuera, nunca conseguía atrapar a mi sombra. Era curioso, como una decisión que tomas en segundos puede marcar el resto de tu vida, y la de los demás. Me pasó aquel día en Argentina, cuando inicié el protocolo de autodestrucción. Aquello fijaría el curso de los acontecimientos que me llevarían hasta donde me encontraba en ese instante de mi vida. Por otra parte, el sí que le di al delegado general para la Tierra también influiría notablemente en mi estatus actual. Evidentemente, nunca sabría qué hubiese pasado de tomar otra decisión, puede que incluso mi situación fuera peor (aunque lo dudo). Por ello, de nada sirve arrepentirse y solo se puede tirar para adelante.

—Acepto —respondí.

# 11
# Utopía
# 26 de julio de 2079

Existen pocas sensaciones tan placenteras como despertar y encontrar junto a ti a la persona que más amas y anhelas en el universo. Eso fue lo que me pasó aquel día, el 26 de julio de 2079, donde nuevamente mi vida daría un vuelco crucial. No sé si fue el calor de su cuerpo desnudo o su dulce fragancia, lo primero que percibí. Durante unos segundos, permanecí inmóvil con los ojos cerrados, disfrutando de aquel abrazo que había durado toda una noche. Después, llevado por un fuego interior, estreché contra mí aquel cuerpo que tan bien conocía ya. Como respuesta, solo obtuve un leve gemido que incrementó mi deseo.

Abrí los ojos, la débil luz del amanecer entraba por la ventana a través del adaptativo cristal del dormitorio. En aquel ambiente tenue y de ensueño, la observé rendidamente entre mis brazos. Su larga melena oscura caía suelta sobre la espalda, interponiéndose entre nuestros dos cuerpos desnudos. Con suavidad, le aparté el pelo dejando al descubierto su rostro. Al volver a meter mi brazo bajo las sabanas, posé la palma de mi mano sobre su codo. Tenía el brazo medio recogido, formando un ángulo de noventa grados y descansando sobre la almohada. Lentamente, fui subiendo por él hasta alcanzarle su mano. Seguidamente, introduje mis dedos entre los suyos y le apreté la mano con fuerza. A continuación, con cuidado de no dañar tan frágil flor, me incliné sobre ella y le di un beso en la mejilla. Nuevamente, oí como gemía, aunque esta vez pareció más de placer que como protesta. Complacido por su reacción, volví a colocarme a su espalda. Delicadamente pasé la mano por su cuerpo, recorriendo su esbelta figura. Su piel, suave y ardiente, cautivó mis sentidos. Besé su desnudo hombro, a la vez que sentía su apacible respiración bajo mí. Con ansias, me lancé en busca de sus dulces labios cuando una alarma resonó por toda la habitación.

Se trataba del despertador. Cada día nos levantábamos a aquella hora para ir a trabajar. Resulta curioso como el cuerpo se acostumbra a unos horarios y con frecuencia nos despertamos minutos antes sin que tenga que sobresaltarnos ese odioso sonido. Otras veces, en cambio, como fue en esa mañana, tuve ganas de tirarlo por la ventana. No obstante, era algo difícil de llevar a cabo. Ya que no disponía de ningún dispositivo sobre la mesa, sino que esa tarea la realizaba el ordenador de la casa haciendo sonar los altavoces de la habitación con el desagradable beep, beep; a la vez que con un proyector mostraba la hora sobre la pared de forma parpadeante. Siempre podía lanzar por la ventana la unidad central de procesamiento, sin embargo eso convertiría mi vivienda en un hogar no inteligente. Entonces tendría que fregar los platos a mano. Así que me limité a decir en voz alta: «apagar», mientras volvía a centrar mi atención en Laura.

—No tenemos tiempo —comentó ella, apartándose de mí—. Debemos ir a trabajar.

Hacía apenas un mes que vivíamos juntos, y algo más de cinco meses desde que tomáramos un café en Megaocio, todo ese tiempo había sido algo maravilloso. Os estaréis preguntando como habíamos acabado así. Anteriormente, os relaté nuestra cita en Megaocio, pero desde ese momento había llovido mucho. En verdad, no había caído ni una gota. El escudo que cubría la ciudad no las dejaba pasar, y tampoco se producían muchas precipitaciones en el exterior, solamente es una forma de hablar. Bien, desde aquel día nuestros encuentros habían sido frecuentes. Por otro lado, noté un cambio en su actitud. Si inicialmente cuando estaba conmigo solo se mostraba amable y educada, poco a poco percibí como el sentimiento que hacía tiempo había germinado en mí, también brotaba en ella. ¿Queréis saber cómo fueron aquellas primeras citas en las que le mostré Utopía y mi corazón?, ¿cómo nos reíamos ante cualquier estupidez o cómo me ponía unos ojitos por los que yo me derretía? Y seguro que estaréis interesados en que os describa como fue nuestro primer beso o la primera vez que lo hicimos. Pues no lo voy a hacer, mirad que sois cotillas. Os estoy contando mi vida, pero no mis intimidades. Si queréis leer esas cosas os recomiendo que leáis a Paulo Coelho o a Federico Moccia, y si buscáis algo más subido de tono, la saga de *Cincuenta sombras de Grey* va por su quincuagésima segunda entrega.

Bueno, ¿por dónde iba? Ah, ya. Desde hacía cerca de un mes vivíamos juntos. A pesar de que nuestra relación iba muy bien, no teníamos previsto compartir morada tan pronto, pero surgió un problema. El Departamento Laboral decidió mandar a Laura de regreso a Buenos Aires. Habían

comenzado los trabajos de reconstrucción de la central energética y necesitaban personal en administración. Como secretaria del anterior director general era la persona idónea, tenía experiencia y conocía la ciudad. Ante esta situación, solo podíamos hacer una cosa; si no queríamos que lo nuestro acabara, pues la distancia suele destruir cualquier relación. La solución pasaba por vincularnos. Tanto en Utopía, como en Ágape, las personas pueden vincularse y eso les otorga una serie de derechos a compartir.

Existen diversos niveles de vinculación, no obstante el más relevante era el de nivel uno. Por hacer una semejanza sería como un matrimonio en la Tierra. Esta unión legal no tenía por qué ser también sentimental, pudiéndose producir entre amigos o familiares, aunque estos últimos ya disponían de su propio nivel de vinculación. Por ejemplo, los hijos menores de edad, hasta que cumplían su plena autonomía, se calificaban de nivel uno; después pasaban a ser de nivel dos. Por otro lado, el matrimonio también existía entre los agapianos, si bien no tenía ningún valor legal, siendo más un acto social o de proclamación de su relación. Con respecto a los derechos que otorgaba este estatus, se encontraba el de compartir morada. Nadie podía irse a vivir a donde quisiera y meterse en el primer piso que viera vacío, sino que dependiendo de las circunstancias de cada persona, se le asignaba una residencia apropiada. La vivienda se otorgaba de manera totalmente gratis, mas había que cumplir con unas normas para el buen orden y una distribución equitativa.

Así pues, el primer requisito para compartir techo consistía en una vinculación entre sus ocupantes. Eso fue lo que nosotros hicimos, solicitamos que se nos reconociera una de nivel uno, de clase afectiva. Al formalizar nuestra relación, algo fácil de hacer (y de deshacer, llegado el caso) obtuvimos otros derechos más importantes. Entre los se encontraban el de residir en la misma ciudad y el de otorgarle la ciudadanía temporal a Laura. Ya no estaba obligada a irse a Argentina, por lo que fue asignada de forma definitiva al sistema de salud de la ciudad. Con respecto a la vivienda, yo residía en un T1, piso unipersonal. Ahora, en cambio, tras la vinculación, nos correspondía un T2. El caso fue que tuvimos suerte y mi morada actual se podía transformar con una pequeña reforma. En veinticuatro horas, vinieron unos operarios con un par de módulos y los añadieron al piso, ganando así dos habitaciones más y bastantes metros, así como una nueva jaula de juegos. De este modo, no fue necesario que yo me trasladara, solo ella tuvo que mudarse desde su alojamiento temporal. Algo que fue rápido, puesto que cuando llegó a la ciudad desde Buenos Aires no pudo traerse nada. En aquellas fechas, aún

estaba esperando que el gobierno argentino le permitiera recoger sus enseres personales. Por lo visto, alegaban que su piso había sido asaltado y que se habían llevado todas sus cosas. Posiblemente, habrían sido los militares del general Segura, después de que nos escapáramos de la central, buscándonos. Tal vez esperaban encontrar alguna pista de nuestra localización entre sus pertenencias. También podría haber ocurrido que simplemente asaltaran la vivienda y, al no hallarnos en ella, dejaran la puerta abierta al irse, resultando un objetivo fácil para los delincuentes comunes.

La vinculación había impedido que se marchara, a la vez que nos permitía vivir juntos y tener una serie de derechos en común tanto laborales como sociales. Uno de los más significativos para todos los utopianos era el de cumplir el primer requisito para formar una familia. Solo dos personas vinculadas, señalar que no hacía falta que fueran de diferente sexo ni que existiera una relación sentimental, podían solicitar tener hijos. La mayoría de las mujeres de la ciudad se hallaban en estado de infertilidad por voluntad propia. Ello se debía a diversos motivos. En primer lugar, una vez sometidas a la modificación genética de esterilización, ya no sufrían la menstruación. Aparte de eliminar ese incordio, suponía un gran ahorro a la sociedad en productos de higiene femenina. Por último, se trataba de un sistema anticonceptivo 100% eficaz.

Cuando una pareja quería tener hijos, y una vez aprobada la solicitud, el procedimiento de reversión de la infertilidad se llevaba a cabo fácilmente, siempre que se tuviera acceso a una clínica agapiana. La futura madre solo tenía que pasar un tiempo tumbada en una cápsula médica y volvía a ser fértil. En la Tierra, muchos criticaban el proceder de los agapianos, acusándolos de políticas eugenésicas. Nada más lejos, no existía ninguna restricción por motivos de raza, nacionalidad, religión, inteligencia o clase social. Tanto en Utopía, como en Ágape, no existían diferencias de clase, todos eran iguales. Y a diferencia de en la obra de Orwell aquí no se podía decir, pero unos más iguales que otros.

Evidentemente, tampoco rechazaban que una pareja formara una familia por minusvalías o enfermedades genéticas, debido a que estas solían tener cura para los agapianos. Los únicos motivos de rechazo se debían al control de población o la idoneidad como padres. En el primero de los casos, a veces, la solución llegaba esperando algunos meses o años. En otras situaciones, en cambio, se veían obligados a cambiar de residencia o incluso de planeta. Por supuesto, el Departamento Social se encargaba de su reubicación, dándoles

una vivienda acorde con su nueva situación y asignándoles unos puestos de trabajo que les permitieran conciliar la vida familiar.

Los agapianos seguían un sistema de sociedad planificada muy preciso. Sus modelos informáticos, según las características de la ciudad, así como su localización en el universo y su función dentro del conjunto agapiano, establecían la población que debía haber por edades y el reparto de ocupaciones. Resultaba necesario para ello unos superordenadores capaces de operar con procesos muy complejos. El diseño de estos modelos, los cuales durante siglos habían mostrado su eficacia y eficiencia, estaba fuera del entendimiento humano, siendo una de las herencias recibidas de los mentores. Como resultado, se obtenía que en aquellos lugares con escasez de población se concedían las autorizaciones con facilidad, siendo más complicado donde hubiera exceso de vacantes. Aunque no había muchas diferencias entre una ciudad y otra, al gozar todas de similares servicios y contar con una misma cultura, al final surgían destinos y empleos más atractivos que otros. Por ejemplo, el sector agrícola estaba muy demandado, ya que a los agapianos les encantaba trabajar en el campo. Al aire puro había que añadirle la tranquilidad del lugar, así como estar en comunión con la naturaleza. Asimismo, podían tener contacto con toda clase de animales. Tengo que señalar que en las ciudades difícilmente se autorizaba a poseer un simple perro, puesto que no era un hábitat adecuado y molestaba a los vecinos. Así que solo se permitían en explotaciones agropecuarias o por alguna razón justificada.

Existían grandes diferencias en las búsquedas de empleo con respecto a los terrícolas. En la Tierra se valoraban muy poco algunas ocupaciones que en Ágape eran muy demandadas. Hay que tener en cuenta que en la Tierra, por ejemplo en el sector agropecuario, realizaban tareas muy duras y estaban bastante mal pagadas. La agricultura agapiana, al igual que otros sectores, contaba con automatización muy avanzada, realizando la mayoría de las tareas los robots. El personal se encargaba de supervisar y gestionar las explotaciones. De tal modo que para un agapiano resultaba mucho más placentero controlar una moderna máquina en mitad del campo que hacerlo en un centro industrial o en una explotación minera.

Con respecto a la capacidad como padres de las personas vinculadas, se examinaban diversos criterios. Uno de ellos era la viabilidad de la pareja en el tiempo. Si se estimaba que la vinculación no perduraría a largo plazo, no se le otorgaba la autorización. Igualmente, se estudiaban a ambos tutores por separado. Aquí se tenían en cuenta cómo iban a ser tratados y educados los niños. De suspender estas evaluaciones, siempre podían acogerse a programas

específicos para solucionar las deficiencias. En definitiva, a pesar de todas las trabas, el 98% de las solicitudes acababan siendo aceptadas. El 2% que no lo obtenía se debía a que la pareja terminaba por desistir. Bien por un cambio de opinión, por no querer mudarse o por estimar que realizar el programa de idoneidad era demasiado engorroso.

Sinceramente, pienso que el sistema podía considerarse bastante acertado. En la Tierra, no deberían dejar que algunas personas tuvieran hijos. Así no habría casos de maltratos, abusos sexuales, malnutrición o abandonos; después, ellos solían acabar haciendo lo mismo a sus propios hijos. Por no hablar que «de tal palo tal astilla». Con un ejemplo a seguir inadecuado se creaba un nuevo individuo dañino para la sociedad. Ser padre podía ser la mayor responsabilidad que una persona iba tener a lo largo de su vida y en este planeta cualquier inconsciente podía serlo. Para conducir un coche se requería el preceptivo carnet de conducir, demostrando que se estaba capacitado, pero para tener hijos solo había que… bueno, ya sabéis como se hacen los niños.

Creo que me he desviado del tema. El caso era que al estar vinculados, podíamos solicitar autorización para tener hijos. Aunque nosotros, de momento, no estábamos pensando en tener descendencia. Era más, si no llega a ser por el traslado de Laura a Argentina, no hubiésemos dado ese paso. Igualmente, ella no parecía muy partidaria de tener hijos. Cuando trabajaba en la clínica agapiana de Sevilla, se sometió a un tratamiento de esterilización. Haciendo uso así del derecho de todos los trabajadores al disfrute de los servicios médicos que se dispensaban de manera gratuita para el personal. Antes de abandonar la clínica, e ir con el Sr. Green a la central energética, no revertió su estado, pese a que en el futuro difícilmente podría hacerlo. El acceso a las clínicas agapianas fuera de Utopía estaba reservado para su personal, enfermos incurables en la sanidad terrícola o personas con una cuenta bancaria con muchos ceros.

—Voy a desayunar —anunció Laura, levantándose de la cama.

Aunque los dos entrábamos en nuestros respectivos trabajos a la misma hora, yo tenía un horario más flexible. Si quería, podía llegar más tarde, si bien tendría que recuperar ese tiempo saliendo después. Ella, en cambio, en la clínica médica a la que había sido asignada, tenía que ser puntual.

—No te vayas —rogué agarrándola de la mano en el último instante—. Quédate conmigo un rato más.

—No puedo —respondió librándose de mí de un pequeño tirón.

En los últimos días, había notado que estaba un poco esquiva con mis atenciones. Supuse que se debía a que estaba preocupada por el estado de su sobrino pequeño. Tiempo atrás, su hermana, la cual yo aún no conocía, le había comunicado que Carlitos se encontraba muy enfermo. La nefasta sanidad pública y que no tuvieran recursos para comprar los medicamentos requeridos estaban empeorando su estado. Laura me contó que cuando ella trabajaba en Argentina, parte de su sueldo lo enviaba a su familia para que pudieran proporcionarle el tratamiento adecuado. Sin embargo, desde que estaba en Utopía había perdido su única fuente de ingresos. Por trabajar en una clínica de Utopía, al igual que todos los utopianos, no recibía ninguna retribución económica. Al fin y al cabo, el dinero no se usaba en la ciudad y no tenía ningún valor. La filosofía agapiana establecía que toda persona estaba obligada a aportar algo a la idílica sociedad en que vivía, normalmente su trabajo. Como recompensa podía hacer uso de todos sus servicios sin pagar ninguna otra contraprestación, aunque cumpliendo algunas normas de buen funcionamiento. Parecía que el deficiente tratamiento recibido por el pequeño estaba causando estragos en su salud. Le habían diagnosticado un extraño tipo de leucemia, el cual ya era difícil de combatir con la sanidad terrícola.

Laura había solicitado que su sobrino fuera atendido en la clínica agapiana de Sevilla, donde ella trabajara anteriormente, pero había una larga lista de espera que apenas si avanzaba. Según lo acordado con el gobierno español, cuando se autorizó la apertura de la clínica, habría un cupo de servicios gratuitos, para lo cual había que seguir el orden fijado por el Ministerio de Sanidad. Sospechosamente, en esa lista siempre estaban primero los familiares y amigos del partido gobernante.

Por otro lado, Laura había intentado que fuera admitido en Utopía y que quedara bajo su custodia. No obstante, cada día miles de personas querían entrar en la ciudad buscando una vida mejor; por ello, las políticas migratorias eran muy severas, siendo rechazada su petición. Ella había tenido que pasar años trabajando para los agapianos para ganarse el derecho a poner un pie en la ciudad. Y aun así, solo debido a los extraordinarios sucesos de Buenos Aires logró finalmente su sueño. En verdad, fui yo el responsable de que acabara en Utopía. De no haber estado conmigo cuando me rescataron, probablemente no la hubiesen admitido. Ahora, por otro lado, una vez dentro, gozaba de los mismos derechos que cualquier otro utopiano.

—Llama y di que estás enferma, que no puedes ir a trabajar —sugerí con picardía.

—Sabes que mandarían un robot médico y entonces verían que no tengo nada —respondió mientras se vestía.

En casos de enfermedad y si no podías ir a la clínica más cercana, te enviaban un robot a tu domicilio para que valorara tu estado. Los robots médicos automatizados (ROMEA) eran prácticamente como los domésticos que había en cada casa. Con la diferencia de que iban equipados con diverso material médico. Aparte, eran controlados por un sanitario desde la clínica más cercana. Asimismo iban repletos con todo tipo de medicamentos y portaban una carga de tecnonanocuerpos ya preprogramados del sujeto al que iban a visitar. Estos robots, una vez diagnosticada la dolencia, podían ser capaces de modificar ligeramente la programación de los tecnonanocuerpos según las necesidades.

Resultaba curioso que algo tan insignificante para los utopianos, como la visita de un robot cargado con tecnonanocuerpos, hubiese curado al sobrino de Laura fácilmente. Al final, todo dependía del lugar en el que nacieras. Yo tuve la suerte, o mejor dicho gracias a mi madre, salí de su vientre en Utopía y por ello tengo que considerarme afortunado.

Laura terminó de vestirse ante mi atenta mirada. Sin mirar atrás, ni decir nada, marchó por el pasillo camino de la cocina. Me encontraba bastante a gusto entre las sábanas, así que decidí que en ese día entraría un poco más tarde al trabajo. La imagen de Laura alejándose de mí por el pasillo sería la última que tendría de ella en mucho tiempo.

El icono de un reloj, con sus manecillas dando vueltas de forma frenética, parpadeó en la pantalla del ordenador. A pesar de contar con los ordenadores más potentes del universo, las complejidades de las operaciones requeridas me obligaban a esperar hasta que se completaran. La mañana en mi trabajo del Departamento de Energía estaba siendo muy tranquila y monótona, al igual que todos los días.

En ocasiones, había sido enviado a alguna de las centrales energéticas agapianas repartidas por el mundo, pero mis salidas de la ciudad se habían reducido desde el incidente de Buenos Aires. Desde luego, ninguna de mis visitas fue a Argentina, aunque sí tenía constancia de que diversos compañeros habían sido enviados para trabajar en la reconstrucción de la central. No pensaba que los motivos de mi exclusión fueran debidos a una pérdida de confianza, sino que respondía más bien a una cuestión de seguridad. Si bien la relación con el gobierno argentino se estaba

normalizando, y la presidenta Torres hacía tiempo que no representaba una amenaza. El Club de Cratos podía tomar represalias contra mi persona si llegaban a sospechar que fui yo quien desbarató sus planes. Por otro lado, Daniel me había informado que estaban haciendo un seguimiento muy exhaustivo de todos sus miembros conocidos, sin que detectaran ninguna actividad sospechosa. Aparentemente, desde Copenhague no habían vuelto a reunirse. No obstante, el general Segura estaba en paradero desconocido.

No era nada fácil burlar el sistema de vigilancia por satélite agapiano. El cual registraba, grabada y analizaba cada centímetro cuadrado de la Tierra. De saberse por los terrícolas que eran vigilados las veinticuatro horas del día seguro que montarían en cólera, a pesar de que muchas veces se utilizaba en su beneficio. Multitud de crímenes, desapariciones y delitos habían sido descubiertos gracias a una oportuna información anónima. Aunque todo lo que pasaba en el planeta quedaba grabado en un servidor que orbitaba alrededor de la Tierra, los agapianos, o más concretamente una sección del SIU llamado «Vigilo y Ayudo», no tenían capacidad suficiente para intervenir en cada incidente. Así que solamente aquellos que tenían más relevancia, o publicidad en los medios, eran analizados *a posteriori*, actuando en consecuencia de modo discreto. Muchos gobiernos sabían de la existencia de la red de satélites extraterrestres. Pero, o bien pensaba que se limitaban a tareas de comunicación, o bien callaban, ya que los agapianos solían prestarles algún servicio, tras el oportuno pago, por supuesto. El valor de la información podía ser mayor que el cualquier otro recurso.

Así pues, el general Segura había sido capaz de mantenerse fuera de la vista de los satélites agapianos. Para evitar el reconocimiento facial, tenía que permanecer siempre dentro de los edificios o taparse el rostro en el exterior. Probamente habría estado escondido en un agujero muy profundo. Otro que había desaparecido sospechosamente era el señor Alexander Green. Tras su liberación, viajó a las Vegas; pero se le perdió su pista en la red de metro de la ciudad. Nunca llegó a pisar su rancho de Nevada. Julia Solano, la directora del SIU, estaba convencida de que estaba involucrado en la ocupación e intento de robo de las especificaciones de la central energética. A mí me costaba creerlo, siempre me había caído bien el yanqui; tal vez porque salió en mi defensa cuando Maceda me disparó. De todos modos, todavía tenía que aprender que no me podía fiar de ningún terrícola.

Estaba revisando unos protocolos de seguridad para la central de Japón cuando el terminal de mi bolsillo emitió un sonido, me estaba avisando que tenía un mensaje. Inmediatamente, en la pantalla del ordenador de mi puesto

de trabajo, apareció una ventanita comunicándome lo mismo. Antes de que se cerrara la notificación, presioné la pantalla justo en ella y la aplicación de mensajería se abrió, mostrándome el mensaje que acababa de recibir:

«El Departamento de Sanidad le informa que Marcus Expósito, con número de identificación 00000001UT ha sido dado de alta como usuario del sistema médico con un nivel de seguridad cuatro».

Aquello era muy extraño, debía de tratarse de un error, no había solicitado nada. Por otro lado, yo tenía un nivel de seguridad uno en el sistema médico, permitiéndome únicamente consultar mis datos personales. Al parecer, ahora tenía acceso al historial de todos los ciudadanos de Utopía. En el Departamento de Energía, gozaba de un nivel cinco; pero este únicamente tenía validez dentro su entorno, así que aquello no tenía sentido. Por otra parte, en el SIU disponía de un nivel tres. Lo que me permitía, siempre que estuviera justificado y siguiendo un estricto procedimiento, inspeccionar los datos de cualquier ciudadano. Veía difícil que hubiese otra persona en Utopía con mi mismo nombre y aún menos con mi mismo número de identificación. Al ser el primer utopiano de la historia, me asignaron el privilegio de ser el individuo número uno.

Veía improbable que me hubiesen dado por error de alta; mas cuando para asignar el nivel cuatro había que seguir un estricto protocolo de seguridad. El sujeto debía de ser examinado minuciosamente, superando tanto exámenes psicológicos como de confianza. No obstante, al tener ya el nivel cinco en Energía no tenía que volver a pasar por estas pruebas.

Estaba meditando cómo ponerme en contacto con el Departamento de Sanidad para que me explicaran aquello cuando mi teléfono volvió a sonar. En la pantalla del ordenador pude ver que se trataba de Laura. Era una llamada de solo voz, por lo que saqué el móvil del bolsillo. Podía hablar a través del ordenador haciendo uso de su micrófono y altavoces, si bien hay conversaciones entre una pareja que mejor llevarlas a cabo en la intimidad. Los compañeros de planta no tenían porque oír lo que hablamos, por desgracia algunos no eran tan considerados cuando eran ellos los que parloteaban, teniendo que oír cada día sus banales conversaciones.

—Dime, cariño —dije tras descolgar.

—¿Estás en privado? —me preguntó directamente sin utilizar ningún tipo de apelativo afectuoso.

—Así es —respondí, animándome—. Ahora mismo no tengo a nadie cerca, algunos han salido a desayunar y otros están reunidos.

—Supongo que habrás recibido un mensaje del Departamento de Sanidad, ¿verdad?

Su frase cortó mi libido de golpe. ¿Cómo sabía ella eso? Era verdad que Laura trabajaba en una clínica médica, aunque eso no le daba acceso a las comunicaciones personales. El mensaje provenía de los servicios centrales y no de una clínica, así que aquello me extrañó mucho.

—Sí —reconocí sorprendido.

—Escúchame muy atentamente. He encontrado la manera de curar a Carlitos, mi hermana me ha llamado y se encuentra fatal, no cree que viva muchos días más.

A pesar de que no lo conocía, Laura me había hablado tanto de él que sentía profundamente su estado. Al fin y al cabo, al estar vinculado con ella, según las normas terrícolas, Carlitos también era mi sobrino. Nunca había tenido familia y ahora que sí, iba a lamentar profundamente su muerte.

—No me preguntes cómo, pero he conseguido darte de alta —anunció Laura—. Tienes el mismo nivel que un doctor de clínica.

—¿¡Qué has hecho qué!?

—Mira ya sabes que hace tiempo que dispongo de una prueba de ADN de mi sobrino para que cuando me autorizaran pudieran tratarlo. Aun así, siempre me la han negado. Alegan que no es utopiano y que debe seguir el procedimiento ordinario. Pues ahora puedo crearla sin su ayuda. Tengo a mi disposición todo lo necesario, puesto que trabajo en una clínica. He introducido en el ordenador el ADN y el cilindro se encuentra en el dispensador. El programa de actuación de los tecnonanocuerpos está listo, únicamente necesito la validación de un doctor y ahora tú eres uno. Dime tu clave de acceso y podré salvar a Carlitos.

Resultaba evidente que aquello no era muy legal. Se las había ingeniado para darme de alta en el sistema e iba a confeccionar una dosis de tecnonanocuerpos para un individuo del exterior, no autorizado.

—Nos meteremos en un problema —advertí—. Tal vez pueda hablarlo con Daniel, él dispone de muchos recursos, él nos ayudará.

—No hay tiempo —repuso—. Y si lo haces, nos descubrirán. A él no le importa Carlitos, solo se preocupará en cumplir las normas, por muy injustas que sean.

Daniel era mi mejor amigo, y casi como mi hermano, con todo, la relación entre ellos dos solía ser bastante fría. Ella siempre se había mostrado distante e incómoda en su presencia. No le caía bien y en cuanto podía, lo evitaba. Yo deseaba que se llevaran mejor, no obstante resultaba difícil; tanto que incluso

se había producido un distanciamiento entre mi buen amigo y yo. En la Tierra se solía decir que cuando la novia se interpone, los amigos no existen. Eso era lo que me estaba pasando. Afortunadamente, en las dos veces por semana que tenía que acudir al SIU pasaba muy buenos ratos con Daniel. Yo achacaba la actitud de Laura a que él intentara ligar con ella tras rescatarnos de Argentina. Si bien, no consideraba que esto fuera para tanto, al fin y al cabo no podía culparlo de que se sintiera atraído por tal belleza, algo que le pasaba con mucha frecuencia.

—Marcus, por favor, esta es la única forma. Quería darme yo de alta y no meterte en problemas pero me ha sido imposible. Contigo, en cambio, al tener ya un nivel cinco, es más fácil. Vamos, cariño.

¿Cómo podía resistirme a tan tiernas palabras? Sabía que iba a meterme en un lío. Posiblemente perdería mi trabajo en el SIU y sería degradado en el Departamento de Energía, por otro lado me daba todo igual. Pagaría por ello, cualquier cosa por hacer feliz a Laura y salvar a Carlitos.

—MaR001TERRi —enumeré dándole mi clave personal.

—Gracias por todo —respondió—. En cuanto tenga la cura salgo para Sevilla. No sé cuándo nos volveremos a ver, ya te llamaré.

Con esa frase cortó la llamada. No me dio tiempo preguntarle cómo iba a salir de la ciudad con el cilindro de tecnonanocuerpos. Aunque los controles de seguridad eran muy elevados para entrar en Utopía, existían también protocolos para evitar el robo de información y que la tecnología agapiana saliera. Crucé los dedos para que no fuera descubierta, de lo contrario nuestra acción sería en vano.

# 12
# Utopía
# 27 de julio de 2079

Había sido un día muy largo, tras la llamada de Laura mis pensamientos iban una y otra vez a nuestra última conversación. Desde aquel momento había estado muy intranquilo, no solo estaba preocupado por el estado de Carlitos, sino también ahora por el de su tía. No tenía noticias de ella, por lo que no sabía si había llegado a su destino o incluso si había podido salir de la ciudad. En varias ocasiones, la llamé a su terminal, mas este siempre daba apagado.

En mi estado, no creía que fuera capaz de quedarme dormido. Así que, a pesar que eran altas horas de la noche, permanecí en el salón. Intentaba evitar el dormitorio, el cual me traía muchos recuerdos. Tampoco me apetecía meterme en la jaula y jugar un rato. Por otro lado, ponerme el casco de realidad virtual y ver algún nuevo estreno de Hollywood me daba pereza. Por ello, me tumbé en el sofá y le di a reproducir una película clásica en 2D. Concretamente, *El Señor de los Anillos* de Ralph Bakshi. Se trataba de un film de 1978 rodado con rotoscopio, todo muy *vintage*, al fin y al cabo tenía más de cien años.

Muchos amigos me consideraban un friki, yo sencillamente pensaba que tenía un toque retro. Nací como utopiano, pero no por ello renegaba de mis orígenes. Tanto que me encantaba todo aquello que en su día fascinara a mis abuelos, quienes quieran que fuesen. El caso era que en los servidores de la ciudad se atesoraban muchas películas antiguas. También contaba con producciones cinematográficas de reciente creación de Ágape y de la Tierra. Para el visionado de las terrícolas era necesario que los agapianos compraran los derechos para ofrecérselos a sus ciudadanos. En otras muchas ocasiones, en vez de pagar, llegaban a diferentes acuerdos con las productoras. Algunos directores estaban dispuestos a pagar cifras desorbitadas por rodar fuera de la Tierra, y la única forma de hacerlo era a través de los agapianos. La calidad

cinematográfica de las producciones extraterrestres destacaba por su gran nivel técnico, no obstante su nivel narrativo dejaba mucho que desear. En un mundo feliz, sin conflictos ni luchas, todo acababa siendo muy aburrido para un espectador que llevaba una vida rutinaria y tranquila. De tal modo que el cine terrícola era muy demandado. En él se podían visionar situaciones y personajes inimaginables para un agapiano. Sobre todo tenían gran aceptación algunas producciones antiguas que se ambientaban en el espacio. Resultaba muy romántica la visión que daban los terrícolas del universo en sus películas y series. La mayoría de las teorías planteadas en la pantalla eran totalmente erróneas; pero, tal vez por su descabellado razonamiento, acababan siendo una obra atractiva y original. En Ágape se habían vuelto muy populares, teniendo millones de seguidores, series como *Star Trek*, *Stargate* o *Battlestar Galactica*.

A mí, en cambio, me gustaba más el cine fantástico, así que estaba viendo como Frodo huía de Boromir cuando el móvil sonó. En un principio, pensé que se trataba de Laura. Sin embargo, me equivoqué, se trataba de un mensaje de Dani:

«¿Qué has hecho, tío?».

No tuve tiempo de responder, la puerta de la entrada al piso se abrió de golpe y media docena de individuos armados entraron en tropel. Inmediatamente me encañonaron con sus armas.

Por sus uniformes pude comprobar que se trataba de tropas del FUTAG. No alcancé a ver sus rostros, ya que se encontraban tras la visera oscura de los cascos, si bien estaba seguro de que no serían muy amigables. Al igual que tampoco lo era la persona que entró a continuación en la habitación.

—Quedas detenido por alta traición —anunció Maceda con desdén.

Antes de que pudiera replicar, dos soldados se abalanzaron sobre mí. Con presteza, me esposaron y me colocaron una mordaza electrónica en el cuello, con ella neutralizaban mis cuerdas vocales impidiendo que articulara palabra alguna. Como si de un sueño se tratara, o más bien de una pesadilla, fui conducido al exterior. En la calle, una nave *Rapaz* nos esperaba. Tal vez, incluso, fuera la misma que me rescatara en Argentina.

Fue un vuelo rápido, apenas de unos minutos, cuando a través de las ventanillas de la aeronave todo se volvió oscuro. Pude ver como aterrizábamos dentro de un edificio. Supuse que sería el cuartel general del Cuerpo de Seguridad Utopiano, conocido por todos como El Castillo. A diferencia de la sede del SIU, que vista desde el exterior tenía unas formas suaves y delicadas, éste era robusto y simple, primando más la solidez y las

defensas que la belleza. Desde luego no se trataba de un lugar al que uno fuera a hacer una visita turística.

Sin ningún tipo de explicación, fui conducido por largos pasillos hasta una sólida puerta metálica. Seguidamente, tras quitarme las esposas y la mordaza electrónica, me invitaron amablemente, o no tan amablemente, a que entrara. Un golpe sordo retumbó a mi espalda al cerrarse la puerta. Me hallé en una enorme celda totalmente solo, tal vez para que reflexionara sobre mis actos.

Las horas pasaron lentamente sin que nadie apareciera. La habitación en sí no estaba mal. Era amplia y agradable, hasta contaba con una jaula de juegos, aunque con acceso limitado a la red. Tampoco podía quejarme de las vistas. Frente a mí tenía un gran ventanal en el que podía ver una imagen de la selva amazónica. O de lo que quedaba de ella, cada año el mayor bosque tropical de la Tierra veía reducida su extensión en miles de kilómetros cuadrados. Tanto que el llamado pulmón del planeta se encontraba en serio peligro; provocando, entre otras causas, que el planeta se estuviera muriendo lentamente. En verdad, la afirmación de pulmón del planeta no se podía considerar como cierta, dado que ese honor le correspondía a los océanos y mares. Era en ellos donde el fitoplancton producía la mayoría del oxígeno que se liberaba a la atmósfera. No obstante, la destrucción de la selva amazónica conllevaba otros devastadores efectos en el medio ambiente, como por ejemplo la extrema sequía que estaba sufriendo la región o que una menor cantidad de nutrientes llegaran a los océanos, afectando al fitoplancton y ocasionando al final que el verdadero pulmón del planeta se viera afectado. El caso, que una cosa llevaba a la otra y la Tierra estaba bien jodida.

A través del ventanal podía ver incluso a algunos monos en los árboles. No me habían trasladado a miles de kilómetros de Utopía, sino que se trataba de una pantalla emitiendo imágenes a tiempo real. Al igual que en Megaocio, el uso de pantallas para hacer creer al espectador que se encontraba en otro lugar era algo muy frecuente. Incluso en las naves espaciales se solía hacer uso de este tipo de ambientación. Pasar los días en una habitación encerrado, entre cuatro paredes sin vistas, podía volver chiflado a cualquiera. Por ello, se creaban estas ventanas al mundo. Una persona que lo desconociera, llegaba a pensar que al otro lado del cristal, realmente, se encontraba lo que estaba viendo. Puesto que gozaba de una visión grata decidí dejarla como estaba, aunque podía haber elegido entre otros muchos paisajes. Por suerte, el sonido sí se podía desconectar, no iba a pegar ojo rodeado de cientos de animales.

Si no fuera porque no se me permitía salir de allí, me hubiese encontrado como en casa. Hasta podía solicitar comida y me llegaría flotando en una

bandeja. Desde luego, mucho mejor que donde viviría tiempo después.

Debía ser media tarde cuando, al fin, la puerta de mi celda se volvió a abrir. Maceda entró con su siempre característico aire militar. Se puso en el centro de la habitación con las piernas ligeramente abiertas y con los brazos tras la espalda. Me dirigió una mirada feroz que hizo que me apresurara a incorporarme del camastro donde me había tumbado un rato.

—¿Qué es lo que te han ofrecido? —preguntó, dejándome desconcertado.

—No sé a qué te refieres —balbuceé.

Me contempló con rostro grave. Por un momento, temí que se abalanzara sobre mí y quisiera que le respondiera a algo que no sabía, dándome mamporrazos. Más tarde, recordaría que esas prácticas no estaban permitidas en Utopía, siendo grabado todo lo que ocurriera en esa habitación. Sin embargo, como mi mente no estaba muy lúcida en aquel instante, involuntariamente di un paso atrás.

A Maceda, ante mi atemorizada reacción, se le dibujó una sonrisa en los labios, algo que me asustó aún más. Afortunadamente, se limitó a llevarse la mano al bolsillo y sacó una arrugada hoja de papel. El uso de este material no era muy frecuente en Utopía, ya que la mayoría de sus aplicaciones había sido sustituida por medios electrónicos. Incluido, el papel higiénico, pero ese es otro tema que ya os explicaré detenidamente algún día. Si bien, lo mismo iba a echarlo en falta si seguía intimidándome de aquella manera.

—¡¿Quieres el camino difícil?! Está bien —exclamó posando su mirada en el papel—. Los cargos son graves. En primer lugar, tenemos el de robo de una dosis de tecnonanocuerpos, con uso indebido de instalaciones, acceso no autorizado al servidor y cesión de una clave personal de nivel cinco a una persona externa de nivel dos.

Era evidente que nos habían descubierto. Con todo, resultaba extraño que fuera Maceda quien se encargara de la investigación. Lo que habíamos hecho, tampoco se podía considerar tan grave, únicamente estábamos salvándole la vida a un niño inocente. Cuando le di mi clave a Laura, pensé que las consecuencias serían solo administrativas. Ahora, en cambio, parecía que me hallaba en el preludio de una condena a muerte.

—No había otra forma de hacerlo, Carlitos iba a morir si no actuábamos —alegué.

—¿Quién es Carlitos? —demandó Maceda.

Me pareció extraño que hubieran descubierto nuestra actividad pero que desconociera el motivo que nos llevó a hacerlo. Por tanto, le hablé del sobrino de Laura, de su enfermedad y de nuestros intentos por que fuera atendido en

una clínica agapiana. El militar permaneció en todo momento en silencio, no obstante vi como tomaba notas en su maltrecho folio.

—¿Y qué tienes que alegar del otro robo? —preguntó cuando terminé mi defensa.

Aquello me dejó confundido, ignoraba que Laura se hubiese llevado nada más. Nuestro interés se centraba en el bienestar del pequeño. Con total sinceridad respondí.

—Nada, lo único que hemos sustraído ha sido un vial de tecnonanocuerpos.

—Ayer detectamos un uso indebido del servidor, alguien copió a un dispositivo portátil las especificaciones de una central energética FIFU, curiosamente la misma información que quisieron sustraer en Argentina.

—Yo no he sido —me apresuré a decir—. Y Laura no tiene acceso a esos datos.

—Mira tú por donde, el acceso se realizó con tu usuario.

Ahora comprendía la presencia de Maceda en aquella habitación. El simple hurto de un tratamiento contra la leucemia para un niño no era de su competencia. Sin embargo, el robo de tecnología clasificada, que suponía una amenaza para la superioridad agapiana en el planeta, se consideraba algo de máxima prioridad.

—Yo no he sido —volví a repetir.

—Directamente no, sabemos que estabas trabajando cuando se produjo el acceso. Pero se hizo con tu clave y desde tu piso.

Mi situación había pasado de estar mal a tenerlo mucho peor. Iba a ser imposible salir de aquel atolladero.

Pasaron los días lentamente, en los cuales la única visita que tuve fue la de Maceda en varias ocasiones. Una y otra vez me hacía las mismas preguntas, incorporando algunas más según avanzaba su investigación. Sobre todo estaba interesado en localizar a Laura. Yo intentaba responder a todo cuanto podía, mas sobre ella, solamente sabía que se había marchado a Sevilla para reunirse con su sobrino. Desconocía la dirección de su familia, así como el hospital donde estaba siendo atendido Carlitos.

Al tercer día de mi arresto, el militar dejó de hacerme preguntas. Me comunicó que la investigación había concluido y que iba a ser juzgado por alta traición. Asimismo, podía solicitar el apoyo de un asesor legal o de quien estimara conveniente. Entre los agapianos no existía la figura del abogado. A

diferencia de lo que pasaba en la Tierra, no podía contar con un picapleitos que intentara librarme de mis pecados basándose en tecnicismos. En un juicio, el único modo de salir impune se apoyaba en decir la verdad y que esta no fuera incriminatoria. Y ni se te ocurriera mentir, ya que la pena se vería notablemente incrementada. Por ello, aparte de las pruebas que podían aparecer en el procedimiento, el acusado era sometido durante el desarrollo de la vista a diversos detectores de mentiras. Principalmente, el método más utilizado consistía en una monitorización neuronal. En la pared, visible para todos, había una pantalla donde se mostraba una flecha que oscilaba, según lo que dijera el inculpado, del verde al rojo. La mayor parte del tiempo la aguja permanecía en el centro, no obstante si alcanzaba el color rojo, emitía un sonoro pitido, avisando de que el sujeto no estaba siendo sincero. En los juicios terrícolas, en cambio, el imputado, a diferencia de los testigos, gozaba del derecho a mentir. Así que entre eso y que siempre se intentaba, a través de triquiñuelas, anular las pruebas que lo inculparan, acababa librándose de los cargos, sobre todo si disponía de unos buenos recursos económicos.

El caso era que en la justicia agapiana, el acusado tenía que defenderse por sí mismo de forma limpia. Lo que no impedía que pudiera asesorase por otras personas; puesto que con frecuencia, encerrado, tenía complicado preparar una buena defensa.

No dudé ni un momento a quién pedir ayuda, a pesar de que podía haber recurrido a un profesional independiente. En cuanto me dieron acceso a la red, me puse en contacto con Daniel. Mi viejo compañero de pupitre, y andanzas, no tardó mucho en aparecer.

—En buena te has metido —dijo nada más entrar por la puerta.

Tanto su tono de voz como su expresión eran graves, en circunstancias normales hubiese entrado riendo y a los cinco minutos estaría fuera. Desde luego, todo apuntaba que en esta ocasión no podría hacer valer su posición en el SIU.

—Gracias por venir —respondí— y gracias por ser mi asesor.

—No iba a dejarte en la estacada, de todas formas ningún asesor independiente, por mucha experiencia que tuviera, podría hacerlo mejor que yo.

En eso estábamos de acuerdo, más teniendo en cuenta que siendo agente del SIU podría tener acceso a información privilegiada. Aunque me cuidé mucho de comentarlo en alto, ya que todo quedaba grabado. Por otra parte, esto me llevó a recordar que segundos antes de que fuera arrestado, recibí un mensaje suyo en el que daba a entender que sabía algo.

—¿Cómo supiste que había hecho algo indebido? —pregunté.

—Nos llegó un aviso a la red interna del trabajo de que Seguridad había detectado una fuga de información reservada, así como que iban a detener a un tal Marcus Expósito.

—¿Y Maceda qué tiene que ver en todo esto?

—Como sabes, el FUTAG es un cuerpo de elite utopiano-agapiano, por ello están directamente bajo el mando militar de la nave estelar en órbita. La coronel Cruzec ha ascendido a comandante a Maceda y le ha dado el mando de esta unidad, encargándole que vele especialmente por la tecnología FIFU, pues no quiere que se repita lo de Argentina.

—Mal asunto, con su diplomacia, pronto entraremos en guerra con alguien —apunté—. ¿Y Gerlin está conforme?

—No, pero la seguridad tecnológica es competencia de los militares. Evidentemente, para cualquier intervención en la Tierra precisarán del visto bueno del delegado especial. Si bien, pueden actuar libremente en Utopía en algunos casos, como en el tuyo.

Algo de lo que los agapianos no habían logrado librarse, por muy desarrollados que se encontraran, era de la burocracia. Tanto en Ágape como en Utopía contaban con multitud de normas y procedimientos. No obstante, en Utopía funcionaba mucho mejor que en la Tierra, donde localizar, simplemente, la ventanilla adecuada podía ser toda una odisea. Entre las diferentes administraciones, agencias, instituciones, empresas públicas o departamentos que existían, los ciudadanos no sabían a dónde acudir. Y luego, para que el funcionario de turno hubiese salido a tomar un café o estuviera de baja. Entonces te podías hacer viejo esperando. Evidentemente, los agapianos, al tener una única administración, totalmente interconectada, su burocracia era mucho más ágil.

—¿Eso significa que estoy en manos de los militares?

—No, será un tribunal mixto —me informó Dani—. Vas a tener el honor de ser el primer utopiano juzgado por alta traición, así que formaran parte del tribunal los más importantes cargos del planeta: Gerlin, como delegado especial en la Tierra; Orla Cruzec, como coronel de la nave estelar, y un miembro del Consejo de la Ciudad.

Desconocía quién representaría a la ciudad, pero me temía que sería su voto el que dictaminaría cómo de severa sería mi sentencia. Estaba convencido de que sería declarado culpable, la única duda era el castigo, dado que incluso podía ser condenado a muerte. Aunque esto se reservaba a casos muy extremos, como la alta traición.

—Bueno, te contaré lo que sé, que es lo mismo que sabe Maceda. Le diste tu clave personal a Laura, esto no se te ocurra negarlo, puesto que está registrado en los servidores de Utopía. Así ella la usó para obtener un vial programado de tecnonanocuerpos en la clínica donde trabajaba. Horas más tarde, alguien usó esa misma clave para acceder desde tu piso al servidor del Departamento de Energía, donde robó las especificaciones de una central energética. Todo apunta a que fue la propia Laura, pero todavía no podemos demostrarlo. Hemos intentando localizar a tu vinculada, si bien le hemos perdido la pista en las ruinas del metro de Sevilla.

—Debe de estar junto a Carlitos, para él estaba destinada la cura —señalé.

—No tenemos nada de información de la familia de Laura y ni mucho menos sus nombres completos o dirección. Hasta borró los datos de programación de los tecnonanocuerpos, así que nada de ADN. Ha limpiado muy bien el rastro de su fechoría.

—Teníamos que obtener la cura, su sobrino iba a morir.

—Eso lo podrás alegar en el juicio, lo difícil de defender será lo otro.

Cuando le di mi clave a Laura, sabía a lo que me enfrentaba por ser cómplice en la sustracción de un vial de tecnonanocuerpos. No obstante, esperaba la clemencia de los jueces ante la enfermedad de un niño. Sin embargo, el robo de información clasificada constituía un tema mucho más delicado.

—¿Por qué pensáis que fue Laura quien accedió al servidor del Departamento de Energía? —pregunté sin llegar a creer que ella estuviera involucrada.

—Porque se hizo desde tu domicilio y en el registro de entrada al edificio figura que ella entró minutos antes.

Todo señalaba que mi media naranja era la responsable, ¿pero por qué iba a hacer eso cuando ya tenía en su poder la cura para Carlitos? Tenía muchas preguntas en la cabeza, pues nada encajaba. Las respuestas tendrían que esperar, la única persona que podía responderlas se encontraba en paradero desconocido.

—¿Y cómo pudo acceder al servidor? —demandé recordando los protocolos de seguridad—. Aparte de mi clave, es necesaria una verificación biométrica. Solo poniendo la palma de la mano en el escáner tendría acceso.

—No sabemos muy bien cómo lo hizo —confesó Daniel—. Aunque nos consta que los terrícolas han creado unos guantes que pueden vulnerar nuestros escáneres, si previamente tienen una prueba de ADN del sujeto. Por

otro lado, ignoramos cómo pudo sacar el vial de la ciudad, tal vez la ayudara alguien.

—¿Quién? Yo no he sido, estaba trabajando. ¿Y de dónde iba a sacar Laura esos guantes?

—Eso da igual, no van a juzgar a Laura sino a ti. Ya se preocupará ella de su defensa cuando la arrestemos. Lo bueno es que no hay ninguna constancia de que tú seas cómplice en el robo de información clasificada, solo en la de los tecnonanocuerpos.

No me gustaba la idea de que Laura cargara con toda la responsabilidad. Tenía que haber una explicación a aquel rompecabezas, puede que la obligaran a hacerlo o simplemente no tenía nada que ver. Lo mismo, tanto el acceso a mi domicilio como al servidor del departamento en aquel día fue una coincidencia.

—¿Qué me recomiendas que diga entonces? —pregunté resignándome a mi suerte.

Durante cerca de una hora, Daniel estuvo dándome instrucciones de cómo debía de proceder en el juicio. No esperaba librarme de una condena, mas esperaba evitar la pena capital. Sin embargo, hay muchas formas de condenar a un hombre a muerte.

# 13
# Murallas de Utopía
# 1 de agosto de 2079

Culpable. Esa fue la sentencia que dictó el notable tribunal que me juzgó. Habían pasado seis días desde aquella última mañana en la que me despertara junto a Laura. Al día siguiente de hablar con Daniel, fui juzgado y veinticuatro horas después me comunicaron el veredicto. La justicia agapiana destacaba por ser rápida e implacable. De nada había servido mi alegato, basado en que la sustracción del vial de tecnonanocuerpos se debía a una buena razón y que no tenía nada que ver con el robo de información clasificada. Tampoco tuvieron en cuenta, pese a que no había duda de ello, que no fui yo quien realizó tales acciones, puesto que me encontraba en mi centro de trabajo cuando se llevaron a cabo.

El tribunal, o más concretamente la coronel Cruzec, me hacía a mí responsable por haber facilitado el acceso restringido a la red a terceras personas. Durante el juicio, todos pudieron oír la conversación telefónica que tuve con Laura, ya que la totalidad de las comunicaciones quedaban registradas en el servidor de la ciudad. En ella, yo le revelaba mi clave personal. Así que como los delitos se habían cometido con mi cuenta, habiendo actuado de manera ilegal, debía de pagar por mis actos. Ni siquiera Gerlin, en quien yo había tenido alguna esperanza de que se mostrara compasivo, se opuso a la dura sentencia.

El tribunal dictaminó prisión perpetua en una cárcel espacial o si no el destierro, siendo yo quien decidiera entre las dos opciones. Tal vez vosotros penséis que la decisión era fácil. Podía elegir el destierro y así librarme de ir a prisión, llevando una vida normal en cualquier lugar del universo. Sin embargo, pasado un tiempo, esta opción suponía una condena a muerte. Los agapianos, al igual que la mayoría de los que habían nacido en Utopía, difícilmente podrían vivir apartados de su tecnología. Y no lo digo porque se les privaría de unos aparatitos que les ayudan a hacer su trabajo o a satisfacer

cualquiera de sus necesidades cotidianas, sino porque al no tener acceso a los tecnonanocuerpos morirían. El sistema inmunológico de los agapianos, y de los utopianos, se había vuelto totalmente dependiente de la tecnología; pudiendo un simple resfriado ser mortal si no contaba con tecnonanocuerpos circulando por sus venas para combatirlo. De tal modo que el destierro a un mundo sin acceso a esta tecnología solía suponer una pena de muerte encubierta. La lista de planetas a los que a un condenado se le permitía ir era corta, siendo la mayoría de destinos pueblos primitivos o mundos donde no existía la vida inteligente. Dime la verdad, ¿cuál es la probabilidad de que tú, mi buen lector, sobrevivieras en una isla desierta? Si a eso le unes que caes enfermo y no dispones de medicamentos, estás jodido.

En mi caso, entre los planetas que me dieron a elegir, sí figuraban algunos en los que podía tener acceso a una sanidad moderna que me permitiría tener una buena esperanza de vida. El problema, no obstante, radicaba en que para ello tenía que contar con unos elevados recursos económicos. Algo difícil en esas duras sociedades extraterrestres, más cuando no se me autorizaba a poner en práctica los conocimientos de tecnología agapiana con los que contaba. Así pues, tendría que ganarme la vida en un trabajo corriente y mal remunerado, que me impediría cubrir mis necesidades médicas.

Cualquiera en mi lugar se decantaría por la opción más sensata y segura, la prisión espacial. A lo largo del resto de mi vida, estaría encerrado en una lata de conservas que flotaría en el espacio. En prisión dispondría de algunas comodidades, como una comida asegurada o un techo sobre mi cabeza. El caso era que, como en el espacio no llovía, tampoco iba a mojarme. Incluso gozaría de jaulas de juegos y todo tipo de actividades de ocio. Y por supuesto, de todos los tecnonanocuerpos que quisiera. Más de uno, seguro, que ahora mismo se apuntaba a eso. No os engañéis, eso no es vivir. Permanecer encerrado las veinticuatro horas entre cuatro paredes no hay cuerpo ni mente que lo soporte. A pesar de la luces agapianas que simulan los beneficios de la luz solar, los sujetos acaban perdiendo la razón. Evidentemente, algunos años podría aguantarlo, pero al final acabaría pidiendo el destierro. Otra opción sería esperar el indulto, si bien este pocas veces se concede una vez que se ha dictado una condena perpetua.

Sin duda, cuando a uno se le acaba el tiempo quiere dejarlo todo bien sujeto. Tanto si decidía la prisión espacial como un lejano planeta, me iría sin tener respuesta a una serie de preguntas, y dejando atrás lo que más amaba. La Tierra no estaba entre los lugares a los que me podía exiliar. Mis conocimientos en tecnología FIFU suponían un peligro para la hegemonía

energética extraterrestre, por ello no había sido incluida. Sin embargo, llegué a la conclusión de que ya no perdía nada al intentar un último favor. Le pedí a Daniel que intercediera ante Gerlin para que se me concediera la oportunidad de quedarme entre los terrícolas. No tenía muchas esperanzas de que mi petición fuera estimada, sobre todo habiendo sido declarado un traidor. Pese a ello, mi buen amigo y hermano del alma, al que probablemente nunca más vería, entró en aquella celda con una sonrisa en los labios y me anunció:

—Puedes quedarte en la Tierra. Aunque si cometes una infracción de incompatibilidad serás inmediatamente eliminado, no habrá avisos ni detenciones.

Una hora después, me encontraba en la salida 1 de Utopía. Nunca había abandonado la ciudad a pie, pues siempre usaba un transporte aéreo. Cargaba sobre mi hombro una pequeña mochila con las escasas posesiones que me habían proporcionado: una muda de ropa, unas gafas de sol, varias raciones de comida para algunos días, una botella de agua y algo de dinero, que pronto averiguaría que sería bien preciado en aquel mundo.

El viento cargado de arena golpeó mi rostro nada más cruzar la gran puerta peatonal. Atrás dejaba no solo una ciudad sino toda una vida. Me enfrentaba a un futuro incierto, el cual se mostraba muy perturbador. Mi probabilidad de sobrevivir en aquel mundo era escasa. Por un lado, tendría que hacer frente a las penalidades que cada día afrontaban los terrícolas sin ninguna ayuda. Por otra parte, como si de una cuenta atrás se tratara, cuando desaparecieran los tecnonanocuerpos que acababan de suministrarme como despedida, mi cuerpo no sería capaz de combatir aquel medio hostil. Disponía aproximadamente de seis meses para hacerme con una nueva dosis.

Existían clínicas agapianas repartidas por todo el mundo. El problema radicaba en que, habiendo perdido cualquier trato de favor y siendo igual que cualquier otro terrícola, tendría que pagar una fortuna para que me atendieran. Y por desgracia, no podría ofrecer mis servicios a ningún gobierno ni gran multinacional, ya que un satélite agapiano acabaría conmigo de forma fulminante.

La arena me entró en los ojos, asimismo la deslumbrante luz me cegó aún más. De la mochila cogí mis nuevas gafas de sol y me las puse, las anteriores se quedaron en Argentina y acabaron volatilizadas. Tampoco estas me durarían mucho, horas más tarde descubriría que me las habían robado durante mi viaje en un arcaico medio de transporte terrícola.

Me giré y descubrí a un cabizbajo Daniel mirando a la lejanía, tras él dos miembros del FUTAG no me quitaban ojo.

—Creo que aquí nos despedimos —exclamé.

—Sí, tío.

Nunca lo había visto tan callado y triste. Ninguno de los dos sabíamos qué decir en un momento así. Me aproximé a él y le di un abrazo, pero como hacen los tíos ¡eh! Así que mantuvimos la distancia entre nuestros cuerpos y nos dimos palmaditas en la espalda.

—Adiós, colega —murmuré.

—No pierdas la esperanza —me respondió.

Estaba todo dicho, por lo que me volví y comencé a andar bajo aquel sol desolador. Poco después, no pude evitar echar una mirada atrás. Daniel ya no estaba, al igual que los dos soldados. Únicamente había una inmensa puerta cerrada. Tras los altos muros, jalonados por multitud de torretas defensivas, podía ver una borrosa ciudad como si fuera algo irreal. El escudo que cubría Utopía hacía que tuviera este efecto, aun así, me pareció realmente hermosa. Tuve que caminar un buen trecho para llegar hasta la valla, pues me encontraba en la zona neutral, al otro lado estaba España. Nada más cruzarla, me hallé ante una imagen dantesca.

A lo largo de varios kilómetros, en un terreno totalmente árido y polvoriento, solo vi miles de destartaladas tiendas de campañas. Allí vivían millones de hombres, mujeres y niños que aspiraban a entrar en la ciudad. Pobres infelices, no tenían ninguna posibilidad. La política migratoria agapiana era muy inflexible y tenían unos protocolos estrictos para incorporar a nuevos ciudadanos. Cualquier sujeto en la otra punta del mundo, delante de un ordenador, tenía una mayor probabilidad de ser admitido que uno de aquellos desgraciados.

Todas las contrataciones que realizaban los agapianos se iniciaban telemáticamente a través de su portal de Internet. Una vez que se consideraba que el candidato estaba capacitado, se procedía a realizar un minucioso examen de su personalidad y su capacidad de adaptación a una sociedad tan diferente. Evidentemente, el grado de afinidad con la cultura agapiana tenía una gran importancia. A veces, incluso, se valoraba más que su propia formación; puesto que los conocimientos se podían adquirir, pero hacer cambiar la forma de pensar de una persona era difícil de llevar a cabo. De tal modo, no solo se realizaban test psicotécnicos, sino que analizaban en profundidad sus pensamientos, sentimientos y actitudes, así como su futuro comportamiento en la nueva sociedad. Los sujetos que pasaban los estándares fijados eran invitados a Utopía, donde se procedía a verificar los resultados. Si alguno había mentido en las pruebas previas, era expulsado sin dilación. A

continuación, se les sometía a un curso de adaptación. Finalmente, los candidatos que superaran todo este complejo y arduo proceso eran nombrados «externos», pudiendo trabajar para los agapianos.

Así pues, todas aquellas personas que esperaban a las puertas de Utopía, jamás serían admitidas. Siempre que partía de la ciudad desde un *Albatros* veía aquellos campamentos debajo de mí. Sin embargo, estos solamente aparecían como pequeños cuadraditos a cientos de metros, no permitiéndome ser testigo de su miseria, ni de su mal olor.

Al igual que yo, había muchos que no querían contemplar aquel horror. Por otro lado, el Consejo de la Ciudad se afanaba en intentar disuadirlos para que se fueran, por ello no dudaba en proporcionarles transportes a sus países de origen. Con todo, cada día eran más los que se congregaban. Las condiciones de vida en aquel lugar dejaban mucho que desear. A la falta de comida y agua se le unía la ausencia de refugio e higiene. La mayoría sobrevivían en tiendas de campaña proporcionadas por diferentes ONG. A pesar de los esfuerzos, el hacinamiento era terrible. En este ambiente los brotes de sarna, cólera o tuberculosis, por no hablar de otras muchas enfermedades antes erradicadas, se propagaban por doquier. Cruz Roja, UNICEF, Médicos Sin Fronteras y un sin fin de organizaciones no gubernamentales se esforzaban en ayudar a estas personas. Muchas con la ayuda y financiación de la propia Utopía, aunque esta se proporcionaba con cierta discreción y en ocasiones anónimamente, para evitar así el efecto llamada. En el caso de Cruz Roja, incluso, se les había asignado un *Albatros* de forma continua.

Intentando quitarme de la cabeza la idea de que ahora yo también formaba parte de aquellos desamparados, comencé a caminar. En mi lento avance, me crucé con multitud de camiones que se dirigían a Utopía. Algunos de esos pesados vehículos iban sin conductor. La conducción autónoma terrícola estaba muy lejos de la de los utopianos. En la ciudad, todos los vehículos eran controlados por el ordenador central, contando con multitud de sensores y haciendo uso de la red de satélites en órbita. Al estar interconectados, y tener una inteligencia colectiva, resultaba prácticamente imposible que dos de ellos colisionaran entre sí. Esto no ocurría con los automóviles sin conductor de la Tierra, al basarse únicamente en lo que detectaban sus sensores y en un sistema de posicionamiento por satélite. Al no poder prever las maniobras de los vehículos conducidos por un humano, o incluso de otro vehículo sin conductor, los accidentes eran frecuentes. No obstante, muchas empresas apostaban por este sistema debido a que se ahorraban el sueldo del trabajador.

Incluso con las pérdidas que causaban estos accidentes, y las indemnizaciones que pagaban a las víctimas, les salía rentable. Tampoco les importaba demasiado que murieran personas.

Ninguno de aquellos camiones cruzaría los muros de la ciudad, en parte debido a que no se permitía circular por ella a los vehículos de combustión. Todos tendrían que dejar su carga en uno de los muchos puntos de logística que se habían establecido en el exterior, donde en primer lugar serían escaneados por motivos de seguridad. Así se eliminaba el riesgo de atentado, ya que los explosivos o armas serían detectados antes de entrar a Utopía. Además se analizaban los alimentos importados para evitar cualquier tipo de veneno. También, se escaneaba la carga en busca de polizones que quisieran entrar en la ciudad, algo muy frecuente, pero sin ninguna posibilidad de éxito. Cuando se descubría algún individuo entre las mercancías era inmediatamente expulsado, acabando como uno más de aquellos desdichados que rodeaban la ciudad. Después, el cargamento se transportaba mediante contenedores flotantes a su destino, siendo el principal el puerto espacial. Buena parte de las mercancías que entraban en la ciudad procedentes de cualquier rincón del planeta se mandaban al espacio.

En sentido inverso al de toda aquella mercancía, y al que les gustaría seguir todas aquellas almas en pena que malvivían junto a la carretera, me dirigí hacia Nueva Esperanza. Aunque por su nombre podía parecer un lugar atractivo, la realidad era que simplemente se trataba de un asentamiento donde las tiendas de campaña se habían sustituido por casas de adobe. Estas viviendas, que nada tenían que ver con las de la Antigüedad, destacaban por su bajo coste y por la facilidad de obtener las materias primas necesarias para su construcción. Nueva Esperanza hasta se podía considerar una población oficial, tras la llegada de los agapianos y la construcción de Utopía. Se erigió esta ciudad junto a ella intentando aprovecharse de las ventajas de tan próspero vecino. No obstante, la superpoblación sufrida, unida a la falta de interés de los utopianos, provocó su pronta decadencia. Lo único bueno que tenía era que contaba con una estación de autobuses que me permitiría dirigirme a mi destino. Sin duda, aquel camino debía de ser el mismo que recorriera Laura días antes. Mi decisión de quedarme en la Tierra, cuando podía haber elegido otros mundos o la prisión espacial, respondía a un poderoso motivo: encontrarla a ella. Sabía que había partido hacia Sevilla para curar a su sobrino y pensaba hallarla, allí donde los servicios de inteligencia utopianos habían fallado. Yo contaba con algo que ningún ojo en el espacio podría jamás tener y era que me guiaba el amor. La encontraría y

juntos derribaríamos todos los obstáculos. Ya me preocuparía luego de mi salud, al fin y al cabo aún tenía cerca de seis meses por delante antes de que mis tecnonanocuerpos dejaran funcionar. No obstaste, el tiempo es relativo.

# 14
# Sevilla
# 9 de febrero 2080

Seis meses y ocho días después de mi salida de Utopía, me encontraba en un laboratorio subterráneo, trabajando justo en aquello que prometí no hacer. Me habían asegurado que las instalaciones contaban con tecnología TEMPEST similar a la utilizada en Copenhague, la cual sabía que era totalmente efectiva, de tal modo que los satélites agapianos no podían ver lo que estaba haciendo. Para los utopianos, yo seguía trabajando en aquella lamentable fábrica de conservas. Que no pudieran verme cuando bajaba al sótano, no debía de alarmarlos, las grandes cámaras frigoríficas en ese tipo de industrias siempre suponían un obstáculo para sus sensores.

No había sido nada fácil hallar aquella empresa y aún menos trabajar en ella. En verdad esto último sí, ya que el general Segura me había descubierto y me quería bien cerca. Nada más llegar a Sevilla, tras mi destierro de Utopía, comencé la búsqueda de Laura. Ardua tarea al desconocer dónde se hospedaba. Me habían quitado mi terminal personal, así que no podía llamarla por teléfono. De todas formas, Daniel me confirmó antes de partir que el TEPEPO de Laura lo habían localizado apagado en un cajón de mi propio apartamento. Por lo tanto, no era de extrañar que no respondiera a mis llamadas. Probablemente se encontraría con su familia, aunque ignoraba su dirección. Nunca había estado en la ciudad ni en ningún momento ella me había dado las señas de su hermana. Lo único con lo que disponía para iniciar la búsqueda era el nombre de Laura y sus dos apellidos: García y Ortega. Claro que iba a tener pocas posibilidades de encontrarla, en una ciudad de más de un millón de habitantes, preguntando por una chica apellidada García.

Lo primero que hice nada más llegar a la ciudad fue ir a un cibercafé, evidentemente tenía pocas esperanzas de localizarla por Internet. Que yo supiera, ella no disponía de ningún perfil en las redes sociales. Aparte, estaba convencido de que Maceda ya había probado esa vía sin éxito. Tanteé

poniendo su nombre en el buscador. Me salieron multitud de personas que se llamaban igual que ella, mas ninguna era mi Laura. A continuación, busqué hospitales cercanos, Carlitos debía de ser atendido en uno de ellos. No había muchos al alcance del bolsillo de su familia, pero aun así, tardé varios días en visitarlos todos. En cada centro pregunté por un joven paciente llamado Carlos, enfermo de leucemia, que tenía como segundo apellido García. En ninguno de los hospitales en los que estuve tenían constancia de un paciente así. Incluso fui a la clínica utopiana de la ciudad, al saber que Laura había solicitado que su sobrino fuera tratado allí. Me dijeron que actualmente no estaba siendo atendido nadie que coincidiera con esos datos. Quise ver la solicitud que presentó Laura en su día, ahí debía de figurar la residencia de su familia, si bien me lo negaron alegando la Ley de Protección de Datos. Igualmente, sabía que esto también lo habrían comprobado desde Utopía.

Me encontraba en una ciudad extraña y peligrosa, no conocía a nadie y apenas si tenía recursos. Con el poco dinero que me habían dado al partir, busqué una muy modesta residencia, la cual ya conocéis, y evalué mis opciones. Tal vez, en cualquier otro lugar hubiese tenido más oportunidades de prosperar. Sin embargo, eso me alejaría de la posibilidad de que algún día mi camino volviera a cruzarse con Laura. Días después de mi llegada a Sevilla, recordé que antes de que ella trabajara en la clínica agapiana lo había hecho en una fábrica local. Durante el juicio, fue el propio Maceda quien citó su currículo, en el que aparecía el nombre de Conservas Lolo. Por suerte para mí, este dato quedó grabado en mi mente, saliendo a la luz cuando más lo necesitaba. Fui hasta la citada empresa y pregunté por Laura García. Un tipo escuálido y muy pálido (que posteriormente sería a él a quien sustituiría en la empresa, en paz descanse) me dijo que no la había visto nunca pero que figuraba como antigua trabajadora. Fue tan amable de darme los datos de su residencia. Por desgracia, cuando acudí esperanzado a esa dirección, la mujer mayor que me abrió la puerta me dijo que no la conocía. Llevaba viviendo allí más de cincuenta años y nunca había oído hablar de ella. La anciana, la cual tenía muchas ganas de charla, comenzó a relatarme su vida y como sus hijos hacía años que no la visitaban. Asimismo, alabó las virtudes de cada uno de sus muchos nietos. Cuando terminó con su familia, comenzó a contarme los cotilleos del barrio. Puesto que no me interesaba saber cómo la mujer de enfrente se acostaba con el del tercero, me despedí amablemente y partí raudo antes de que me quisiera secuestrar. El resto ya lo sabéis, puse todas mis esperanzas en que Laura algún día volviera por su antiguo trabajo.

Así que cada día iba a la puerta de la fábrica esperando volverla a encontrar. Cuando me enteré de que buscaban a un contable, habiéndose suicidado el anterior, pensé que lo mejor sería esperarla dentro. De eso hacía más de seis meses y hasta el día en el que el general Segura me mostró una foto de ella, para que aceptara su oferta, había perdido toda esperanza.

A pesar de hacer bastante tiempo que no recibía una dosis de tecnonanocuerpos, de momento, me sentía bien. Y todo debía de ir así mientras que no entrara en contacto con ningún virus ni bacteria. Desde luego, las condiciones higiénicas y sanitarias eran mucho mejores en aquella planta. Además, también había mejorado mis condiciones laborales. Ahora, incluso, me pagaban con dinero, y una buena cantidad que me permitía vivir holgadamente. Tanto que cuando volví a la oficina de arriba a recoger las latas de comida que me diera Adrián, no eché en falta que hubiesen desaparecido la mitad. Sin la menor duda, mi cómplice en aquella fechoría se las había llevado, solo él sabía de su existencia. Por lo menos, había tenido la gentileza de no llevárselas todas y dejarme algunas.

De todas maneras, el primer día que recibí un sobre lleno de dinero, me di el capricho de ir a un McDonald Burger, algo que jamás había hecho. En Utopía, existían hamburgueserías, si bien la comida no tenía el mismo sabor. Era consciente de que me estaba tomando algo nocivo para mi salud, a la más que dudosa carne, había que unirle el uso de multitud de aditivos tóxicos. No me extrañaba que ese tipo de comida estuviera prohibida en Utopía; ¡pero qué buena estaba!

Con lo que ahora ganaba podía haber ido al mejor restaurante de la ciudad, no obstante, eso hubiese sido sospechoso. La mayoría de los delincuentes siempre eran descubiertos debido a su alto nivel de vida. Desde luego, si dejaba de ir en bus y me compraba un lujoso coche para ir al trabajo, no hubiese tardado mucho en tener un accidente. Y no lo digo porque apenas sí sabía conducir vehículos terrícolas, sino porque desde Utopía alguien pulsaría un botón para que mis frenos dejaran de funcionar. Así pues, a pesar de tener algunos billetes en la cartera, tendría que seguir haciendo la misma vida lamentable que había tenido desde que llegué. Aunque el estómago lo tendría lleno, que yo supiera los utopianos todavía no comprobaban eso, por si acaso, mejor no engordar mucho.

Si anteriormente me he quejado de que los ordenadores agapianos eran lentos, como cuando estuve en Argentina, que todos los recursos se los llevaban las complejas operaciones del generador FIFU, lo retiro. La diferencia entre trabajar con un ordenador cuántico y uno clásico venía a ser

abismal. Continuamente me hallé viendo un reloj en la pantalla dando vueltas. Tenía a mi disposición toda la información sobre energía agapiana que quisiera, así como las especificaciones para crear un generador FIFU, pero trabajar con aquel PC era algo desesperante. Allí habían acabado los datos robados con mi usuario, y por los que fui condenado al destierro.

Cuando descubrí un generador de energía FIFU bajo mi centro de trabajo, pensé que se encontraba operativo. Sin embargo, me equivoqué. Habían construido el dispositivo siguiendo las instrucciones sustraídas, el problema radicaba en que no contaban con los componentes adecuados. Algunos materiales incluso no se podían hallar en el planeta, así que tuvieron que improvisar. Aparentemente habían hecho un buen trabajo y podría funcionar con tal carencia, por otro lado, su rendimiento sería menor. En cambio, el mayor obstáculo, y era en lo que estaba trabajando desde hacía varios días, consistía en adaptar el *software* agapiano a la rudimentaria tecnología terrícola.

Elevé la vista por encima del monitor y observé el artefacto creado por la doctora Clara Gómez y su equipo. Aunque de menor tamaño, se veía totalmente similar al que podía encontrar en cualquier central energética agapiana. Alrededor del cilindro cóncavo, continuaban dando vueltas las esferas de contención. En circunstancias normales, eso significaba que el núcleo se hallaba encendido. Si bien, pronto descubrí que aquel dispositivo no producía ninguna energía. Por la sencilla razón de que no contaba con una masa crítica que la sustentara. Y no veía forma de que algún día dispusiera de una, a menos que los agapianos hicieran entrega de un poco. La única manera de obtener material en estado de reacción en cadena FIFU era de una central energética de tal naturaleza o de una nave estelar. Ni siquiera los agapianos podían crearla, a ellos se la entregaron los mentores. Así pues, la razón por la que parecía encendido el generador no era otra que porque estaba siendo alimentado de la red eléctrica, curiosamente de la central FIFU que había a no muchos kilómetros de nosotros, de este modo se podían hacer la mayoría de las comprobaciones de funcionamiento. Finalmente, había resulto el misterio de por qué la fábrica tenía un consumo eléctrico tan elevado. Aquel laboratorio demandaba ingentes cantidades de energía para funcionar.

—¿Estamos preparados? —me preguntó la voz de la doctora Gómez a mi espalda.

No me había percatado de que mi nueva jefa había dejado de hablar con el subdirector del departamento, precisamente el tipo que dio la alarma cuando

me colé en el laboratorio, y de que se había aproximado a mi puesto de trabajo.

—Aún estoy con las últimas simulaciones. De momento, todo dentro de los parámetros establecidos.

—Estupendo —respondió dando muestras de alivio—. No lo hubiésemos logrado sin ti. No es nada fácil descifrar el funcionamiento de una tecnología de la que solo tenemos una vaga idea de cómo funciona.

Desde que trabajaba con aquella mujer, su trato había sido muy cordial y correcto, nada que ver con don Manuel, a la vez que parecía apreciar mi contribución al proyecto. En realidad, hasta mi llegada, se encontraban en un punto muerto, ya que no conseguían que funcionara la programación diseñada con el prototipo creado.

—Tenemos el dispositivo, pero sin la masa crítica no va a producir nada —señalé.

—Eso no es nuestro problema, nos han encomendado crear un generador FIFU y es lo que hemos hecho.

Clara, poniendo una mano en el respaldar de mi asiento, se inclinó sobre la pantalla. Sus ojos, a través de los gruesos cristales de sus gafas de vista, recorrieron cada línea de datos con atención. Satisfecha, giró bruscamente la cabeza hacia mí. De haber tenido su larga y pelirroja melena suelta, me hubiese dado en la cara.

—Bien, estamos listos, se lo comunicaré al general Segura —anunció.

Desde luego, ella no encajaba allí. Era una brillante científica y desde que la conocía no parecía que fuera mala persona, con la excepción de cuando me disparó con un táser.

—¿Cómo has acabado trabajando en lugar como este? —pregunté.

Ella me miró a los ojos y tras comprobar que nadie más nos oía, puesto que Alberto, el subdirector de I+D, estaba realizando unas mediciones en el dispositivo, respondió:

—Son vueltas que da la vida. No te creas que hay muchas oportunidades para una físico nuclear en un planeta en el que todo el mundo anhela que los extraterrestres compartan su energía. Nadie investiga ya en este campo y los que trabajaban están perdiendo su trabajo según se extiende la red agapiana.

—Podías haber estudiado otra cosa. Eres una chica inteligente, seguramente hubieses brillado en cualquier otro campo.

Ante mis palabras me dedicó una gran sonrisa, la cual destacaba por ser totalmente natural y sincera.

—Tú también podías haber estudiado otra cosa —objetó—. ¿Por qué lo hiciste?

—Era lo que me gustaba —afirmé con rotundidad.

—En ese caso, compañero, coincidimos en gustos. Manda los datos a mi terminal para que pueda remitirlos a Lázaro.

Me quedé extrañado, había conocido a muchas personas desde que trabajaba en I+D, pero nadie con ese nombre.

—¿Quién es Lázaro? —pregunté.

Clara posó sus ojos color avellana sobre mí y en voz baja dijo:

—No es nadie, hablo del proyecto Lázaro. ¿El general no te ha hablado de él?

—No —respondí.

Giró la cabeza y centró su atención en la pantalla, no parecía que fuera añadir nada más, por lo que le pregunté:

—¿En qué consiste el proyecto Lázaro?

—No creo que deba contarte nada sobre el tema.

—Vamos, conocerte me ha dejado marcado de por vida, ¿no me vas a contar nada? —dije haciendo referencia a la cicatriz que me había dejado en el pecho al electrocutarme con el táser.

En realidad, se sentía culpable de haberme disparado. Me había pedido disculpas en multitud de ocasiones. Desde luego, yo no tenía nada que reprocharle. En su situación, también hubiese disparado. Encontrarse con un tipo melenudo y algo desaliñado en mitad del pasillo, mientras todas las alarmas suenan, pondría nervioso a cualquiera.

—Está bien, pero yo no te he contado nada. El proyecto Lázaro es la fase dos de este plan. Cuando tengamos éxito aquí, el objetivo será producir energía a gran escala en nuestra propia central energética FIFU.

—¿Y quién se va atrever a hacer eso? En cuanto los agapianos se enteren, destruirán la central y el país que le haya dado cobijo sufrirá las consecuencias. No creo que España ni ninguno de los países amigos quieran enemistarse con ellos.

—De momento, es todo secreto. Incluso las construcciones se están haciendo bajo tierra, así que están fuera de los ojos indiscretos de los satélites extranjeros. Por lo demás, la nación donde se sitúa no tiene relación con los agapianos, y prácticamente con nadie.

—¿Dónde es eso? —pregunté.

—En Cataluña.

Hacía años que nadie sabía que pasaba en Cataluña, si bien las pocas noticias que se filtraban no eran muy alentadoras. El resto de naciones hacía tiempo que se habían olvidado de ella y ninguna empresa extranjera se atrevía a poner un pie en su territorio.

—Cataluña no tiene medios para crear algo de tal magnitud —señalé.

—Y ellos no lo están haciendo. Hay personas, empresas y hasta naciones detrás de esto. Los catalanes simplemente aportan el lugar, a cambio de electricidad si el proyecto Lázaro tiene éxito. Están desesperados, en sus hogares no cuentan con luz debido al colapso de la nación.

—Tanto que no les importa arriesgar lo poco que tienen.

Desde que el general Segura me ofreciera trabajar con ellos, una propuesta que no podía rechazar si quería seguir con vida, sospechaba que lo estaba haciendo para El Club de Cratos. Solamente esta organización tenía la capacidad de crear un laboratorio así y ser capaz de robar la información necesaria para su creación. Incuestionablemente, solo ellos contaban con los recursos para llevar aquel proyecto a una nueva dimensión, produciendo a gran escala su propia energía barata y limpia. Lo de barata seguro que sería temporalmente, luego dirían que era muy cara de producir.

—¿Naciones has dicho? ¿Cuáles?

—No lo sé con certeza —respondió Clara—. Sin embargo, varios integrantes del proyecto Lázaro tienen acento ruso.

Cuando vivía en Utopía había escuchado en los informativos que Rusia estaba muy interesada en Cataluña, por lo visto querían tener una puerta directa al Mediterráneo, así que últimamente se les veía mucho por la zona. El caso era que los catalanes se habían independizado de los españoles y lo mismo acababan siendo rusos. Desde que estaba en Sevilla, desconocía lo que pasaba en el mundo. Aparte de no tener televisor, tampoco me importaba mucho, con sobrevivir cada día tenía bastante.

—Así que la madre Rusia está involucrada. Tierra de rojos, según la traducción de su nombre. Tú eres pelirroja, ¿no serás rusa? ¿No?

—No, yo soy sevillana. Aunque puede que algunos de mis antepasados fueran nórdicos. En el año 844 los vikingos atacaron la ciudad y tras ser derrotados, muchos se establecieron en la zona.

Nuevamente volvió a dirigir su mirada al monitor. Yo permanecí en silencio unos instantes hasta que en voz baja le advertí:

—¿Eres consciente de que lo que haces es ilegal y muy peligroso? Los agapianos no se tomarán muy bien tu investigación, sobre todo por utilizar información robada de Utopía.

—No me gusta lo que hago, pero en esta vida hay que ganarse la comida de alguna manera y esta es la única forma que conozco. Ya debes de haber visto cómo está la mayoría de la gente por ahí: mendigando, rebuscando comida, matando o haciendo cualquier cosa por un mendrugo de pan.

—Ellos te recompensarían si denunciaras —comenté.

—No viviría para disfrutar la recompensa —respondió con una tímida sonrisa en su pecoso rostro.

—En Utopía, o donde quiera que te enviaran, no podrían tocarte.

Durante unos segundos, pareció meditar mis palabras. Con cierto nerviosismo y sin perder de vista a Alberto, me preguntó:

—¿Y por qué no lo haces tú?

—Yo fui declarado un traidor, no existe redención para mí. Si descubren en lo que estoy trabajando, me ejecutarán directamente.

—En ese caso, mejor que no se enteren, no quiero ser responsable de tu muerte, ya con marcarte de por vida tengo bastante —manifestó volviéndome a sonreír antes de alejarse en busca del subdirector.

Alberto, el subdirector del laboratorio, era un tipo huraño, que no destacaba por su simpatía. Ya en nuestro primer encuentro habíamos empezado con mal pie, pues fue él quien estaba en el laboratorio la noche en que me colé. Así que él dio la alarma. Después, con mi incorporación al equipo, no pareció muy contento. Creo que en el fondo, estaba celoso de la atención que recibía de la directora. No solo profesionalmente, sino que detecté cierta atracción hacia ella, no correspondida, tanto que la doctora Gómez intentaba evitarlo siempre que podía. En verdad, nadie quería trabajar con él. El general Segura lo había nombrado directamente subdirector de aquel proyecto, para desgracia de todo el personal. Muchos lo llamaban a sus espaldas: *Arbert el amargáo*, haciendo referencia a sus orígenes, ya que era catalán, aunque nadie sabía cómo había salido de su joven nación.

Mientras caminaba en dirección al subdirector, el cual se encontraba sentado de espaldas, dejándome ver su incipiente calvicie, tipo monje franciscano, me pasó algo muy extraño. Primero fue un picor en la nariz y a continuación de modo violento, y totalmente involuntario, expulsé aire por la nariz y por la boca. Debido al brusco movimiento, casi llegué a darme con la cabeza en la mesa; eso sí, la puse toda chorreando, el resultado fue algo asqueroso.

—¡Jesús! —exclamó Clara sin volverse.

Nunca había tenido una experiencia así, evidentemente había visto a muchas personas estornudando y desde que estaba en Sevilla, cuando eso se

producía, me apresuraba a alejarme con premura. No obstante, ni Alberto ni la directora de I+D dieron muestras de alarma, debatiendo entre ellos como si nada hubiese pasado. Sabía que a veces el desencadenante de este fenómeno podía ser producido simplemente por el polvo o por respirar algunos componentes químicos, no siempre era consecuencia de una infección viral. Si bien, la pulcritud de aquel laboratorio me dejó bastante intranquilo. Aparte llevaba más de seis meses sin recibir mi dosis periódica de tecnonanocuerpos, y vivía en un ambiente muy hostil. Sin duda, los diminutos robots que recorrían mi corriente sanguínea habían tenido mucho trabajo desde que abandonara Utopía.

## 15
## Apartamento del extrarradio de Sevilla
## 7 de febrero de 2080

Tenía una sensación extraña, me encontraba cansado y a la vez parecía que me habían dado una paliza. Recostado en el mugriento sofá, del inmundo piso en donde me había visto obligado a malvivir tras dejar Utopía, miré a través de la ventana hacia el exterior. Al encontrarme a oscuras, la luz de una inmensa pantalla me deslumbró. Frente a mi bloque de pisos, en un descampado próximo, hacía tiempo que habían colocado una gran pantalla de televisión. Debido a que aquel era un barrio muy pobre, la mayoría de los vecinos no contaban con uno de esos aparatos. Por ello, el gobierno había tenido la gentileza de poner aquel para que todos los residentes pudiéramos disfrutar de él. No era de extrañar que muchos vecinos se pasaran las horas muertas en sus ventanas viendo la pantalla. Eso, a pesar de la nefasta programación. Las veinticuatro horas del día solamente emitían un canal, TVE1. El cual destacaba por emitir constante propaganda de la buena actuación del gobierno que hubiera en cada momento. No se puede decir que el periodismo realizado fuera imparcial u objetivo, puesto que se trataba del canal oficial del régimen y como tal un instrumento más de engaño. Realmente aquella pantalla no estaba allí para el goce y disfrute de los vecinos, sino para que el gobierno pudiera manipular a los ciudadanos. De no haber estado, la mayoría de los vecinos desconocería quién era su presidente actual, y la *gran labor* que estaba haciendo, por tanto eran votos perdidos en las siguientes elecciones.

Tanto Utopía como Ágape no se regían por un sistema democrático; ya que sus mandatarios eran designados por un complejo sistema de méritos y capacidad. Sin embargo, los ciudadanos sí tenían un medio para destituirlos si consideraban que no hacían bien su trabajo. Todo miembro de esta sociedad estaba sometido a evaluaciones constantes. En este sistema participaban no solo los superiores y subordinados de cada trabajador, sino todo aquel que

tuviera la más mínima relación. En el caso de los cargos públicos, todos los ciudadanos emitían sus valoraciones mediante un proceso electrónico. Regularmente, cada individuo de esta sociedad recibía en su terminal un correo en el que tenía que evaluar a sus jefes, compañeros y dirigentes. Una vez procesadas las puntuaciones de manera ponderada y dependiendo de los resultados se tomaban las medidas oportunas. Pudiendo ir desde el apercibimiento hasta el traslado o degradación.

A pesar de que una valoración negativa de un ciudadano tuviera poco valor, nada comparable a la del superior, de producirse de forma generalizada ocasionaba la destitución del sujeto. Normalmente esto no se producía, debido a que el sistema evitaba el ascenso de los pocos aptos y coartaba cualquier actuación reprochable. Así que todo el mundo cumplía con sus obligaciones. Tal vez, porque, a diferencia de en la Tierra, si alguien hacía mal su trabajo le acarrearía graves consecuencias.

No hay duda de que hasta la llegada de los agapianos, el sistema democrático se había mostrado como el más eficaz en el planeta. Si bien, no adolecía de defectos. En buena parte, debido a que la sociedad no estaba preparada para él. A la falta de información de los votantes, o información veraz, se le unía que eran muy influenciables y maleables. Por otro lado, los candidatos no destacaban por sus virtudes, méritos o conocimientos, sino por su capacidad de engañar. Muchos de los dirigentes llegaban al poder aprovechándose del temor de los ciudadanos a diversas preocupaciones, era el llamado voto del miedo. Así que si temían perder el trabajo, ser víctimas de un ataque terrorista o que los inmigrantes los invadieran, ellos les prometían actuar con contundencia. Después, una vez en el poder, pronto olvidarían sus promesas o dirían que no les había dado tiempo cumplir lo prometido. De todas formas, sus mentes no serían capaces de abarcar nada a menos de cuatro años. En Ágape, al contrario, se establecían planes a muy largo plazo. Llegando incluso a abarcar varios siglos, como era el caso del plan de actuación para la Tierra.

Si para ejercer de médico, profesor o incluso fontanero o electricista se exigían unos conocimientos y habilidades, para ser político no hacía falta saber de nada. Un gobernante debía de ser un buen gestor del dinero público y estar versado en leyes. La realidad siempre era que no solo incumplían las leyes, al creerse por encima de ellas, sino que con frecuencia las desconocían. Era como que te fuese a operar un médico de apendicitis y desconociera donde tiene que pinchar. Resulta sorprendente que muchos de los votantes de estas personas, a pesar de ser engañados, defendieran a ultranza a sus líderes.

Quizás eso se deba a no querer reconocer sus propios errores al haberlos elegido. También había algunos que se alzaban indignados y clamaban un linchamiento. Aunque nunca reconociendo su parte de culpa, tanto por apoyarlos o por no haber ejercido su derecho a voto. Puede que, al final, los terrícolas fueran los principales responsables de que su sistema no funcionara.

En la Tierra, los líderes siempre iban y venían. Se alzaban y caían, llevándose sus promesas. Podían ser derrocados o eliminados, bien al ser desacreditados o directamente acabando con sus vidas. Sin embargo, las ideas permanecen sobre las personas. Por eso en Utopía no se ensalzaba a los individuos, sino a los principios que defendían.

Resultaba curioso que desde que los agapianos llegaran a la Tierra, cientos de líderes políticos habían sido sustituidos, o incluso algunos asesinados, revertiendo con ello radicalmente su política. Por otro lado, la política general agapiana siempre había sido la misma, a pesar de que el delegado cambiara en varias ocasiones. Con todo, se habían cometido algunos atentados contra su persona. Acción totalmente inútil, los agapianos no iban a cambiar la política. Pero sí conllevaba las correspondientes represalias contra los agresores. En realidad, el delegado simplemente encarnaba la voz y la imagen de los agapianos, no su motor o guía. Así que no se podía eliminar con una bomba o una bala la dirección de un pueblo. Si el delegado caía, sería sustituido por otro hombre con las mismas teorías, puesto que todos compartían un mismo ideal. El objetivo en la Tierra no era secreto: extender los principios, la forma de vida y la cultura de Ágape, creando un mundo mejor y acabando con los problemas que asolaban el planeta.

Este plan había sido diseñado por los Mentores hacía siglos, y su puesta en práctica llevaría cientos de años. En algunos lugares del universo ya lo habían hecho, en otros estaban a mitad de camino y en otros acababan de empezar. Únicamente, un error habían cometido los Mentores en sus cálculos. El regreso de los agapianos debía de haberse producido con una civilización terrícola mucho más avanzada. No obstante, ante el inminente colapso de la Tierra, los agapianos tuvieron que adelantar sus acciones. Con esta medida, se había introducido una variable no prevista que podía hacer que todo el plan maestro diseñado previamente fuera erróneo.

Con cierto hastío, me levanté de mi asiento. Lo primero que hice fue encender la luz de la habitación, al fin y al cabo ahora podía permitírmelo. Por lo menos de momento, si el Club de Cratos tenía éxito no tardarían en prescindir de las centrales eléctricas utopianas y producir su propia electricidad. Entonces, seguro que el precio sería mucho más elevado para

llenar sus avariciosos bolsillos. A continuación, fui hasta la ventana y la cubrí con un viejo cartón que utilizaba para que la luz de la pantalla del exterior no me molestara. Por suerte, hacía tiempo que los altavoces habían sido destruidos por algún vecino. Al principio, al estar las veinticuatro horas funcionando, nadie podía dormir en el bloque.

Al igual que había hecho las noches anteriores, me tumbé en el suelo boca arriba sobre una vieja manta. Seguidamente alcé los brazos sobre mi cabeza formando un círculo. Con las piernas abiertas, doblé las rodillas hacia los lados, mientras mantenía las plantas de los pies unidas. Estaba haciendo un círculo con los brazos y un rombo con las piernas. Durante cerca de una hora, permanecí inmóvil en esta peculiar postura. Hasta que empecé a sentir escalofríos y que los músculos se me entumecían; debería haber hecho estiramientos previamente. Decidí incorporarme y volver al sofá para dormir. Allí por lo menos estaría más cómodo. Algo relativo, por supuesto, ya que se me clavaba un tablón en la espalda, haciendo mi descanso un suplicio. Por lo menos, podría dormir más calentito en aquel potro de tortura, al echarme la manta por encima, en vez de tenerla debajo.

De repente, justo cuando iba a incorporarme, una voz resonó por toda la habitación:

—¡¿Qué pasa, tío?!

De no haber estado ya en el suelo, me hubiese caído del susto. Rápidamente miré para todos lados, buscando el origen de aquel grito. Sin embargo, no había nadie más. Antes de que pudiera exigir que se hiciera presente mi invitado, entre risas, una figura luminosa cobró vida en el centro de la estancia. No tardé mucho en identificarlo. Con alegría exclamé:

—¡Dani!

—Estás horrible —dijo el holograma de mi amigo sin perder la sonrisa.

Desde luego, mi apariencia era muy diferente a aquel de cuando nos despedimos a las puertas de Utopía. Mi rostro de tono claro, con pelo corto, a la moda del lugar, y una forma física, que aunque no notable, aceptable habían dado paso a un aspecto mucho más deplorable. Tenía la cara quemada por el sol de Sevilla, el pelo largo, canoso y desaliñado. A pesar de que comía poco, en mi cintura sobresalían dos notables michelines. Consecuencia de alimentarme cada día con las latas de conservas con las que me pagaban en el trabajo; una dieta provista de muchas grasas y nada equilibrada, siendo bastante nociva. Curiosamente, lo más tóxico no estaba en la comida, sino en el metal donde se envasaban. Mercurio, bisfenol u otros productos químicos sintéticos entraban en mi organismo cada vez que comía.

—Tú estás igual que siempre —repuse.

No pude evitar admirar, con cierta envidia, su perfecto estado físico y su cabellera rubia carente del más mínimo atisbo blanco. Algo enojado, añadí:

—Ya era hora de que te dignaras a visitarme.

—Acabo de descubrir por un chivatazo, que estás trabajando en un laboratorio secreto. Así que al comprobar tu estado por el sistema de seguimiento, te he visto ahí tumbado haciendo el indio.

—Fue idea tuya que adoptara esta estúpida posición si necesitaba contactar —respondí.

Antes de que partiera, habíamos establecido un método para que en caso de necesidad pudiéramos hablar. Todos los que abandonaban Utopía eran regularmente monitorizados desde SIU a través de los satélites espías. De esta manera se controlaba y verificaba que cumplían con las normas impuestas. Así pues, Daniel desde su centro de trabajo podía ver siempre lo que estaba haciendo. Y si me descubría en tan peculiar postura, significaba que tenía algo importante que decirle.

—¿Ya sabes lo del laboratorio? —pregunté con cierto temor.

Trabajar en unas instalaciones secretas desarrollando tecnología FIFU me estaba totalmente prohibido. No sería advertido por mi violación, sino directamente ejecutado. Con preocupación, observé el origen de los rayos luminosos que daban forma al holograma. Provenían de una pequeña mosca en la pared. Conocía aquel dispositivo. En mi breve curso como agente del servicio de inteligencia, me familiaricé con todo tipo de aparatos espías utopianos. Se trataba de un minúsculo robot que se hacía pasar por una inofensiva mosca. Desde luego, nadie que lo viera pensaría que se trataba de una máquina creada por el hombre. A saber, cuánto tiempo llevaría vigilándome, puede que desde el mismo día que salí de Utopía. Con los satélites agapianos se podía observar perfectamente a una persona que estuviera en la calle, llegando incluso a precisar cuántas pecas tenía en la cara. A pesar de ello, en el interior de los edificios, solo podían obsérvalas a través de diferentes filtros; como la visión térmica, obteniendo una imagen poco clara y nítida. Asimismo, no era posible oír lo que hablaban. Así que introduciendo una cámara espía obtenían una visión en 3D y un sonido nítido en vivo. En ese momento, Daniel debía de estar en una jaula del SIU con un casco puesto, hablando conmigo como si estuviera en mi misma habitación.

Lo preocupante del tema no era que me espiaran, sino que el dispositivo mosca contaba con un veneno letal que podía ser usado pulsando un botón. Pensar que mientras dormía plácidamente en el sofá, ese artilugio podía haber

volado hasta mi cuello y ya nunca más me hubiese despertado, me provocó sudores fríos. Consideré darle un zapatazo, si bien, ese sería mi final. El minirobot estaba equipado con un potente explosivo que se activaría al ser atacado. La tecnología agapiana nunca podía caer en malas manos, así que se autodestruiría, y con él al que estuviera cerca.

—Estamos al corriente de todo —reconoció Daniel—. Tu doctora nos ha mandado un correo electrónico contándonos a lo que te dedicas ahora.

La palidez de mi rostro debió de reflejar mi inquietud, pues se apresuró a añadir.

—No te preocupes, no he dejado que Maceda te elimine. Le he tenido que contar que estás trabajando para nosotros.

Tras mi sentencia de destierro, Daniel, siempre optimista, determinó que el único camino de redención posible sería averiguar qué había pasado realmente. Si conseguía descubrir a los culpables del robo de información y neutralizar la amenaza, tal vez, podría volver a Utopía. Gerlin, el delegado especial para la Tierra, había aprobado el plan extraoficialmente. No obstante, no prometía nada sobre mi perdón. De tal modo, que había acabado trabajando para los responsables de mi infortunio, no solo por mi deseo de hallar a Laura, sino también para recuperar mi vida anterior.

—¿¡Clara ha contactado!? —exclamé—. Tuve una conversación con ella. Le dije que sería recompensada por los agapianos si decidía revelar lo que estaba pasando. Pero dijo que no lo haría, no quería ser responsable de mi muerte.

—Tienes muy mal ojo eligiendo a las mujeres —dijo Daniel recordándome a Laura.

No me hizo gracia la broma. Desde el principio, ellos dos no habían hecho muy buenas migas. El resultado de mi relación ya era conocido, dándole la razón a mi mejor amigo. Por otra parte, la doctora Clara y yo simplemente éramos compañeros de trabajo. Siendo nuestra relación puramente cordial, a pesar de que me había disparado con un táser.

—Nos ha confesado que está en posesión de los datos robados y que trabaja en un proyecto de energía FIFU —dijo Daniel utilizando los altavoces de la mosca asesina—. Nos revelará la ubicación del laboratorio si la admitimos en Utopía. Su mensaje nos ha puesto sobre aviso así que al investigarlo hemos llegado hasta la fábrica donde trabajas. Tras un análisis exhaustivo hemos hallado unas instalaciones secretas en su sótano. Antes de hacerlo volar todo por los aires, he conseguido convencer a Maceda de que me deje hablar contigo y ver qué tienes que informar.

—¿Ibais a matarnos? —pregunté—. ¿Incluida a la doctora Clara, a pesar del chivatazo?

—No, hombre, lo haríamos cuando no hubiera nadie. Se está preparando un operativo con las autoridades locales para que la totalidad de los integrantes del programa sean detenidos. Pero eso lleva su tiempo, ya conoces la burocracia de este planeta, puede que ni siquiera consigamos la colaboración al final. Con respecto a la doctora, seriamos magnánimos por su participación. Aun así, puede olvidarse del billete para Utopía.

—¿Y qué hay del proyecto Lázaro? —pregunté.

Daniel puso cara de extrañado, no parecía que supiera nada de la fase dos del plan del general Segura. De forma resumida, le conté lo que me había dicho Clara.

—La doctora Gómez no ha contado nada de eso. En su correo decía que si aceptábamos su propuesta nos daría la localización del laboratorio, que ya hemos averiguado por nuestros propios medios, y que una vez a salvo nos proporcionaría información valiosa. Debía de tratarse de eso. Espera un momento.

De repente, el holograma de Dani desapareció, dejándome solo en la habitación. Aunque no había estado físicamente en la habitación, después de tanto tiempo sin verlo, había sido un reencuentro muy agradable. Sentí frío y soledad, a la vez que cierta inquietud a ver que la mosca electrónica seguía en el mismo sitio. Sentándome en el sofá, me envolví en la vieja manta. Quince minutos después, un holograma volvió a activarse. No se trataba de Dani, sino de Gerlin, el delegado especial para la Tierra.

—¿Qué tal muchacho? ¿Cómo te va?

¿Qué podía decirle?, ¿horrible? Gracias a que no me había ayudado había acabado en aquel miserable estado. Él era la máxima autoridad de Ágape en el planeta y podía haber hecho algo para liberarme.

—Vamos tirando —respondí sin reproche.

Al fin y al cabo, las leyes agapianas eran muy estrictas y ni siquiera los máximos mandatarios podían oponerse a ellas. Yo había sido juzgado y sentenciado, nada se podía hacer contra eso. De haber intervenido a mi favor, hubiese incurrido en prevaricación, siendo él también juzgado.

—Bien, es de vital importancia descubrir dónde se está llevando a cabo el proyecto Lázaro —añadió Gerlin, yendo directamente al grano—. Así que continuarás siguiéndoles el juego. Contacta con la doctora Gómez, si sabe la localización de esa base secreta, le concederemos asilo en Utopía. De lo contrario, no tiene nada que ofrecernos.

—¿Y qué hay de mí? —demandé.

Por su expresión pude ver que había tocado un tema sensible, incluso parecía que ahora tenía más años de los que solía aparentar. Un anciano afectuoso preocupado por cada uno de sus hijos adoptivos y no el duro hombre que jugaba con el destino del planeta.

—Lo siento, hay poco que pueda hacer. Tengo amplios poderes para todas las cuestiones que afecten a los habitantes de la Tierra, pero lo tuyo es algo interno y por lo tanto sujeto a las leyes agapianas. De todas formas, haré todo lo que esté en mi mano por ayudarte. La única posibilidad que tienes de volver a Utopía es que el Consejo de Ágape te indulte. Podría hacer una propuesta, sin embargo, ahora mismo no creo que haya argumentos suficientes para que la estimen. Quizás si prestaras un gran servicio…

El delegado no dijo nada más relevante en aquel encuentro; solamente que esperaba que me fuera bien, que sentía mucho mi estado y bla, bla…

Después de que se hubiese esfumado, el holograma de Dani regresó. Aunque ya no hablamos más de laboratorios secretos, de Segura o del Club de Cratos, sino que estuvimos rememorando viejos tiempos. Por una vez desde hacía ya bastantes meses, y a pesar de la distancia que nos separaba, sentí que me encontraba junto a un amigo. Algo que me hacía bastante falta.

Nada más entrar en el laboratorio supe que aquel día no iba a ser fácil. La noche anterior había estado hasta tarde con Dani, lo que originó que me presentara en el trabajo con ojeras y con cara de sueño. El entusiasmo que me contagiara mi buen amigo, pronto desapareció debido al gran malestar físico que sufría. Entré en la fábrica en un estado zombi. Hasta Curro y Santos se dieron cuenta de mi deplorable estado, aprovechando para burlarse de mí sin compasión. A pesar de que mi situación en la empresa había cambiado, seguían molestándome. Mas, sabía que ya no se atreverían a actuar contra mi persona, simplemente se limitarían a ladrar. No tuve fuerzas para replicarles y pasé junto a ellos con la cabeza baja. Para colmo, había vuelto a estornudar de forma reiterada. Temí que hubiese cogido algunas de las muchas enfermedades que circulaban por la ciudad. Tal vez, la de aquel tipo del autobús que se había sentado tras de mí días atrás. Si bien, la preocupación por mi salud desapareció al encontrarme en el laboratorio, esperándome, al general Segura.

—Ya era hora —dijo don Manuel, el cual se hallaba conversando con el general y la doctora Clara Gómez.

—Perdón, el autobús se ha retrasado más de lo normal —respondí mintiendo, no iba a decirles que me pasé la noche en compañía de un agente del SIU.

—Bien, ahora que ha llegado el boludo os voy a explicar el plan —anunció el militar.

El general hizo un gesto a uno de los dos gorilas que siempre lo acompañaban y el susodicho se aproximó portando un gran cilindro blanco. Inmediatamente, lo puso sobre la mesa y girándolo por el asa, extrajo un dispositivo que me resultó familiar.

—Esto es una unidad de contención portátil de masa crítica.

—Un UCP o portachispa —informé, haciendo referencia al término que solíamos utilizar en el Departamento de Energía.

Se trataba de un contenedor de energía FIFU. Puesto que ni siquiera los agapianos eran capaces de iniciar una reacción en cadena de fisión y fusión en frío, resultaba necesario que cada vez que se encendía un nuevo generador se trajera material activo de otro. Para ello, se habían creado estos dispositivos, se extraía del núcleo una minúscula masa en reacción y lo siguiente era liberarla en el nuevo reactor. Sin duda, cuando robaron las especificaciones para crear una central FIFU, estas también incluían la de fabricar una unidad de contención portátil.

—Ya veo que sabe lo que es, ahora le voy a decí lo que tené que hacer. Disponemos de un generador que no produce nada. Así que vamos a encenderlo. Vos y Manuel vais a ir y me vais a traer la *chispa* necesaria para que prenda.

—Eso va a ser difícil, únicamente los agapianos tienen esa tecnología —repliqué.

—Así es, pero a quince kilómetros de aquí tenemos una central agapiana.

—¿Quiere que robe en las instalaciones de San José de la Rinconada? ¿La que produce energía para media Andalucía? Eso es una locura. La última vez, en la de Buenos Aires, no le fue muy bien la cosa.

Mis palabras parecieron enojar al militar, incluso sus guardaespaldas se aproximaron, listos para saltar sobre mí como un dóberman ante la menor señal de su amo.

—Y espero que esta vez no lo estropees, sino vos y esa *mina* tuya vais a desear no haber nacido.

Desde que acepté trabajar para ellos, el general no me había dejado ver a Laura. Cada vez que preguntaba, me decía que estaba en un lugar seguro y que si cumplía mi parte, nos volveríamos a reunir. En realidad, ya dudaba de

que realmente estuviera en su poder e incluso que siguiera con vida. A pesar de su palabra, sabía perfectamente lo despiadado que podía ser aquel hombre.

—No nos dejarán entrar —objeté.

—Está todo preparado. No ha sido fácil, pero ya estáis registrados como visitantes autorizados.

Si habían conseguido robar las especificaciones de una central FIFU del mismo corazón de Utopía, aquello debía de ser un paseo de niños. Con todo, de tener éxito, no creía que tuviera la más mínima posibilidad de obtener el indulto agapiano, pues aquel delito era aún peor. Aparte, tampoco había garantía de que el militar cumpliera con su promesa.

—De acuerdo, no obstante, antes quiero ver a Laura —solicité con la esperanza de ganar tiempo y poder tratar el tema con Daniel.

—Ni hablar —fue la tajante respuesta del general—. En cambio, voy a darte otra cosa.

A continuación, sacó un teléfono móvil del bolsillo y pulsó varias teclas. Tras esperar que descolgaran, me pasó el terminal sin decir palabra.

—¿¡Sí!? —dije de forma dubitativa.

—¡Marcus! —me respondieron al otro lado de la línea, dándome un vuelco el corazón, hacía más de seis meses que no oía la voz de Laura.

Durante el tiempo transcurrido desde aquella mañana en que nos habíamos separado, había llegado a perder toda esperanza. Pensando, incluso, que podía estar muerta. Solo el recuerdo de su caminar por el pasillo de nuestro hogar alejándose, mientras yo permanecía tumbado en la cama, me había dado fuerzas para continuar su búsqueda. Ahora, por fin, aunque fuera por teléfono, había vuelto a encontrarla. Quería decirle mil cosas, a la vez que preguntarle otras muchas.

—¿Te encuentras bien? —pregunté casi llorando y lamentando que Segura no hubiese realizado una videollamada.

De haber sido tal modo podría haber vuelto a admirar aquellos ojos oscuros que tanto me cautivaban. Temí que le hubiesen hecho daño y por eso el general no quisiera que viera su rostro.

—Estoy bien, haz todo lo que te digan —imploró con un timbre de voz cargado de miedo.

—¿Dónde…? —Mi pregunta quedó en el aire al cortarse la comunicación.

Permanecí por varios segundos escuchando el tono de fin de llamada, esperando volverla a oír. Finalmente, el general me quitó el teléfono, volviéndoselo a guardar en el bolsillo. Me quedé transpuesto, había estado tan cerca y a la vez tal lejos de ella. Miles de emociones, que durante meses

habían estado enterradas en lo más hondo de mí, salieron a flote. Su sonrisa, su dulce fragancia, el roce de su piel vinieron a mi encuentro como si fuera la primera vez que los descubría.

—¿Cumplirás con tu parte del plan? —preguntó Segura.

Asentí, en mi estado no podía hacer otra cosa más que esperar que cumpliera su parte del trato y así volver a estrecharla entre mis brazos.

# 16
# Camino de San José de la Rinconada
# 8 de febrero de 2080

El todoterreno rugió furioso al acelerar don Manuel abruptamente. La gran puerta de entrada a la fábrica se hallaba abierta, así que de manera temeraria, y sin mirar si venía otro vehículo, salimos al exterior. Casi atropellamos a Santos al girar, sin embargo, pudo saltar a un lado en el último segundo. Yo, desde luego, no hubiese llorado por su pérdida. Mi jefe, o quien lo había sido durante todos esos largos meses, seguro que hubiese lamentado más los daños en el coche que arrollar a un empleado. Rápidamente, nos encaminamos hacia la salida más cercana del polígono. En el camino estuvimos a punto de chocar con varios coches y llevarnos con nosotros a un anciano que estaba cruzando por un borroso paso de peatones. El hombre nos saludó efusivamente con su bastón al pasar a escasos centímetros de su chivata. Incluso intentó golpear al vehículo con su temible arma, no obstante, íbamos demasiado rápido para sus torpes reflejos.

Que mi exjefe tuviera un enorme todoterreno no me sorprendía. El perfil de los conductores de este tipo de vehículos siempre solía ser el mismo. En su caso concreto, hacía tiempo que me había demostrado que no le importaba lo más mínimo el medio ambiente, ni los demás. Por otro lado, era muy prepotente y tenía tendencias agresivas. Con cada golpe de pedal pude ver como dejábamos atrás una gran humareda. Evidentemente, este vehículo nunca hubiese podido circular por Utopía.

Cuando llegamos a la glorieta de entrada al polígono, me sorprendió que don Manuel no se incorporara a la SE-40, al ser la ruta más corta para llegar a la central agapiana.

—¿Adónde vamos? —pregunté.

Tras encenderse un cigarrillo, sin que me consultara si a mí me molestaba, me respondió de malos modos:

—Tú encárgate del aparatito que yo cogeré el camino que me dé la gana.

No pude evitar echar una mirada atrás, en el maletero iba la unidad de contención portátil de energía FIFU. Todavía no tenía muy claro que pudiéramos entrar a la central agapiana tan fácilmente como decía el general. Y aún menos salir con el cilindro cargado con masa crítica. Tampoco parecía que mi acompañante estuviera muy convencido, al mostrarse más insufrible de lo habitual. La forma compulsiva con la que daba cada calada de su cigarro me reveló que su estado de nervios era peor que el mío.

Por otra parte, yo todavía albergaba la esperanza de que si éramos descubiertos, Daniel pudiera seguir intercediendo a mi favor. Estaba sorprendido de que el general hubiese mandado a aquella misión a don Manuel, puesto que se comportaba como un inepto. Sin duda, seguro que preferiría haber ido él mismo. Mas, al poner el primer pie en la central, todas las alarmas hubiesen saltado irremediablemente, ya que había sido declarado en búsqueda y captura. También podía haber mandado a uno de sus gorilas, si bien estos no parecían que tuvieran muchas neuronas en la cabeza. La doctora Clara Gómez, por sus conocimientos técnicos, hubiese sido la persona más idónea, pero parecía no confiar mucho en ella. Mi antiguo jefe era el más conveniente para vigilarme, sobre todo porque bajo su gran barriga portaba un arma. Asaltar una central agapiana con una pistola venía a ser algo impensable. Sin embargo, ir armado podía ser un buen elemento disuasorio para evitar que yo cambiara de opinión, una vez hubiésemos salido con éxito.

No tardamos mucho en llegar al primer puesto de control de la ciudad, donde nos encontramos con multitud de coches haciendo cola. Yo tenía un permiso de residencia del extrarradio, lo que me permitía entrar a la ciudad una vez a la semana, siempre que pagara la correspondiente tasa. Lamenté que mi conductor hubiese elegido aquel camino, ya tenía bastante con embarcarme en aquella aventura, sino que también me iba a costar el dinero. Para mi sorpresa, el todoterreno, ignoró la fila de coches que esperaban pacientemente y se dirigió a un carril libre. Pronto nos encontramos ante una recia barrera. Sin necesidad de que el vehículo se detuviera, el robusto brazo de metal se levantó dejándonos pasar. Antes de cruzar, pude ver un panel sobre nosotros en el que rezaba: «VIP». En aquel lugar todo estaba en venta, como un pase especial para entrar y salir de la ciudad sin tener que pasar por el engorroso control, ni tener que pagar una tasa cada vez que lo cruzara. Diversas cámaras leían la matrícula del vehículo y si estaba registrado en su base de datos lo dejaban pasar sin preguntas ni esperas.

El todoterreno recorrió velozmente diversas avenidas de la ciudad, en las cuales también se debía pagar un peaje electrónico para circular. Multitud de

cámaras por todo el recorrido se encargaban de registrar la matrícula y proceder al cobro de los importes correspondientes. Me resultaba extraño que don Manuel con lo tacaño que era utilizara estas vías cuando podía haber ido por la SE-40. Probablemente tendría hecho algún chanchullo para no pagar. Desde luego, el mundo se veía de manera diferente desde aquel todoterreno. En nada comparable con la visión habitual que yo tenía de la ciudad, vista desde un agujero de bala de un deplorable autobús.

Si normalmente el olor a tabaco ya me repugnaba, tener que respirar el humo de mi acompañante fue un suplicio. Hasta tenía sudores fríos por todo el cuerpo y me costaba respirar. Mis fosas nasales estaban totalmente taponadas y tenía la sensación de que por mi nariz estaba goteando un líquido negro. El humo había invadido todo el habitáculo del coche, así que bajé la ventanilla.

—¿Qué haces idiota? Se va a ir todo el frío.

Una bocanada de aire abrazador me golpeó el rostro. Ignoré a mi exjefe, a pesar de que el viento que entraba estaba muy caliente, fue un alivio para mí respirar aquel aire relativamente limpio. No era tan puro como el de Utopía, pero sí mucho más que el del interior del vehículo. Sin poder evitarlo, el cristal de mi lado volvió a ascender. Don Manuel, o ya simplemente Manolo, ya que había perdido el poco respeto que le tenía, me echó una mirada fulminante mientras accionaba el mando del elevalunas eléctrico. Debió de apreciar una expresión amenazante en mi rostro, dado que con hastío bajó su ventanilla y tiró lo que le quedaba de cigarro. El olor no desapareció, y tardaría en quitármelo de mi piel y ropa, pero por lo menos el humo fue disipándose. Orienté la rejilla del aire acondicionado hacia mi rostro y me sentí algo mejor, aunque seguía notándome débil y el dolor de garganta no se me quitaba.

En nuestra travesía me llamó la atención que hubiera tan poco tránsito de vehículos. No obstante, pronto descubrí que junto a nuestra vía había otra que estaba totalmente saturada de coches. Por lo visto, la mayoría de los conductores optaban por recorridos en los que no hubiese que pagar peaje, dejando estos para los pocos privilegiados que pudieran permitirse la tarifa, o como el caso de Manuel que tuvieran alguna forma de evadir el pago. Tengo que destacar que el asfalto estaba impoluto, debido a que apenas si circulaban automóviles por él. Ahora comprendía porque había tomado aquella ruta y no la SE-40. Por el otro lado, nos hubiésemos encontrado multitud de socavones, atascos y conductores hechos un basilisco.

En mi vida había visto cosas muy extrañas, pero lo que divisé desde aquel vehículo me dejó perplejo. A mi izquierda había como una gran construcción que parecía una antigua puerta de la ciudad. Destacaba por estar pintada en un amarillo muy chillón y por tener en su parte superior el retablo de una virgen. Lo más curioso era que aquella enorme puerta, que no impedía el paso a ningún lado, pues se podía rodear por su derecha, estaba custodiada por dos nazarenos con escopeta.

Extraño verlos allí de pie, hacía ya tiempo que había pasado la Semana Santa. Conmemoración que me pareció algo extravagante, aun así a pesar de no ser cristiano percibí un fervor y una fuerza especial que me hizo apreciar su gran belleza. Siempre que no pensara que solo portaban un trozo de madera y una vela, así como que vestían unos ropajes muy caros cuando media ciudad se moría de hambre. Y más de uno de aquellos nazarenos estaba dispuesto a renunciar a un plato de comida con tal de cumplir con sus obligaciones con la hermandad. El caso fue que lo que me llamó más la atención no fue la presencia de los nazarenos, sino que iban armados.

—¿Qué hacen esos tipos vestidos así? —pregunté temiendo una respuesta envenenada.

—Están protegiendo su territorio —contestó Manuel como si fuera lo más normal del mundo—. ¿Eres tonto? ¿No ves su antifaz verde? Su templo está justo detrás.

Evidentemente, desconocía las diferentes vestimentas y escudos de todas las cofradías de Sevilla, algo impensable para un natural como él. No me atreví a preguntarle nada más. Con el tiempo me enteraría de que cuando poco a poco el país, al igual que la mayoría de las naciones de este planeta, se fue yendo a la mierda, la policía y los cuerpos de seguridad se volvieron ineficaces, imperando la ley del más fuerte. En otras ciudades, el poder cayó en manos de organizaciones criminales o grandes corporaciones, que es lo mismo. Los ciudadanos intentaron protegerse a través de patrullas vecinales con escaso éxito, al primer tiro todos salían corriendo. En Sevilla son especiales, así que el vacío de poder lo ocuparon las hermandades y cofradías de Semana Santa. Al fin y al cabo, estaban organizadas, contaban con una jerarquía casi militar y disponían de unas estrictas reglas. Por no hablar que eran respetadas e incluso reverenciadas con cierto fanatismo. Aparte, pocos se atrevían a enfrentarse a ellas, así que únicamente tuvieron que cambiar el cirio por la escopeta. Aunque a veces las diferentes cofradías de la ciudad acababan a tiros entre ellas en disputa por su territorio.

—No sabía que lo hacían vestidos de tal modo —señalé.

—Como se nota que eres de otro planeta —respondió mordaz mi acompañante.

Que manía tenían todos en decirme que no había nacido en la Tierra, tal vez debería enseñarles en un mapa dónde estaba Utopía. Si bien, los que quizás fueran de otro mundo eran los sevillanos. Desde luego, que aquel tipo sintiera respeto por algo así era realmente chocante. No se puede decir que fuera buen cristiano, debido a que el amor al prójimo o los diez mandamientos no los llevaba muy bien. No obstante, al ser muy devoto de varias hermandades, él se consideraba un santo y que tenía ganado el cielo. Estoy seguro de que si el infierno realmente existía, sería donde acabaría.

Bueno, rápidamente fuimos dejando atrás a una de aquellas extrañas cosas con las que me encontré cuando salí de Utopía, sin duda, ellos dirían que mi ciudad natal era aún más rara. Pronto, habíamos cruzamos la ciudad y una vez atravesado el puesto de control, volvimos a encontrarnos en el extrarradio. Y con él, los atascos, los baches así como mis nervios de punta al estar a punto de chocar con diferentes vehículos.

Me llevé un gran susto cuando don Manuel tuvo que frenar en seco, al detenerse el auto que circulaba delante. Como era obvio, en ningún momento respetaba la distancia de seguridad. Lentamente, inmerso en una larga fila de coches fuimos avanzando hasta descubrir el origen de la retención. Un lujoso automóvil estaba detenido en el arcén con la puerta del conductor abierta. Al aproximarnos, pude ver que había dos personas más adelante, moviéndose de forma frenética. Pero hasta que no nos colocamos a su altura, no descubrí que estaban haciendo.

Tumbado en el suelo había un hombre con un elegante traje azul marino. Los dos individuos estaban propinándole patadas y puñetazos salvajemente. Incluso, estando con los cristales subidos, pude oír como le crujían los huesos a aquel infeliz. Todos los vehículos pasaron de largo sin prestarle ningún tipo de ayuda. Nuestro todoterreno se detuvo justo al lado de la atroz escena. Don Manuel bajó la ventanilla de mi lado. Por un instante, temí por mi integridad física. Los muy bestias harían con nosotros lo mismo que le estaban haciendo a aquel desgraciado. Sin embargo, lo que les dijo mi acompañante no buscaba detener aquella escabechina.

—¡Pegarle fuerte a ese imbécil! —gritó.

Continuamos camino mientras mi exjefe reía vilmente. No sé cómo anteriormente pude concebir que iba a hacer una buena acción. Era un ser realmente perverso y una desgracia para la humanidad.

—¿Lo conoces? —pregunté.

—Oh, sí. Es el concejal de urbanismo, un avaricioso. Tuve que pagarle una fortuna para que mirara para otro lado cuando hicimos el laboratorio. Maldito político corrupto, se ha llevado lo que se merece.

Curioso que lo acusara de corrupto siendo él quien le pagaba sobornos. Desde luego, viendo el vehículo de alta gama abandonado en el arcén resultaba evidente que el concejal no lo había comprado con su sueldo, debía de recibir más regalos aparte de los de Conservas Lolo. En general, toda la clase política de aquel país estaba podrida y corrompida. A veces salía algún político honrado y bienintencionado, con todo no tardaba mucho en ser apartado por sus propios compañeros.

El sistema democrático del país había sido totalmente pervertido. Desde hacía tiempo no funcionaba, ya que no se elegía al candidato más apto sino al que tuviera más popularidad, a pesar de ser un incompetente. Muchas veces ganaba aquel que, sin ningún escrúpulo, apelaba al voto del miedo. Aprovechándose del temor de los ciudadanos a diversos problemas sociales como la vivienda, la salud, el agua potable, la educación o la falta de comida. Normalmente, le echaban la culpa a los inmigrantes, al terrorismo o a la economía del país; por ello hacían descabelladas promesas que una vez en el poder caían en el olvido. O como mucho, el máximo periodo que un político era capaz de abarcar eran cuatro años. Nada que ver con Ágape, donde se trazaban planes de actuación a muy largo plazo, como décadas o incluso siglos.

Aparte del miedo de los ciudadanos de perder lo poco que tenían, existía un gran temor al cambio; por lo que el refrán «Más vale malo conocido que bueno por conocer» se aplicaba a rajatabla, a pesar de su incongruencia. Pocas personas se atrevían a abandonar su zona de confort, aunque fuera un infierno. De todas formas, tampoco había muchas alternativas políticas, pues todos eran igual de malos. Si para ser médico o físico nuclear era necesario pasar años estudiando una carrera, para ser político no hacía falta nada. Fue realmente desconcertante para mí descubrir el modo en que se formaban los gobiernos en la Tierra. Ni punto de comparación con los duros requisitos exigidos para ser miembro del Consejo de Utopía, donde para optar al cargo había que poseer una brillante carrera profesional, no existiendo ningún tipo de atajos ni favoritismos. También me resultaba curioso el comportamiento de los votantes. Por un lado, estaban los que por muy mal que lo hicieran sus candidatos, siempre lo apoyaban, a pesar de actuar en su contra. Igual de incomprensible eran los que pronto arremetían contra sus gobernantes, olvidando que los habían elegido ellos. Podría decirse que los ciudadanos

padecían la responsabilidad del votante, pues sus acciones o inacciones repercutían en sus vidas, teniendo al final lo que se merecían.

Con respecto a la corrupción, como la del aquel concejal que habíamos dejado atrás tirado en el suelo, su caso no era que fuera un inepto, sino que era demasiado listo. Enriquecer sus bolsillos, y los de quienes lo rodeaban, a costa de la Administración resultaba muy sencillo. Solamente tenían que poner la mano y algún ruin como don Manuel se los llenaría de billetes. Indudablemente muchos más debían de quedar ciegos. Pero cuando los funcionarios honrados elevaban la voz, pronto eran apartados. Siendo sustituidos bien por personas afines o bien por algún desgraciado manejable que no se atrevía a decir que no a su superior. En muchos casos, a estos gobernantes sin escrúpulos les gustaba poner a su lado a alguien incompetente por diversas razones. Como para que no les dijeran que hacían mal o si algo era ilegal. También solían sufrir síndrome de inferioridad, temiendo que les fueran a quitar el puesto. Así que si se rodeaban de gente torpe, dócil y de dudosa moralidad, su vida resultaría mucho más fácil, aunque la de los ciudadanos fuera mucho peor. Una cosa era evidente, los políticos, los responsables de solucionar los grandes problemas de un país, no solo no lo hacían, sino que se habían convertido en el origen de ellos. De esta forma funcionaban las cosas en España, y así seguirían sucediendo por mucho tiempo, a menos que los agapianos tuvieran éxito en sus planes a muy muy largo plazo.

La central agapiana de San José de la Rinconada era un calco de la de Buenos Aires, en realidad, todas las del planeta se habían diseñado igual, con la excepción de la ubicada en Utopía. Mientras nos aproximábamos por una desierta calzada, la cual se encontraba en perfecto estado de conservación, pude ver la gran cúpula del reactor. A mi mente acudieron los recuerdos de otra central y de los sucesos que se desencadenaron en ella, arrastrándome hasta la peliaguda situación en la que me hallaba entonces. Tuve un mal presentimiento, demasiadas cosas podían salir mal. Desde que nos descubrieran nada más entrar, hasta que realmente tuviéramos éxito y, una vez de regreso al laboratorio, todo saltara por los aires. Estábamos jugando con una energía muy volátil, con una tecnología rudimentaria y sin los estrictos protocolos de seguridad agapianos. Allí no habría escudo de contención, un error y toda Sevilla desaparecería. Hay una teoría que dice que la mítica ciudad de la Atlántida se encontraba no muy lejos, en las actuales

marismas de Doñana, siendo destruida por una gran catástrofe. Tal vez con el tiempo, Sevilla acabaría igualmente formando parte de las leyendas de este mundo.

El todoterreno pronto alcanzó el vallado que rodeaba las instalaciones. Don Manuel condujo directamente hacia la gran verja, la cual permanecía cerrada.

—Aparca ahí —indiqué señalándole el parking de visitantes donde había varios vehículos estacionados.

Entre esos automóviles pude ver incluso un monoplaza blanco de Utopía que destacaba por sus finas curvas y delicadeza frente a los robustos, y altamente contaminantes, vehículos locales. Aparcamos justo al lado, así que al mirar a su interior me percaté de que estaba en modo manual, puesto que el volante estaba a la vista. Nada más salir del todoterreno, un sol despiadado nos recibió. Rápidamente, tras coger el dispositivo de contención, nos encaminamos a la entrada peatonal. A diferencia de mi visita a la central de Buenos Aires, allí no había manifestantes ni antidisturbios. La relación entre el gobierno español y los agapianos era relativamente buena, en gran medida a causa de los privilegios que contaba con respecto al resto del planeta. Pasamos sin problemas por el torno exterior ante la atenta mirada de varias torretas de seguridad. Sin dilación, nos dirigimos al edificio principal.

Nuevamente, al cruzar el doble sistema de puertas tuve un *déjà vu*. Un frío glacial me abrazó y un amplio vestíbulo muy bien iluminado nos dio la bienvenida. Junto a Manuel caminé hacia el mostrador, donde, como era habitual, dos guardias de seguridad con uniforme gris nos esperaban. Noté el nerviosismo de mi acompañante. Yo, en cambio, estaba más tranquilo. Por un lado, debido a la familiaridad con el entorno y, por otro lado, porque no nos habíamos quedado atrapados en el doble sistema de puertas. El verdadero escáner y control se realizaba al entrar, de haber saltado las alarmas el sistema nos hubiese dejado encerrado entre los dos cristales blindados.

—Buenos días —dijo uno de los guardias con pronunciado acento de la zona.

Ante el incomprensible silencio de mi acompañante, me apresuré a responder:

—Buenas, venimos del Departamento de Energía a hacer unas comprobaciones.

Seguidamente coloqué la palma de mi mano sobre el mostrador. El hombre pulsó un par de botones en su terminal y una luz roja brilló bajo mi mano.

—Muy bien, señor Expósito.

Evidentemente, el general Segura no podía haber cambiado mis datos personales del ordenador central, pero sí limitarse a conseguirme autorización para entrar. Con el tiempo, sin duda, descubrirían mi presencia. Claro que a él tampoco le importaba esto. Retiré la mano y miré a mi acompañante. Mi exjefe se había quedado de piedra. Vaya momento que había elegido para quedarse callado, él que siempre tenía que llevar la voz cantante. Disimuladamente le di una patada en la espinilla y por fin reaccionó.

La luz volvió a brillar bajo su mano y el guardia, dirigiéndole a su compañero una sonrisa, anunció:

—Puede pasar, señor García.

Tuve claro que aquellos dos guardias de seguridad eran los que el general había sobornado. Con la patética actuación de mi cómplice en aquella fechoría, cualquiera se hubiese dado cuenta de que algo iba mal. Crucé los dedos para que no nos encontráramos con nadie más.

Después de atravesar el detector de metales, el cual ni siquiera pitó al pasar el dispositivo de contención o la pistola de mi exjefe, me dirigí, seguido por un dócil Manuel, al ascensor. Nada más entrar, el susodicho, por fin volvió hablar.

—Lo hemos hecho bien, se lo han tragado.

No me molesté en responderle. Cada vez me dolía más la garganta e incluso pronunciar una palabra era un suplicio. Nuevamente maldije el mal hábito de fumar de mi compañero. Estaba seguro de que todos aquellos componentes tóxicos habían irritado tanto mi delicada campanilla como mis fosas nasales, por ello me costaba tanto respirar. Con respecto al malestar general que sufría, seguía achacándolo a las pocas horas de sueño. Aunque cada vez me venía más a la mente el tipo enfermo del autobús.

Las puertas del ascensor se abrieron y con ellas intenté apartar mis sombríos pensamientos, en ese momento tenía cuestiones más urgentes. Nuestro destino era el corazón mismo del reactor, así que tracé un recorrido en el que evitáramos las zonas más concurridas. Obviamente, no podíamos atravesar la Sala de Ingeniería, como sería lo habitual. El jefe del área sin duda demandaría explicaciones de nuestra presencia. Cualquier operación en el núcleo siempre debía de ser previamente notificada por el Departamento de Energía a los responsables de la planta, por lo tanto nuestra tapadera se vendría abajo.

—Por aquí —anuncié sin esperar respuesta, girando a la derecha. Don Manuel estaba más perdido que un piojo en la cabeza de un calvo, así que sin

rechistar me siguió en silencio.

Recorrimos varios pasillos, asimismo, subimos y bajamos por varias escaleras. En nuestra laberíntica ruta hasta el núcleo del reactor nos cruzamos con multitud de operarios con bata blanca. A pesar de su desconcierto, nadie nos preguntó por nuestra presencia. El caso era que si el sistema de seguridad de cada puerta nos daba acceso, todos pensaban que contábamos con autorización para hacer lo que estuviéramos haciendo. Es lo malo de confiar demasiado en la tecnología.

Por fin nos encontramos frente a la antecámara de la sala de control del núcleo, ya más allá de ella ningún ser humano podría continuar. En esta sala podríamos conectar el dispositivo de contención y extraer la masa crítica necesaria para nuestro generador FIFU. Un único obstáculo se alzaba en nuestro camino, el control de acceso ulterior. Las medidas de seguridad eran más elevadas en esa zona, tanto que ningún trabajador de la planta podía acceder sin autorización expresa y programada.

Al igual que cuando quise entrar en la Sala de Operaciones de la central de Argentina, un soldado del Cuerpo de Seguridad de Utopía vigilaba desde una garita blindada. Tuve que reprimir el impulso de llevarme una mano a la frente, las cuales estaban bañadas en sudor. Nada más llegar ante aquel hombre armado, anuncié:

—Buenas, tenemos autorización para entrar en la antesala.

—No he sido informado —anunció extrañado.

—Compruébelo, por favor —solicité rogando que el general Segura hubiese hecho bien su trabajo.

Durante unos segundos interminables, aquel agente estuvo tecleando en su terminal. Finalmente, para nuestro alivio, exclamó:

—Es verdad, no sé por qué no me ha llegado el aviso. Pasen de uno en uno, por favor.

Puse mi mano sobre el panel de la pared e inmediatamente la puerta se abrió. Entré en aquella celda de cristal donde fui minuciosamente escaneado. De repente, escuché una alarma y el habitáculo se iluminó con una luz roja. Al mirar atrás, pude ver al agente muy concentrado leyendo su pantalla, mientras la cara de Manuel se llenaba de espanto.

Estaba atrapado, las dos puertas permanecerían firmemente cerradas hasta que el agente las desbloqueara. Estuve tentado de golpearlas con el dispositivo de contención que llevaba en la mano. Pero hubiese sido inútil, era cristal blindado, ni con un mazo conseguiría quebrarlo. Así pues me resigne a mi suerte.

De forma pausada, el guardia se levantó de su asiento y se dirigió al intercomunicador. A través del altavoz del habitáculo escuché:

—El sistema ha detectado que está infectado con un rinovirus, debe usted pasar por la clínica cuando vuelva a Utopía.

La puerta se abrió tras un pitido, permitiéndome continuar. Con premura, le di las gracias y entré en la sala de control del núcleo. La estancia se encontraba en penumbras, ya que la única luz procedía de mi espalda. No obstante, al cerrarse la puerta, me quedé totalmente a oscuras. Me resultó extraño, se debían de haber encendido las luces al poner el primer pie dentro. Busqué a tientas el interruptor, si bien antes de encontrarlo la puerta se volvió a abrir. Don Manuel penetró como una exhalación, no dándome tiempo a indicarle que dejara la puerta abierta para tener algo de luz.

—¡Qué carajo! —exclamó cuando volvimos a quedarnos a oscuras.

De repente, como si se tratara de un relámpago, toda la habitación se iluminó. Simultáneamente oí el zumbido de un arma táser y como mi compañero caía al suelo. Me preparé para lo inevitable, con esa iba a ser la tercera vez que me incapacitaban con un arma de ese tipo en algo más de seis meses, por lo menos en esa ocasión esperaba que fuera con una agapiana, la cuales son mucho menos dolorosas.

Al contrario de lo que esperaba, el dolor no llegó y el mundo no se hizo aún más oscuro. Pude escuchar como alguien se aproximaba. Al girarme, vi como una silueta se abalanzaba sobre mí. Me protegí ante un inminente golpe, sin embargo, lo que noté fue que me abrazaban y me daban unos golpecitos en la espalda.

—¿Qué pasa, tío? —gritó una voz junto a mi oído.

Las luces se encendieron y por toda la habitación aparecieron agentes del SIU armados, pero sin apuntarme. Al mirar al individuo que me sujetaba firmemente, descubrí a un sonriente Dani.

—Nada, aquí dando un paseo —respondí alegre de encontrarme, esta vez en carne y hueso, con mi viejo amigo.

# 17
# Central energética de San José de la Rinconada
# 8 de febrero de 2080

Desde que me encontrara con el general Segura en la mañana, había estado sometido a un gran estrés. En primer lugar, por encomendarme una misión imposible; la cual desde el principio le vi pocas probabilidades de éxito. Por otra parte, tras muchos meses buscándola, por fin había vuelto a escuchar la voz de Laura. Me había sentido aliviado, pero a la vez aún más presionado para liberarla. Desde luego, el paseo en coche con don Manuel tampoco resultó muy relajante. Estuvimos a punto de colisionar en varias ocasiones y de llevarnos por delante a un pobre anciano. Asimismo, la escena del concejal en el suelo siendo golpeado sin piedad fue bastante perturbadora. Una vez dentro de la central, el miedo a ser descubierto hizo que mis nervios estuvieran a punto de hacerme salir corriendo. En mi mente, me imaginaba a Maceda a la vuelta de cada esquina. No hay que olvidar que oficialmente yo era un traidor y de descubrirme en aquellas instalaciones, difícilmente tendría oportunidad de explicar mi presencia. Estaba seguro de que Maceda me hubiese disparado sin preguntar y esta vez podría ser a matar.

Después de todo lo vivido, hallarme junto a Daniel, con la garantía de estar a salvo, casi me hizo llorar. De repente me invadió un gran agotamiento, tanto que tuve que pedir un asiento para no caerme al suelo. Rápidamente me trajeron una silla y una bebida reconstituyente. Mi cuerpo había estado sometido a mucha tensión durante demasiado tiempo, produciendo ingentes cantidades de adrenalina. Ahora, ya más calmado, se relajaba tanto que me originaba una gran debilidad.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté a Daniel sin apenas fuerzas.

—Pues esperarte. Te hemos sometido a un seguimiento especial desde anoche, así que al veros camino de la central, no ha sido muy difícil adivinar con qué propósito. Sobre todo cuando al escanear el coche hemos detectado un portachispa.

—Dani, tienen a Laura, he hablado con ella. Si no les llevo lo que quieren, la matarán.

Mi buen amigo apartó la vista. Resultaba evidente que a pesar de que ella era una víctima más, seguía sin gustarle. A continuación preguntó:

—¿Has averiguado dónde se desarrolla el proyecto Lázaro?

—No, no he tenido oportunidad de hablar con Clara.

—Bueno, en ese caso seguiremos representando el papel. Todavía no hemos conseguido la colaboración de las autoridades locales, así que tenemos que ir con mucho cuidado. No me extrañaría que tengan gente dentro del gobierno. Por lo tanto, necesitamos más tiempo. Si se enteran de que han sido descubiertos, volverán a desaparecer del mapa y borrarán cualquier rastro, lo que incluye a la doctora Gómez.

Daniel no parecía muy preocupado por el bienestar de Laura, sus intereses estaban centrados en capturar a los responsables de aquello. Nos conocíamos desde hacía mucho tiempo, por lo que debió de leerme los pensamientos ya que agregó:

—No te preocupes, organizaremos un intercambio para que liberen a tu novia.

—¿Qué le vamos a dar a cambio?

—Pues ese dispositivo tan tosco que has traído, bien cargadito de energía —dijo con un brillo en los ojos que me resultó conocido y perturbador.

No creía que desde Utopía fueran a consentir que yo saliera de aquella central con una masa crítica, que permitiría a los terrícolas generar su propia energía FIFU de forma ilimitada. Por la actitud de Dani, sospeché que tenía un plan que no iba a gustarme.

—Les llevarás el dispositivo, si bien no portará masa crítica. Con unos pequeños ajustes, lo cargaremos de plasma y parecerá que está cargado. Incluso hará funcionar ese generador que habéis construido, durante un rato.

—No tardarán en descubrirlo —objeté.

—Ya, pero tú y Laura podréis estar lejos cuando eso ocurra —respondió con una sonrisa.

El plan podía ser bueno, así oído. Solo tenía que concertar la cita con el general, entregarle el dispositivo y si cumplía su parte del trato, salir pitando de allí con Laura.

—Vale, lo haremos como tú dices.

A continuación, estuvimos precisando los pormenores. Lo más difícil fue encontrar un sitio donde realizar el encuentro. Finalmente, valiéndonos de la red de satélites, encontramos un lugar abandonado no muy lejos de Sevilla.

Me reuniría con ellos en un viejo cortijo andaluz, apartado y lejos de ojos indiscretos. Aparte, contaba con varias vías de escape. En todo momento, Daniel supervisaría la operación desde la central del SIU. No tenían autorización para llevar a cabo una operación hostil en España, pero era optimista en conseguir pronto la colaboración con las autoridades locales. Normalmente, tanto las fuerzas agapianas como utopianas, actuaban sin consentimiento en cualquier punto del planeta y ya luego aplicaban la diplomacia. No obstante, España destacaba por ser un aliado preferente y con ella se hacía las cosas de forma más correcta. Aunque esto suponía más tiempo y que todo fuera más enrevesado.

—Bien, ¿estás listo? —me preguntó pasándome el teléfono móvil de don Manuel.

Mi exjefe había recuperado el sentido, mas no había tenido muy buen despertar. Encontrarse esposado y rodeado de agentes del SIU, mientras yo debatía amigablemente con uno de ellos, no le hizo mucha gracia. Me dedicó toda una serie de insultos y amenazas. Sin embargo, cuando Dani le comunicó que lo iba a mandar en una cápsula espacial directamente al Sol, se volvió mucho más colaborador. Desde luego era un farol, lo que no impedía que fuera a ser juzgado y condenado por sus acciones. El caso fue que amablemente nos hizo entrega de su móvil, indicándonos el número del general Segura.

—¡Dígame! —dijo una voz autoritaria al otro lado de la línea.

—Soy Marcus, tengo lo que me pidió.

—¡Carajo! ¿Dónde está Manuel y por qué tené vos su celular? —me gritó dejándome medio sordo.

Me tomé un par de segundos antes de responder. No necesitaba verle la cara para saber que el militar estaba muy cabreado.

—Lo han cogido, pero yo pude escapar.

—Bueno, huevón, ¿a qué esperas para vení acá? —No parecía que le importara mucho la suerte acontecida a su hombre.

—Necesito una garantía de que va a cumplir su parte, por ello, lo mejor es que quedemos en un lugar neutral. Yo le doy el dispositivo y usted a Laura.

—Míralo, al pelotudito éste, me salió listillo. Tráemelo ya o corto a tu novia en trozos y te la mando en una caja.

Daniel, el cual permanecía a mi lado escuchando la conversación, me puso una mano en el hombro, alentándome a que permaneciera firme. De no ser por él, hubiese corrido con el rabo entre las piernas.

—En ese caso, jamás conseguiréis encender el generador. Iré a los agapianos y se lo contaré todo. Destruirán el laboratorio, incrementarán la seguridad y no descansarán hasta que te den caza.

—Vos será el primero al que ejecuten —replicó el argentino.

—¡Me da igual! —grité.

Mis palabras debieron de sonar convincentes, a pesar de que estaba temblando como un flan. De haberlo tenido delante, no dudo de que se hubiese echado a reír en mi cara. Afortunadamente, no podía verme, por lo que a regañadientes dijo:

—Conforme, pelotudo. Decí el sitio.

Le di las instrucciones para que llegara a la finca abandonada. No estaba lejos de una polvorienta carretera, del tal forma que no debía de tener problemas para encontrarla.

Tras colgar, miré a los ojos a Daniel. De modo esquivo, me apartó la mirada. Ciertamente no estaba conforme con que tomara aquel riesgo, él era partidario de que esperáramos para tener autorización y detener al general así como a todos sus colaboradores. No obstante, sabía lo que significaba para mí Laura y lo aceptaba, no intentando hacerme cambiar de opinión.

—Será mejor que te lleves esto —dijo ofreciéndome un arma de fuego.

Se trataba de la pistola de don Manuel. Evidentemente no podía darme un arma de Utopía, ya que era tecnología agapiana, pero eso no impedía que me proporcionara una terrícola.

—Ya sabes cómo se utiliza, aunque ten cuidado, estos artefactos tienen mucho retroceso.

Durante unos minutos más, estuvimos discutiendo e intentando adelantarnos a todo lo que podía salir mal, es decir, un montón de cosas. Cuando creímos que estaba todo bien atado, dejamos de lado las cuestiones referentes a aquel encuentro y acabamos haciendo planes de lo que haríamos juntos si yo era readmitido en Utopía. Con todo, ambos sabíamos que se trataba de una posibilidad muy remota.

Giré a la derecha y el todoterreno abandonó la carretera para entrar en un olvidado camino. Tengo que reconocer que conducir aquel enorme vehículo era bastante gratificante, me sentía como si llevara los mandos de un tanque. Al final, no solo le había arrebatado a don Manuel su arma, sino que me había apropiado de su todoterreno. Al principio, me costó un poco habituarme a conducir un vehículo tan grande. La enseñanza utopiana abarcaba el manejo

de todo tipo de vehículos, tanto agapianos como terrícolas, así que contaban con las nociones básicas para pilotar desde una nave *Rapaz* hasta una simple carretilla.

Hubiese disfrutado más de aquel viaje de no ser porque, la mayor parte del trayecto, lo tuve que hacer conduciendo con una mano. Continuamente me veía obligado a hacer uso de pañuelos. Mi nariz estaba expulsando todo tipo de mocos. Hasta juraría que me salían por los ojos y las orejas. Mi resfriado, pues ahora sabía cuál era el origen de mi calvario, había evolucionado a una fase de continuo moqueo. Antes de salir de la central, alguien me hizo entrega de un paquete de pañuelos de papel y de un par de analgésicos. Los pañuelos ya apenas si me quedaban y las dos pastillas que había tomado no parecía que me hubiesen hecho ningún efecto. Me encontraba fatal. De las muchas enfermedades que podía haber cogido, aquella no solía ser mortal entre los terrícolas; no obstante, con mi sistema inmunológico, desconocía si llegaría a superarlo.

No tardé mucho en alcanzar mi destino. Justo antes de entrar en la era, donde en el pasado se trillara el cereal, vi un descolorido cartel en el que se podía leer:

«Cortijo Trigos Verdes».

Por desgracia, ya nada crecía en la finca. Con el cambio climático, todo el Valle del Guadalquivir se había convertido en un inmenso desierto. La que fuera la despensa de Europa se había marchitado, convirtiéndose en un territorio hostil y baldío. Las fincas como aquella pronto dejaron de tener utilidad, siendo abandonadas a su suerte. A pesar de encontrarse parte de la edificación derruida, pude apreciar que en su día debió de ser una importante hacienda. Incluso observé el esqueleto de troncos y ramas. En el pasado, una pequeña arboleda había proporcionado sombra a sus moradores. La muerte se respiraba por el lugar, únicamente esperé que esa no fuera mi tumba.

El viento cargado de arena soplaba con fuerza, golpeando los cristales del coche con ímpetu. Por otro lado, un sol abrazador brillaba en lo alto. Ante este panorama decidí permanecer en el coche con el motor y el aire acondicionado encendidos. La soledad reinante, mi estado, tanto físico como mental, hicieron que la espera me resultara eterna. Por fortuna, quince minutos más tarde, vi acercarse un coche negro. No tuve la menor duda de que se trataba del general Segura, probablemente con Laura, nadie más tendría un motivo para aventurarse a ir a un paraje como aquel.

Lentamente, el vehículo se adentró en la era. Poco después se detuvo a unos cuarenta metros de mi posición. Al tener los cristales tintados, no pude

ver quiénes iban dentro. No tuve que esperar mucho, la puerta del conductor se abrió y del interior salió un individuo vestido de negro con ropas del desierto, turbante y gafas de sol. A pesar de su vestimenta, pude identificarlo con facilidad; se trataba del general. La puerta del copiloto también se abrió, saliendo del vehículo una mujer. Por un momento, pensé que se trataba de Laura, pero por su larga melena pelirroja me di cuenta de que era la doctora Clara Gómez. Iba vestida con unos vaqueros y una blusa celeste. Normalmente, siempre llevaba puesta su habitual bata blanca, la cual ahora determiné que no le favorecía mucho.

Tras esconderme el arma que me diera Daniel a la espalda, salí del todoterreno. Sin dilación, rodeé el vehículo y esperé a que fueran ellos quienes se acercaran. Al no llevar gafas como el general, el sol me deslumbró y la arena se me metió en los ojos, por lo que tuve que protegerme con la mano. El viento soplaba con tal fuerza que hasta la palma de la mano me dolía al impactar contra ella punzantes granos de arena; los cuales se clavaban por toda mi piel como ardientes agujas.

—Vaya sitio al que me has traído —se quejó el general nada más llegar a mi altura.

Tras lanzarle una mirada no muy amistosa, mis ojos se desviaron hacia el vehículo negro. Con los nervios a flor de piel, pregunté:

—¿Dónde está Laura?

—En el auto. ¿Y el dispositivo?

No sabía si fiarme de él, con los cristales oscuros era imposible saber si había alguien dentro. Aunque mis temores se esfumaron al ver como Clara bajaba la cabeza asintiendo. A pesar de nuestro primer encuentro, había llegado a apreciar y respetar a aquella mujer. Tanto que no tenía motivo para desconfiar, menos aún cuando sabía que quería colaborar con los agapianos.

—Lo tiene en el todoterreno —respondí.

El general abrió el portamaletas, comprobó que la unidad de contención portátil estaba allí y se apartó a un lado haciendo un gesto a la doctora. Clara se aproximó y verificó su estado.

—Está cargado. Todo correcto —confirmó.

—Entonces, ya podemos irnos —anunció el general.

Sin embargo, el militar no se movió, puesto que se encontró con un arma en mi mano apuntándole directamente a la cabeza.

—Libera a Laura —exigí.

Durante un instante, el militar permaneció impasible sin moverse; no dando muestras de que la situación le pusiera nervioso. Sin duda, no sería la

primera vez que le apuntaban con un arma y probablemente el que lo hiciera parecería más intimidante que yo. Aparte, no creía que quien se hubiera atrevido a hacer algo así hubiese acabado muy bien. Debido a que el general estaba vivo, aquel valiente que lo hubiese hecho debía de estar criando malvas. Tras unos segundos, que a mí se me hicieron eternos, alzó el brazo y lo agitó en el aire.

Una de las puertas de atrás del vehículo en que habían llegado se abrió. Pude ver como una persona, no muy corpulenta, descendía de él. Iba vestida con una túnica marrón oscura, muy parecida a la chilaba marroquí femenina. No obstante, su rostro se mantenía oculto bajo una capucha, así que no pude verificar si se trataba de Laura.

A pesar de que caminó con presteza a nuestro encuentro, el tiempo pareció detenerse. Mi corazón latió de forma desbocada, mientras contemplaba a través de una espesa nube de polvo a aquella mujer aproximarse. Tuve que hacer acopio de toda mi fuerza de voluntad para no correr a su encuentro. Hasta mi mano derecha comenzó a temblar, haciéndose insoportable el peso del arma. Justo cuando llegó hasta nosotros, una bocanada de aire le apartó ligeramente la capucha, dejando a la vista unos rizos rubios y unos rasgos desconocidos. Hacía tiempo que no le veía la cara a Laura, pero no había olvidado su bello rostro, aparte de que ella tenía el pelo oscuro. El pánico me invadió. ¿Quién era aquella mujer y dónde estaba mi amor?

—¡Hola, cariño! —exclamó la recién llegada con una voz que me resultó familiar—. Soy yo. Me obligaron a someterme a cirugía de contorno facial y a teñirme el pelo, por eso no me reconoces.

Aun teniendo unos rasgos diferentes, la manera en que me sonrió fue inconfundible, al igual que sus cautivadores ojos oscuros. Estos cambios explicaban por qué los satélites agapianos no habían sido capaces de encontrarla. Con la cirugía, el reconocimiento facial había fallado. Yo quería creer que esto se debía, al igual que había hecho el general Segura, a que siempre había permanecido en todo momento con el rostro oculto cuando estaba en el exterior. Ya que la otra posibilidad era que estuviera muerta.

Laura se lanzó a mis brazos. Durante unos segundos, permanecimos enlazados el uno junto al otro. Tras cierta confusión, cuando por fin acepté que se trataba de ella, sentí una dicha como jamás había experimentado. Tuve que pasar por un auténtico infierno para encontrarla, perdiendo a veces toda esperanza. Tanto que hasta había intentado sin éxito quitarme la vida. Ahora

todo aquel sufrimiento había merecido la pena. No importaba si no conseguía regresar a Utopía, si seguía con ella sería dichoso.

Aunque las cosas nunca salen como uno espera. En ocasiones, las personas que crees conocer resulta que son muy diferentes a como tú creías. Sin darme cuenta, la pistola que empuñara había desaparecido de mi mano. Solo la eché en falta cuando Laura se apartó de mí y el general se interpuso entre nosotros, apuntándome con mi propia arma.

—Yo ya he hecho mi parte —dijo Laura, dándose la vuelta y dirigiéndose al coche.

Me quedé paralizado, sin llegar a comprender qué estaba pasando. No comprendía por qué ahora ella se marchaba, ni porque me había quitado el arma, dándosela a mi enemigo. El general comenzó a reír de modo delirante.

—Reverendo boludo, ¿todavía no te das cuenta?

No pude responder, nuevamente, al igual que pasara hacía ya más de seis meses, la veía caminar por un pasillo invisible alejándose de mí. Esa imagen me había dado fuerzas durante todo este tiempo. Ahora ese recuerdo se desvanecía a la vez que mi embotado cerebro intentaba encajar las piezas. Por suerte, el general estaba allí para revelarme lo que mi raciocinio me gritaba, pero que mi corazón se negaba a creer.

—Desde el principio ha trabajado para nosotros, so pelotudo. La pusimos junto a Green y cuando él lo dejó, buscamos a otro idiota para sustituirle. Ella era nuestro topo en la central de Buenos Aires y vos la metisteis en la misma Utopía. Y para arreglar las cosas, le disteis acceso a los planos.

El general no paraba de reír. Yo, por mi parte, al fin fui consciente del motivo por el que no me mataron cuando me descubrieron en Sevilla. Me había convertido en una marioneta y Laura era quien movía los hilos. Mientras veía como volvía a entrar en el coche y mi corazón se hacía añicos, me pregunté qué le habría ocurrido al anterior títere de aquella viuda negra.

—¿Qué habéis hecho con Green? —pregunté, a la vez que del vehículo salían los dos gorilas que acompañaban siempre al general.

—¿El yanqui? Tuvimos que quitarlo de en medio. Al hacerlo desaparecer parecía que él formaba parte del plan, así Laura quedaba fuera de sospecha. Su muerte fue un daño colateral, como les gusta decir a los americanos.

Los guardaespaldas del general pronto llegaron hasta nuestra posición. Inmediatamente, les ordenó:

—Coged el dispositivo y llevadlo al auto. Yo tengo antes que dar un paseo con este boludo.

Volviéndose hacia la doctora Gómez, la cual había permanecido callada mientras la verdad salía a la luz, sin perder atención de cuanto allí se había dicho, le advirtió:

—Querida, será mejor que vayas con ellos, vos no va a queré ver esto.

Clara se acercó a mí y dándome dos besos en las mejillas, me dijo realmente consternada:

—Lo siento mucho.

No había tenido oportunidad de hablar con ella desde mi reunión holográfica con Dani, así que le susurré al oído:

—Utopía acepta.

No dio muestras de que me oyera. Con lágrimas en los ojos se volvió y se marchó junto a los dos hombres que portaban el dispositivo en dirección al vehículo.

—Ahora, vos y yo vamos a dar un paseo —anunció el general dándome un golpecito en el hombro para que comenzara a caminar.

Nos dirigimos a la finca. Un gran portón verde de madera se había derrumbado junto a la entrada de una amplia nave, dejando a la vista el interior. Pude ver una inmensa y oscura cavidad, casi completamente llena de arena. El desierto había reclamado aquel sitio como propio. Pese a ello, puede que debajo de aquella montaña quedasen algunos enseres de los antiguos moradores del lugar. Algo improbable, puesto que los saqueadores debían haber acabado con todo hacía tiempo. El general, a lo largo de lo que a mí me pareció una eternidad, observó el interior de la nave. Debió de determinar que no iba a ser un buen sitio para esconder un cuerpo, ya que volvió a empujarme con el arma para que continuara rodeando el edificio.

Justo antes de girar la esquina, pude ver como varios coches se aproximaban por el camino. Casi llegué a pensar que venían a mi rescate, si bien al fijarme mejor en ellos me di cuenta de que eran idénticos al que ya estaba aparcado en la era y en el que esperaban los dos matones y la traidora de Laura. De todos modos, el general me sacó de dudas:

—Son más de mis hombres. Pensé que me habías preparado una trampa, pero veo que sois aún más tonto de lo que creía. Sabes otra cosa, ¿a qué no adivinas para quién robó Laura una dosis de tecnonanocuerpos?

—¿No fue para su sobrino? —pregunté, crédulo de mí.

—Ja, ja. No, no tiene ninguna familia. Era yo quien estaba muy enfermo y hubiese muerto de no ser por la cura. Así que nuevamente tengo que darte las gracias.

Sin duda, todo había sido una gran mentira. Me pregunté en qué momento Laura determinó que yo sería su juguete. Tal vez fuera en Buenos Aires, tras salvarle la vida cuando estalló la central. O tal vez tras aquel café que tomamos en Megaocio. Sí, debió de ser entonces. Recuerdo que cuando le conté que había tenido una reunión con el delegado especial para la Tierra, algo cambió en ella. Desde entonces dejó de ser tan fría conmigo, volviéndose mucho más cordial y amigable. Tanto que cuando le pedí volver a quedar no dudó en aceptar. Después, ya fue tarde para mí, había caído en sus redes.

Abatido, fuimos rodeando el cortijo hasta quedar fuera de la vista de los demás. Aunque pareciera increíble, nos encontramos con una gran higuera. Por ella todavía corría savia por sus ramas. Incluso tenía hojas y hasta algunos frutos maduros. A veces la vida es capaz de sobrevivir en los entornos más hostiles. El general Segura examinó atentamente el arbusto. Al final, sin dejar de apuntarme, cogió un higo de una de las ramas y de un bocado, abrió el fruto, separando la piel de la carne. Seguidamente, de forma voraz, engulló aquella dulce fruta, escupiendo a un lado la rugosa piel. Técnicamente, no era una fruta, sino una infrutescencia (un conjunto de frutos). Lo más curioso, sin embargo, es que estas flores para polinizarse necesitan de ayuda externa, concretamente de las avispas de los higos; las cuales depositan sus larvas en el interior. Así se produce una simbiosis entre ambas especies. En realidad, esta dependencia no solo tiene lugar entre el reino vegetal y animal, entre los humanos también es muy frecuente. No obstante, la mayoría de las personas no son conscientes. Tal vez algún día el general, y aquellos que piensan como él, se dé cuenta de lo mucho que necesitan a los utopianos. Por otro lado, hay gente incapaz de ver esta obviedad por muy clara que se les muestre, llegando a morir en su empecinamiento.

—Hace tiempo confesé que quería pegarte un tiro y ese día ha llegado —anunció el general con la boca manchada con el jugo del higo—. De rodillas. ¿Vos tené algo que declarar antes?

Por unos segundos, mientras hacía lo que me pedía, pensé en algo. Pero ¿qué iba a decir?, ¿no me mate? Era absurdo pedir clemencia ante aquel individuo. Sabía que no tendría compasión conmigo. Lloriquear no serviría para nada, no iba a darle esa satisfacción.

—No —respondí.

## 18
## Cortijo Trigos Verdes
## 8 de febrero de 2080

Seis días. Ese era el tiempo que hacía desde que estuviera a punto de morir en un destartalado sofá de un piso de Sevilla. En aquella noche, me puse una bolsa en la cabeza y quise acabar con mi vida, pero fallé. Muchas cosas habían sucedido desde entonces. De una total desazón, había pasado a la esperanza al toparme con una pista sobre Laura. Después, mi situación había mejorado al trabajar en el laboratorio, dejando de pasar hambre y contando con algunas comodidades. Más tarde, volví a encontrarme con Dani y aparecieron las intrigas, aventuras y una nueva meta. Poco después, llegó el júbilo: había encontrado a Laura. Un nuevo porvenir, no tan aciago, nos esperaba juntos. Si bien, la diosa Fortuna era caprichosa y Venus incluso más. Tanto, que el amor de mi vida, aquella persona por la que había renunciado a todo, abandonando Utopía y bajando a los infiernos, me traicionó. Nuevamente, me hallé abatido y descorazonado.

En ese contexto, que fuera a recibir un tiro carecía de importancia. Solo lamentaba que en mi intento de suicidio me hubiesen fallado las fuerzas. Cuánto sufrimiento podría haberme evitado. Por otra parte, podría haber abandonado este mundo pensando que en algún lugar había una persona que me amaba profundamente.

Resignado y con la cabeza gacha, esperé la detonación que daría fin a mi existencia. No obstante, no fue el estallido de la pólvora y la bala al salir disparada hacia mi cráneo lo que oí. Hasta mis oídos llegó un zumbido familiar, después escuché cómo un cuerpo pesado caía al suelo. Alcé la vista para ver el cuerpo del general Segura tumbado a mi lado. A mi espalda percibí como alguien se movía. Al girar, descubrí a la doctora Gómez con su arma táser en la mano, la misma con la que días antes me había disparado.

Por un segundo, llegué a albergar la esperanza de que se trataba de Laura. Que todo fuera un error o una falsa, que seguía queriéndome como yo la

amaba a ella; pero me equivocaba, eso ya nunca pasaría.

—Vamos, pronto vendrán a buscarnos —señaló Clara, visiblemente alterada.

—¿Dónde está Laura? —pregunté, más por inercia o por costumbre.

El caso era que después de tanto tiempo anhelándola, todavía me costaba pensar en ella como un enemigo y un peligro para mí.

—En el coche, con los dos matones y más vienen de camino.

—¿Cómo es que te han dejado venir?

A pesar de su estado, se permitió una sonrisa y declaró:

—Les dije que antes de que te mataran, me tenías que dar una información crucial para utilizar el dispositivo, por lo que salí del coche y vine corriendo. Espero que la oferta de Utopía sea en serio.

—Ya veo que mi vida te importa poco —repliqué.

El rostro de Clara se ensombreció. Por el modo que se despidió de mí minutos antes, me había dejado claro que le afectaba que me mataran. Bien podía haberse quedado en el coche y esperar una oportunidad mejor. Se estaba arriesgando mucho al acudir en mi ayuda y yo le respondía así. Sin duda, el despecho me corroía por dentro y lo estaba pagando con la persona equivocada.

—Tenemos que llegar al todoterreno, es nuestra única vía de escape —comenté pasando por alto que la había herido con mis palabras.

Antes de partir, observé el cuerpo inmóvil del general. No estaba muerto, solamente inconsciente. Junto a él, estaba mi arma, me apresuré a cogerla. Es curioso lo poco que pesa una herramienta creada para matar. Y aún menos si hablamos de una bala. Un proyectil podía viajar a 340 metros por segundo, causando daños devastadores al impactar con un cuerpo.

De forma lenta y pausada, en oposición al nerviosismo de Clara por salir corriendo, apunté con mi arma directamente a la cabeza del general. De no ser por la intervención de la doctora, él ya me habría dado muerte. Qué fácil era acabar con su vida en ese momento. Tenía delante de mí al responsable de mis desgracias. De no ser por sus maquinaciones para hacerse con la energía FIFU, yo seguiría viviendo felizmente en Utopía. Ajeno a aquellas luchas de poder y de dinero que asolaban al planeta. Mi dedo rozó ligeramente el gatillo. Si lo mataba, nadie me culparía de ello. Dani se encargaría ante las autoridades locales de que no hubiese cargos contra mí y puede, incluso, que los agapianos me recompensaran. Su piel pronto se descompondría bajo aquel sol abrasador. Hasta puede que alguna alimaña se diera un lote con su cuerpo, después sus restos serían cubiertos por la arena.

Me di cuenta de que, incluso después de todo lo que me había hecho, no lo odiaba. Al fin y al cabo, él defendía sus intereses, y hasta cierta medida sus ideales. No obstante, darle muerte sería la decisión más sensata. Ya no volvería a escaparse, ni intrigaría más contra Utopía o contra mí. Clara me observaba atentamente. No parecía que fuera a interceder por el militar, por otro lado, tampoco me dio la impresión de que deseara su muerte. Iba a presionar el gatillo cuando un ruido metálico me asaltó.

Levanté la mirada. A unos veinte metros, vi a uno de los guardaespaldas del general. El ruido lo había provocado este al dejar caer una pala que llevaba en la mano. Con toda probabilidad su presencia en el lugar se debía a que venía a enterrar mi cuerpo, para que no quedara rastro de la fechoría. Al girar la esquina, se había encontrado con una escena inesperada, puesto que las tornas estaban cambiadas y ahora era yo quien apuntaba a su jefe. Rápidamente se apresuró a buscar su arma, por lo que levanté mi pistola y le disparé. Fallé. En mi precipitación, ni siquiera llegué a apuntar. Sin embargo, sirvió para que se arrojara al suelo y pudiera ponerse a cubierto.

Sin dilación, nos volvimos y corrimos para el otro lado. Mientras huíamos, pude oír cómo las balas atravesaban la higuera y nos pasaban rozando. Algunos proyectiles llegaron a impactar en su tronco, produciendo un ruido sordo. Por fin, logramos girar la esquina y salir de su campo de tiro. Respiramos aliviados, aunque por poco tiempo. Pronto nos dimos cuenta de que estábamos a la vista de media docena de hombres, que corrían de un lado para otro por la era. Estaban lejos y todavía no se habían percatado de nuestra presencia, pero no tardarían en descubrirnos. Por sus movimientos nerviosos, se veía que habían escuchado los disparos y estaban cogiendo sus armas de los vehículos.

También pude ver el todoterreno de don Manuel cerca de su posición, mas, resultaba imposible llegar hasta él sin que nos descubrieran. Además, de continuar allí quietos, no tardarían en descubrirnos. Tampoco, podíamos dar la vuelta, puesto que atrás estaba el otro individuo. Al cual, tras asomarse por la esquina, le disparé un par de veces más para mantenerlo a raya. Correr hacia el desierto hubiese sido un suicidio. Seríamos un blanco fácil, ya que no había cobertura posible. Y aún si teníamos éxito en nuestra huida, acabaríamos muriendo de sed o de una insolación. Nuestra única salida consistía en hallar una forma de entrar en el cortijo y ocultarnos en él.

Presté atención a la pared buscando alguna entrada. Un gran portón de metal, en el que en el pasado debieron de atravesar grandes tractores con enormes aperos, permanecía en pie. Sorprendentemente se conservaba en muy

buen estado. Esperanzado, lo empujé con todas mis fuerzas. Me quemé las manos, al llevar horas bajo el ardiente sol. Por desgracia, no cedió ni un ápice, estaba bien afianzado. Con desesperación, busqué otro punto por el que entrar. No tardé en descubrir próxima una vieja ventana. Los barrotes estaban oxidados y los anclajes medio desprendidos. Con ayuda de Clara pude conseguir que uno se desprendiera.

Oí gritos a lo lejos, nos habían descubierto. Lo sorprendente era que no nos hubiesen disparado directamente. Probablemente determinaron que no teníamos escapatoria, para que gastar munición. Aparte, ver a la doctora ayudándome, debía de sembrar dudas en ellos. Asimismo, parecían tener un interés especial en ella y no creo que fuera profesional. No había que tener mucha imaginación para saber lo que le esperaba. De haber estado yo solo, seguro que me hubiesen acribillado a la menor oportunidad.

Los tablones de la ventana se encontraban deteriorados por el sol y la intemperie, así que, una vez abierto paso entre los barrotes, cedieron con facilidad. Miré en varias ocasiones atrás para ver cómo se acercaban aquellos individuos no muy amigables. Igualmente, el hombre que apareció con la pala podría girar la esquina en cualquier instante. Aunque se estaba demorando. Debía de temer que lo estuviera acechando con mi arma, o quizás se había detenido a comprobar el estado del general.

Con premura, logramos abrir un hueco entre los tablones y, primero Clara y después yo, franqueamos la ventana. Una vez dentro, un ambiente fresco nos dio la bienvenida. Después del calor abrasador del exterior fue de agradecer aquel cambio. Todo estaba muy oscuro, a pesar de ello, pude apreciar que nos encontrábamos en lo que un día debió de ser unas caballerizas. Por las paredes colgaban grandes argollas de metal, donde amarrarían las monturas. También pude distinguir diversos pesebres hechos de obra. Multitud de aperos de labranza, abandonados y muy deteriorados, se vislumbraban por el lugar. Apresuradamente busqué dónde resguardarnos, pero no hallé nada adecuado. Al fondo del recinto, entreví como varios rayos del sol entraban desde el exterior. Corrimos hacia allí. En nuestro camino, tropezamos con todo tipo de objetos que no fuimos capaces de identificar. De igual forma, pudimos oír como algo corría por el suelo por diferentes sitios.

—¿Qué es eso? —preguntó Clara asustada.

—Algún animalito que se habrá escondido aquí del calor —respondí, sin querer confesarle que eran ratas.

Una vez alcanzado nuestro objetivo, resultó que los rayos de sol penetraban a través de las juntas de una pequeña portezuela. Temí que nos

encontráramos nuevamente atrapados. Sin embargo, el cerrojo se hallaba por este lado. Una vez descorrido, la puerta se abrió con un chirrido. La luz nos deslumbró, al otro lado había un gran patio interior. En ese momento, por la ventana por la que habíamos entrado anteriormente apareció un hombre armado. Por su aspecto y aire militar, determiné que se trataba de un mercenario a sueldo. No nos íbamos a parar a charlar con él, así que pasamos al patio apresuradamente.

No había salida. En el pasado, aquel patio tenía dos accesos: la puerta por la que habíamos llegado y un gran portón que conducía a una nave que en ese momento estaba bloqueada por arena. Debía de tratarse del mismo sitio que el general Segura descartara como mi tumba, solo que accediendo desde el interior. Quizás con una pala y tiempo podríamos abrirnos paso; si bien, no teníamos ninguna de las dos cosas. Cogí a Clara de la mano y nos dirigimos hacia un viejo remolque que había sido abandonado justo en el centro. Allí nos parapetamos y, con pulso tembloroso, dirigí el cañón de mi arma en dirección a la portezuela de entrada.

No creí que tuviera balas suficientes para tantos enemigos. Clara todavía llevaba en su mano el táser, aunque su limitado alcance lo hacía inútil. No tuvimos que esperar mucho cuando los mercenarios irrumpieron, uno detrás de otro. Inmediatamente comencé a disparar de manera frenética. Ni siquiera llegué a apuntar, simplemente encañoné hacia el bulto de enemigos y presioné el gatillo repetidas veces. El primero de ellos, con un grito de dolor cayó al suelo. Sus compañeros retrocedieron atropelladamente, disparando sus armas automáticas. Las balas impactaron en el lateral del remolque estrepitosamente, provocando que nos quedáramos prácticamente sordos. Ambos nos llevamos las manos a los oídos, escondiéndonos tras el oxidado lateral del vehículo. De haberle quedado a aquel remolque alguna rueda en condiciones, sin duda, hubiese estallado al alcanzarle algunos de los muchos proyectiles que nos dispararon. Con todo, hacía tiempo que el sol y la intemperie no habían dejado rastro de la goma. Posiblemente ese sería nuestro futuro.

Cuando los impactos cesaron, volví a asomarme, dispuesto a devolver el fuego. No obstante, los mercenarios se habían retirado, dejando abandonado el cadáver de uno de ellos. La verdad es que no sentí ningún tipo de remordimiento. Aquel individuo había entrado con la intención de matarnos, y era él o yo. En otro tiempo, quitarle la vida a alguien me hubiese afectado, pero de aquel Marcus quedaba ya poco. No es que fuera un sádico y disfrutara con ello, simplemente el miedo me hacía actuar así.

Comprobé el estado de la doctora, aparte de la sordera y la cara de susto, se hallaba bien. Al fijarme en la plancha de metal tras la cual nos cubríamos, pude ver como la mayoría de las balas habían atravesado el lateral izquierdo del remolque, quedándose clavadas en el otro lado, justo a escasos centímetros de nosotros. Pese a ello, algunos proyectiles sí habían llegado a atravesarlo, estando a punto de alcanzarnos. Fue un milagro que siguiéramos intactos.

—¿Estás bien? —pregunté.

Tuve que repetir la pregunta en voz más alta y utilizar algo de mímica para que me respondiera:

—Estoy bien, ¿cómo vamos a salir de aquí? —preguntó temblorosa.

Miré a mi alrededor, no había escapatoria. Tal vez pudiéramos aguantar algún asalto más, si bien nuestro final no era muy halagüeño. Por otro lado, ni siquiera tenían que molestarse en atacar, únicamente esperar que muriéramos de deshidratación.

Nuevamente mis expectativas de vivir se habían vuelto nefastas. Justo cuando acababan de salvarme de una muerte segura. Pobre Clara, su intervención iba a ser en vano. Mejor hubiese sido quedarse en el coche, por lo menos ella se hubiese salvado. Tal vez fuera a que me estaba acostumbrando a que mi vida pendiera de un hilo, o quizás porque seguía dándome todo igual, pero el caso era que me encontraba bastante tranquilo. Nada que ver con el estado de mi acompañante. Ella se hallaba en pleno ataque de pánico. Respiraba aceleradamente y la frente la tenía bañada en sudor. Para intentar tranquilizarla, la abracé, a la vez que le decía:

—No te preocupes, vamos a salir de esta. —Era mentira, pero que iba a decirle si no, ¿qué íbamos a morir?

En un principio, tuve que recurrir a la fuerza para impedir que saliera corriendo. Poco a poco, todavía con su corazón latiendo de manera desbocada, su respiración se fue acompasando.

—Cierra los ojos y respira hondo. ¿Mejor, verdad? —pregunté.

—Sí —exclamó con un hilo de voz.

Hubiese conseguido tranquilizarla más, sin embargo una voz conocida, y algo trabada, vociferó desde las caballerizas:

—Marcus Expósito, entregaos y os perdonaremos la vida.

Se trataba del general Segura, debía de haberse recuperado. Aunque no del todo, puesto que se le notaba alguna dificultad al hablar. Observé el cuerpo que había tumbado a la entrada, no creía que fueran a cumplir esa promesa después de matar a uno de ellos.

—Vale, está bien. Ven acá y discutimos los términos —le respondí con ironía.

Obviamente no me creyó. Poco después, volvió a insistir:

—Por lo menos deje que la señorita Gómez se entregue. A ella no le haremos ningún daño.

Observé como Clara me miraba con terror. Si se quedaba conmigo moriría. No obstante, puede que aún le fuera de utilidad al general. Ella era la más capacitada para conectar la unidad de contención al generador. Sin duda, después la harían desaparecer como a Green, pero hasta entonces tenía una oportunidad. Tal vez para entonces, Dani habría conseguido la autorización para actuar.

—Clara, lo mejor es que vayas con ellos —le sugerí.

—¡No! —exclamó, aferrándose con fuerza a mi brazo—. Ya no hay vuelta atrás, me usarán y luego me matarán.

—Bien, ¿qué respondes? —demandó saber el general desde la oscuridad más allá de la puerta.

—Tiene que pensarlo —grité.

Veía difícil que pudiera hacerla cambiar de opinión, pero tenía que ganar tiempo.

—Está bien, os doy quince minutos —anunció el militar—. Después ambos moriréis.

De nada sirvieron los argumentos que le di a favor. Ella había tomado su decisión y no iba a moverse de mi lado. Lentamente los minutos pasaron sin que cambiara de postura, mira qué era cabezota.

Antes de que se agotara el tiempo dado por el general oímos a nuestras espaldas movimiento de tierra. Pronto me di cuenta de que alguien estaba abriéndose paso desde la nave a través de la arena. No tuve duda de que eran los hombres del general. Buscaban atacarnos desde dos ángulos diferentes, de ese modo no tendríamos donde cubrirnos. No podía negar que el militar era un buen estratega, aunque sí un mentiroso, no iba a respetar el plazo dado.

Decidimos meternos dentro del viejo remolque. Las balas atravesarían una de aquellas planchas de metal como si fuera mantequilla, pero por lo menos seriamos un blanco menos visible. Para colmo, no podíamos tocar las paredes, ya que estaban al rojo vivo al llevar todo el día a pleno sol. Incluso a través de la suela de los zapatos sentí como me estaba quemando la planta de los pies. De seguir allí, hasta la goma de estos acabarían derritiéndose.

Haciendo caso omiso a todas estas eventualidades, comprobé el cargador de mi arma. Solo quedaban tres balas. Contando al general nos enfrentábamos

a como mínimo media docena de enemigos. Las cuentas no salían.

Poco a poco, vi como el extremo de una pala hacía acto de presencia ocasional entre la montaña de arena y aquel muro infranqueable desaparecía. En breve tendrían despejada una abertura suficiente para que un hombre pudiera pasar. Entonces, seríamos atacados por dos flancos. De repente, hasta nuestros oídos llegó un agudo silbido que fue creciendo en intensidad. Algo se interpuso entre el sol y nosotros. Al alzar la cabeza, vimos como un enorme objeto descendía raudo.

—¿Qué es eso? —preguntó Clara.

Antes de que pudiera responder, un robot de combate aterrizó suavemente junto a nosotros. Nos quedamos sobrecogidos tanto por su tamaño, unos seis metros de altura, como por su amenazadora presencia. Iba equipado con un gran e intimidante láser, aunque yo sabía que contaba con mucho más armamento. Nunca había estado tan cerca de un mecha como aquel, ni siguiera cuando estuve en la nave *Pegasus*, en la cual vi varios en el hangar. De forma virtual y remotamente, sí había manejado muchos *Arcontes*, sobre todo en las lecciones que me dio Daniel en el SIU. Aún así, no pude evitar emocionarme y sentirme insignificante ante su presencia.

Clara retrocedió asustada dentro del remolque, llegando incluso a levantar su táser contra el robot.

—¡Baja eso! —grité—. Es un mecha agapiano, no nos hará daño. Pero si le disparas, puede que actives su sistema automático de defensa.

Ambos permanecimos expectantes esperando que el *Arconte* atacara a nuestros enemigos. Los cuales estaban a punto de entrar y no parecía que se hubiesen percatado de la presencia de nuestro invitado.

—¿A qué espera? —preguntó Clara, viendo que el robot permanecía inmóvil.

De pronto la cabina del mecha se abrió, mostrando que no había nadie en su interior.

—Está en modo manual y no hay nadie en los controles, no te muevas de ahí —grité a la vez que saltaba del remolque y me lanzaba hacia él.

Subí vertiginosamente la escalerilla y me acomodé en el asiento, a continuación, presioné el botón de cierre. Varias cosas se produjeron al unísono, en primer término se produjo un disparo en algún lugar no muy lejano, debía de tratarse de una señal. Simultáneamente, vi en la pantalla del *Arconte* como por la portezuela de las caballerizas y por la oquedad abierta en la arena surgían los mercenarios. Tras un desconcierto inicial, al encontrar un robot de guerra frente a ellos, los atacantes comenzaron a dispararme. Yo me

apresuré a tomar los mandos. Era imposible que me causaran algún daño con aquellas primitivas armas, los escudos aguantarían sin problemas cualquier impacto. No obstante, temí por la integridad de la doctora. Cualquier bala perdida podría darle, y había muchas volando por la zona. Por suerte, los atacantes estaban totalmente concentrados en mí.

Pilotar un robot de combate desde su cabina difería poco a hacerlo desde una unidad personal antigravedad. La principal diferencia era que no necesitaba utilizar un traje háptico y un casco de realidad virtual; además, contaba con el radical impedimento de no poder coger otro robot de combate si me abatían, pues estaría muerto. Comprobé la potencia de mi arma, no quería dañar a Clara con la onda expansiva, y disparé contra los mercenarios que descendían por la arena. Dos cayeron tras sendos disparos. Seguía oyendo como las balas impactaban en el escudo, así que presté atención a mi radar. En una pequeña ventana tenía un visión vía satélite de la zona. Marcado en azul, en todo el centro, estaba yo; junto a mí, a un par de metros estaba la doctora Gómez, resaltada con un punto blanco. A mi espalda se hallaban varios enemigos marcados en rojo. Me volví y disparé a discreción, en unos segundos casi todos habían caído.

Me permití echar una ojeada a Clara, se encontraba tumbada en el suelo del remolque pero parecía ilesa. Un objeto, similar a una piña, cayó botando a mis pies. Se produjo una explosión eléctrica y las pantallas del *Arconte* parpadearon durante unos instantes. Se trataba de una granada PEM, afortunadamente no pareció que me causara ningún daño significativo. Al volver a observar el radar, una vez recuperado su normal funcionamiento, descubrí que en el interior de las antiguas caballerizas quedaba un enemigo, el cual había sido marcado como el origen del ataque. Estaba tras una pared justo a dos metros a la izquierda de la portezuela. Apunté y disparé, no obstante el ordenador de a bordo me dio un aviso:

«Arma dañada, realizando reinicio».

El arma láser no estaba protegida por el escudo, así que la granada de pulso electromagnético sí lo había afectado. Pulsé en guardar y el *Arconte* se colgó el arma a la espalda. Seguidamente me arrojé contra el muro. Apenas si noté el impacto, solo una pequeña sacudida y eso que había derribado media pared, cayéndome parte del techo encima y dejándome medio sepultado. De inmediato la marca roja había desaparecido de mi radar.

No había más enemigos en el área, por lo que amplié la zona de visión del radar. Un coche con dos individuos se alejaba de la finca por el camino. Hice zoom sobre él, a pesar de las potentes cámaras de los satélites agapianos, no

pude ver el interior. Los cristales tintados del vehículo no me dejaron distinguir a sus ocupantes. Pulsé un par de botones y con el filtro adecuado pude distinguir que se trataba de una persona robusta y otra de menor tamaño, sin duda el general Segura y Laura.

Activé el modo vuelo, sin embargo, el robot no respondió. Tras reintentarlo, la voz del ordenador me informó:

«Acceso denegado».

Marqué el vehículo para un ataque orbital, sin bien el ordenador me volvió a indicar:

«Acceso denegado».

Quise salir corriendo tras ellos, pero nuevamente obtuve la misma respuesta. El *Arconte* había dejado de obedecer mis órdenes. Puesto que no había ningún enemigo más y el robot no iba a moverse, abrí la cabina. Tras descender, inmediatamente, Clara se abalanzó a mis brazos.

—¿Estás bien? —pregunté algo turbado.

—Ha sido increíble. ¿Puedo probarlo yo? —me preguntó mirando con fascinación al *Arconte*.

—Ya no funciona —le contesté.

Durante unos segundos, permanecimos abrazados observando tanto al robot de combate como a la devastación producida. De pronto, una voz familiar preguntó:

—¿Interrumpo?

Rápidamente, ambos nos separamos y dirigimos nuestra vista a una luz que se proyectaba desde el mecha. Un holograma de Daniel había tomado forma frente a nosotros.

—¡Dani, ya era hora, casi no lo contamos! —exclamé—. Veo que al final te han dado autorización para actuar.

—¿Autorización? No. Yo únicamente he venido para conversar. Nadie de Utopía ha intervenido en lo que sea que haya pasado aquí.

Ya veía por donde iba mi muy buen amigo. Seguía sin poder actuar en aquel territorio, así que oficialmente yo, un desterrado sin ninguna vinculación con ellos, era el responsable de dar muerte a los mercenarios. Otro tema sería cómo podía haberlos vencido solo.

—Bien, ¿tenéis las coordenadas de las instalaciones donde se lleva a cabo el Proyecto Lázaro? —preguntó Daniel sin más rodeos.

Tanto él como yo nos quedamos mirando a Clara, la cual tras un breve desconcierto me reprochó:

—Todo este tiempo estabas trabajando para los utopianos.

—Más o menos. ¿Y tú? No decías que no querías ser la responsable de mi muerte.

Los dos nos habíamos estado mintiendo y ocultando cosas, así evitando un tema espinoso respondió:

—No sé dónde se encuentran las instalaciones. Nunca he estado y ellos solamente me mandaban datos para que revisara los cálculos. Estoy dispuesta a colaborar en todo, pero solo puedo daros la ubicación del laboratorio donde trabajo.

—Tendrás que darnos algo más —objetó Daniel—. En verdad, no nos has dicho nada que no supiéramos por nuestros medios. Sabemos que bajo Conservas Lolo hay un laboratorio clandestino que trabaja en energía FIFU, con datos robados nuestros, y también tenemos constancia de que el general Segura y el Club de Cratos están detrás de todo.

—Le he salvado la vida a vuestro hombre, ¿eso no vale nada? —objetó la doctora.

Daniel, sin querer mirarme a la cara, objetó:

—Oficialmente él no es de los nuestros. Si por mí fuera, no habría problema, pero no tengo autoridad para ello. Ya solo con lo que he hecho, voy a tener problemas. Si me das unas coordenadas podré conseguirte un trato; mientras, tengo las manos atadas, para los dos.

Los tres nos quedamos en silencio. No parecía que Dani pudiera prestarnos más ayuda y desde luego no podíamos volver a Sevilla para seguir con nuestra vida como si nada hubiese pasado. No tardaríamos mucho en ser localizados por los hombres del general y ser eliminados.

—¿Qué clase de datos te mandaron? —pregunté a Clara, más por curiosidad que por otro cosa.

—Cálculos de contención del generador. Ya sabes, energías relativistas, barreras potenciales, número de reacciones en cadena antes de que se produzca un colapso, campos electromagnéticos y gravitacionales de la zona…

Tanto a ella como a mí se nos ocurrió a la vez una misma idea. Finalmente, Daniel, el cual permanecía en ascuas y viendo la sonrisa que se nos había dibujado en los labios a ambos, preguntó:

—¿Qué pasa?

—Los datos electromagnéticos y gravitacionales —subrayó Clara—. Con esa información se puede hallar la localización exacta de las instalaciones. Se tardará un tiempo, si bien es factible.

—Un ordenador de Utopía lo hace en cinco minutos —señalé.

—Estupendo, ¿tienes esos datos? —preguntó Daniel.

—No, están en el ordenador de mi laboratorio.

Daniel y yo nos miramos contrariados. Eso iba a suponer un gran problema. Evidentemente, podíamos dejar que él se encargara de conseguir la colaboración de las autoridades locales para entrar y detenerlos a todos. Sin embargo, eso llevaría su tiempo y por otro lado, no seríamos nosotros quienes conseguiríamos la información, así que nada de asilo o indulto. No obstante, existía un obstáculo todavía mayor.

—¿Cuánto tiempo habéis calculado? —pregunté.

—Eso depende del consumo, podrían ser días u horas.

—¿De qué estáis hablando? Quiso saber Clara.

Cuando en la central Daniel me hizo entrega del UCP cargado, aparte de no contener masa crítica para iniciar una reacción FIFU, tenía una peculiaridad. Lo había llamado: plan B de contención. Y era que el dispositivo estaba saboteado para que una vez se agotara la energía en el generador este acabaría estallando, destruyendo al completo el laboratorio y eliminado a todo aquel que estuviera en las inmediaciones.

—Tu laboratorio va a volar por los aires —le confesé.

Estuve un rato intentando calmarla, asegurándole que, según el plan trazado, ella ya no estaría allí cuando eso sucediera. Al final, pareció atender a nuestras razones. Lo siguiente fue incluso más difícil, convencerla de que nuestra única salida pasaba por ir al laboratorio, obtener los datos y salir pitando antes de que todo estallara. Eso unido a que probablemente el general Segura estaría esperándonos, lo bueno era que ya habíamos acabado con la mayoría de sus hombres.

—¿Puedo llevarme el *Arconte*? —le pregunté a Dani con pocas esperanzas.

—Sí, claro. Seguro que un robot de combate agapiano pasa desapercibido por Sevilla. Puedo dejártelo para que des un paseo por el desierto, pero nada de lucirlo por la ciudad. Cómprate un descapotable si lo quieres para ligar, porque mi juguetito ya no sale más del garaje.

Resignado, cogí la pistola que arrojara al suelo del remolque minutos antes. Seguían quedándole tres balas, por lo menos ahora sí salían las cuentas.

—Ten cuidado —dijo Dani, justo antes de que Clara y yo nos dirigiéramos al todoterreno aparcado, que anteriormente nos prestara tan amablemente don Manuel.

# 19
# Polígono industrial S40
# 8 de febrero de 2080

El portón de la fábrica estaba abierto. Al parecer, Conservas Lolo podía funcionar perfectamente sin que su dueño estuviera por la zona para fustigar a los trabajadores. Seguramente el nuevo chico de la oficina, que habían contratado para sustituirme, sería el que se encargaría de todo. Consideré que, tal vez, debería avisar de que don Manuel no iba a volver en bastante tiempo. Si bien, tampoco quería que montaran una fiesta. La idea era entrar y salir de forma discreta.

El camino de regreso al polígono S40 había sido bastante tranquilo. Ni Clara ni yo, teníamos muchas ganas de charlar, por lo que ambos permanecimos callados. Únicamente, abrimos la boca para zamparnos un par de bocadillos. Estaba hambriento, no había almorzado y la tarde estaba ya avanzada, así que tuvimos que hacer una fugaz parada en una gasolinera. Puesto que el tiempo apremiaba, nos comimos los bocadillos en el coche mientras cruzábamos Sevilla por calles de peaje. Mi destreza al volante era escasa, tanto que cayeron lonchas de salchichón por todo el vehículo. Afortunadamente, don Manuel no vería como estábamos tratando su tapicería. El pase VIP del todoterreno nos permitió hacer la vuelta con rapidez. El general y Laura seguramente se abrían visto obligados a tomar la ruta más larga, así que con suerte nosotros llegaríamos antes.

Nada más alcanzar nuestro destino, entramos directamente en la fábrica montados en el vehículo. Santos y Curro se quedaron extrañados de que yo fuera conduciendo. No obstante, debieron pensar que el jefe me había autorizado a usar su todoterreno. Sus simples mentes no llegaron a concebir que yo le hubiese robado el coche. Por otro lado, la presencia de la directora de I+D a mi lado, me daba mayor credibilidad. Aparqué lejos de la entrada, dejando el vehículo oculto tras una montaña de cajas.

—¿Cómo lo hacemos? —pregunté a mi acompañante.

—Tenemos que llegar hasta el ordenador central del laboratorio, espero que no haya nadie.

Al entrar, no había visto el coche del general aparcado, confié en que se hubiese dirigido a otro lado y no pretendiera volver a la fábrica. Por lo menos, eso era lo más sensato. Con nosotros vivos, sería solo cuestión de tiempo que reveláramos la ubicación de aquellas instalaciones.

Bajamos las escaleras al subterráneo. Clara, haciendo uso de su tarjeta, abrió la puerta con presteza. El pasillo se encontraba medio a oscuras, únicamente las luces de emergencia permanecían encendidas. Determinamos que sería más prudente caminar en las sombras, así que las dejamos como estaban. Con cautela, avanzamos por el largo pasillo. Una vez al final del recorrido, observamos a través de la doble puerta de cristal que en la sala de generador no había nadie. El núcleo de energía FIFU estaba apagado, todo seguía exactamente igual a como lo dejáramos en la mañana. No había evidencias alguna de que el general Segura hubiese llegado antes.

—Por aquí —dijo Clara dirigiéndose a su ordenador.

Troté veloz tras ella. Sin dilación, se sentó en la silla y centró su atención en la pantalla.

—Aquí está —señaló, marcando una carpeta con el puntero del ratón.

De un tirón, abrió uno de los cajones del escritorio y, después de rebuscar unos instantes, extrajo una memoria USB. Una vez conectada a la computadora, comenzó a copiar los datos. La carpeta era bastante pesada, haciendo que la barra subiera muy despacio. El ordenador estimó que la operación se realización en quince minutos. Así que, resignados, nos quedamos en silencio y embobados mirando la pantalla, como si aquello pudiera hacer que fuera más rápido.

A los siete minutos, ya hastiado de la tecnología terrícola, observé el lugar en el que había pasado mis últimos días. Había estado enfrascado en desarrollar una tecnología por la que podría haber sido ejecutado de manera fulminante, y todo por una mujer que me había traicionado. Me sentí realmente estúpido.

Dos minutos después, los mocos habían vuelto con más intensidad. Parecía que durante mi excursión por el desierto, el resfriado estuvo más contenido. Tal vez, porque con aquel sol abrasador hasta las mucosidades se evaporaban. Sin embargo, ahora, me encontraba mucho peor. Desde luego, haber conocido a Laura me había costado la salud. Cinco segundos, por fin, aquellos datos se iban a copiar. Estaba deseando salir de allí cuanto antes. Después, sencillamente tendría que dárselos a Dani y aquella pesadilla

terminaría. Posiblemente, él se encontraría sentado cómodamente en una sala del SIU, observando como nosotros hacíamos todo el trabajo sucio.

De repente, las luces del pasillo se encendieron. Alarmados, miramos la pantalla del ordenador con apremio. Seguía indicando el mismo tiempo. ¿Pero cuánto duraban aquellos cinco segundos? Clara agarró el *pendrive* lista para arrancarlo. Si lo sacaba antes de tiempo era probable que perdiéramos la información. Escuchamos voces por el pasillo. No pudimos identificarlas, sin bien, no podían ser de nadie amigable.

«Operación completada».

Inmediatamente, con la memoria USB entre los dedos de Clara, nos levantamos de la mesa dejando el ordenador encendido. Aquel pasillo era la única salida del subterráneo así que, atemorizados, buscamos dónde escondernos.

—El cuarto de la supercomputadora —exclamó Clara corriendo hacia una gran puerta de metal que teníamos al final de la sala.

Los mocos se me congelaron al entrar en aquella habitación, ya que los más de cien procesadores que había en aquella sala necesitaban un sistema de refrigeración muy potente. Con sigilo, cerramos la puerta, quedándonos encerrados prácticamente en un congelador. Esperé que no acabara siendo nuestra tumba helada. En pocas horas habíamos pasado del calor más abrasador del desierto a acabar en el interior de una enorme nevera. Nos encontramos con multitud de urnas de cristal, repletas de cables y extraños aparatos, que se encargaban de albergar las potentes computadoras de la Tierra. Interconectadas entre sí, daban soporte a las complejas operaciones del generador FIFU. Sin duda, aquella tecnología no tenía nada que ver con los ordenadores cuánticos agapianos. No obstante, proporcionaba los suficientes petaflops para cumplir su función.

Multitud de luces se iluminaron por toda la sala. Alguien estaba encendiendo el generador y los ordenadores habían comenzado a funcionar. Con cuidado, Clara entreabrió la puerta y echó un vistazo.

—¡Mierda! Ahí está el general Segura, y van a conectar la unidad de contención portátil.

Yo también eché una ojeada y no solo descubrí al general, sino que también vi a Alberto, el subdirector del laboratorio, y a Laura. Una herida volvió a abrirse en mí. De no llegar a ser por Clara, que me cogió de la mano, hubiese ido a su encuentro dispuesto a perdonarla. Intenté apartarla de mi mente y centrarme en lo que estaban haciendo sus acompañantes. Ahora comprendía la presencia del catalán allí, sin duda había sido enviado desde las

instalaciones secretas que estaban construyendo en Cataluña. Su labor debía de ser controlar la investigación de la doctora Gómez. Eso explicaba que hubiese podido escapar, a ningún ciudadano le permitían abandonar aquel país.

Con la ausencia de Clara, Albert, era el más idóneo para instalar la UCP; puesto que ni el general ni Laura tenían los conocimientos necesarios. El núcleo de energía FIFU se encontraba apagado y por ello, las esferas de contención se hallaban en reposo en el suelo. El catalán se acercó a la base del cilindro del núcleo e insertó la UCP. Tras un corto periodo de tiempo y un pitido, retiró la unidad portátil totalmente descargada. A continuación, se dirigió a los controles y procedió a dar las instrucciones pertinentes. De repente, las esferas que rodeaban al núcleo se elevaron y se quedaron flotando en el aire.

—Todavía está trabajando con energía auxiliar —comentó Clara, pese a que yo conocía perfectamente el protocolo.

El científico, tras calibrar los nuevos valores del núcleo, se quedó inmóvil mirando al general. En su rostro se podía ver dibujada la tensión que lo albergaba. El militar, en cambio, se mostraba tranquilo y sereno. Asintió sin dudar y Albert pulsó una tecla. La luz de la sala parpadeó varias veces y la estancia donde nos encontrábamos comenzó a calentarse al trabajar los ordenadores a su máxima potencia.

—¡Funciona! —gritó el que fuera adjunto de Clara.

—No estará tan contento cuando se apague el núcleo —señalé en voz baja.

Durante un rato, continuó operando con los controles del generador. Poco a poco, el cuarto donde nos encontrábamos empezó a caldearse. Tanto que comenté:

—Los procesadores trabajan al límite. Deben de haber conectado al generador, el consumo eléctrico de la fábrica entera.

—E incluso pueden que estén proporcionando electricidad a la ciudad —señaló Clara.

—En ese caso, pronto agotaran la energía y todo volará por los aires, tenemos que salir de aquí.

Observé a Clara, estaba asustada, pero no en el estado de pánico sufrido apenas unas horas antes en la finca del desierto. Sin duda, encontrarse en aquel lugar mucho más familiar, la hacía controlar mejor los nervios. Tras darnos ánimos mutuamente, quité el seguro de mi arma y tomé aire. De un empujón, abrí la puerta estrepitosamente. Menudo susto le di a los del otro

lado. Desde luego, no esperaban verme aparecer de repente apuntándoles con un arma.

—¡Todos quietos! —grité.

Laura fue la primera en recuperarse.

—Marcus, cariño, ¿qué haces aquí? —dijo en tono tierno dando un paso en mi dirección.

No iba a volver a caer en su trampa. Sin embargo, el caso fue que con los nervios se me disparó el arma. La bala le pasó rozando el rostro. Debió de escucharla silbar muy cerca, debido a que, con una expresión de puro odio, se detuvo en seco.

—Boludo, no esperaba volverte a ver —nos interrumpió el general—. ¿Has venido a por la bala que te debo?

No quería que supiera el motivo de nuestra presencia allí, por lo que amenazándolo con el arma le recomendé:

—Esto no va contigo, así que cállate.

Volviéndome hacia Laura, le pregunté aquello que me había estado atormentando desde que supe de su traición. Con toda seguridad, el resto de mi vida me estaría carcomiendo por dentro si no obtenía respuesta. Tal vez, incluso, aquel era el verdadero motivo por el que había vuelto al laboratorio y no para hallar la ubicación de unas instalaciones que ya poco me importaban.

—Lo teníamos todo, ¿por qué me has hecho esto?

Laura permaneció callada, mirándome de forma insolente. Presioné el gatillo, esta vez la bala pasó mucho más lejos. Asustada, se apresuró a responder.

—Por dinero, ¿por qué si no? Crees que me gusta levantarme cada día para ir a trabajar, tener que aguantar a multitud de idiotas para vivir en una mierda de piso. No. Ellos me ofrecieron un futuro mejor. Podré comprarme una mansión en una isla paradisíaca y disponer de una legión de sirvientes. Con dinero todo se compra. Pronto la energía FIFU de la que tanto presumís estará en cada ciudad de este mundo, si pagan el precio claro, y la tecnología médica será la siguiente en ser copiada. Entonces, lo único importante será disponer de una buena cuenta corriente. Aparte de lo que me pagarán ahora, recibiré acciones de las principales empresas del mundo que controlarán el mercando energético.

—¿Y lo nuestro? —balbuceé.

—Eso fue solo trabajo.

Ahora comprendía muchas cosas de nuestra relación. Siempre era yo quién buscaba sus besos, sus caricias o simplemente su sonrisa. Ella, aunque no me rechazaba, nunca tomaba la iniciativa. En principio, achaqué su comportamiento a que tenía una personalidad más fría que la mía. Jamás llegué a pensar que estaba interpretando una farsa.

La luz de la sala parpadeó, al producirse una bajada de electricidad. Albert fijó su atención en los monitores, mientras Clara me advertía en un tono alarmante:

—Marcus, tenemos que irnos.

Me hallé en una encrucijada. ¿Qué iba a hacer con aquellos tres? Lo normal hubiese sido, retenerlos hasta que Dani apareciera con refuerzos y los arrestara. Sin embargo, eso no sabía cuándo iba a suceder. Por otro lado, el núcleo FIFU estaba dando muestras de que se estaba quedando sin energía. No quería estar cerca cuando eso pasara, en ese momento se desencadenaría una reacción en cadena que haría explosionar el núcleo y todas las instalaciones. Por un instante, pensé en pegarle un tiro a cada uno. Una medida muy drástica, pero al fin y al cabo se lo habían ganado. El general tenía las manos manchadas de sangre, como las del pobre Alexander Green que había sido asesinado simplemente para mantener la tapadera. Laura había robado tecnología clasificada de Utopía, eso ya estaba considerado como alta traición, penada con la muerte. No obstante, lo peor era que me había roto el corazón. El catalán, quizás fuera el que menos culpa tenía. Si bien, trabajaba para el Club de Cratos en un proyecto ilegal y, realmente, siempre se comportaba como un capullo, así que también se lo merecía. Tentado estuve de cometer un triple asesinato. Al final, desistí, todavía no había caído tan bajo. Aparte de que me quedaba una única bala. Pensé en dispararle solamente al general. Al fin y al cabo, él siempre estaba hablando de que me debía una bala; de tal modo que mejor que fueran dos y que no me pagara nunca. Opté para dejarlo para otra ocasión. Tal vez necesitara esa bala para salir de las instalaciones.

Caminando de espaldas, Clara y yo, nos dirigimos a la salida.

—Ya tengo lo que buscaba —anuncié—. Nos vamos. Si nos seguís, no dudaré en usar el arma.

Sin perderlos de vista, salimos de la sala. Mientras recorríamos velozmente el pasillo, cuyas luces brillaban tenues, eché una mirada por encima de mi hombro y, a través la puerta de cristal, vi como los tres se habían reunido alrededor de los controles del núcleo. Era evidente que su

prioridad principal consistía más en descubrir que estaba pasando que en capturarnos. Tal vez, de haber estado armados, habrían corrido tras nosotros.

Clara utilizó su tarjeta en el lector y en esta ocasión, al contrario de la última vez que hui por ese pasillo, la puerta se abrió. Sin dilación, ascendimos por la escalera; en mi caso subiendo los escalones de dos en dos. Directamente, nos precipitamos a la salida. Justo antes de llegar al gran portón grité:

—¡Espera! La fábrica está llena de trabajadores, tenemos que advertirles.

De forma resolutiva, la que fuera directora de I+D de aquel laboratorio cambió de dirección, encaminándose a su derecha. Cuando estuvo frente a la pared, se arrojó contra una pequeña caja de color rojo. Después de levantar la tapa de plástico, presionó el botón. Inmediatamente la alarma contraincendios sonó por toda la planta.

—Hecho, ahora vámonos —reclamó.

A la vez que salimos a la calle, Santos y Curro entraron corriendo en la fábrica.

—¿Qué habéis hecho? —exigieron saber en tono amenazante, cortándonos el paso.

Aún llevaba el arma en la mano; así que, apuntando hacia arriba, disparé. El impacto de la bala en el techo de uralita, produjo un estampido todavía mayor que el de la propia arma, que resonó por toda la nave. Desde luego, si alguien no se había sobresaltado con la alarma, aquello seguro que le había hecho abandonar su puesto de trabajo y correr. Los dos gorilas de la puerta se apresuraron a apartarse de nuestro camino, sin saber que ya no me quedaba munición.

Pronto no solo estábamos fuera de la fábrica, sino que interpusimos una buena distancia de ella. Cuando alcanzamos el final de la calle, sentimos como el suelo temblaba bajo nuestros pies. A continuación, oímos un gran estruendo. Al volver el rostro, vimos como una nube de polvo se elevaba desde Conservas Lolo. Pasaron varios minutos hasta que pudimos recuperar un poco la visibilidad. Con tierra en la cara y en el pelo, caminos de regreso a la fábrica. Por el camino, nos cruzamos con multitud de personas que parecían fantasmas, tanto por su pálido rostro como por estar cubiertos de tierra. Llegué a identificar a algunos trabajadores de la planta; finalmente, activar la alarma había servido para salvarles la vida, por lo menos a algunos, ya que desconocíamos si se habían producido algunas bajas. A pesar de nuestra previsión, al llegar al lugar del siniestro nos temimos lo peor. Buena parte del edificio se había derrumbado. Un gran cráter se había formado en su

centro, tragándose tanto los muros como la maquinaria de la conservera. Deduje que el núcleo había estallado, destruyendo todo el laboratorio subterráneo. Después, el piso superior había caído por su propio peso al quedarse sin cimientos.

Una gran polvareda volvió a rodearnos, a la vez que un zumbido familiar llegó hasta mis oídos. Con los ojos entornados, alcé la vista para ver como varias naves *Rapaz* descendían rápidamente. Un compañía de soldados del FUTAG, las fuerzas utopianas-agapianas, se bajaron de ellas. Con gran rapidez y orden, se desplegaron por el lugar, creando un cordón de seguridad. El sol volvió a ocultarse, no obstante, esta vez la causa fue que una gran aeronave roja se quedó flotando sobre la zona. Se trataba de un *Albatros* de rescate. Este vehículo era muy utilizado para prestar ayuda en cualquier punto del planeta cuando se producía un desastre. Diversos *Arcontes* surgieron de sus laterales y se dirigieron a tierra. Los robots eran de igual color que su base móvil y, a diferencia del que manejara yo horas antes, no portaban armas sino grandes palas a la espalda. Nada más aterrizar, se lanzaron directamente al interior de lo que fuera Conservas Lolo. Los mechas, equipados con poderosos sensores y brazos mecánicos, serían capaces de localizar y rescatar a cuanto superviviente hubiese entre los escombros. En estos casos, las primeras horas siempre eran cruciales, con el paso del tiempo las probabilidades de encontrar supervivientes descendía exponencialmente. A las noventa y seis horas de búsqueda, la posibilidad de hallar vida era inferior al cinco por ciento. Evidentemente que aquel despliegue se había organizado antes de que estallara el núcleo, puesto que ni siguiera ellos podrían acudir tan pronto. Al fin y al cabo, desde Utopía ya sabían lo que iba a pasar cuando me entregaron una unidad de contención preparada para hacer estallar el complejo. Conseguir autorización para ayudar en una catástrofe resultaba mucho más sencillo que la de hacerlo para arrestar a unos delincuentes.

—Señor Expósito, señora Gómez, por favor acompáñenme —nos solicitó uno de los soldados acercándose a nosotros.

Dócilmente seguimos a aquel hombre tropezando con montones de cascajos entre una montaña de polvo. No nos habíamos percatado de que una nave médica había aterrizado en la calle, a escasos metros de nuestra posición. Desde mi nacimiento, no había vuelto a pisar una. No tenía recuerdos de aquel lugar, pero sabía a ciencia cierta cuál había sido mi residencia en los primeros meses de vida. Fue una sensación extraña, como volver a un hogar que había abandonado hacía tiempo.

Aún no había ningún superviviente en la nave. Los diferentes habitáculos médicos estaban desiertos. La sensación de familiaridad se evaporó, volviéndose opresiva, cuando vi al Comandante Maceda. El militar estaba en el puesto de control dando diferentes órdenes tanto a sus hombres como a los operarios que se encontraban en el *Albatros* de rescate, los cuales controlaban a los mechas que se habían internado entre los escombros. El soldado que nos condujera hasta allí se cuadró ante su superior y tras recibir un gesto afirmativo se retiró.

Conté media docena de personas en la sala, todas parecían ocupadas recibiendo informes y dando las oportunas instrucciones. Qué nos dieran tanta libertad para estar en la nave era buena señal, por lo menos no nos consideraban enemigos. Maceda se quitó el auricular, dejándolo sobre la mesa, y dirigiéndose a mí, declaró:

—Definitivamente, eres idiota.

En verdad tenía razón. Fui engañado vilmente y lo perdí todo. Tal vez, no estaba preparado para salir de Utopía. En la idílica ciudad había aprendido ingeniería nuclear, entre otras profesiones, si bien no me habían preparado para la vida fuera de sus muros. Desde luego, el curso de contraespionaje que todos recibíamos había resultado ineficaz. Sin duda, el método más eficaz para aprender sobre la despiadada vida del exterior se lograba a través de la experiencia y recibiendo duros golpes. El problema residía en que de algunos de esos golpes no te volvías a levantar. El egoísmo, la maldad, las mentiras todos ellos imperaban en el planeta, destruyendo a los más débiles, o quizás a los más inocentes. Los utopianos no estaban preparados para enfrentarse a tales males, en su hogar apenas si se daban. Así, cuando salían al exterior, no era de extrañar que sucumbieran ante el mal, a pesar de las medidas proteccionistas adoptadas por sus dirigentes. Una de las acciones más utilizadas para combatir estas prácticas consistía en contratar gente del exterior, en ocasiones que contaran con tan temibles aptitudes. Un claro ejemplo venía ser Maceda. No sabía de donde lo habrían sacado, pero su pasado militar era incuestionable. Allí donde un utopiano o agapiano se encontraría desorientado, él actuaría de modo resolutivo, había estado en el otro lado y sabía bien como pensaban. Sería capaz de predecir los movimientos del oponente y de tomar las oportunas medidas, muchas de ellas inapropiadas para un agapiano. Estaba claro de que su presencia, aseguraba un final rápido y contundente.

—Qué pronto has llegado —señalé.

—Estábamos preparados —respondió Maceda—. Cláusula 38.3 del acuerdo con España: «En caso de explosión FIFU se autoriza a las fuerzas agapianas a intervenir sin demora alguna». Estaba pensado para nuestras centrales, no obstante aquí también se puede aplicar.

Al final, habían encontrado una vía para eludir la burocracia local. De haberlo sabido antes, podía haber hecho estallar una central agapiana, eso se me daba bien. En ese caso, Daniel hubiese venido al rescate y no Maceda. El comandante, sin más palabrería fue directamente al grano:

—Me acaban de informar que han encontrado a tres personas vivas ahí abajo, el general Segura, Laura y otro tipo. Llevará su tiempo, pero seguro que podemos hacer que hable alguno. Si bien, desde el SIU me dicen que vosotros podéis darme ahora mismo información relevante.

Clara y yo nos miramos recelosos. El trato lo habíamos hecho con Dani, no me fiaba de Maceda, aunque tenía que reconocer que se estaba mostrando bastante moderado.

—¿Dónde está Daniel? Él es mi enlace y solamente respondo ante él.

—Se encuentra en otra operación, deteniendo a los miembros del Club de Cratos. Han estimado que él lo haría de forma más diplomática, seguro que muchos acabarán librándose.

Entre los miembros del club se hallaban mandatarios de países junto con poderosos hombres de negocios. Si los agapianos no querían provocar una guerra mundial, tendrían que abstenerse de actuar contra algunos. Por lo menos de manera abierta, indirectamente no dudaba de que tendrían repercusiones.

—¿Qué hay del acuerdo que teníamos hablado? —pregunté.

—Estoy al corriente. Tu amiga será acogida en Utopía si proporciona las coordenadas de la central energética.

—¿Y yo?

—¿Tú? De ti no sé nada. ¿No te basta con que no te ejecutemos por traidor? Si quieres algo más, tendrás que hablarlo con tu enlace —dijo Maceda con cierto retintín.

El tiempo corría en nuestra contra. Tanto si Laura, que se vendía por cualquier cosa, como su compañero hablaban, adiós a nuestra oportunidad. Con Segura estaba convencido de que no se encontrarían con alguien muy colaborador. Por otra parte, también podía ser que Dani obtuviera la información de entre los miembros del club de Cratos que estaban arrestando. Él podría retrasarlo un poco, pero no tenía mucho margen de maniobra.

Tomando una decisión le hice un gesto de asentimiento a Clara, al menos ella obtendría su recompensa.

La doctora Gómez sacó la memoria USB del bolsillo y se la mostró al comandante. Ante su desconcierto comenté:

—Necesitaremos acceso a un ordenador para calcular las coordenadas.

—Ahí tienes uno —señaló Maceda indicándonos un terminal cercano.

Tardamos cerca de una hora en hallar el lugar donde se encontraba la base secreta. Lo más complicado fue enchufar el dispositivo a un ordenador utopiano, el cual no era compatible. Tuvieron que traernos un adaptador USB, por suerte en la nave de rescate que nos sobrevolaba, más acostumbrada a trabajar con los terrícolas, tenían varios. Después, necesité descargar del ordenador central de Utopía un conversor informático de datos Tierra-Ágape. También fue preciso contactar con mi antiguo jefe en el Departamento de energía para que me diera acceso a su sistema. Solo ellos contaban con equipos capacitados para realizar los complejos cálculos necesarios. La localización de una instalación FIFU, a partir de los datos electromagnéticos y gravitacionales de la zona no era algo que se pudiera hacer con papel y lápiz. Después de todas estas gestiones, y una vez introducida la información, en cinco minutos tuvimos las coordenadas.

—Comandante, ¿puede venir? —dije alzando la voz.

Maceda se encontraba en la otra punta de la sala dando órdenes a sus hombres. No obstante, en un par de zancadas, estuvo a nuestro lado. Observó la pantalla y vio una imagen vía satélite de un paraje montañoso, en la que únicamente se apreciaba una vieja nave industrial abandonada. Pulsé una tecla y la imagen cambio a 3D. Un punto rojo brilló con fuerza bajo tierra a bastante profundidad. Con una sonrisa, Maceda anunció por su intercomunicador:

—Despegamos de inmediato, todos a bordo.

Ya habían terminado las labores de rescate. Al final no hubo víctimas mortales, solamente algunos heridos, que con la tecnología agapiana en breve estarían en pie. Entre ellos se encontraban los tres que habíamos dejado en el laboratorio y pudieron huir lo suficiente para evitar la onda expansiva, pero no el derrumbe del edificio. Ahora estaban en la habitación de al lado siendo atendidos por los sanitarios, bajo estricta vigilancia.

Volviéndose hacia mí y en un tono que no dejaba duda, el hombre que estaba al mando de aquella operación decretó:

—Largo de mi nave, espero no volverte a ver jamás.

Sin que me diera cuenta, dos soldados aparecieron a mi lado. Se había acabado la amabilidad mostrada hasta entonces.

—Comandante, ¿puedo pedirle un favor antes? —me apresuré a preguntar—. Ya que estamos en una nave médica y hace más de seis meses que no recibo mi dosis de tecnonanocuerpos, ¿sería posible que me inyectaran una?

La media sonrisa que se dibujó en el severo rostro del militar no auguraba nada bueno. Debía de saber que sin los tecnonanocuerpos no podría sobrevivir mucho en aquella ciudad. Y posiblemente, viendo mi rostro, ya debía de haberse percatado de que me encontraba enfermo. Por una vez la Divina Providencia me fue favorable, pues dándose la vuelta, ordenó:

—Llevadlo con el doctor.

Al final, parecía que no era tan malo, o por lo menos no un asesino. Aunque, yo sigo pensando que lo hizo para hacerme sufrir seis meses más, pasado ese tiempo volvería a tener la misma carencia y si no conseguía una nueva dosis, mis probabilidades de vivir serían escasas. Pero bueno, cada cosa en su momento. El caso era que Maceda, incluso cayéndole mal y pensando que yo era un incompetente, desde aquel día que entré en su Sala de Seguridad y me disparó, me prorrogó la vida.

Me despedí de Clara, esta vez sin lágrimas. A continuación, fui conducido ante el doctor. En el camino, vi como media docena de personas eran atendidas en los diferentes habitáculos. Incluso llegué a ver al general Segura, el cual tenía un feo golpe en la cabeza. Una vez le hicieran las curas de emergencia, sería puesto en una capsula médica donde en criostasis permanecería durante varios días. Después, saldría en perfectas condiciones para ser encerrado en el Castillo, el cuartel general de FUTAG. Y tras el juicio, con toda seguridad, acabaría sus días en alguna prisión espacial. Salvo que tomaran medidas más drásticas como la pena de muerte. ¿Mas para qué mancharse las manos si podían recluirlo en la otra punta del espacio donde no daría problemas? Así se evitaba convertirlo en un mártir, con lo que se produciría un menor rechazo hacia los agapianos entre los terrícolas. Condenar a alguien a prisión de por vida, se llamaba justicia. Ejecutar a alguien, aunque se lo merezca, te convertía en un asesino. Por ello, los agapianos, siempre que podían optaban por la prisión espacial. Pese a ello, a veces, como en mi caso, también podían desterrar a alguien, condenándole a una muerte indirecta.

También distinguí entre los heridos a Laura. Ahora fui yo quien no quería ver a alguien nunca más. Ambos evitamos que se cruzaran nuestras miradas, y

actuamos como si fuéramos dos desconocidos. No me apetecía hablarle y, por lo que veía, ella debía de pensar que ya nada más iba a obtener de mí.

—Doctor, le traigo un nuevo paciente —dijo uno de los soldados cuando nos cruzamos con un tipo de bata blanca.

Se trataba de un hombre de unos sesenta años, de talante sereno y habla pausada.

—Aparte de la suciedad, lo veo perfectamente —comentó—. Ojalá todos los pacientes que me traéis tuvieran tan buen aspecto.

—Es para que me inyecte una dosis de tecnonanocuerpos —le respondí.

No era habitual que en una operación de rescate, llegara un paciente solicitando ese tipo de tratamiento, para eso estaban las clínicas agapianas, que lo atendería tranquilamente y no en una situación de emergencia. Le conté mi historia y como no había recibido mi dosis periódica. Aquel hombre escuchó atento sin interrumpirme. Una vez hube terminado, cogió un vial y se dirigió al dispensador médico. Mis datos seguían en el ordenador central de Utopía, así que no tardó mucho en programar una dosis reforzada. El problema surgió cuando le dio a procesar. Un aviso salió en la pantalla:

«Acceso denegado. Usuario con prohibición de servicios».

Al declararme traidor, también me habían negado el uso de cualquier servicio agapiano. Tanto que aunque hubiese podido pagarlo, no podría haber ido a una clínica agapiana.

—Lo siento, pero no puedo hacer nada —me informó el doctor.

Los soldados ya estaban tirando de mí para llevarme fuera cuando Maceda salió de la sala de control.

—¿A qué esperáis para sacarlo de mi nave? Hay que despegar ya —gritó enojado.

El doctor le explicó mi situación a la vez que los soldados tiraban de mis brazos intentando conducirme fuera.

Maceda refunfuñó algo que hizo detenerse a los soldados y apartando con una de sus enormes manazas al doctor, hizo uso de su teclado. Parecía que estaba peleándose con un león. Se ve que no estaba muy familiarizado con la tecnología agapiana. No obstante, el comandante tenía nivel de seguridad ocho, así que no tuvo problemas para levantar la prohibición. En la Tierra, únicamente el delegado especial y el coronel al mando de la nave en órbita tenían un nivel superior. De tal modo que en menos de un minuto, tuve a miles de tecnonanocuerpos circulando por mi cuerpo.

Antes de que me diera cuenta, me hallé en mitad de la calle viendo como la nave médica despegaba. Fue la última en marcharse, las demás naves ya

habían partido poco antes, surcando el aire velozmente. Sabía cuál era su destino y esta vez no se trataba de una operación de rescate. Me hubiese gustado ver como destruían aquellas instalaciones que habían desencadenado mi mala fortuna. Pronto me quedé absolutamente solo entre una nube de polvo, tal vez como preludio del resto de mis días en aquella ciudad. Aquella nave se había llevado parte de mi pasado. En ella iban Maceda y Clara, así como el general Segura y sobre todo Laura. A algunos no los volvería a ver en mi vida, a otros… bueno, esa es otra historia.

# 20
# Apartamento del extrarradio de Sevilla
# 8 de febrero de 2080

Me hallaba tumbado en el viejo y apolillado sofá de mi triste apartamento. Después de que las naves partieran, me había quedado solo en mitad de la calle. No tenía a donde ir ni nada que hacer. Estaba agotado, me dolía todo el cuerpo y me sentía enfermo. Tal vez la dosis de tecnonanocuerpos recibida había llegado muy tarde. Los microscópicos robots necesitan su tiempo para realizar su trabajo y quizás el daño sufrido fuera irreversible. En criostasis, sin duda, podía haberme curado, con todo estaba seguro de que Maceda no me hubiese permitido una estancia tan prolongada en su nave.

No sé de dónde saqué las fuerzas en aquella polvorienta calle, pero comencé a andar con paso tambaleante. Ya no tenía trabajo, tampoco iba a echarlo de menos, así que decidí volver al piso. Desconozco si mi estado se debía a la guerra interna que tenía lugar en mi cuerpo, entre los virus terrícolas y los tecnonanocuerpos utopianos, o era debido a todo lo que me había acontecido en las últimas horas. El caso era que me sentía agotado y totalmente vacío. Probablemente, esto último fuera debido a que había perdido mi misión en la vida. A lo largo de algo más de seis meses, mi obsesión había sido encontrar a Laura. Ahora que lo había logrado, lamentaba que hubiese ocurrido. De no habernos encontrado, aún conservaría intacta aquella idílica imagen de ella caminando por el pasillo de nuestro hogar en Utopía. En ese momento, la odiaba, la compadecía y la amaba. Algún día aquellos sentimientos se difuminarían, aunque dudo que nunca me abandonen del todo.

Sin fuerzas, sin meta y sin saber si tendría un mañana, me subí al horrible bus que durante aquel tiempo me había llevado en busca de la esperanza. El tiempo se me hizo eterno, hasta que finalmente sentí como el vehículo cogía los familiares baches y socavones de mi barrio. Me bajé, entré en el edificio y sacando unas energías que desconocía, ascendí las escaleras. Creo que en un

pasado remoto, aquellos apartamentos llegaron a tener ascensor, si bien ya nadie lo recordaba. Como único vestigio de un tiempo mejor, solo quedaba el hueco; puesto que no había rastro de la cabina ni de las puertas de cada planta.

Nada más entrar al piso, no teniendo nada que hacer y mucho menos una cama suave y confortable, me dirigí directamente al sofá. Al tumbarme, un escalofrío me asaltó al contacto con la fría superficie. Así que me eché por encima la única manta de la que disponía. Una descolorida y raída, pero que cumplía su cometido en las frías noches de Sevilla.

El 2 de febrero de 2080 comenzó mi historia en aquel mismo punto. Seis días habían pasado desde que me pusiera una bolsa en la cabeza y quisiera acabar con mi existencia. Muchas cosas habían tenido lugar desde entonces, incluido un gran cambio en mi vida. Tengo que destacar que ya no quería morir. Tampoco era que quisiera vivir aquella vida, había llegado a aceptarla e iba afrontarla viniera lo que viniera. Sin saber si volvería a abrir los ojos, los cerré. Las horas pasaron y con ellas los tecnonanocuerpos debieron de hacer su trabajo, ya que cuando unos golpes en la puerta me despertaron me encontraba mucho mejor.

Abrí los ojos y me di cuenta de que la noche estaba avanzada. Tenía la luz apagada, no obstante la gran pantalla que había frente al edificio iluminaba el cuarto sin necesidad de bombillas. Estaban emitiendo un informativo sobre un estallido de gas en un polígono industrial de Sevilla. En los subtítulos pude leer como el gobierno, con apoyo de los utopianos, había evitado un gran desastre. Siendo crucial la rápida actuación realizada para evitar que no hubiese víctimas mortales. Los golpes que me despertaran volvieron a repetirse. Mi embotado cerebro tardó unos segundos en percatarse de que estaban llamando a la puerta. Extrañado, me apresuré a abrir. Normalmente, la única visita que recibía era la de los matones que cobraban el alquiler del piso, si bien en ese mes ya habían cobrado. Y desde luego, ver sus caras no me producía la misma alegría que la que tuve cuando vi a un sonriente Daniel al otro lado de la puerta.

—Ya era hora —dijo entrando sin preguntar en mi humilde morada.

Hacía más de medio año que no lo veía en persona, por lo que nos dimos un abrazo. Tras una buena tunda de palmadas en la espalda, nos separamos observándonos mutuamente.

—Estás muy delgado, deberías alimentarte mejor —señaló—. ¿O lo haces a posta para tener un buen tipito y ligar más? Porque no creo que te funcione.

No me hizo gracia la broma. Mi aspecto difería mucho de aquel que tuviera cuando nos separamos. De no haberme estado espiando vía satélite, dudaba incluso de que me hubiese conocido. Aparte de estar más delgado, aunque con barriga debido a la grasa de las conservas con la que me alimentaba, ahora tenía la piel más oscura y el pelo largo, canoso y desaliñado. Él, en cambio, estaba igual que siempre. Seguía siendo un tipo atlético, rubio y sonriente.

—¿Qué haces aquí, Dani? —pregunté.

—¿Es que no puedo venir a visitar a un viejo amigo?

—En seis meses no has venido nunca —le reproché.

Un rictus amargo rompió su sonrisa. Yo sabía que no se le permitía confraternizar con traidores y de haber podido no hubiese vacilado en venir a mi rescate. No debía de haberle dicho eso. Por suerte, no se enojó por mis palabras. Él era así y conocía bien mi situación.

—He venido a enseñarte algo ¿podemos sentarnos?

—Ahí tienes el diván —respondí, señalando el carcomido sofá.

Indudablemente, su presencia en mi casa tenía que ser por cuestiones profesionales. De lo contrario, no le hubiesen permitido venir. De todas formas, seguro que él había insistido en que tenía que hacerse en persona, y no a través de un holograma. Me pregunté si la mosca espía, y asesina, seguiría en mi piso.

Dani se sentó con cierta aprensión y sacó su terminal personal. Yo, por mi parte, tomé asiento a su lado y observé lo que hacía. Con rapidez, vi cómo se conectaba al servidor de Utopía y entraba en la intranet del SIU. Poco después, le daba a reproducir a un archivo de video. Puso el terminal en modo proyector, permitiendo que la imagen se mostrara a pantalla completa y con total nitidez en la pared de enfrente. Que no tuviera apenas muebles también ayudó al óptimo visionado. Era como estar en un cine 2D. Aunque dudaba que fuéramos a ver uno de los grandes estrenos que se proyectaban en Megaocio. Lo primero que contemplé fue una imagen vía aérea que ya había visto antes.

—Está son las coordenadas que le diste a Maceda —me explicó Daniel—. Como puedes ver ahí se halla la vieja edificación abandonada.

De forma súbita, dos naves *Albatros* hicieron acto de presencia. A continuación, de sus laterales empezaron a brotar una legión de mechas. A diferencia, de los *Arcontes* de la nave de rescate, estos no llevaban palas, sino que portaban armamento letal. Eran robots de combate, similares a los que controlara durante mis prácticas en el Servicio de Inteligencia Utopiano o

aquel que manejara unas horas antes. Si bien, estos debían de estar controlados remotamente. Probablemente los operaciones de aquellos mechas se encontrarían en El Castillo, el cuartel general del Cuerpo de Seguridad Utopiano. No vi la nave médica de Maceda, así que debía de haber vuelto a Utopía y estaría coordinando el ataque desde allí. Por otro lado, no descartaba que aquella operación se llevara a cabo desde la misma nave *Aftoris*, bajo supervisión de la coronel Cruzec.

—¿Ves el camino que se corta abruptamente en la falda de la montaña? —me preguntó Daniel—. Pues mira.

Con un par de movimientos de sus dedos sobre la pantalla del terminal, el ángulo de visión cambió, pudiendo ver ahora una inmensa abertura en la montaña. Una gigantesca puerta de acero, por la que podría entrar un camión, cerraba el paso. De repente, una esfera brillante cruzó de izquierda a derecha como una exhalación, estrellándose contra ella. Se produjo tal explosión que toda la montaña pareció temblar. Una de las naves que sobrevolaban la zona había disparado. Cuando se pasó la nube de humo y polvo, las puertas ya no estaban. Tanto los *Arcontes* como multitud de pequeños drones se precipitaron al interior de la montaña. En un principio parecía que iban a colisionar unos contra otros, sin embargo entraron coordinadamente sin que se produjera ningún accidente. Aquella vista me recordó el comportamiento de las hormigas penetrando en un hormiguero, caótico pero con orden.

Dani tocó la pantalla del terminal, quitando la imagen vía satélite. A pesar de tratarse de una grabación realizada hacía horas, ya que aún era de día, el video agapiano permitía a discreción del espectador elegir entre diferentes puntos de visión. Así que eligió uno que nos permitiera ver el interior de la montaña. Una familiar imagen en movimiento se proyectó sobre la pared. No tuve duda de que nos encontrábamos en un *Arconte*. El robot avanzó entre los restos del portón seguido por otros mechas mientras varios pequeños drones ovalados, similares a unas pelotas volantes, lo rebasaban y se perdían por diversos túneles. En la esquina superior izquierda se fue dibujando un mapa según los drones recorrían aquellas instalaciones y enviaban sus datos al ordenador central.

—Es enorme —comenté observando el mapa.

—Una obra titánica —añadió Dani—. Y más teniendo en cuenta que la mayor parte del trabajo se ha hecho a pico y pala por voluntarios de la república, no tenían maquinaria pesada y ni mucho menos petróleo para hacerla funcionar. Hemos determinado que la construcción, como mínimo, tiene más de treinta años. Ya sabes que los satélites lo graban todo desde que

se desplegó la red espía, poco después del primer contacto. Así que no tenemos datos anteriores a esa fecha y tras ella no se ha producido ningún movimiento relevante en el lugar, por lo tanto, es anterior a la llegada de los agapianos a la Tierra.

—¿Esperaban la llegada de seres de otro planeta y se prepararon para ello? Eso es mucho planificar.

—No, simplemente creemos que se trata de una base secreta, fruto del conflicto interno que se produjo en la región. Tal vez, sea de la misma época en que se creó el muro que los separa de España. Cuando el Club de Cratos llamó a la puerta del gobierno de la Generalitat, sencillamente se encontraron con el sitio perfecto. Ese debió ser uno de los motivos por lo que decidieron operar con esta recluida nación. Probablemente, alguien debió de decirles que había un país proclive con unas instalaciones abandonadas idóneas para sus fines.

De repente, la imagen mostró una pequeña explosión y una veintena de hombres armados salieron de la oscuridad. Las granadas y los disparos de las armas de detonación resultaron ineficaces ante los escudos de los *Arcontes*. Uno a uno, los defensores fueron cayendo. Durante unos segundos, el robot que estábamos visionando se quedó mirando el cadáver de uno de aquellos individuos. Me pregunté qué estaría pensando el operador que lo manejaba. ¿Estaría arrepentido de su acción? Era muy fácil matar a otras personas a cientos de kilómetros pulsando un botón. Sin duda, tendría miles de horas en el simulador, pero probablemente aquella sería la primera vez que veía la cara de la muerte. Y no debió de ser nada agradable. Su víctima era aún un niño. Tenía la cara demacrada y congelada en un rictus de dolor. Se veía que estaba desnutrido y por sus harapientas ropas se podía apreciar que no había llevado una vida fácil. En su brazo portaba un brazalete con las iniciales ME, que debían de ser las iniciales de algún cuerpo de seguridad. Una pistola oxidada, todavía humeante, permanecía en su mano.

El *Arconte* alzó la vista y retomó el movimiento. El operador debía de haberse recuperado de aquella imagen, que lo perseguiría el resto de su vida, o tal vez su supervisor lo había aleccionado. Tanto Dani como yo, permanecimos callados. Aunque no hacía falta hablar para saber que pensábamos lo mismo. De cómo la locura y la ambición de algunos siempre arrastraban al sufrimiento, y muchas veces a la muerte, a los inocentes. ¿Qué culpa tenía aquel niño de haber nacido en esa región? ¿Qué culpa tenía de que a tan tierna edad le pusieran un arma en la mano y le dijeran esos son los

malos? Para que finalmente unos terroríficos seres de metal, venidos de otro mundo, los aniquilaran sin saber por qué.

Los monstruos metálicos continuaron su camino, descendiendo más y más en aquellas instalaciones sin apenas oposición. Pese a las muchas salas y estancias por las que transitaron, la mayoría se hallaban desiertas y sin uso aparente. En otras, sin embargo, se podía apreciar que servían como barracones; no obstante, se encontraban abandonadas, hallándose las camas deshechas, con la ropa de cama desordenada y por los suelos. Era como si sus moradores hubiesen abandonado el lugar precipitadamente para no volver, de eso parecía hacer bastante tiempo.

—Pensamos que durante la guerra civil, se llegó a utilizar este sitio como refugio —me informó Daniel—. Si bien, ante la falta de víveres, los ciudadanos debieron de abandonar las instalaciones en búsqueda de comida.

La cámara del *Arconte* mostró la imagen de una inmensa bóveda subterránea. En aquel lugar no había muestras de abandono. La sala contaba con buena iluminación artificial, que parecía de reciente instalación, y destacaba la limpieza y el orden, en contraste con todo lo visto hasta ese momento. Vimos a multitud de personas con bata blanca en la sala. Su aspecto difería por completo al de los individuos que se habían enfrentado a los *Arcontes*. Aparte de estar bien alimentados y vestir con ropas impolutas, la mayoría destacaban por tener rasgos eslavos, aunque se podía apreciar que había personas de todo el planeta. Con total certeza, aquellos científicos formaban parte del Club de Cratos. Los catalanes no tenían personal preparado para desarrollar una tecnología nuclear de última generación. Así que el general Segura y sus amigos se habían visto obligados a contratar científicos por todo el mundo, siempre que estuvieran dispuestos a correr un gran riesgo por una cuenta corriente con muchos ceros. Por lo tanto, debió de resultarles fácil formar aquel equipo de trabajo.

Ninguno de ellos estaba armado y ante la imponente presencia de un robot de seis metros de altura, la mayoría se apresuró a esconderse bajo las mesas.

—Por favor, salgan al exterior ordenadamente y sin dilación —dijo una voz por los altavoces del *Arconte*.

Inmediatamente todos los científicos emprendieron la huida de manera desordenada. Una vez que la sala quedó desierta de vida humana, el robot dirigió su vista hacia el centro de la bóveda. Habían construido una gran cúpula de hormigón y acero en el interior. No tuve duda de que se trataba de un generador FIFU, en su interior se encontraría el núcleo, diseñado según las especificaciones que robara Laura.

Durante un buen rato nada pasó, quedándose el *Arconte* inmóvil. Dani hizo avanzar el video en cámara rápida hasta que se produjo un movimiento en la sala. Un enorme ojo-dron llegó flotando. Por su tamaño podría decirse que era el padre de todos aquellos que habían recorrido las instalaciones escaneándolas. El mecha se puso en marcha, emprendiendo el camino de regreso a la superficie.

Dani volvió a poner la imagen vía satélite que mostraba el exterior. Por las puertas derribadas estaban saliendo algunos de los científicos que viéramos antes, los cuales iban custodiados por *Arcontes* o por ojos-dron. Rápidamente eran conducidos a un *Albatros* que había tomado tierra. El tiempo transcurrió a cámara rápida hasta que todos subieron a bordo, incluidos los robots. Varios minutos después, un *Arconte* salió a gran velocidad de la base secreta. Se trataba del mismo que habíamos estado acompañando a lo largo del asalto. Sin dilación, él también embarcó en la nave. A continuación, el *Albatros* despegó.

Ya nadie quedó allí. Los supervivientes de las instalaciones habían sido arrestados y las fuerzas de ataque agapianas-utopianas se habían marchado.

—No te pierdas esto —anunció Dani, poniendo el video en cámara lenta y alejando la imagen.

Tras unos segundos de expectación, se produjo una gran explosión subterránea. Lo primero que vi fue como una gran área ovalada, de varios cientos metros de diámetro, se hundía formando un enorme cráter. Seguidamente, una gran polvareda se elevó al cielo ocultándolo todo.

—Y aquí tenemos el final del proyecto Lázaro —dijo mi buen amigo con una sonrisa—. La mayoría de los miembros del Club de Cratos han sido arrestados o eliminados. Solo hay unos cuantos que no podemos tocar, si no queremos entrar en guerra con una docena de países, pero ya les llegará su hora, los gobiernos en la Tierra siempre van y vienen.

No sabía qué decir, ni siquiera si estaba feliz o triste. Era verdad que el Club de Cratos había conspirado para obtener la información de la tecnología agapiana y en su camino yo acabé involucrado con el resultado conocido. ¿Eran ellos realmente tan malos y los agapianos unas pobres víctimas? Al final, la mayoría de los conspiradores habían acabado arrestados o muertos. Y los catalanes, después de malgastar buena parte de sus recursos, se habían quedado sin su generador de energía; malviviendo en la oscuridad y en un mundo prácticamente primitivo y devastado. Los agapianos, en cambio, continuarían felices en su lejano planeta, ajenos a todo. Por otra parte, los

utopianos seguirían viviendo en su particular paraíso, siendo la envidia del resto del planeta.

—Te agradezco que hayas venido a contarme el final de esta película —dije con voz apagada—. Pero tu motivo aquí es otro, ¿verdad? Y si no me lo has contado nada más entrar, tampoco creo que sea muy bueno.

Dani se quedó mirándome muy serio. Nos conocíamos desde niños y habíamos vivido muchas cosas juntos, tanto que, sin necesidad de hablar, sabía lo que me iba a decir.

—Tengo una mala noticia —reconoció finalmente—. No te dejan volver a Utopía.

—Eso ya me lo había imaginado.

—Aunque también tengo una buena noticia: puede que algún día lo hagas.

Me quedé mirándolo extrañado, sabía que allí había gato encerrado, ahora vendría la pega.

—Si bien, tendrás que hacer algunas cosillas antes.

—¿El qué? —pregunté con desconfianza.

—Lo que has hecho de forma no oficial todo este tiempo: ser un espía utopiano en la Tierra.

Así que se trataba eso. No me dejaban volver, pero seguiría trabajando para ellos. En varias ocasiones le había preguntado a Dani por qué quiso entrar en el SIU. En su concepto romántico decía que él era como un James Bond al servicio de Ágape. La realidad, en cambio, me había mostrado que uno no decidía convertirse en espía, sino que las circunstancias lo convertían en ello. Eso fue lo que a mí me pasó.

—Y… ¿me pagaréis por ello?, ¿no?

—No te preocupes, podrás olvidarte de las latas de conservas.

# Notas finales del autor

Esta novela está ambientada entre los años 2079 y 2080; no obstante, en ocasiones el escenario reflejado se podría asimilar a nuestra época, solo que algo más aciago y exagerado. En todo momento, la visión dada es la de su protagonista, Marcus Expósito, un hombre nacido en el año 2052 en una ciudad extraterrestre situada en la Tierra. Estas ideas y pensamientos no tienen por qué coincidir con las del autor de la novela, sino que pertenecen a un personaje ficticio.

La posibilidad de que una amistosa raza extraterrestre venga a ayudarnos es realmente improbable. No porque no haya más vida en el universo, ya que al fin y al cabo es infinito y en algún punto más de él debe de haberse producido también un milagro, sino porque difícilmente tengan de medios para llegar. Y en el caso de que dispusieran de una tecnología capaz de viajar entre las estrellas, seguro que se vuelven para atrás al vernos. Un planeta con los recursos casi agotados, asolado por las guerras, las divisiones internas, la ambición y los más viles comportamientos. Si son inteligentes, que deberían de serlo para llegar hasta aquí, seguro que huirían de este mundo y de los monstruos que lo habitan.

No obstante, otro mundo es posible, pero eso solo depende de nosotros. Aunque el camino estará plagado de obstáculos y tentaciones. El primer paso para resolver un problema es reconocer que existe, para ello sé crítico con todo, fórmate tus propias opiniones y sobre todo lee, pues solo con el conocimiento nos salvaremos.

Espero que hayas disfrutado tanto de esta historia como yo al darle vida y mostrarla al mundo.

Tengo que pedirte un pequeño favor que apenas te llevará un minuto, nada comparado a las horas, días, meses y años que me llevó escribir Utopía 2079.

Si te ha gustado, es muy importante para mí que dejes un comentario positivo en Amazon para que otras personas tengan la oportunidad de valorar previamente esta obra.

Yo no vivo de la escritura, esto para mí es una afición y una pasión, pero autopublicar me ha supuesto realizar una importante inversión que a día de hoy estoy lejos de recuperar. Así que si quieres descubrir nuevas aventuras de Marcus Expósito, déjame tus impresiones en Amazon y recomiéndala a tus amigos.

Gracias por leerme.
Atentamente, C. Martín.

Y si te gusta la fantasía te recomiendo otra de mis novelas, *Las tres piedras mágicas*, es de un estilo muy diferente pero como me dijo una vez una crítica literaria en ella los personajes tienen alma.